

Patricio Pucheta

Zodiactale

★ YVISSQMQM ND X H



Preludio de la Magia Negra



* YVISQUAM > D XX H

Acto I

El caballo tironeaba de la carreta sobre la senda que marcaba la ruta más confiable dentro y fuera del bosque. Su aspecto físico era el que resulta de pobres raciones de comida. Jadeaba, temblando a cada paso. Apenas podía mantenerse en pie sobre esas raquíticas patas. Cayó desplomado al suelo al poner una pata fuera de la frontera del bosque.

El aspecto del tipo gordo que se bajó de la carreta a desprender las riendas no era más agradable que el del otro sujeto un poco más delgado desperezándose entre la mercancía que transportaban.

- —¿Escuchas eso, Bowen? —dijo el barrigón arrastrando el cuerpo sin vida del caballo a un lado del camino.
- —Por desgracia si, Rowen. Me entretuve tanto cazando que me olvidé del barullo que se hace en esa casa. Es espantoso el ruido que hace Vilka con su órgano de tubos. No lo soporto en lo más mínimo. Deberíamos hostigarlo para que lo deje por las buenas o por las malas.
- —Podríamos hacer que se pierda por accidente en el bosque —dijo Rowen con una voz ronca cargada de malicia mientras se acomodaba los pantalones manchados de barro seco.

Algunas moscas curiosas fueron a investigar al caballo mientras Bowen y Rowen tironeaban por su cuenta la carreta. O, mejor dicho, Rowen la tironeaba, puesto que Bowen solo caminaría en el lugar si no fuese por su corpulento par.

Marcharon bajo el sol del mediodía rumbo a la aldea durante algo de tiempo que supusieron fue media hora. La media hora más exhaustiva para Bowen, quien quedó empapado en sudor mientras que Rowen apenas aparentaba estar cansado.

Como excluida de la aldea, una casa cuadrada de corte oriental estaba asentada sobre gruesos palos que la elevaban del terreno. Unos breves escalones facilitaban el acceso. Las puertas corredizas enrejadas estaban cerradas y cubiertas por cortinas de papel. Todavía brotaban débiles hilos de humo de las derretidas velas de los faroles, perdiéndose en la misma brisa que hacía sonar las campanas de viento. Notas erráticas de escalas musicales provenientes del órgano de tubos no dejaban de resonar allí dentro, tenebrosas y siniestras.

Bowen golpeó la puerta con la palma de la mano, intentando no romper las cortinas de papel al otro lado de las varillas de madera. La silueta del sujeto en ningún momento despegó sus dedos de las teclas mientras bailaba con entusiasmo sumergido en la efusiva festividad que solo él reconocía como tal.

—¡Ya basta, Bowen! —le gritaba Rowen con algo de temor dibujándose en su rostro.

Cuando Bowen se dio media vuelta con una mueca de rabia en su rostro, las puertas corredizas se abrieron de par en par con el característico *suuuic* al deslizarse por las guías de madera.

Bowen se encogió de hombros al percibir a una figura amenazante detrás de él, como si todo ese coraje se hubiera evaporado de repente. Volteó muy despacio, le resultó imposible no temblar al oír su voz. Levantó la mirada casi en cámara lenta, deseando no hacer contacto visual.

Vilka era notablemente más alto que ellos. La naturaleza no escatimó con su belleza. El cabello rubio posaba sobre sus hombros como una cortina de seda. Estaba envuelto en un kimono blanco con dibujos de las celestes olas del mar en las mangas. En su cintura se enredaba una venda negra que sostenía una bolsa de tela con dulces de muchos colores. De no ser por el puntiagudo delineado rojo que solía pintar en sus ojos, su mirada cansada podía pasar desapercibida. La brisa de la primavera movía sus rectangulares aros de papel con el dibujo de un sol naciente.

—Bowen y Rowen, ¡mis queridos y más cercanos vecinos! ¿Que los trae por aquí? Estaba terminando la lista de compras, pero me distraje con la música. ¿Podrían llevarme a la aldea, por favor? Necesito conseguir algunas cosas para mi expedición.

Rowen, del susto, se lanzó dentro de la carreta como si se arrojara a un estanque de agua, pareció quedarse atorado ahí dentro entre la mercancía. Pero con paciencia logró salir y ambos cumplieron con el pedido de Vilka.

Cuando llegaron a la Tienda de Carne, Bowen cayó de espaldas al suelo, con la lengua afuera balbuceando algo, quizás suplicaba por agua.

Vilka ayudó a Rowen a descargar la mercadería. Levantaba los cuerpos inertes de los jabalíes con la misma facilidad que el tipo robusto mientras que en la boca mordía varios pares de sacos de tela que contenían conejos muertos. Rowen iba y venía cargando los cuerpos de los osos sobre su cabeza. Cuando Bowen por fin se recuperó, bajó el último manojo de ardillas que quedaba. Por último, entre Vilka y Rowen entraron una pila de ciervos sosteniendo uno las patas y el otro la cabeza como si fuese una gran bandeja de carne.

El dueño de la Tienda de Carne se frotaba la barriga con una mano y acomodaba sus bigotes mientras con la otra mientras admiraba la pila de animales muertos. Le regaló una de los sacos de tela con carne de conejo asada a Vilka luego de que este le explicara a dónde se dirigía. Y aunque le pareció un acto bondadoso, el carnicero no tardó en aclararle que era por lastima:

—Al menos de hambre no te vas a morir —le dijo.

Todo el mundo se burlaba de él al verlo caminar por las polvorientas calles. Los aldeanos se encontraban decorando con banderines naranjas y negros las fachadas para la festividad que se

acercaba. Lo señalaban y con la mirada llorosa de tanto reír le gritaban en un tono tan irónico como simpático, pero con cierto aire de humillación, cosas como:

- —¡Ahí va Vilka el lunático de la magia!
- —¿Hay fantasmas en el bosque? ¡buuuuuu! Cuidado con los espíritus.
- —Los espíritus son los únicos que disfrutan de tu música y eso es porque están muertos y no pueden oírla.
 - —¿Planeas casarte con un espíritu del bosque?
 - —Si sigues creyendo en eso vas a enloquecer por completo.

Vilka se echaba a reír con ellos mientras comía dulces de vainilla e insistía:

—¡Hoy capturaré al espíritu del bosque! ¡Ya lo verán, les mostraré que la magia es real!

Las calles estallaron en cómicas carcajadas luego de sus hilarantes palabras. Un aldeano pidió un aplauso para el hazmerreír de la aldea.

—No vuelvas, así no tenemos que soportar los ruidos que haces en tu casa con esa cosa de tubos —dijo un poco más serio recuperando el aire.

Los comentarios se volvieron mudos detrás de él, porque nunca dejó de caminar a pesar de las repetidas burlas. Vilka se detuvo en la Tienda de Pesca y compró todas las redes que estaban disponibles. En la Tienda de Metal compró ocho bolas de acero.

Continuó su camino por las calles de la aldea, con una sonrisa de oreja a oreja, cargando al hombro las esferas de acero dentro de la red.

Chopy era una joven muchacha de cabello verde que siempre andaba envuelta en un abrigo violeta. Había sido aprendiz de la costurera de la aldea, se volvió una experta en la labor de corte y confección de tela. Logró independizarse hace muy poco tiempo. Y a los pocos días de inaugurar su propia Tienda de Ropa, el trabajo que le habían encargado no estuvo nada mal para haber sido el primero.

Siempre se sentía encantada de poder ver a Vilka. Era el único que se vestía con atuendos que eran parte de él, a diferencia de los harapos estirados que usaban el resto de aldeanos.

- —Estoy dando las últimas puntadas al kimono que me encargó para Halloween. Nada más unos últimos dobleces en las mangas y estará terminado. ¿Le gustaría verlo?
- —Me encantaría, me encantaría. Tú sabes que me enamoran tus habilidades, tus diseños son arte —dijo Vilka haciendo un gesto con el revés de su mano como si se desmayara de tanta fiebre. Chopy se ruborizó, y las palabras no le salían como ella deseaba—. No te preocupes continuo Vilka—, solo vine por tres cosas. La primera es que no podrás oír mis dedos bailar la danza que crean cuando los deleito a todos con el exquisito sonido de mi música en el órgano. La segunda —dijo haciendo una pausa para pensar—, es una consecuencia de la primera: ¡Me voy de expedición!

Los ojos de Chopy se llenaron de emoción. Dio varios saltos de alegría, alentando con aplausos de celebración.

—No puedo esperar a conocer el espíritu del bosque. Por cierto, ¿cómo luce? Estoy muy ansiosa, ¡al menos dame alguna pista! —dijo Chopy sacudiendo a Vilka.

Vilka hizo un gesto pensativo dándose golpecitos con el dedo en la barbilla.

- —No sé cómo luce. Nunca lo he visto, pero me llama. Hay algo en el bosque que me llama, y para mí, ese es el espíritu del bosque. ¡Así que voy a capturarlo! Solo de esa forma me dejaran de tomar por lunático y se dejaran de burlar de mí. ¡Haré que crean en la magia! Por fin me ganaré el respeto de la aldea.
- —Te vas a volver muy popular entre los demás. ¿Cuál es la tercera cosa por la que me visitas hoy? —dijo Chopy.
- —Casi lo olvidaba —dijo Vilka arrojando todas las redes que había comprado junto con las bolas de acero sobre la mesa de trabajo de Chopy—, necesito que hagas una sola red y le agregues las bolas de metal a los costados para que sea más pesada.

—¡A la orden!

Al cabo de una hora, la red quedó confeccionada como una gran sábana agujereada de muchos colores y patrones diferentes. Chopy no la pudo levantar, pero Vilka la enrollo como si fuese una alfombra y se la cargó al hombro.

Los primeros rayos de sol caían sobre la casa más alejada de la aldea donde Vilka vivía.

Luego de posponerlo durante mucho tiempo llegó el gran día. Había dedicado nueve meses a la confección del artefacto definitivo para esta intrépida tarea. Se trataba de un cilindro de metal hueco donde se introducía la munición. A un costado tenía una recámara donde se le cargaba pólvora y una mecha esperaba a detonar el disparo, y sobre el cañón, un sofisticado sistema de lupas acoplables e intercambiables funcionaba como mira una telescópica. Lo más simple lo había dejado para último momento: la red. «¡Desde ahora en adelante este invento será conocido como lanza-redes!», pensó mientras lo miraba orgulloso.

De pie sobre sus sandalias de madera, se aseguró de tener cerillas, una bolsa de dulces y una con carne de conejo bien aferradas a la cinta negra que envolvía su kimono. Abrazó el cañón y marchó rumbo al bosque silbando y tarareando tan alegre como si ya hubiese cumplido su cometido.

Un búho inspeccionó desde lo alto de un árbol como Vilka se alejaba más y más del camino que los aldeanos conocían como seguro. Miraba a un lado y al otro, detrás de los arbustos, y hasta debajo de las rocas. Se acercó hasta la orilla de un río y extendió su oído para comprobar si agua no le intentaba dar una pista de la voz que repentinamente dejó de llamarlo.

«Que raro, el espíritu siempre me invita a que lo encuentre en el bosque. Seguro vio que esta vez venía preparado y se acobardó», pensó Vilka.

Arrojó las sandalias de madera a un costado. Se sentó a la orilla del río y sumergió sus pies. La curiosidad de los peces investigando sus pies no le molesto en absoluto.

«Tendré que buscar un sitio donde pasar la noche. No planeo volver hasta encontrar al espíritu del bosque».

La paz no duraría demasiado. Una ardilla le arrojó una nuez atrás de otra consiguiendo despertarlo de la siesta involuntaria que tomó por unos minutos. Cuando estuvo a punto de devolverle las nueces con mucha más puntería se dio cuenta de que eran mensajes de advertencia: una pitón púrpura se arrastraba sobre la tierra.

El reptil apuró su marcha cuando vio que su presa estaba por escaparse delante de sus ojos. Y así lo hizo, Vilka corrió bosque adentro cargando el lanza-redes, pisoteando las ramas rotas en el suelo, y a las hormigas que trabajaban incansablemente.

No se detuvo cuando consideró que era seguro hacerlo, sino cuando se trastabilló con la raíz de un árbol cayendo con la frente contra el suelo. Por un momento el bosque se multiplicó mil veces, girando en torno a él como una ilusión óptica, fue un breve momento de mareo y desorientación. Cuando terminó de frotarse los ojos, algunos pasos delante de él, un brillante objeto dorado clavado en el suelo entre ramos de orquídeas llamó su atención.

«Podría ser... no, ¿aquí? ¿oro?», pensó.

Para su buena fortuna no había rastro de la pitón. Hizo las orquídeas a un lado con cuidado de no dañarlas y desenterró el objeto.

Se trataba de una antigua llave dorada. La punta de la llave tenía forma de la cabeza una serpiente negra de ojos rojos que se enredaba como un espiral hasta donde comenzaba la robusta medalla al otro lado del extremo donde llevaba tallado un peculiar símbolo plateado.



Vilka pudo verse reflejado en el resplandeciente dorado. Solo ahí se dio cuenta de que la pitón se preparaba para lanzarse hacia él y ahorcarlo hasta la muerte.

No se dejó poseer por la vulnerabilidad en la que se encontraba. Viendo el reflejo en la llave esperó hasta que la pitón se balanceara sobre él mientras deslizaba la cerilla sobre una roca. Encendida a tiempo, le disparó con el lanza-redes en plena acometida, cegada por su frenesí.

Vilka se acercó a ella, interesando en recuperar la red. La serpiente se marchó derrotada escabulléndose por uno de los agujeros de la red.

«Lo malo del lanza-redes es que se toma su tiempo en volver a estar cargado. La red tiene que entrar bien doblada con las esferas en fila. Quizás el espíritu del bosque pueda aportarme ideas nuevas para mejorarlo», pensaba mirando a la red extendida en el suelo.

Al intentar dejar la llave para recoger la munición se encontró envuelto por una extraña sensación, como si la serpiente de la llave estuviera escurriéndosele sobre el cuerpo, húmeda y

fría, siseando con una agudeza ensordecedora. Esa llave tiraba de él como queriendo ayudarlo a encontrar algo, y al darse cuenta que su mano se negaba a abrirse para dejar caer la llave de nuevo se dejó llevar, caminando con el brazo extendido, secuestrado por un poder extraño. Rehén de la llave dorada.

Fue así como llegó a una cueva perdida entre unos árboles marchitos sobre un suelo de pastizal seco. Solo entonces se detuvo a jadear y dejó de sentirse empujado hacia aquel lugar.

Dentro, en la oscuridad, un eco siseaba su nombre, invitándolo a pasar a aquellos fríos aposentos. Solo cuando su vista se adecuó a la penumbra pudo ver el cofre de piedra que estaba al final de la cueva sobre una elevación en la tierra.

Las venas del brazo con el que sostenía la llave se hincharon como si fuesen a explotar y antes de que pudiera darse cuenta se encontraba caminando con la llave apuntando hacia el cofre, empujado cada vez con más presión y violencia. El sudor recorriendo su cuerpo era intenso. Lo desesperaba.

Frente al cofre, notó que en la tapa estaba grabado el mismo símbolo que en la llave dorada. Involuntariamente, introdujo la llave en la cerradura. Pero un momento antes de girarla volvió a recuperar el control mientras jadeaba exasperado por el nerviosismo, una sensación de descompresión se repartió por su cuerpo como reposo luego de estar sosteniendo algo muy pesado.

«Esto no es bueno, esto no está bien... ¿Espíritu del bosque? El cofre...», pensó mirando a su alrededor sin mover un solo músculo de más.

Sin sentirse obligado a nada deseaba abrir esa caja y, quizás, encontrar algo que lo ayudara a ganarse el respeto y admiración de la gente de la aldea.

Le costó trabajo, pero giró la llave dos veces. El cofre se abrió por su cuenta, muy despacio, al mismo tiempo que una gran serpiente negra de ojos rojos emergía de este mirándolo fijamente, haciéndose más y más imponente a medida que el porte de su figura se erguía.

Vilka se hecho hacia atrás con suma cautela, mirando a la salida sobre su hombro.

—¿Dónde crees que vas? —siseó el animal—. Tenemos mucho trabajo que hacer. Buscas la aprobación de tus semejantes, lo entiendo. ¿No quieres que te crean, no quieres que crean en la magia? Llévame contigo y demuéstrales de lo que hablas.

Vilka no podía articular ni una sola palabra. Apenas tartamudeaba y balbuceaba al verla arrastrarse, zigzagueando hacia él. Jadeaba con la mandíbula apretada mientras se arrastraba de espaldas hacia la salida.

—No huyas ¿A dónde vas? ¡¿A qué le temes?! ¡Yo te daré poder, yo te haré alguien!

La serpiente acometió enroscándose alrededor del cuerpo de Vilka. Lo estrujaba mientras se erguía hacia el techo de la cueva. No se detuvo hasta que los brazos y piernas dejaron de resistirse y su presa quedó completamente inconsciente. Solo entonces le mordió el cuello al descubierto. Los dos hilos de sangre se deslizaron sobre su piel diluyéndose con el sudor de su cuerpo, dejando dos manchas sobre el kimono blanco.

La serpiente sujetó la mordida hasta desaparecer dentro del cuerpo de Vilka, dejándolo caer en seco al suelo de la cueva.

Acto II

Yacía acurrucado en el húmedo suelo. Un lento e incesante goteo lo despertó. A juzgar por el tono de luz que lo encandiló cuando abrió los ojos pudo deducir que estaba atardeciendo. Sin mover un solo musculo más, observó todo cuanto pudo. Al parecer, la enorme serpiente se había arrepentido y se retiró, teniendo piedad por él. Descubrió cuan equivocado estaba al ver la mancha de sangre en su ropa y al sentir su cuerpo dolorido.

Lentamente recuperaba la sensibilidad. Se puso boca arriba. Una vez vencido el dolor logró sentarse. Sus entumecidas piernas quedaron extendidas y nada más pudo hacer al respecto. Fue ahí cuando se percató de una chica desnuda de incandescente cabello blanco, abultado y abundante, colgando en mechones ondulados que casi se arrastraban por el suelo. Un colgante con una llave dorada pendía de su cuello. Examinaba a Vilka con mucha curiosidad, como si nunca antes hubiera visto algo semejante.

- —¿Quién eres? —preguntó Vilka.
- —Mucho gusto. ¿Qué tal tu día? —dijo la chica poniéndose de pie. El pelo cubría su cuerpo como si fuese un vestido.
- —¿Qué es eso? ¿Dónde fue la serpiente? ¿Quién se llevó el botín que estaba en el cofre? ¿Dónde está el espíritu del bosque?
- —Creo que preguntas demasiadas cosas. No perteneces aquí, y nunca debiste haber liberado a Ofiuco. Aunque puede ser que efectivamente se haya desvanecido de sus mentes luego de pasar tanto tiempo encerrado en el olvido, de lo contrario los Caballeros Solares hubiesen acudido.

En ese momento Vilka se desmayó.

Lloviznaba. Sus piernas embarradas se arrastraban contra el rasposo suelo. Podía sentir a las pequeñas rocas rasgándole los empeines, eso era buena señal. Lo extraño era que estaba siendo cargado sobre el hombro de aquella chica.

—Ahí está mi casa, quiero ir a casa... No era mi intención en absoluto... —dijo Vilka muy débilmente.

Pasados algunos días, Vilka pudo volver a sus actividades. Aunque, sin ninguna invitación más que la de sus cuidados médicos, esa misteriosa chica parecía había llegado para quedarse. No fue hasta cierta tarde en la que pudieron, por fin, intercambiar palabras. Hasta ese entonces ella solo lo observaba, estudiando su comportamiento.

Era el quinto día que pasaba desmantelando el órgano que tenía en un rincón. Vilka se secó el sudor de la frente con la manga de su kimono y dejó sus herramientas a un costado.

- —Así que por fin hablas. Dime... ¿Cuál es tu nombre? —dijo Vilka escribiendo algo en un papel.
- —De dónde vengo me conocen como Leo, aunque es muy formal. Mis amigos me dicen Gwyndolin...; Qué haces? —Vilka tomaba las medidas de su cuerpo con una cinta métrica.
- —Si vas a estar por estos lugares necesitaras ropas adecuadas, ¿no pretenderás andar desnuda por ahí? Me gusta ese nombre, por cierto. Suena agradable. Gwyndolin... —dijo disfrutando del sonido al entonar la palabra.
- —No te molestes por la ropa, solo tú puedes verme por ahora. Y me temo que eso no es una buena señal.
- —Entonces mis sospechas eran ciertas. ¡Eres el espíritu del bosque! Vamos ya mismo al pueblo, ¡no puedo esperar a mostrarles a los demás que yo tenía razón! De seguro encontraremos en la Tienda de Ropa de Chopy algunas prendas que te encantarán.

Vilka alardeaba y festejaba, y todos parecían seguirle la corriente.

—¡Aquí está! ¡Se los dije, hay un espíritu en el bosque! —decía mientras tiraba confetis al aire y hacia un insoportable ruido con una corneta de esas que se desenrollan y se estiran como una serpiente con el aire que les entra.

Gwyndolin le advertía una y otra vez lo evidente, pero él parecía hacer oídos sordos al respecto. Solo ella se percataba de cómo la gente se le burlaba. Entonces, decidió hacer justicia por mano propia y cuando él menos se lo esperó, ella le levantó el kimono sobre la cabeza para que contemplen como la malicia del espíritu del bosque venía a vengarse de él por haberlo perturbado. Pero pudo confundirse fácilmente con el viento que había soplado, y al parecer así fue.

—Eso no estaba en los planes, ¡pero ahí tienen una muestra! —dijo posando como si fuese una estrella de mar. Hasta Gwyndolin estallo en carcajadas al verlo tomarse todo con un humor tan apacible como contagioso.

Chopy no cuestionó demasiado y solo le seguía la corriente, haciendo caso a cada una de las indicaciones que Vilka le sugería para la ropa de su nueva amiga invisible. Había terminado de confeccionar las prendas para el día posterior. Se trataba de un overol anaranjado y una camisa negra con unas botitas verdes.

- —¿No te vestirás aquí? —le preguntó Vilka.
- —Quizás tenga vergüenza —dijo Chopy—. ¿Los espíritus del bosque usan ropa? —Se inclinó a lo que supuso era la altura del espíritu.
- —¡Yo prefiero andar así! —dijo Gwyndolin tocándole la muñeca con su llave dorada—. ¡Pero estas ropas son bellísimas!

Chopy se puso pálida como una flor destiñéndose, y, lo que es más, quedó como petrificada unos segundos hasta que Vilka la sacudió haciéndola volver en sí.

—A propósito, Vilka, también tengo lista su ropa para la celebración de Halloween. Aquí tiene —dijo dándole las prendas envueltas en una tela de seda.

Vilka pasó al vestidor a probarse su traje. Se trataba de un kimono negro de tela algodonada, super ligero. Estaba adornado con finos trazos bordados en hilo blanco, salpicado con brillantes lentejuelas de plata de imitación como si fuesen las estrellas que formaban cada una de las doce constelaciones zodiacales, esparcidas sobre la prenda. Un diseño sencillo pero vistoso.

—¡Te quedó esplendido, Chopy! —se le oyó gritar desde el cubículo—. ¡Esto es exactamente lo que quería!

Se marcharon muy contentos y conformes.

- —¿Por qué no haces que todos te vean? —preguntó Vilka mientras volvían.
- —Porque deberían estar muchísimo tiempo expuestos a algún tipo de magia para ser capaces de hacerlo. No tengo ganas de ir por ahí tocando a todos para que puedan verme contestó ella intentando abrir un tubito de azúcar que habían comprado en la Tienda de Golosinas.
 - —¿Y por qué yo sí puedo verte?
- —Porque abriste la caja que contenía sellada a la Magia Negra. Puedo sentir su poderío envolviéndote. El Rey Pájaro me encomendó vigilarte.

Vilka asintió con cierta curiosidad, incomoda y pavorosa, intentando reconstruir lo que había sucedido en aquella cueva antes de preguntar algo más.

Las nubes estallaron en una fina llovizna, ligera, pero impulsada por los soplidos irregulares del frio viento.

Las adoquinadas calles se terminaban. Un par de carretas ingresaban al pueblo pasando por la arcada principal que salía a la Plaza de los Mercaderes. Gwyndolin siguió explicándole, pero para cuando se dio cuenta de que se encontraba hablando sola Vilka yacía varios metros atrás, desplomado en el suelo a las afueras del pueblo, siendo ayudado por un sujeto de bigotes finos que decía necesitar al lunático de Vilka para que sea el protagonista de su nueva obra con la que buscaría prosperar de una buena vez y fundar su propio teatro. Al ver que su actor principal no le prestaba atención en lo más mínimo lo dejó para que se desplome sobre un charco de agua.

Los días transcurrieron y transcurrieron. Pasaba largas horas desmantelando el órgano de tubos en su casa sin decir ni una sola palabra.

Vilka comenzaba a disgustarse cada vez más, las bromas que le hacían se transformaron en un tedioso pesar. Se presencia se había vuelto frágil, pero con cierto aire hostil. En su mirada habitaba una espeluznante malicia que, contra todo pronóstico, se transformaba en una fingida mueca alegre y dura cada vez que iba a una tienda u otra. Algunos, al percatarse del vulnerable y deteriorado estado mental que ocultaba, lo trataban como a un lamebotas.

—No creo que sea lo mejor —dijo Gwyndolin viendo como Vilka veneraba al dueño de la Tienda de Juguetes.

Vilka se puso de pie sin romper la postura de rezo en sus manos y se alejó hasta perderse de la vista del dueño.

Los aldeanos que decoraban las calabazas fuera de sus casas le arrojaban los restos del relleno cuando lo veían pasar. Él solo agachaba la cabeza y fingía reírse mientras los saludaba.

Cuando llego a su casa todavía seguía sacudiéndose el percudido ropaje.

- —¿Cuál es la necesidad de comportarte así? —preguntó Gwyndolin sentándose en la cama—. Deberías hacerte respetar un poco.
- —Cada día estoy menos cuerdo, creo que estoy perdiendo la cabeza. No tenía idea de cómo se supone que se desarma el órgano, pero lo hice. Además, siento que podría volver a armarlo con los ojos cerrados —dijo Vilka tapándose los ojos.
- —Que interesante observación. Podría agregar al diagnóstico que estas cada día más pálido... ¿Usas algún maquillaje blanco o algo así?
- —No, solo me gusta pintarme sombras rojas en los ojos para rendir un homenaje a una amiga mía que falleció hace mucho —dijo Vilka con una débil sonrisa—. Y ahora, al haberte conocido, creo que debo honrar esa amistad mucho más. No había vuelto a tener un amigo desde entonces.
 - —¿Qué le pasó? —dijo Gwyndolin con un tono de sorpresa.
- —Una enfermedad incurable le arrebató hasta su último aliento. ¿Sabías que fue ella quien me enseñó a tocar el órgano de tubos? En cierta forma éramos como dos mundos separados, pero la música siempre nos unió. Era increíble. Pero, en fin, si hago el suficiente esfuerzo para que la gente se convenza de que tú eres real tal vez puedas sentirte mejor en Avanet y no tengas que irte tú también. ¿No lo crees?

Gwyndolin suspiró.

—Haré todo cuanto esté a mi alcance para poder ayudarte. Creo que puede ser beneficioso que el Rey Pájaro sepa con quien está tratando, deberíamos visitarlo. La Magia Negra es peor que la más incurable de las enfermedades. Se expande por tu mente, degenera tu cuerpo, retuerce tu ser y corrompe tu alma.

Al caer la noche y luego de que ambos estuvieran en lo más profundo de un sueño reparador, Vilka se levantó. Sonámbulo, se vistió con el ropaje que Chopy le diseñó. Envolvió cada parte que había minuciosamente desarmado del órgano en una sábana. Hizo un nudo en con las cuatro puntas. En otra envolvió los tubos dorados. Partió en silencio rumbo a las profundidades del oscuro bosque.

Acto III

La melodía de los pájaros acurrucaba sus sentidos. Los primeros rayos de sol que acariciaban el cielo lograron que los parpados de Vilka comenzaran a despegarse. La cama donde dormía no era suave y mullida; pasó largos minutos bocarriba tratando de explicarse como se supone que llegó hasta ese lugar. Se encontraba recostado en el umbral de una cueva con la mitad de su cuerpo dentro de esta, como devorado por la oscuridad subyacente, y la otra aun disfrutando de la libertad. Libertad que de un sobresalto consiguió atemorizarlo cuando girando sobre si para ponerse de pie casi cae al vacío en lo más alto de un risco montañoso. Pudo observar los árboles extendiéndose como si no fuesen más que pastizal debajo de él.

Una vez de pie estiró su columna, bostezando.

«Bueno, por lo menos quien me dejo abandonado aquí a mi suerte se tomó la molestia de ponerme mi disfraz para la Halloween», pensó Vilka. «La última vez que estuve a un lugar parecido no me fue del todo bien».

La tenue luz de dos velas estaba a punto de extinguirse una a cada lado del órgano. Vilka se acercó con cautela, envuelto una extraña sensación de asombro.

«Será que... No... ¿Quién pudo haberlo vuelto a armar? Ahora que lo pienso, tuve un sueño muy extraño anoche en el que escalaba una montaña que parecía tener la forma de un rostro. Algo no anda bien».

Posaba sus dedos sobre los acordes que conocía, pero solo tocaba la nota dominante, mientras en su cabeza un nostálgico recuerdo resonaba con cada tono, invadiendo su alma.

«No deseo nada más que poder vivir una vida plena en Avanet. Cada vez que logro tener algo de paz y poder estar contento sucede algo que eclipsa todo el sol de mi alegría. Entonces, ¿para qué estar vivo?».

Apoyó su cabeza sobre las teclas, un desagradable sonido que retumbó causando un eco que recorrió no solo toda la cueva si no que toda la montaña. Viendo a lo lejos por la ventana al cielo que era la entrada de la cueva contempló un resplandor que caía en picada dibujando un arcoíris en su trayectoria.

«¡¿Una estrella fugaz?!», pensó reincorporándose tan atento como un perro que ve a su amo a punto de lanzarle una pelota. Caminó hasta el borde del risco mirando como se desvanecía el rastro arcoíris.

Desesperadamente buscó una manera de poder bajar de la montaña. Fue entonces cuando descubrió las escaleras con forma de caracol talladas en piedra. Disipando la creciente bruma que lo apenaba se aventuró en busca de la estrella fugaz.

Retorciéndose los ojos con las palmas de las manos como si le ardieran, la radiante luz del sol le obligó a cerrarlos hasta que por fin se adaptaron a la luminiscencia de la naturaleza una vez abandonó por completo el interior la penumbrosa montaña por el camino tallado.

Una vez aclarada su vista se percató de una cosa que jamás se hubiera imaginado: eso no era una montaña. Se trataba de una enorme criatura rocosa, arrodillada en el suelo como si se estuviese esperando a ser decapitada. Los árboles en torno al gigante de piedra parecían haber pasado mucho tiempo secos y sin hojas, muertos.

No tardó demasiado en salir de su asombro y adentrarse entre la frondosa arboleda que se extendía más allá.

Se mantuvo inevitablemente intimidado por lo salvaje. Más aún cuando vio a un grupo de extraños seres que parecían ser humo celeste. A simple vista lucían como mantarrayas. Estos retazos de cielo flotaban sobre un venado muerto. Cuando él se acercó, se espantaron y flotaron hacia lo más alto de los árboles.

Instintivamente movió el cadáver con el pie. Ni un signo de vida. Pero en la herida que se le había propiciado al animal en el muslo, rodeada de sangre seca, florecieron jazmines y moras y césped. El suelo parecía estar brotando de vida sobre lo que ya había perdido la propia.

Cuando se arrodilló a cerrare los ojos al animal, los cuerpos celestes descendieron de los árboles y flotaron en torno a él haciendo que apareciera más y más flora. Las criaturas parecían emitir una risa infantil cada vez que pasaban cerca de Vilka. Y al poco tiempo notó como lo seguían, curiosas.

Andaba canturreando y tarareando melodías muy felizmente en busca del tesoro caído del cielo. Saltaba sobre las piedras y veía al boscoso horizonte que se extendía por todas partes usando su mano para cubrir sus delicados ojos de los rayos del sol. Oía el susurro de las cascadas, perseguía al viento, tropezaba de vez en cuando con las ramas de los árboles. Y lo más importante, nunca perdía el ánimo ni a sus fieles compañeros que estaban tan entusiasmados como él.

Sin embargo, se sentía observado, vigilado en todo momento por una presencia que parecía ser como su sombra. Doblegado por el pavor, decidió echarse a correr, pero se chocó contra una pared de metal no bien dio vuelta la mirada.

Se puso de pie tratando de recuperarse del mareo. Alguien le extendió la mano para ayudarlo.

—Buenos días tenga usted, señor invitado del bosque. Mi nombre es Caballero Júpiter. ¿Con quién tuve el enorme placer de chocar?

Cuando la mirada volvió a la normalidad pudo distinguir la belleza de la armadura del color del cobre que vestía el caballero. Un sol dorado resplandecía en su pecho. Portaba una espada y un escudo redondo fijo al fragmento de armadura que le recubría el antebrazo. Una capa blanca sujeta a las hombreras de metal caía tendida al suelo como una cortina planchada. Y sobre

su cabeza, un casco con forma de pirámide triangular tenía dos largos e imponentes cuernos erguidos.

- —¿Se encuentra bien? —insistió el caballero levantando el visor triangular de su casco.
- —Creo que no —dijo Vilka intentando ponerse de pie por su cuenta, con su mirada completamente desorbitada, sin percatarse de la asistencia que el caballero le brindó. Y entonces, como sintiendo la fragilidad de cada una de sus articulaciones, sus amistosos compañeros celestes lo ayudaron a ponerse de pie.
- —Veo que los Merodeadores Lunares te guardan afecto —dijo el caballero con los puños apoyados sobre la cintura—. ¿Qué lo trae por estos lugares tan inhóspitos?
- —Estoy buscando la estrella fugaz que cayó del cielo —dijo Vilka con aire exhausto, continuando su camino sin darle importancia al caballero. Pero ahora caminaba encorvado, con su mirada fija en la naturaleza que se extendía delante de él como si buscara el mínimo destello de la estrella para usarlo de guía.

En ese momento el Caballero Júpiter, al verlo tan deshecho, intentó tomarlo del hombro para impedir que se adentrara más allá dentro del dominio en tan deplorables condiciones. Pero los Merodeadores Lunares se ubicaron como si fuesen una pared delante de él y no lo dejaron que se acerque.

Fue cuando el caballero de la bronceada armadura intentó desenvainar su hoja que, arrojándose de lo alto de un árbol, un caballero de una idéntica vestidura enchapada en azul lo golpeó haciéndole volar su casco. El Caballero Saturno evadió con suma agilidad la inocente defensa de los Merodeadores Lunares y se acercó a espaldas de Vilka. Con el violento revés de su escudo lo golpeó sobre la nuca, dejándolo inconsciente. Cargó al cuerpo sobre su hombro. Algunas hojas del árbol se desprendieron cuando de un salto llegó a la copa. Se alejó deprisa, corriendo de árbol en árbol con la carga.

El hilo naranja en horizonte se deshacía en las sombras cuando Vilka despertó. Se agarraba la nuca y se quejaba del dolor moviendo su cabeza contra el rocoso suelo de la caverna. Sus ojos hinchados no se tardaron en derramar lágrimas de una angustia que superaba al dolor físico.

Pudo verse reflejado en un trozo de metal recostado sobre la pared. Enseguida se arrastró de espalda hacia el órgano como un animal indefenso y lo trepó haciendo un espantoso ruido cuando se apoyó sobre las teclas hasta ponerse de pie.

—¿Quién...Quién eres tú? —dijo con una temblorosa voz que acompañaba su cara de espanto.

Este caballero de armadura azulada estaba sentado de piernas cruzadas en la punta del risco montañoso, arropado en su capa a causa del viento que revolvía su cabello de plata, contemplando al último hilo del atardecer desvanecerse. Contemplando como la penumbra terminaba por devorar a la luz.

Tomó su casco piramidal con cuernos y se puso de pie sin usar sus manos para ayudarse.

- —Considera que soy un amistoso aventurero. Dejé mi espada a tu lado como garantía de que no te haré el mínimo rasguño —dijo mostrándole la funda de su espada vacía en su cintura—. Soy un Caballero Solar. Mi nombre es Caballero Saturno.
- —¿Hay alguien amistoso hoy en día? Mas bien todo el mundo parece disfrutar burlándose de lo que uno cree, ocultándose detrás de una alegre mascara esculpida con falsedad.

El caballero se puso su casco al percibir, en el tono de voz, la cruel agresividad vengativa que envolvían las palabras. La mirada en el rostro de Vilka era esquiva, acechadora y se perdía en los recovecos oscuros de la caverna.

- —¿En qué difieres tú del resto entonces?
- —Cada vínculo con las personas lo valoro más que a mi vida. Pero creo que esa práctica debería dejarla enterrada, pues, siento que ya no me pertenece y se marchitará si intento mantenerla. Prefiero que muera con dignidad para dejar que esta nueva sensación se apodere de mí —dijo Vilka—. ¿Por qué perder tiempo? Ser egoísta puede ser más beneficioso de lo que parece. Al fin y al cabo, todos moriremos. A nosotros el tiempo nos destruirá.
- —Es un inevitable destino —dijo Saturno—. Si hay fuerza de la que no se puede escapar es a la del paso del tiempo. Pero hay que desenvolverse en el propio tiempo de manera que nunca se desee abandonarlo mientras se pueda respirar. Bueno, eso con lo que respecta a los humanos. Nosotros, los seres de magia, somos invulnerables al paso del tiempo.
- —Puede que el tiempo no te afecte, caballero de hojalata —dijo Vilka acercándose en puntas de pie de una manera siniestra a Saturno—. Pero, ¿qué hay del dolor en el alma? Quizás los seres de magia no mueran de causas naturales, pero cuando el alma es la que sufre de un amargo pesar se ha de volver evidente cuan lamentable es su ininterrumpido paso por el mundo. ¿Qué le retuerce el alma, Caballero Saturno?

El caballero se alejaba con discreción de Vilka.

- —La experiencia adquirida logra intranquilizarme por breves periodos de tiempo. Me temo que mágico o no, todos los seres son víctimas de la experiencia, porque nunca aprendemos; siempre puede que esta vez sea diferente a lo que intuimos, pero en el fondo sabemos no lo será. La calidez bondad de un acto podría transformarse en el peor de los errores. Pero de acumular errores se trata vivir.
- —Interesante —dijo Vilka deslizando los dedos sobre las constelaciones bordadas en su traje—. ¿La vida lo intranquiliza?
 - El Caballero Saturno veía de reojo a su espada, y trataba de acercarse.
- —La degradación de la cordura es lo que me inquieta. Y nadie está exento. El más pacífico de los seres se puede convertir en un impredecible y salvaje animal.

Vilka sonrió. Sus pómulos se enrojecieron sobre sus afiladas comisuras.

—¡Suena divertido!¡¿Por qué vivir demasiado, si igual vamos a morir?!¡Enloquezcamos ahora mismo ya que nada merece la pena! Guiaré a todos bajo mi designio, nadie volverá a burlase de mí.¡Voy a acabar con todos, le ganaré la carrera al tiempo!

Como un feroz torrente acuoso, el Caballero Saturno tomó su espada y golpeó en el medio de la cabeza a Vilka al soltar una maniática carcajada.

Una eufórica discusión parecía estar llegando a su final a la luz de la luna en el risco montañoso.

—No puede ser demasiado tarde para él. En el fondo es una buena persona. Deseo ayudarlo.

—Olvídalo, Leo. No hay manera en la que podamos ayudarlo. La Magia Negra de Ofiuco se extendió por su alma como una maligna enfermedad —dijo el Caballero Saturno. Gwyndolin iba y venía revolviéndose el cabello con nerviosismo. Cuando intentaba decir algo ella sola parecía concluir en que no era una buena idea y cerraba la boca haciendo un gesto con la mano—. ¿Acaso no pusiste atención a lo que te dije? Después de contarte su retorcida visión del mundo, ¿cómo puedes sentir deseos de ayudarlo? No queda nada de lo solía ser. Nosotros nos haremos cargo de aquí en delante del cometido que te encargó el Rey Pájaro. Lo sellaré aquí mismo, esta será su prisión. Es muy peligroso dejarlo libre.

El Caballero Saturno tomó su espada de la empuñadura con ambas manos y la levantó sobre su cabeza mientras un resplandor nebuloso de polvo y gas emanaba de esta.

--¡No conjurarás eso aquí! --dijo Gwyndolin poniéndose frente a la cueva.

Saturno esbozó una sonrisa. La nebulosa se deshizo en un rastro de humo que se perdió en el aire.

—Compruébalo por tu cuenta entonces. Te daré una última oportunidad. Mañana el Rey Pájaro y sus vasallos pondremos fin a esto antes de que pase a mayores —dijo el Caballero Saturno y saltó del risco montañoso perdiéndose entre los árboles.

Gwyndolin pasó las horas recostada en la punta del risco, contemplando las estrellas. Estrellas que para su sorpresa parecían estar difuminadas, temblando como si el viento intentara arrastrarlas. Y de pronto una dulce melodía la invitaba a adentrarse al lóbrego refugio.

Dentro de la oscuridad, los ojos rojos de la serpiente resplandecían amenazantes, mirándola fijamente mientras zigzagueaba descendiendo entre los tubos del órgano. La melodía se detuvo cuando se arrastró sobre los dedos del músico, quien exhaló con satisfacción al sentir la piel de la serpiente rozar sus finos dedos.

Al reconocer su voz se detuvo.

- —Gwyndolin...—dijo Vilka—. ¿Qué es vivir?
- —Ayudar a los demás. Ayudar a todos si es posible. Déjame ayudarte, sé que la estas pasando mal. Eres un ser lleno de luz, víctima de la oscuridad. Esa sensación ajena que envuelve tu cabeza debe detenerse —dijo Gwyndolin un paso antes del umbral de la cueva.

Ella extendió su mano dentro de la penumbra. Vilka le acarició la palma con un suave cosquilleo. Se aferró a ella, tomándola de la muñeca de una manera tosca y bruta, violenta, saliendo de la oscuridad. El colorido ser que emergió fuera del umbral tenía el semblante deformado por una cínica mueca sonriente.

—¿Por qué mejor no te doy una mano yo?

Por más que ella forcejara no conseguía desarmar el apretón al que estaba siendo sometida. El aire entrecortado que jadeaba entre sus dientes salpicaba saliva sobre Vilka. Incapaz de decir nada suplicaba solo con la mirada empapada en lágrimas cuando él caminó arrastrándola hacia el final del risco.

—¿La Magia Blanca puede hacerte volar? —dijo Vilka.

La tomó de la muñeca y la levantó con un brazo fuera de la superficie rocosa. Después de darle un golpecito en la nariz la dejó caer.

El crispante silbido del órgano de tubos retumbó estrepitoso hasta el amanecer del día siguiente.

Como habiendo esbozado su plan en cada nota, Vilka sabía exactamente hacia donde ir. Con un solo toque de su dedo hacía que los Merodeadores Lunares que lo seguían se unieran definitivamente a su causa ahora transformados en manchas de tinta negra que flotaban desparramando polvo como ceniza por donde quiera que pasaban.

—Mis fieles seguidores serán conocidos como Ímpetus Oscuros —festejó.

Se pasaron el día recorriendo los inofensivos prados salpicados de árboles. Dieron con extrañas piedras blancas talladas con sobresalientes rasgos de constelaciones representadas en cada una. En el centro, tenían una cerradura donde se resguardaba cada llave dorada como la de aquella chica. Los pálidos resplandores que emergían de las rocas hasta el cielo como pilares de luz parpadeaban hasta desaparecer cada vez que Vilka quitaba las llaves.

Para cuando la noche los arropaba, Vilka ya había robado cada una de las llaves doradas y las había desparramado por doquier en su errático recorrido hasta el gigante con forma de montaña.

—Lo malo es que no pude encontrar la estrella fugaz —Se lamentó con tristeza mientras subía los escalones de piedra—. No pasa nada. Seré mi propia estrella fugaz. Seré la estrella oscura, ¡seré el Mago Oscuro! —Mientras reía, una estrella negra aparecía en su frente como una quemadura.

Cuando se sentó al órgano de tubos, la serpiente se enredó en sus brazos. Lo miraba fijamente, obligándolo a entonar una siniestra melodía. El placer del sombrío bullicio se fundía en su alma, le invadía los oídos y navajeaba su mente. No podía detenerse. No iba a detenerse. La reverberación del sonido resquebrajaba la roca como si fuese vidrio, y las grietas se extendían como rayones de grafito, desmoronándose en rocas y polvo. Los trozos de roca caían grandes y pesados, y la mismísima caverna parecía estar temblando. El techo se vino abajo como un cascaron partido a la mitad, donde acababa de eclosionar un poderío consumado en oscuridad.

Las estrellas fueron absorbidas por el sonido, pasando por los tubos como blancas corrientes de ríos uniéndose al océano. Se repartieron por la caverna, descendieron por los escalones de piedra, y se filtraron por cada poro. En cada abertura de la montaña salían y volvían

a ingresar. Pronto, el gigante de piedra quedó decorado con guirnaldas blancas que resplandecían en la oscuridad y se le aferraban como un manojo de serpientes. Se reincorporaba con movimientos que parecían de eterna duración a causa de su colosal tamaño. Abrió los ojos, la mitad de su cráneo había sido destruido. Volvió a la vida dominado por el Mago Oscuro.

Para el gozo de Vilka todo el entorno se movía con lentitud en una moción somnolienta. Se agarró de un tubo del órgano mientras reía sin piedad por la cordura. Vio la luna como una moneda de plata antes de que el Coloso se pusiera de espaldas. Y solo entonces se deslumbró con un amplio panorama sobre el que vagaban algunas nubes. Entre toda la diminuta arboleda se distinguían con claridad las luces de la aldea, muy lejana.

«Fanfarroneando en Halloween como si no les importara la humillación a la que son capaces de someter a alguien. Eso pasa hasta con sus muertos, en vez de honrarlos vuelven a sonreír como si nada. La pena no existe en ellos. Nunca están realmente arrepentidos por lo que hacen. Son ratas. No, peor aún, son crías de ratas. Y los trituraré. Si me humillaron fue porque deseaban morir. Les daré una mano con su ferviente deseo».

El Coloso quebraba el suelo a cada paso, aplastando los árboles como si fuesen insectos. Pero su paso tan avasallante se detuvo de súbito cuando el silbido de un ave retumbó en los tubos del órgano y reverberó como si crecieran espinas en los tímpanos de Vilka.

El plumaje del lomo era de un precioso color zafiro, con alas blancas. Como un antifaz, los círculos amarillos que contorneaban sus ojos desprendían dos líneas que se unían en su garganta descendiendo hasta el plumaje con forma de sol que tenía pintado sobre pecho. En una de sus garras llevaba un anillo de piedra con gemas incrustadas de colores reminiscentes a los cuatro elementos de la naturaleza. Sobre su lomo, los Caballeros Solares montaban con sus espadas brillando ante la pálida luz de la luna, y dentro de la corona de plumas en su cabeza, Gwyndolin se aferraba mientras se precipitaban en picada.

El Coloso tiraba manotazos al aire como si se estuviera ahogando en el agudo chillido del Rey Pájaro. Y de pronto, la arboleda se torció en la dirección de la correntada provocada por las alas cuando su majestad se detuvo en frente del gigante. Gwyndolin se asomó. El Coloso estaba de rodillas como si hubiese sido herido. Entonces la efusiva risa que retumbó en la quietud nocturna fue lo suficiente imperativa para obligarlo a ponerse de pie una vez más. El Rey Pájaro evadió con astucia el aplauso que lo dejaría fuera de combate posicionándose de espaldas a la titánica bestia de piedra, pero esto no fue más que una breve acrobacia que permitió a los Caballeros Solares saltar para aferrase a la espalda del Coloso. Sus armaduras se estrellaron contra las rocas salientes cuando aterrizaron con fiereza.

El anillo de gemas resplandecía. El rey arrojaba tajadas de aire afilado imbuido en llamas que estallaban en el cuerpo del gigante, pero no eran suficiente para detenerlo puesto que este solo se sacudía y volvía a poner un pie delante del otro. El anillo volvió a resplandecer y entonces la humedad debajo del suelo brotó humedeciendo la tierra como si hubiese lloviznado y no tardó en pasar de un charco de agua a un rio y de un rio a una inundación oceánica que hizo perder el

equilibrio al Coloso. Hubo otro resplandor en el anillo cuando agitó sus alas hasta que una brisa se transformó en un huracán y este se mezcló con el agua. El Coloso se reincorporó cuando el terreno que lo rodeaba volvió a la normalidad. Pero el agua había desaparecido para crear cinco remolinos acuáticos que lo rodearon. Cada vez se cerraban más sobre este. Los centrífugos espirales de agua desgarraban el cuerpo del Coloso como si fuesen afilados dientes de metal.

Los Caballeros Solares se acercaban a la cabeza del Coloso como si fuesen hormigas.

El Rey Pájaro dejó de batir sus alas para poder reposar sobre el terreno.

- —¡La aldea está muy cerca, tenemos que alejarlo de aquí! —dijo Gwyndolin.
- —Necesito tiempo para que mis vasallos sellen la Magia Negra de Ofiuco—dijo el Rey Pájaro.

Una de las gemas del anillo brilló, y entonces, el suelo en torno al Coloso adoptó la forma de espinas pedregosas que salieron disparadas como alfileres, atrapando sus piernas como dentro de un retorcido amarre de rocosos alambres de púa.

No fue suficiente. El Coloso atrapó al Rey Pájaro. Lo levantó con su puño en alto como si fuese a estamparlo contra el suelo para aplastarlo de una pisada, pero entonces dos afiladas tajadas de viento una con fuego y otra con agua le arrancaron el brazo. Los Caballeros Solares salieron despedidos por el aire como si fuesen migajas, pero la acometida de su rey los salvo de una caída que los dejaría temporalmente fuera de combate. El Coloso no perdió tiempo. A pesar de que se tambaleaba continuó movilizándose hacia la aldea embriagado por la siniestra melodía del órgano de tubos. Sin embargo, el Rey Pájaro se interpuso una vez más en su camino. Los vasallos sobre su lomo levantaron sus espadas al aire. Unidas, desprendían nubes de polvo y gas de cada una transformando su entorno en un espiral galáctico que se apoyaba sobre la punta de sus hojas. Se lo arrojaron con dificultad. La galaxia cortó al Coloso a la mitad y desapareció en polvo estelar poco después.

Discutiendo con Gwyndolin sobre si debían auxiliar a la criatura que controlaba al gigante, el rey no hizo tiempo a evadir el último golpe mientras el Coloso se desplomaba, derrotado. El violento impacto de su puño lo alejó del lugar. Chocaba contra el terreno y revotaba, y arrancaba los árboles y se desparramaba por el suelo hasta que se detuvo al estamparse contra una lejana montaña.

Cuando recupero la conciencia no había rastro de los Caballeros Solares, solamente de Gwyndolin, quien yacía lastimada debajo de un ala.

- —Estas muy mal herido —le dijo.
- —Quítame el anillo y vámonos. Guárdalo muy bien. No voy a resistir mucho más, mis órganos están colapsando.

Pudo haber sido un anillo con gemas incrustadas para el rey, pero en las manos de Gwyndolin era un robusto brazalete de piedra con hendiduras vacías.

—¡No puede ser, las gemas se perdieron!

- —Eso ya no importa... Hazles saber que su rey y sus caballeros cayeron en combate como auténticos héroes.
- —No quiero volver. Sería muy peligroso dejarlos a la deriva, no estamos seguros de lo que pasó con él, ni con Ofiuco. ¿Crees que murió aplastado por los restos del Coloso? —dijo Gwyndolin.
- —Muerto o no, todavía percibo la Magia Negra. Aunque debilitada, parece estar multiplicándose.
- —¡Conjura un hechizo para proteger la aldea, no tenemos tiempo que perder! —dijo Gwyndolin con sus ojos entre lágrimas—. Si no, lo haré yo misma.
- —Déjamelo a mí, tengo algo especial en mente. Pero mi cuerpo no lo resistirá, estoy demasiado herido. Protege a esa aldea, no sabemos de lo que sea capaz el Mago Oscuro.

El sol se estaba despertando mientras el Rey Pájaro volaba con lentitud, apenas pudiendo agitar sus alas. La brisa acarició la mejilla de Gwyndolin haciéndola rendirse de cansancio aferrada al mullido manto de plumas.

LEO \(\delta \d

No había mucho lugar en la casa, así que sus padres lo mandaban a dormir al establo que tenían al lado donde la Guarda Azul dejaba a sus caballos pasando la noche. Todos los días Lush se despertaba por accidente cuando los caballos lo mordían sin querer, porque él dormía sobre los bloques de alfalfa y muchas veces sus pies o sus brazos o alguna parte de su delgado cuerpo resultaba víctima de un mordisco desagradable. Eso era lo único malo.

Por lo demás, tenía todo lo esencial al alcance siempre y cuando no faltara nada en la casa pues sus padres por algún desconocido motivo no podían abandonar el espacio entre esas paredes. Eran sujetos rutinarios. Siempre le decían lo mismo, con los mismos gestos, con el mismo tono de voz y a la misma hora.

Las remendadas mangas largas de su camisa gris estaban cubiertas por el desgastado tapado celeste que vestía. Por su mirada cansada y su graso pelo negro parecía que, no importarse cuando lo vieran, siempre daba a pensar que pudo haberse levantado de la siesta hace algunos minutos. Las botas de cuero viejo que llevaba puestas exageraban un poco el tamaño de sus pies y daban la extraña sensación de que sus pisadas eran más pesadas de lo normal, pero en realidad le quedaban cómodas.

Ding-ding-dung-dang-tin-tun sonó el xilofón que tenían como timbre.

Lush levantó la cabeza de su tazón de yogurt de vainilla con cereales abriendo los ojos bien grandes. Sus padres explotaron como si fuesen dos nubes con la espontaneidad que lo hacen los fuegos artificiales.

Lush atendió la puerta, aunque ya sabía de quien se trataba por esa divertida melodía además de lo que sucedía con sus padres cuando Gwyndolin lo pasaba a buscar por su casa.

—¿Tan temprano? —dijo Lush bostezando mientras se desperezaba.

El cabello de Gwyndolin, que llegaba casi hasta el suelo hasta que se ondulaba en sus terminaciones, como abultada lana de un blanco reluciente como el de una hoja de papel al igual que las pestañas en sus ojos almendrados, y sobre esa albina cabellera posaba una diadema negra con forma de moño. El jardinero anaranjado que vestía le colgaba de un hombro. La camisa blanca se veía arrugada y con el cuello mal acomodado, y algunos botones mal abotonados. Llevaba un colgante donde pendía una llave dorada.

—¡¿Listo para ponernos manos a la obra?! —dijo Gwyndolin con tanto entusiasmo y alegría que su sonrisa le quedó como petrificada involuntariamente en el rostro esperando la respuesta de Lush.

Gwyndolin era un poco más bajita que él, y caminaba cargando un cofre de madera. Lush, como siempre, se había ofrecido a llevarlo por ella, pero no hubo caso. En cambio, esta vez Lush tuvo que cargar con un cartel de madera en forma de una mano señalando un lugar con una inscripción escrita con tinta negra.

- —Como te decía, creo que Donald pudo haberse metido en el bosque. Le es difícil mantener la cabeza fría cuando le pasa eso —dijo Gwyndolin.
- —Tal vez se pudo haber escapado de alguna de las expediciones guiadas al bosque dijo Lush.
- —Mira, ¡parece que están preparando la siguiente caravana para salir a buscar recursos con los mercaderes! —dijo Gwyndolin señalando a un puñado de Guardas Azules que parecían estar acondicionando los carruajes—. Voy a preguntarles.
- —No, Gwyndi —dijo Lush intentando agarrarla antes de que corriera hacia ellos, pero su mentón choco con el cartel cuando quiso levantar los brazos —, ¡espera!

Los Guardas Azules vestían un gaban de un azul marino con botones plateados y llevaban un cañón colgando de una correa en la espalda.

Uno fue atormentado por un sorpresivo susto al darse vuelta y ver a una chica de pelo blanco corriendo hacia ellos. De un grito, disparó su cañón y una red envolvió a Gwyndolin como si fuese una enorme y pegajosa telaraña.

- —¡Ah, quítenme esto! —dijo Gwyndolin tironeando la red, pero esta tenía esferas de metal en las puntas que la dotaban de un peso muerto que no dejaba escapar a sus presas.
- —¡Eso es lo que obtienes por asustarme así, niña! —dijo de una sobresaltada manera el Guarda Azul mientras se levantaba del suelo—. Me disculpo, me disculpo, esa tampoco es la manera de dirigirme hacia ti, sé que no fue tu intención.

Los demás la ayudaron a quitarle la red. La volvieron a enrollar.

—¿Donald? —dijo el Guarda Azul recargando el cañón—. Si, lo estamos buscando hace tres días. Una caravana sale esta noche, nosotros seremos la división encargada de explorar más allá de los caminos seguros del bosque. Esperamos poder dar con él antes de la magia del bosque nos afecte.

Se fueron cada uno por su lado, a sus respectivos asuntos.

- —Algún día quisiera poder ser parte de la Guarda Azul —dijo Lush mirando perdidamente al precioso cielo despejado.
- —Es peligroso. Quiero decir, el bosque está lleno de peligros. Y como Guarda Azul tendrás que estar ahí. Y no podré estar a tu lado para protegerte.
 - —Es una tarea peligrosa. ¡Quizás puedas darme tu colgante de la suerte!

—¡Ni en sueños! ¡Consigue tu propia llave dorada de la suerte! —dijo Gwyndolin aferrando su mano a la llave dorada.

Reanudaron su camino por un atajo.

Entre las casas enfrentadas por los caminos que conducían a la Plaza de los Mercaderes había un arco de piedra sobre el cual descansaba una torre con un enorme reloj.

Algunos aldeanos estaban tirando rupias verdes, los de menor valor, en la fuente para pedir sus deseos. Uno se sonrojó al ver como la chica frente suyo arrojó su rupia al mismo tiempo cuando sus ojos se encontraron.

Algunas casas se alzaban en piedra, y otras en madera. Estaban tan pegadas una a la otra que algunos tejados parecían ser una sola pieza irregular donde a veces el moho se contagiaba. Pero los colores de esa arcilla tan trabajada colmaban a la aldea de tonos morados, ocres, verdes acuosos y rosados y azules marinos y rojos que eran como la última luz del atardecer.

Algunas casas tenían más de un piso e inclusive venían acompañadas de su propia torre con telescopios que sobresalían de las ventanas. Las chimeneas de hojalata parecían haber salido del plano de un carpintero que no hizo más que garabatos.

El césped intentaba escaparse de las adoquinadas calles. Muchos arbustos invadían las calles y las enredaderas crecían con tanto salvajismo como se lo permitían los pueblerinos que de vez en cuando se ocupaban de los jardines. Algunos de los faroles de luz en los caminos pedregosos se perdían entre los delgados árboles. Los banderines de colores zigzagueaban las calles.

Esquivando carretas aquí y allá, pronto arribaron a la Plaza de los Mercaderes para una nueva jornada de arduo trabajo.

Lush sostenía un cartel de madera fuera de una puntiaguda carpa purpura con dibujos de soles y lunas y constelaciones. Lo giraba, y jugaba con el cartel. Se lo hacía notar a la gente que pasaba como seduciéndolos a entrar de la manera más inefectiva posible a pesar de que esa no era su intención. En el cartel podía leerse: Tienda de la Fortuna.

Para su sorpresa alguien se atrevió a conocer su fortuna. Hizo un gesto cortes levantando la cortina de la carpa para que el tímido cliente de anteojos cuadrados pudiera entrar.

Solo hubo oscuridad una vez que Lush dejo caer la cortina. Sin embargo, a los pocos pasos el cliente se chocó con lo que pronto se daría cuenta era un banquito de madera.

Fiumm-fiumm-fiummm... Phssss.

El fuego ardió en la cerilla.

Dos velas rojas se encendieron sobre un cráneo partido a la mitad. Al otro lado de la mesa de madera estaba sentada la adivinadora. Llevaba un viejo y puntiagudo sombrero de gamuza color violeta oscuro sobre sus cabellos blancos, adornado con lo que parecía un ojo naranja con una fina pupila como la de un gato, rodeado por un cierre grueso como si imitara una sonrisa.

- —Bienvenido a la Tienda de la Fortuna, desafortunado invitado— dijo Gwyndolin colocando una baraja de cartas sobre la mesa—. Comencemos, ¿de acuerdo? —añadió con una siniestra sonrisa casi irónica.
 - —M-Mi nombre es Candyman, soy el dueño de la Tienda de Caramelos.
- —Ah sí, se quién eres, desafortunado invitado. Me compre todos los tubitos de azúcar, no pienso compartirlos con nadie más que con Lush —dijo Gwyndolin comenzando a mezclar la baraja de cartas.

La adivinadora sacó un trozo de papel y una pluma y un tintero debajo de la mesa. Verifico que la tinta siguiera fresca haciéndose un garabato en la mano. Garabateó el mismo símbolo que tenía en su llave dorada sobre la palma de su mano. Deslizo los dos objetos para que Candyman los tuviera al alcance.

—Primero, escriba en la hoja su pregunta —dijo Gwyndolin.

El pulso de Candyman temblaba, como si cada letra que escribía acercara más a una crisis nerviosa. Bastaba con que solo él entendiera lo que escribió, así que la adivinadora no se molestó demasiado en advertirle nada. Seguía comiendo tubitos de azúcar mientras esperaba.

- —¿Ahora qué? —dijo Candyman, quien ahora lucía un poco más pequeño que cuando había entrado a la tienda.
- —Mezcle las cartas, y corte la baraja con la mano derecha. Extienda el montón de cartas delante mío de derecha a izquierda, y seleccione tres —dijo Gwyndolin inclinando la cabeza de modo que sea el ojo del sombrero quien viera a su cliente.

Candyman hizo como se le indicó.

- —Bien. Ahora yo voltearé las cartas. Comenzaré por la izquierda, la cual simbolizará todo lo que tienes en contra, Candyman.
 - —¿El sol? ¿Qué significa?
- —Que lamentablemente no encontraras luz al final del camino —dijo Gwyndolin sonriendo—. Continuemos.

La carta a la derecha, representando todo lo que tenía a favor, fue la carta de la templanza.

- —Autocontrol. Si...Siempre es bueno tener algo de autocontrol. ¿Tienes autocontrol, Candyman? Dime que te trae a la Tienda de la Fortuna antes de que la carta central nos revele el resultado.
- —Creo que... sin querer... e-este... —dijo Candyman deliberando con unos cómicos gestos en sus manos—. Digamos que sin querer hice un pacto con el diablo. Pero fue una broma. Cero que le dije que prefería vender todos mis dulces y a cambio haría lo que fuese, como quedarme enano, por ejemplo, más enano que un niño.

Gwyndolin soltó un aire que pudo haberse traducido en un intento de explotar de risa, pero se contuvo. Y después, suspiró, aliviada.

—Entiendo. Y el diablo te escuchó, ¿no lo crees? Todos los niños estaban felices comprando dulces. Pero bueno, mira el lado positivo, vendiste todo. Ahora tendrás que esperar a la próxima expedición para conseguir recursos con la Guarda Azul.

Gwyndolin se tronó los dedos.

—Muy bien, aquí vamos con la carta del medio. Esta es la carta de la resolución.

La carta del mago salió invertida en medio de las otras dos.

La adivinadora se hizo para atrás con su boca abierta, asombrada por el impacto de aquella revelación. El sombrero de gamuza violeta casi se cae de su cabeza.

- —¿Qué es? ¿Qué es? —insistió Candyman.
- —Lo que me temía, Candyman. Cuando una carta sale al revés su significado se interpreta de otra manera. Bien pudo haber sido un símbolo de libertad, posibilidades infinitas y cosas así. Pero que este invertida no deja de ser atribuido a las cosas buenas, pero si a la manera en la que se llega a ellas. El mago invertido actúa de manera irresponsable y tanto sus métodos como sus actos son impropios.

Candyman metió su cabeza entre sus manos y se encogió una vez más como una prenda después del primer lavado.

- —Pero yo no quería...yo no quería...
- —No importa, Candyman. Podemos solucionarlo. Deje que hable con mi sombrero.

La adivinadora cerró sus ojos y murmuro por unos breves momentos.

- —Si. La solución será ir en la siguiente caravana al bosque. Usará a la Guarda Azul para que lo lleven al bosque y cuando ellos se distraigan usted salga a correr. Corra hasta que naturalmente quede inconsciente y olvide sus memorias, o parte de ellas.
 - —Pero, ¿cómo voy a volver? Si la Guarda Azul no me encuentra...
- —Lo encontrarán. No hay nada que la Guarda Azul no encuentre más allá de la frontera del bosque. O como mucho un Akamata lo encontrará a usted primero y bueno... Cualquier cosa le vale— dijo Gwyndolin recogiendo las cartas.
- —D-D-De acuerdo entonces. Parto esta noche —dijo Candyman con una voz temblorosa—. Me alivia saber que hay una cura para mi... maldición... cosa...algo.

Quemó con la vela el papel donde su cliente escribió su pregunta mientras lo veía salir. Para entonces, Candyman era apenas más alto que los banquitos de madera donde se habían sentado.

Lush se asustó al ver como la cortina de la tienda se corrió por sí misma.

—¡¿Quéee?! —dijo al ver al pequeño Candyman caminando con su ropa arrastrándose por el suelo.

La mañana continuó y dio paso al mediodía. La adivinadora y su asistente ayudaron a los pueblerinos con su fortuna. Ya sea por desafortunados o afortunados, las cartas les aclararon su panorama.

—Todavía nos faltan doscientas rupias —dijo Lush un poco frustrado contando las rupias.

—No te preocupes, las conseguiremos de cualquier manera —dijo Gwyndolin guardando el sombrero en un cofre de madera.

El interior del cofre estaba casi vacío. Ahí dentro solo se guardaba el sombrero de la adivinadora y un brazalete de piedra.

«No, todavía no. Es muy pronto para que él tenga su amuleto de la suerte. Si lo pierde podríamos estar en serios problemas», pensó Gwyndolin al verlo.

Lush guardo el cartel de la Tienda de la Fortuna dentro de la carpa.

—Trabajamos mucho por hoy, ¿no te parece? —dijo Gwyndolin desperezándose. Pero antes de que Lush pueda decir nada...—. ¡Una carrera al otro lado del puente, el que pierde prepara la cena!

Corrieron por las calles adoquinadas esquivando a las carretas que trasportaban mercancías y a la Guarda Azul que deambulaba de servicio, pero como haciendo tiempo. Algunas Tiendas estaban siendo decoradas con calabazas para la próxima celebración. Llegaron a una de las salidas de la aldea. Una salida en la que no custodiaban guardias cerca de la frontera del bosque, puesto que no muy lejos, un rio cruzaba debajo del puente jorobado que se unía al siguiente extremo del terreno donde el bosque continuaba.

Sin importar el empeño que Lush demostrara, Gwyndolin era más rápida. Aunque en cierta forma era preferible llegar en segundo con tal de apreciar como esos cabellos blancos se agitaban con el viento.

—¡Será mejor que pienses que me vas a cocinar esta noche, Lush! —dijo Gwyndolin a mitad del puente.

Un anciano estaba sentado sobre el césped al otro lado. Parecía estar teniendo su propio picnic. Disfrutaba de tener la mirada perdida en los árboles y más allá de ellos. Estaba tan tranquilo que los pájaros caminaban, saltaban, y revoloteaban jugando entre si alrededor de él.

Un grupo de Guardas Azules a lo lejos parecía hacer de cuenta que el anciano no estaba ahí, pero no por eso dejaban de vigilarlo, por su propia seguridad.

—¡Oye, Donald! ¿Dónde te habías metido, anciano? Pensamos que los Akamatas te habían capturado —dijo Gwyndolin sentándose repentinamente al lado de él.

Llevaba una camisa celeste desprendida con un patrón de palmeras. Si bien sus facciones estaban arrugadas, y sus ojos eran como dos líneas debajo de sus peludas cejas, aun podía transmitir alegría. La sonrisa de Donald se dibujó en su abultada barba.

- —Mmmm —murmuró Donald—. Tuve otra vez uno de esos días, ¿sabes? Pero por suerte pude recomponerme a tiempo —dijo sirviéndole algo para tomar a sus invitados.
 - —¿A qué se refiere con uno de esos días, señor? —preguntó Lush.
- —Me refiero a los días de depresión. A veces solo quiero dormir. Dormir y dormir. Durmiendo puedo soñar los retazos de mi vida que me hacen feliz. Recuerdos que no puedo describir, porque no sé cómo. Pero cuando sueño con ellos es como si los viviera de nuevo por completo —dijo Donald.

Lush asentía a cada palabra con mucha atención, como si estuviera descubriendo el tormento que los recuerdos vividos podían provocar a la mente.

—Es por lo de aquella otra vez, ¿verdad? —dijo Gwyndolin con un tono melancólico, aceptando lo que Donald le ofreció.

Donald suspiró mirando al bosque.

- —Pasó hace cincuenta años. Mi querida nieta y yo solíamos venir aquí cada mañana. Pero un día, ella decidió ir al bosque para pintar un retrato de la naturaleza. No la he vuelto a ver desde entonces. La Guarda Azul no dio con ella. Pueden fallar, no los culpo en absoluto. Pasaron semanas buscándola. Aún tengo la esperanza de que vuelva, por eso la espero aquí todas las tardes.
- —Si, ella regresará. El corazón siempre encuentra el camino —dijo Lush recostándose en el césped.
- —No podría estar más de acuerdo. Definitivamente —dijo Gwyndolin jugueteando con la cadena dorada de su colgante mientras arrancaba pastitos del suelo—. Te deseo mucha suerte, Donald.
 - —Cuenta con nosotros —agregó Lush.

Los pómulos de Donald se enrojecieron mientras reía y una lagrima recorría su mejilla.

Entre risas, y anécdotas, y chistes de Lush sobre lo lento que era porque casi nunca podía ganarle a Gwyndolin, y anécdotas que se le ocurrían a Donald al verlos tan llenos de vida, pasaron las horas hasta el atardecer.

Podía observarse un tumulto de Guardas Azules muy a lo lejos.

- —Parece que se van de expedición —dijo Donald poniéndose de pie—. Será mejor que volvamos.
- —Así es, así es —dijo Lush sacudiéndose el pasto de su ropa con aire de distraído sintiendo que Gwyndolin lo estaba mirando.
- —¡No te hagas, te toca cocinar! —dijo Gwyndolin girándole la cabeza con sus manos como si fuese un juguete.

Gwyndolin y Lush corrieron de regreso y vieron partir a los expedicionarios.

La soldadesca Guarda Azul partió al atardecer. Iban en caravana, montando los caballos, siguiendo una formación ovalada alrededor de los carruajes enganchados unos a los otros como una masiva oruga de madera donde los mercaderes eran transportados, tironeados por un grupo de sementales entrenados para tal motivo. Detrás marchaba la custodia, o guías para el caso, o grupo de personas de gabán azul tan conscientes de su tarea que la severa magia olvidadiza del bosque tardaba un poco más en afectarles, y si así lo hiciera, siempre había algún miembro de la Guarda Azul para avispar a otro. En el mejor de los casos.

- —¿Por qué tan inquieto, Candyman? —comentó uno de los comerciantes.
- —¿Asustado por los rumores de los Akamatas? Son solo eso, rumores. Creo que empiezo a olvidar a que venía, será mejor que nos apuremos. Te noto más... ¿pequeño?

Pasado un rato, mientras sus compañeros dormían una siesta y roncaban y balbuceaban y se babeaban, Candyman abrió con todas sus fuerzas la puerta. Corrió entre las patas de los caballos. O más bien se escabulló hasta perderse en el bosque.

Hilda era una vieja escuálida con una torcida nariz de tucán adornada con una verruga, y maquillaje, y uñas postizas pintadas que se notaban desprendidas de la uña original. Llevaba colgantes, y aros purpuras, y sus dedos esqueléticos repletos de joyas de imitación. Caminaba encorvada, envuelta en un fino tapado de satén color morado, con un bolso negro colgando de su antebrazo. El poco pelo que le quedaba lo disimulaba con un rodete alto en forma de hongo.

La gente que iba y venía trataba de no prestarle demasiada atención. Ella los miraba con desprecio. Unos tipos de la Tienda de Fruta murmuraron a sus espaldas.

- —¿Por qué camina como un animal en dos patas? —dijo uno que se secaba el sudor con un trapo.
- —Porque sus joyas son muy pesadas y si caminara normal podría dislocarse los hombros —dijo riendo un tipo mientras exprimía una naranja—. En cualquier caso, ¿para que quisiera erguirse? Está más cerca de la tierra, si sabes a lo que me refiero.

Los niños correteando con sus disfraces para Halloween le disgustaban. La necesidad de darles un cachetazo cuando pasaban demasiado cerca de ella le incendiaba el pecho, pero sus manos eran ya demasiado débiles.

Gwyndolin y Lush estaban pegados como moscas a la vidriera de la Tienda de Alhajas.

—Quiero ese, este, este otro. ¡Ah! Mira, Lush, mira ese colgante. No, no, prefiero mi colgante. Esto —dijo moviendo la cadenita de su colgante—, es oro real. ¡Que anillo más precioso! ¿Sabías que hay gemas con poderes elementales? Si encuentro una en el bosque te la voy a traer.

Lush suspiro y el vidrio se empañó con la silueta de su rostro.

- —Si tú tienes suerte, entonces yo tendré algo de esa suerte si estoy contigo —dijo Lush sonriendo—. Todavía nos faltan algunas rupias más para comprar las entradas para el teatro, así que necesitaremos suerte y paciencia.
- —Y si no conseguimos las entradas, siempre podemos subir por el techo —dijo Gwyndolin con una maliciosa mirada apretando los dientes—. Junk sabe un camino sobre los tejados hasta llegar al teatro.

Hilda ingresó a la Tienda de Alhajas empujando la puerta con dificultad. Bueno, no entró por sí misma, Lush fue quien la ayudo con eso.

—Hilda, ¿no le darás las gracias? Vieja decrepita —dijo Gwyndolin.

Con mucho esfuerzo, Hilda giro la cabeza con una ceja levantada.

—¡¿Qué dijiste?! —dijo con una voz chillona.

Gwyndolin se puso pálida, pensó que no iba a ser escuchada, o pensó que lo que dijo en verdad lo estaba pensando, pero quizás pensó en voz alta sin darse cuenta, y...

—¿Me podría prestar cien rupias? Es para ir a ver la función de Halloween en el teatro —dijo Lush con aire nervioso ubicándose en frente de Hilda de tal forma que no viera a Gwyndolin.

Dentro de la tienda, Zadia caminaba de un lado a otro. Parecía estar buscando en todos los muebles, y en todos los maniquíes, y revisando todos los estantes y todas las cajas.

—¿Qué se te perdió? —preguntó Gwyndolin jugando con un tubito de azúcar en su boca. Zadia no le prestó atención—. No, en serio. ¿Puedo ayudarte? —Se apoyó sobre el mostrador de vidrio—. Hilda parece estar enfurecida —le susurró haciéndole un gesto en dirección a la puerta, donde Lush todavía trataba de salvar la situación.

El ruido de los tacones Zadia yendo y viniendo eran cada vez más intensos. Los volados de su vestido de color zafiro iban de acá para allá contraponiéndose a sus movimientos. Zadia podía ser muy alegre, muy serena, muy tranquila, pero parecía transfigurarse en una persona completamente diferente conforme la anciana refinada se acercaba. Sus cejas ligeramente levantadas, su semblante tenso y su boca con sus labios tirados hacia atrás demostraban un gesto de dolor como si resistiera un calambre en silencio.

Hilda comenzó a dar golpecitos con sus dedos sobre el vidrio como si su paciencia se agotara. Gwyndolin la miró de arriba hacia abajo e hizo un gesto de escalofrío. Lush se sumó sin hacer ningún ruido brusco, casi en puntitas de pie, al notar que la conversación ya había empezado.

—Esta es la cuadragésima vez que vengo, Zadia. ¿Dónde está mi collar de perlas de oro? Zadia miró a Lush. Su respiración se agitó, y empezó a juguetear con las tarjetas de presentación de la Tienda de Alhajas.

- —P-Podem... Puedo explicarlo, señora Hilda. E-Este...
- —¿Otra vez le echaras la culpa a los mineros? O acaso esta vez dirás que un Akamata se comió el oro que estaban refinando y acabó con todo el personal, o que la Guarda Azul confiscó los minerales. Te dije que clausuraría este lugar si me volvías a fallar, Zadia. Ya tengo mi vestuario planeado para Halloween, pero hay un accesorio faltante, y por lo visto no va a llegar —dijo mirando a su alrededor, al techo, a los maniquíes, a todas las gemas—; Te metiste con la persona equivocada! —dijo Hilda tirando de un manotazo las tarjetas de presentación.

Al ver como Zadia podía desmayarse en cualquier momento Lush decidió interrumpir.

- —Yo sé dónde conseguir oro, señora —dijo frotándose la nuca con la palma de la mano.
- —¡¿Si?! —dijo Hilda con el ceño fruncido—. ¿Dónde, joven muchachito? —dijo como si el incendio de su temperamento hubiese sido extinguido, convenientemente, de repente.

Lush hizo unos gestos raros con sus manos tratando de inventarse algún camino super secreto que la llevaría a la mina de oro más segura, más cercana, más prospera, más brillante y...

—Sabemos un camino —dijo Gwyndolin tironeando el tubito de azúcar fuera de su boca—. Pero nos tendrá que acompañar, solo a usted los Guardas Azules la dejan en paz si quiere cruzar la frontera del bosque.

Zadia quiso decir algo, pero Hilda extendió su mano como tapando su cara.

- —Bien. En marcha entonces, mis queridos niños.
- —Solo con una condición —dijo Lush—, no trataras con tanto desprecio a Zadia ni a nadie más en el pueblo, ¿trato?

Hilda miraba de arriba esa engreída cara de Lush al verse en una posición ventajosa. Sus pómulos casi revelan su desprecio, pero finalmente aceptó.

Gwyndolin y Lush le guiñaron un ojo a Zadia antes de retirarse.

Estaba atardeciendo. La Guarda Azul deambulaba en las salidas de la aldea. Algunos de ellos aguardaban en el bar a que su turno llegara, otros caminaban junto a sus caballos por las onduladas calles adoquinadas. No había intenciones violentas en ellos.

- —¿Alguna vez algún Akamata logró ingresar? —preguntó Nogro, un guardia que llevaba su casco puntiagudo tapando su vista puesto que era algunos talles más grandes que su cabeza.
- —Últimamente no. La última vez fue hace doscientos años, dicen. El mismo día en que el Rey Pájaro y el Coloso se enfrentaron, bueno, eso dicen, y la gente dice muchas cosas —dijo Ogro guardado un trozo de jamón dentro del gabán azul.

Ambos guardias enderezaron su postura con determinación cruzando sus lanzas para bloquear la entrada al bosque.

Nogro, con la vista cubierta por el casco levantó la cabeza para poder mirar sin tener que soltar su lanza.

- —Lo sentimos. Las visitas al bosque no están autorizadas hasta pasado Halloween. Ya nos hemos provisto lo suficiente. Aguarde hasta la siguiente expedición.
- —N-No, Nogro... Ella es Hilda. La señora solo da breves paseos cerca de la frontera hace décadas, ella sabe cómo cuidarse —dijo Ogro, y le susurró por lo bajo—: mejor si el hechizo del bosque la noquea.

Hilda les suplicó, inclinándose con dificultad.

- —Estos chiquillos vienen conmigo ¿Habrá algo que se pueda hacer para que me dejen llevarlos a dar un paseo? Son mis sobrinos lejanos, lejanos, muy lejanos.
- —¿Cuáles chiquillos? —dijo Ogro mirando para todos lados con su mano sobre la frente como cubriéndose del sol.
 - —Estos que están aquí —dijo Hilda volteando a presentarlos.

Retorció sus dedos como si atara un torniquete al ver que ya no la seguían.

Los guardias se hicieron a un lado y saludaron con un gesto como so Hilda fuese su superior.

Gwyndolin estaba sentada sobre una enorme piedra. Giraba su amuleto de la suerte en su dedo mientras Lush espiaba detrás de un árbol lo que sea que estuviera haciendo Hilda con los guardias, hasta que la vio acercarse.

La anciana levantó una ceja ante su asombro. El resto de esa facción izquierda de su cara se estiró también.

- —¿C-Como lograron…?
- —¡Magia! —respondió Gwyndolin arrojándose de la gran piedra. Lush se asombró al verla aterrizar como si pesara lo mismo que una pluma.
- —No es asunto mío si se escabullen como ratas o no. Ahora, a lo que venimos. Rápido, antes de que sea demasiado tarde, no quiero perder el conocimiento ni que nos encuentren inconscientes aquí— dijo Hilda.

Caminaron bosque dentro. El verde de los suelos se desgastaba a cada paso. Algunos árboles tenían cables amarrados a sus troncos, tensados como si sostuvieran algo en el otro extremo. Cosa que se volvió más evidente cuando el suelo se tornó rocoso e irregular, y de una descendiente pendiente.

- —¿Qué es eso? ¡¿Acaso cayo un meteorito ahí?! —dijo Hilda asombrada de ver el cráter al que estaban descendiendo.
- —Probablemente —dijo Lush pronunciando la palabra con lentitud y no sin menos asombro.
- —El Coloso se encargó de cavar este pozo hace doscientos años, aquel día que todos saben —dijo Gwyndolin examinando los cables que descendían a la mina de oro.

Los cables descendían como venas negras hasta la entrada de la mina. Lush tironeo uno para cada uno, y cuando estuvieron bien asegurados descendieron.

- —¿Y si un Akamata nos espera ahí abajo? —dijo Hilda cuando estuvieron a mitad de camino.
 - —Es una zona segura —dijo Lush—, los mineros la usan.
 - —Solo que hoy tienen el día libre —dijo Gwyndolin.

Hubo un temblor en la tierra y las linternas que colgaban de la entrada de la mina se cayeron.

El camino estaba marcado por unos rieles sobre los que un carro reposaba.

Otro temblor. Lush cargó dos picos dentro del carro

—Después de usted —dijo Gwyndolin acomodándose su colgante—. Lush nos empujará y se quedará montando guardia. ¿Lush?

Lush se había ido, y Gwyndolin salió de la mina a buscarlo, dejando a Hilda esperando. Otro temblor.

—N-N-Niñ... ¡MOCOSOS! —dijo Hilda al ver como el suelo en el umbral de la cueva se agrietaba como una cascara de huevo.

Y así fue. Luchaba con sus brazos para salir de la tierra. Una criatura, mitad humana mitad serpiente, emergió del suelo como un gran brote germinado. Era del tamaño de dos personas paradas una sobre la otra. Movía la roca como si fuesen pilas de papel. A pesar de no tener ojos su entusiasmo se acrecentó al percatarse del temor que emanaba de Hilda.

Los ojos de Hilda temblaban. El Akamata, con la mitad del torso fuera, se acercaba a la ancana, arrastrándose, siseando y gimiendo. Erguida, la serpiente-humano se balanceó sobre ella como si quisiera exprimirle su cuerpo como un trapo viejo y húmedo.

Lo último que Hilda vio esa tarde fue a Gwyndolin y Lush aparecer detrás del reptil, y volverse invisibles cuando se tomaron de la mano.

El nombre del cartero era Kite. Tenía un gorro del mismo color bordó que el resto de su traje con una visera de color negro tan reluciente como sus zapatos. Los pantalones le llegaban solo hasta las rodillas, de manera que los rizos de las piernas los sacaba a relucir junto con sus calcetines con dibujos bordados de hormigas. La misma insignia con forma de sobre dorado la llevaba abrochada en su saco a la altura del corazón y en su gorra. Cargaba toda la correspondencia en un morral de color marrón. Solo él podía saber exactamente que carta dejar y donde dejarla pues cuando metía la mano en el montón de cartas abultadas siempre sacaba la correcta. Sus pasos eran fugaces al ras del suelo, deslizándose sobre sus patines, y con alegría saludaba a todo pueblerino de Avanet como si fuese una celebridad. Y lo era de alguna manera.

El encantamiento que recreaba el recuerdo de que Lush mantenía de sus padres aún no se había desvanecido cuando llamaron a la puerta. Lush se aseguró que las ventanas estuvieran cerradas con las cortinas cubriéndolas.

- —¡Ah! Eras tú, Kite —dijo Lush mirando por la cerradura de la puerta.
- —¿Acaso esperabas a alguien más? —dijo Kite
- —Se me perdieron las llaves, ¿podrías pasarme la correspondencia por debajo de la puerta, por favor?

Puffff... lo que quedaba de sus padres se desvaneció por completo.

- —Buenos días, buenos días, creo que tu amigo te estaba esperando —dijo Kite agachándose a pasar la carta mientras Gwyndolin ponía un corcho en un frasquito de vidrio que traía en el bolsillo de su jardinero.
- —Buen día, Kite. Es bueno verte, ¿mucho trabajo? Me imagino que si —dijo Gwyndolin mirando al morral con cartas—. ¿Está Lush?
 - —Si. Te está esperando —dijo Kite—. Como sea, nos vemos luego niños.

Lush se preparaba mientras Kite se alejaba de la vista de Gwyndolin. Aunque algo llamaba la atención de ella. Esa caja que se movía en medio del camino estaba siguiéndola. Era una caja con las cuatro solapas extendidas al ras del suelo y dos agujeros pensados presumiblemente para espiar.

Lush salió de la casa.

—Creo que esta noche hay cena gratis —dijo Lush con dos boletos en la mano—. Bunni nos invitó a su boda. Mandó una nota extra diciendo que quiere conocer su fortuna.

—¡¡¡Se va a casar!!! ¡Hurra! —dijo Gwyndolin con una ferviente mirada—. ¡Comida gratis! —dijeron ambos felizmente, al unísono.

Horas más tarde, al terminar su día en la Tienda de la Fortuna, ambos partieron mucho más temprano de lo que la invitación aclaraba. Estaban de acuerdo en que querían ver a su amiga Bunni antes de que diera el gran paso, además, tenían que aventurarse en las cartas y necesitaban privacidad.

Los molinos de viento tenían forma de una torre donde una princesa espera a ser rescatada, solo que sin esas terminaciones tan medievales puesto que, en el techo, los molinos tenían un gran cono rojo como si fuese su propio paraguas para los días de lluvia. El moho había avanzado sobre los ladrillos anaranjados de la estructura. Tenían puertas y ventanas de marcos blancos como si simularan ser casas completamente habitables.

Las aspas giraron sin cesar esa ventosa tarde.

Aunque había varios molinos repartidos por las afuera del pueblo, Gwyndolin y Lush se dirigían a uno en particular.

- —¿Por qué Bunni vive tiene que vivir en el molino? —reprochó Lush.
- —Porque es necesario, Lush. Su familia se dedica a trabajar en los molinos que producen energía para Avanet. ¿Quieres un tubito de azúcar? —dijo Gwyndolin mostrándole con su cabeza un tubito con azúcar de color arcoíris en su bolsillo, pues cargaba el baúl de madera con ambas manos.

A medida que se acercaban, el molino crecía y crecía revelando su verdadero porte.

Una yegua marrón con manchas blancas estaba atada a una estaca clavada en el suelo.

Knock, knock... Lush golpeó la puerta.

Bunni llevaba una bincha violeta que parecía hacer que el flequillo recto se quedase estirado hacia abajo de manera que pueda cubrir sus cejas. Sin considerar el flequillo, su cabello rosado era simétrico, llegaba hasta la altura de su mentón y de alguna forma le hacía parecer que llevaba un casco puesto todo el tiempo. Y si el viento soplaba, los pelos rosados se batían, pero pronto volvían a su posición. Vestía un vestido corto sin mangas, con franjas de distintas tonalidades de rosa. Llevaba una pulsera de flores en su muñeca.

—Muy bien, Bunni. Como te prometí, vinimos a revisar tu fortuna —dijo Gwyndolin frotándose las manos— ¿Dónde me puedo ubicar? —agregó mirando alrededor sobre el hombro de Bunni.

Bunni se encorvó como evitando hacer contacto visual con ellos. Sacó la mano del picaporte y sin darse cuenta comenzó a rascarse el hombro. Suspiró.

—Y bien..., ¿nos dejarás pasar? —dijo Lush.

No entendieron lo que Bunni murmuró, pero supusieron que fue algo afirmativo debido a que la vieron hacerse a un lado y caminar dentro de la casa. Gwyndolin notó que arrastraba los pies como si caminara con el peso de una mochila invisible.

Los padres de Bunni no estaban en la casa-molino. Se sentaron en una mesa rectangular, al lado de una chimenea apagada hace varios meses.

—¡Así que finalmente te vas a casar! —dijo Gwyndolin mientras se colocaba el sombrero puntiagudo de gamuza violeta.

Bunni dejó escapar una risita forzada.

—¿No eres muy chica para casarte? Eres apenas más grande que nosotros —dijo Lush. Supo que no tenía que decir más luego de la malhumorada mirada que le arrojó Gwyndolin.

La adivinadora le dio la baraja de cartas, un papel, tinta y la pluma luego de explicarle el procedimiento.

Bunni mezclaba con pereza sin despegar la mirada de la mesa, algunas cartas se le caían de la baraja y otras quedaban desacomodadas como si fuesen un puñado de plumas de gallina. Gwyndolin la miró con una ceja levantada.

- —¿Estas bien, Bunni? —dijo al verla distraída jugueteando con la pluma.
- —Mis padres me obligan a que me case con el hijo del alcalde para que mi familia deje de trabajar en el molino.

Bunni se levantó de la silla y comenzó a caminar de un lado a otro. Acariciaba las flores en los coloridos jarrones que tenían por masetas. Se detenía a mirar como los engranajes en el techo se movían junto con las aspas del molino indicando que al menos era un día ventoso. Se agachó a observar lo que parecía ser la cucha de un perro debajo de una mesa de madera, pero del perro no había rastro alguno.

- —Desearía poder ver a Norman una vez más —dijo Bunni—, él sabría exactamente que decirme.
 - —¿Qué pasó con Norman? —dijo Lush sacando los libros de la biblioteca.
- —Al poco tiempo de unirse a la Guarda Azul perdió la memoria por completo escoltando a los mercaderes en una expedición. Lo único que lograba reconocer era a su perro. Yo se lo cuidé desde entonces y de vez en cuando lo llevaba a visitarlo. Con el tiempo, la enfermera lo dejó salir a caminar a condición que de su mascota y yo lo acompañásemos. Algo llamó la atención del perro en la parte del lago que se mete en el bosque, y saltó al agua a investigar. Norman se arrojó a rescatarlo. La corriente los arrastró bosque adentro. El Guarda Azul no dudó en seguir el rio y yo lo seguí. Me desmayé al poco tiempo. El Guarda Azul nos sacó a los tres del bosque, pero Norman y su perro ya se habían…a-a-ahogado. Desde luego que la historia la recreamos con los retazos que el Guarda Azul y yo recordábamos. Era su primer día de servicio me dijo.

Hubo silencio. Algunas lágrimas comenzaron a brotar de los ojos de Bunni, y solo entonces Gwyndolin se levantó de la silla arrastrándola a propósito. Eso hizo que Bunni se irritara y levantara la mirada. Entonces, Gwyndolin atrapó una de las lágrimas de Bunni en un frasquito de vidrio.

—¿Para qué hiciste eso? —dijo Bunni secándose los ojos con sus manos.

- —Creo que podré hacer un truco de magia si nadie nos está mirando. Tenemos que volver al lugar ese, pero de verdad nadie puede verme hacer ese truco de magia —dijo Gwyndolin guardando sus cosas en el baúl.
- —Si Kite ha repartido la invitación por toda Avanet no hay vuelta atrás —dijo Lush sacando los libros de la biblioteca para apilarlos, cosa que le gustaba mucho.
- —Solo envié un sobre para ustedes. Las demás invitaciones serán entregadas personalmente por mis padres y por el alcalde —dijo Bunni cada vez más entristecida—. Tan solo me falta un año más para mi mayoría de edad para dejar el molino y así poder abrir mi propia Tienda de Sombreros.
- —Entonces qué tal si por accidente todo es un mal entendido y la boda en realidad se lleva a cabo en el bosque con temática de cuento de hadas —dijo Gwyndolin frotándose las yemas de sus dedos con ambas manos.
- —¿Tienes más invitaciones de esas? —dijo Lush en un tono pensativo mientras se acariciaba la barbilla.

Bunni se tomó un momento para subir al ático. Al rato, bajó con una caja sobre la cabeza.

—Aquí están. Estas son las invitaciones —dijo arrojando la caja sobre la mesa—. ¿Qué tienen en mente?

Gwyndolin le señalaba a la yegua que estaba fuera de la casa y asentía con la cabeza esbozando una forzada y puntiaguda sonrisa lunática.

- —No puedo montar a Aldora, no siento que pueda, mi cabeza es un desorden, no me puedo concentrar en nada —dijo Bunni escondiéndose debajo de la mesa.
- —Entonces será un buen momento para que Lush aprenda. ¡En marcha! —dijo Gwyndolin apurándolos a los dos.

Aldora carecía de todo agrado hacia Lush. Relinchaba con un notable desprecio. Corría la mano de Lush con su frente cuando él intentaba acariciarle el hocico. El chico que intentaba ser jinete por un día consideró que podría subirse sorpresivamente si la dejaba en paz por unos instantes, aunque de igual manera necesitaría una silla de montar y eso podría agravar la situación aún más.

Cuando Bunni salió con un bolso lleno de invitaciones fue el momento en que Aldora se hartó tanto que se paró en dos patas haciendo que Lush cayera de espaldas. La violencia de su yegua se desvaneció de repente al verla. Galopó felizmente alrededor de Bunni moviendo la cola como un plumero.

- —Aldora no es una yegua a la que uno se monta, así como así. Aldora tiene que querer ser montada.
- —Aldora, estamos con los minutos contados. Necesitamos hacer un divertido e inocente...engaño —dijo Lush titubeando mientras se sacudía los pastos—. Si, un engaño. ¿Nos llevarías a repartir las invitaciones?

Aldora demostró conocer los caminos, porque a decir verdad su jinete nada podía hacer más que mantenerse aferrado de donde podía para no caerse. Bunni iba detrás agarrada a Lush, todavía un tanto perpleja. Gwyndolin hizo un garabato en todas las tarjetas diciendo que era parte del truco de magia. De alguna manera desapareció con la mitad de las invitaciones que había en la caja.

Algunas invitaciones se desperdigaron por el camino debido tanto al viento como al brusco andar de la yegua. Las personas se acercaban a ver de qué se trataba con mucha curiosidad. Más aún cuando se enteraron que eran las mismas que Kite estaba repartiendo a toda velocidad con aquella chica de pelo blanco a sus espaldas que gritaba cosas como: "La boda de las hadas, ¡Bunni y Didel!"; "¡Señora Elda, tome su invitación, no se lo pierda, solo una vez en la vida!". Y así, sumado al encanto natural del afamado Kite, casi toda Avanet fue invitada a la boda en el bosque. Naturalmente, la Guarda Azul no tuvo de otra que aceptar ser la escolta de los invitados dentro del bosque.

Se rencontraron en la Plaza de los Mercaderes.

- —Ha sido muy divertido hacer unas horas extras —dijo Kite contando las rupias que Gwyndolin le había dado.
- —Eso nos deja sin rupias para el teatro —murmuró Lush, desilusionado. Aunque no tardó en recordar que, como dijo Gwyndolin, siempre podrían meterse por el techo.

Terminado el cometido, Aldora no volvió a dejarse montar. Partieron de nuevo hacia el molino.

Notaron que había demasiada gente reunida, demasiado formales comentó Lush al notar esos trajes de gala y esos vestidos tan despampanantes.

Frente a la casa-molino se colocaron sillas de plástico separadas por una alfombra roja que conducía a un altar de madera. Se habían colocado guirnaldas con flores en el molino. A un lado, debajo de un gazebo, los mozos del servicio aguardaban que la ceremonia termine para servir a sus pocos invitados. Bueno, no eran sus invitados, pero para eso estaban ellos.

—Ahí están —dijo Bunni—. Un momento, el hijo del alcalde Henz Pórtico Portero va vestido como si fuese Norman.

La madre de Bunni los vio. No tuvieron más remedio que sumarse forzosamente a la ceremonia.

—¿Por qué se están tardando tanto los invitados? No hay expediciones hasta pasado Halloween, ¿por qué no vendrían? —dijo el alcalde Henz mirando su reloj de bolsillo.

Al verlo, el padre de Bunni escondió detrás de su cintura el brazo donde llevaba atado con una soga un reloj despertador a la muñeca.

La esposa del alcalde, Orquídea Florero, se abanicaba indiferente sus afiladas facciones.

—Ni siquiera mi hermana Hilda ha venido —protestó—, como si a esta altura hubiera que invitarla. No, no me mires así Henz. Fue tu idea que Didel Florero Pórtico Portero venga vestido como ese mequetrefe que se ahogó en el rio.

Su hijo asintió con toda la gracia de un bruto. Apenas movió su boca para hablar lo que no lograron entender ni sus padres. El traje de verde alga con doradas condecoraciones militares de la Guarda Azul bordadas le quedaba tan apretado que las costuras que unían las mangas a los hombros se desgarraban con cada torpe movimiento que él hacía. Esa corbata roja parecía estar ahogándolo hasta su último aliento. Llevaba una boina beige que parecía estar exprimiendo su cráneo, especialmente por la brusca manera en la que sus orejas enrojecidas se hacían para arriba.

Gwyndolin miraba a la caja a lo lejos. Pudo notar que del orificio salía un binocular.

La madre de Bunni apuró los tramites y obligo a su hija a entrar a ponerse su vestido de boda.

—¡No! —protestó Bunni—. Están tan empecinados en dejar de trabajar de por vida que no dudarían en hacer de du hija la persona más infeliz del pueblo.

Bunni se echó a correr. Aldora la esperaba al final de la alfombra roja.

—¡A ese lugar, no lo olvides! —le gritó Lush.

Lush miró a su alrededor. No había rastro de Gwyndolin.

—Bueno —les dijo a los pocos invitados—, me disculparán, pero necesito asistir a una boda, y aquí no hay una boda. He oído que habrá una boda temática en el bosque. Yo no me la perderé por nada de este mundo.

Tomó tantos vasos con gelatina de cereza como pudo y se largó del frustrado acto.

La Guarda Azul no estaba casi por ningún lado. El lugar del hecho estaba más allá del único puente que cruza al otro lado del rio. El paso del rio adentrándose al bosque había sido bloqueado por piedras que interrumpían el serpenteante caudal.

Lush llegó tarareando una canción. Era como como *tutu ruru tutu ru ru pum pam*. No le quedó gelatina para sus amigas.

- —Tranquila, para mi truco de magia no necesitaremos ir más allá —dijo Gwyndolin.
- —¡¿De dónde has salido?! —dijo Bunni espantada. Aldora también se asustó y la dejó caer.
- —Presta mucha atención a este mágico truco extraño que estas a punto de presenciar dijo Lush.

Gwyndolin sumergió en el agua el frasquito de vidrio donde atrapó la lagrima de Bunni. Derramó el agua en la tierra. Esta comenzó ebullir. Como una silueta acuática, tomó la forma del último recuerdo de Norman que Bunni guardaba.

—Si te olvidas de alguien entonces si habrá muerto —dijo Gwyndolin.

Pasaron el resto de la jornada hasta que el día cayo y la noche se reinventaba a sí misma. Las risas se contagiaban unas a otras como si fuesen el destino de un chiste que se toma un breve instante en develar su gracia. Danzaban paródicamente mientras tarareaban los mismos cinco compases de la canción que Lush conocía.

Gwyndolin y Lush entraron al bosque y volvieron unos minutos después.

La chica de los cabellos blancos se colocó de espaldas al rio y Lush, ocultando algo con los brazos detrás de su espalda, de rodillas frente a los otros dos.

—¡Muy bien! —dijo Gwyndolin colocándose entre Bunni y Norman— Por el poder que me confieren las constelaciones que el cielo perdió hace ya mucho tiempo me veo en la obligación de ratificar la unión de estas dos personas delante de mí.

Bunni se sonrojó como si dos rosas hubieran crecido en sus pómulos.

Gwyndolin sostuvo la llave dorada en su mano, la cadenita se movía.

—Declaro la unión de estas dos almas como imperecedera. Ni la unión destructora de la Magia Blanca y la Magia Negra podrá frenar el vínculo que los une —dijo sosteniendo el colgante con su puño en alto—. Ahora sí, mi fiel sirviente, haga los honores.

Lush reveló las dos coronas de flores. Eran dos aros verdes con tallos de flores trenzados y pétalos amatistas como si fuesen las joyas más preciosas que jamás nadie haya tenido la dicha de descubrir, a excepción de estos dos intrépidos aventureros del bosque.

—No se los dije —comentó Bunni entre lagrimitas—, hoy es mi cumpleaños. Este es el mejor regalo de cumpleaños que pude haber tenido.

El espejismo de agua sonrió.

Se abrazaron... y Lush y Gwyndolin se encontraron con la mirada sin querer. Pero la caja estaba detrás de una casa, a lo lejos, observando.

Vigilaban desde un punto estratégico en el linde del bosque.

- —Es él, ¿verdad? —dijo Biplo, un Guarda Azul.
- —Está jugando a ser un espantapájaros otra vez —rezongó Teff, otro Guarda Azul—. Le falta un tornillo... o dos, o toda la Tienda de Tornillos —agregó riendo.

Con sus pies en el pasto, en lo alto de una colina, Fooly contemplaba la interminable persecución del sol y de la luna. Estaba ahí, de pie, casi como un espantapájaros decían, con su galera sobre su cepillado cabello rojo y su traje de corte formal con un botón de menos.

Bostezó, y decidió de una buena vez que sería interesante poner al mundo de cabeza brevemente. Y al derecho una vez más, y de cabeza y así sucesivamente. Entonces, dio un salto y rodó colina abajo cuando sopló una ráfaga de viento de lluvia.

Gwyndolin y Lush andaban de paseo por ahí. Ella cargaba con su cofre de herramientas místicas y Lush consiguió que Bunni le tallara un escalofriante casco de calabaza como el de un caballero medieval.

- —¿Crees que ser el Caballero Calabaza sea un buen traje para Halloween? —dijo Lush imitando como camina un zombi.
- —¡¿Bromeas?! ¡Ese sería el mejor traje de la noche! Yo tengo en mente algo como la mega-archi-super-suprema Bruja Blanca de Leo, ¿será tan bueno como para actuar en el escenario en alguno de los números teatrales? ¡¿O ganar el concurso de disfraces?!

Antes de que Lush pudiera decir nada, algo se estrelló contra ellos como una robusta bola de nieve que venía formándose al descender por un plano inclinado. Pero no era para nada nieve, era Fooly. Y Fooly, bueno...

—Eso sí que fue un aterrizaje imprevisto mis pequeños amigos. No me arrojaría cuesta abajo de una colina su fuese ustedes —dijo sacudiéndose la cabeza.

Lush resopló con cierto aire de frustración al ver la calabaza partida al medio.

Fooly se sacudió. Acomodó su galera, y dando zancadas a un lado y a otro se alejó sin más.

La Tienda de Sombreros estaba al lado de la Tienda de Trajes Traviesos, y frente a la Tienda de Helados. El tumulto de niños reunidos fuera de las tiendas era tal que la Guarda Azul tuvo que apartarlos de las calles para que pasen las carretas y los demás aldeanos ajenos a esas alegrías. Esas vocecitas chillonas adoraban a los trajes de Drácula, y de hombres-lobo, de Frankenstein y de la parca, y de todo monstruo exhibido para Halloween.

Fooly estuvo de paso, saludando, chocando los cinco, y una vez tuvo la atención de todos entonó una melodía con una flauta turquesa que llevaba en uno de los bolsillos interiores de su traje de gala.

Los Guardas Azules lo miraban con la desaprobación de un padre que ve todo en lo que no quiere que su hijo se convierta, con asco, por decir algo de como fruncían el ceño.

—Cambien esas caras, Guardería Azulísima. ¡Yo era mucho más joven cuando recién nací, pero ahora soy mucho más alegre que entonces! —dijo Fooly haciéndoles una reverencia con su galera.

Las entusiasmadas vocecitas se calmaron cuando cada una recibió un traje para Halloween que Fooly compró en la Tienda de Trajes Traviesos.

El señor Calsa de la Tienda de Galletas se sacudía con enojo la harina de su manchado delantal. Lush y Fooly le compraron toda la producción del día, puesto que el señor Calsa no los dejó abrir ni una sola caja para revisar si alguna tenía la entrada sorpresa para la celebración de Halloween en el teatro.

—¿Cuál entrada? —dijo Fooly—. No, nada de entradas. No soy bienvenido en la Sociedad del Espectáculo, no más señor. No recuerdo exactamente porque me expulsaron. Si fuese importante lo recordaría, así que creo que no importa realmente. Solo necesito esto para seguir ampliando mi casa.

Gwyndolin y Lush se miraron con asombro, ella soltó uno de los globos que llevaba y este voló más allá de las nubes hasta que reventó. La velocidad con la que hablaba Fooly los sorprendió, era una constante diversión bulliciosa que solo podía provenir de una personalidad regocijada.

- —A pesar de todo pareces vivir en tu propio mundo —dijo Lush.
- —Mmm...no. Yo vivo en el Palacio de Galletas Crocantes, cerca de la casa que está abandonada hace doscientos años. Eso es mucho, mucho tiempo, ¿no lo creen?

- —Está demente —le susurró Gwyndolin a Lush con ironía.
- —Ah, no, nada de eso, niña albina. Solo estoy alegremente de paso en mi mente, ¿sí? ¡Llegamos!

Habían caminado con él hasta las afueras de Avanet. A mitad de camino de la salida, entre el bosque y la aldea, una casa abandonada de estilo japonés se cubrió de maleza. Aun así, no intimidaba a los animalitos que pasaban por el lugar.

Para suerte de Lush se desviaron del camino y esa casa abandonada estaba cada vez más lejos.

—Esa casa esta embrujada —dijo Lush apretando los dientes mientras la señalaba—. Dicen que todavía se ve pasar de vez en cuando a una sombra. Se cree que es el fantasma del dueño que busca venganza.

Gwyndolin se hecho a reír.

—Ese soy yo. Algunas veces voy a actuar para mis amigos personales: los conejos. Son el único público que me aprueba —dijo Fooly con un tono un poco más apagado, más melancólico.

Fooly se detuvo en frente de su puerta de galletas, con escaleras de galletas, con columnas de galletas. Todo era de galletas. El techo derruido parecía humedecido por el roció de la noche anterior, empeorando su condición. El glasé azucarado le daba los distintos tonos de colores. Las hormigas eran visitantes recurrentes del lugar. El jardín, o la parte que él consideraba cumplía el papel de jardín puesto que estaba rodeada por nada más que pasto verde, tenía unos lujosos amoblamientos confeccionados por las más refinadas técnicas de doblado y recortado de las cajas de galletas unidas por un pegajoso lazo de cinta doble unas a otras.

Abrieron las cajas que compraron en la Tienda de Galletas. Una tras otra, tras otra, y otra más, y ninguna tenía el tan ansiado boleto para el teatro.

—Fiuf —dijo Fooly dejándose caer sobre la mecedora de cartón—. Por fin podré reparar el techo con todas esas galletas. Pero eso será luego. Ahora voy a echarme una siesta, vuelvan en un rato. ¡Necesito recargar baterías!

Antes de que pudieran siquiera despedirse, el lunático del traje ya dormía profundamente.

El día transcurrió con normalidad.

Gwyndolin y Lush se detuvieron en la fuente de la plaza principal.

- —¿Cuántas rupias crees que habrá en el fondo del estanque? —preguntó Lush—. Empiezo a creer que en verdad si podríamos acudir a Junk para subir por el techo del teatro.
- —No te preocupes —dijo Gwyndolin dándole un golpecito en el hombro con su puño—. Si tenemos suerte como hasta ahora, no nos perderemos el espectáculo, noble Caballero Calabaza —dijo con un tono más bien solemne que venía a alentarlo.

Las zapatillas de un niño que corría con una escalera sobre su cabeza estaban cortadas de modo tal que sus dedos sobresalían de la suela. Llevaba un pantalón que por un lado le llegaba hasta la rodilla y por el otro apenas cubría si su tobillo. Su camisa arrugada tenía partes de otras

camisas cosidas muy burdamente, pero no intentaban ser parches, intentaban hacer una prenda de un montón de otras. Su cabello era castaño, y sus orejas puntiagudas parecían parte del disfraz, a juzgar por la nariz de rata que llevaba sobre su nariz normal y la cola de rata atada a su cintura.

—Te queda bien ese traje que te compró Fooly, rata humanoide. Ojalá te tropieces — pensó Lush en voz alta al verlo corretear con esa escalera sobre la cabeza que era fácilmente tres veces más grande que ellos.

—No seas así —dijo Gwyndolin aguantándose la risa para saludarlo al pasar—. ¡Junk ya está armando una entrada secreta!

Un tipo gordo con la barba llena de migajas de pan y trozos de carne tiraba de una carreta con barriles de cerveza. Otros dos tipos bebían cerveza en la puerta de la taberna Casirina. Uno llevaba un casco de metal y el otro ya se había quedado sin pelo, solo ellos sabían de lo que se reían.

Un niño volvía del lago con un pescado que todavía se movía en una mano y la caña de pescar al hombro con un balde de lombrices colgando de la punta. También había un tipo loco con gafas de vuelo tirándose de lo alto de las escaleras de piedra que conducían a la Plaza de los Mercaderes con unas grandes hojas que pretendía, en su locura, que fuesen sus alas para volar. Las calles del mercado estaban pobladas. En las salidas la Guarda Azul montaba guardia.

Fooly se sentó en la escalera luego de darse un porrazo contra el suelo.

- —¡Ah, me rindo! —se quejó Fooly. Resignado, tiró sus alas de hojas. —Jamás podré cumplir mi sueño de volar por los cielos como el Rey Pájaro.
- —¿Y si tuvieras, no sé, una pluma del Rey Pájaro en lugar de esas hojas de plantas grandes, crees que podrías volar? —dijo Lush sentándose a su lado.
- —Esa ave murió hace mucho, ya debe ser un montón de huesos, sin carne. Comido por las hormigas. ¿Las hormigas comen carne? ¿Dónde fue Gwyndolin?

Ambos miraron con su mano sobre sus frentes para tapar el sol que caía sobre ellos. La plaza estaba poblada. Tiendas, casas, flores. Calabazas con caras siniestras por todos lados. Murciélagos de fantasía en los faroles apagados. Gentes y gentes, pero no había rastro de una chica con el pelo blanco. Junk aun iba y venía con distintas escaleras sobre su cabeza, correteando.

De pronto, un estruendoso alarido de muchas voces celebrando llamó la atención de las personas que pasaban. Lush y Fooly fueron a investigar.

El sujeto de la carreta con barriles de cerveza había terminado su jornada. Dejó los barriles apilados a un costado de la Taberna Casirina, seguro ese era el depósito, así sin más acondicionamiento. El techo de dos aguas era de un robusto roble pintado de rojo. Una chimenea de ladrillos salía zigzagueante al cielo desde el lugar donde se ubicaba la cocina de la Taberna Casirina. Sobre la puerta de entrada colgaba un cartel de madera barnizada donde se había pintado un vaso de cerveza con espuma derramándose fuera de este como si fuese niebla. En el letrero fuera de la Taberna Casirina se leía:

Hoy: Gresca de Magi-Magi

Mañana: Presentación de Las Hormigas de Saturno

Debajo de las mesas de madera donde se jugaban las partidas de Magi-Magi había alfombras purpuras. El tablero consistía en un mapa de papel de una ciudad o localización imaginaria. Un jugador tenía una figura de un ave blanca, representando su pertenencia al bando del Rey Pájaro, y el oponente tenía la figura del Mago Oscuro y el Coloso, representando al bando antagónico. Debian mover sus fichas blancas y negras por el tablero, respetando los campamentos y terrenos que el mapa de turno les propusiera.

- —¡A ver si para la próxima me dan un mapa mejor! —le reprochó Gwyndolin a Groch, el dueño de la Taberna Casirina—¡Derramaron mucho licor sobre este y apenas se ven los detalles del terreno!
- —No iras a culpar al mapa, niñita. Es completamente improbable que alguien derrote a Hindenburg, el viejo sabe mucho —dijo Groch mientras limpiaba una jarra.

Mirané era una de las camareras. Llevaba un vestido color magenta con unos bordados blancos. Le gustaba dejarse el flequillo recto, pero a efectos de su labor llevaba el pelo atado como la cola de un caballo y el flequillo también, de manera que parecía el cuerno de un unicornio.

Le sirvió un poco de licor Casirina de frutillas en los cinco vasos shots.

—Muy bien, Gwyndi. Ahora sí, lista para seguir arrojando los dados —dijo Mirané guiñándole un ojo.

Gwyndolin vació el primer vaso pequeño, y seguido a eso batió los dos dados en un vaso de plástico inmediatamente con una euforia de un perdedor que no pierde la esperanza.

—¡El Rey Pájaro derrotará al Coloso! —dijo Gwyndolin tirando los dados—Cinco, tres. Esas rupias serán mías. ¡¿Me oyes?! Ah, no tiene caso.

Movió las fichas blancas.

Mirané le dijo riendo mientras reponía el licor en los vasos:

—El viejo Hindenburg es sordo, Gwyndi, pensé que lo sabias.

Antes de que la chica del amuleto de la suerte pudiera darse cuenta de lo que pasó, el viejo ya estaba levantándose de su asiento. Llevaba una bata blanca de laboratorio. Hizo un gesto con sus antiparras de vuelo a su contrincante y se colocó su galera agujereada sobre esa cabeza con arrugas y pelos locos como maleza abultada y marchita.

- —Te ganó en pocos movimientos —dijo Lush.
- —Ni siquiera salió ni un poquitín ebrio ni mucho menos —dijo Fooly—. Ni siquiera se tambaleaba. Bueno, su lado del tablero esta casi intacto. Arrasó contigo, Gwyndi.

Quiso hablarles. Pero también quiso levantarse. Apenas juntó fuerzas en sus rodillas, se desplomó sobre el tablero.

—Se quedó sin suerte. Está completamente ebria —dijo Groch.

—Intentó todas las estrategias posibles —agregó Mirané—, pero Hindenburg es simplemente la persona más inteligente, no solo en Magi-Magi, sino en todo Avanet. Es un científico loco.

Cuando despertó en la casa de galletas Gwyndolin no paraba de quejarse por esto y por lo otro.

—¡Déjenme salir! ¡Voy a ir a buscarlo para jugar la revancha! —decía tratando de no forcejear mucho la delicada puerta de galleta de su habitación.

Fooly abrió la puerta muy despacio, apenas tironeando del picaporte de bastón de azúcar con la punta de sus dedos.

Lush pensó que ella a iba a salir corriendo llevándose por delante los muros crujientes dejando su caricaturesco contorno marcado en las paredes.

- —¿Ya estas más tranquila? —dijo al verla inhalar y exhalar.
- —Sabes que odio estar encerrada, no me gusta —dijo Gwyndolin con el temperamento algo encendido aún, mirándolo con rencor. Lush se quedó duro, asombrado al verle los ojos furiosos.

Esa noche, la adivinadora de la Tienda de la Fortuna reveló la fortuna que acompañaba a Fooly sin cobrarle una sola rupia. Fue un justo intercambio por el hospedaje quiso creer él.

Sin tomar en consideración la extravagante puesta en escena que la gente de la Sociedad del Espectáculo ya estaba acomodando en el Teatro Mecánico, el resto día pasó sin mayores sobresaltos en Avanet.

No había nada de peculiar que resaltar en la cilíndrica estructura de láminas de acero remachadas unas sobre otras. A excepción, claro, del techo que tenía la forma del globo de un zepelín en todo su esplendor pintado como si fuese un tiburón. Con sus alerones y motores, pero que a simple vista carecía de una cabina. A su alrededor orbitaba un modelo a escala del sistema solar, sin cables ni varillas de metal que sostuviesen los planetas, como si una modificación en la gravedad los mantuviera en órbita. Una luz roja titilaba sobre las compuertas, donde una gran H de metal quedaba dibujada cuando estas estaban cerradas.

- —N-N-No creo que sea la mejor idea —dijo Fooly llevándose los dedos a la boca.
- —A-Aparte...ya debe estar durmiendo, ¿no lo crees? —agregó Lush.

Por más que Gwyndolin golpeara y golpeara la puerta, nadie salía a recibirlos. Su puño ya dolía y estaba enrojecido.

—Ahora que lo recuerdo, es sordo —dijo riendo entre dientes.

Nikola llegaba con unas bolsas de papel repletas de víveres. Tenía sus cabellos negros y puntiagudos como robustas espinas. Sus antiparras de vuelo estaban puestas sobre sus ojos. En el bolsillo de la bata de laboratorio tenía bordado el mismo símbolo que el de las puertas de metal.

- —¿Qué buscan por aquí, niños? —dijo con elocuencia—. Lindas antiparras de vuelo, Fooly.
 - —¡El viejo Hindenburg me debe una revancha de Magi-Magi! —dijo Gwyndolin.

—No creo que sea el mejor momento, niña. Estamos preparando todo para embarcarnos en una aventura de altura sobre el bosque.

Insistió e insistió. El deseo de Gwyndolin por reclamar la revancha que merecía logró doblegar lo reacio que Nikola era al respecto.

—Muy bien —dijo—, pero tiene que ser rápido. Ya tenemos todo listo. Partiremos en breve. El maestro Hindenburg está ansioso por descubrir la cura para el problema del bosque y la memoria.

Nikola les señaló que se paren sobre un rectángulo que estaba marcado en el suelo. Una vez estuvieron todos en posición, sacó un control remoto de su bolsillo. Una luz titiló al final de la torcida antena del dispositivo cuando presionó el botón. Entonces la compuerta debajo de sus pies se abrió súbitamente de par en par.

Cada uno se deslizó una cañería de metal distinta. Eran caminos que daban vueltas y se entrelazaban como fideos, y cuando parecían que por fin llegarían al final, volvían a enroscarse abruptamente y se enrulaban, y cuando menos se lo esperaron se estrellaron sobre el piso de azulejos verdes del laboratorio. Aunque el único en caer de pie y sin que se le moviera un pelo fue Nikola.

—Excelente, excelente —dijo Nikola mientras lo demás se despabilaban.

El cofre de madera de la Adivinadora y las bolsas de víveres simplemente se habían deslizado por un tobogán para extras como bien indicaba el letrero que le apuntaba.

Hindenburg se mecía sobre sus talones, saludando a sus invitados con una sonrisa.

El laboratorio, desprovisto de buena iluminación en sus recovecos más intrascendentes para el científico, dependía de la única lampara que colgaba del techo y de las lucecitas de los equipos que controlaban la presión de los tanques de hidrogeno repartidos por el lugar. Lo menos experimental que se podía encontrar era una escalera de caracol que subía hasta algún sitio.

Nikola le habló en lenguaje de señas, y a cada gesto el científico sordo parecía más y más entusiasmado.

- —Dice que si sabes que ruido hacen las estrellas entonces te cederá el honor de jugarle la revancha —dijo Nikola.
- —Bueno... —dijo Gwyndolin jugueteando con sus dedos índices, pensando, buscando articular una respuesta convincente.
- —¡Hacen el ruido de una sustancia efervescente! —dijo Lush—. O también puede ser que sea el mismo ruido que hace el aceite cuando se fríen cosas. Pero están tan lejos que no podemos oírlas.
- —Quizás suenen como maracas, también. Tal vez ese sea el sonido de las más pequeñas
 —agregó Fooly.

Al parecer esa fue suficiente información. La partida de Magi-Magi empezó unos minutos después sobre el mismo cofre de madera de Gwyndolin. Esta vez quien servía el recurso para poder movilizar las fichas como si fuesen distintas compañías de caballeros era Fooly. Se trataba

de un añejo licor de limón provenientes de una taberna en la superficie, cuyo sabor iba más allá de los limites experimentales que se podían alcanzar en ese laboratorio subterráneo.

Gwyndolin le hizo una señal a Lush para que sentara a su lado mientras se ponía el sombrero puntiagudo de gamuza violeta.

—Como es una revancha tengo que jugar con el bando del Coloso. No me agrada mucho, me trae malos recuerdos —dijo Gwyndolin haciendo una mueca—. Mantente cerca mío.

Y así jugaron. Los primeros minutos fueron intensos. Gwyndolin apoyaba su mano sobre la llave antes de arrojar los dados. El bando del Rey Pájaro no lograba sacar ninguna ventaja considerable.

—¿Ahora si podrás dormir tranquila? —dijo Nikola cuando la partida por fin hubo terminado.

Gwyndolin canturreaba y festejaba, y ni Lush ni Fooly la dejaron sola en eso.

Nikola se mostró algo nervioso al darse cuenta de que su maestro tenía los ojos completamente idos como peces nadando en el licor de limón que se veía en la obligación de tomar antes de cada prodigiosa jugada. La derrota lo devastó, alguien había superado su genio.

- —¿Cómo? No... mejor dicho... ¿Quién? Si. ¿Quién va a pilotear el zepelín ahora? —dijo Nikola mirando como los manómetros de hidrogeno estaban a tope.
- —Yo podría volarlo...pilotearlo...dirigirlo. Si, eso. Estoy dispuesto. Siempre quise saber que hay más allá del bosque. Desde que tuve esa amnesia terrible me prohibieron que no vuelva a salir. Ni siquiera en las expediciones —dijo Fooly.
 - —¿Ni siquiera en las expediciones? —dijo Lush asombrado.
 - —Ni siguiera en las expediciones —se lamentó Fooly con una mano sobre la frente.
- —¡Que así sea entonces, pero asegúrense de volver! —dijo Gwyndolin recuperando los sentidos. Y se descolgó la llave y sosteniéndola en una mano, prosiguió: —Chisporroteo de suerte, suerte, fortuna, y suerte, *chaz-chaz-chaz* —dijo moviendo la llave con una mano como salpicando agua con la otra como si fuesen las gotas de una invisible y bendecida pócima de la buena fortuna.

Nikola la miró con una ceja levantada mientras trataba de hacer que Hindenburg se ponga de pie.

Gwyndolin los vio subir por la escalera de caracol. Nikola cargaba a su maestro de los hombros y Fooly lo agarraba de las piernas. Dieron vueltas en el espiral hasta que no hubo donde más ir. Nikola le dio unos golpes a lo que parecía ser el techo mismo hasta que la escotilla se abrió.

—Dejémoslo descansando por allá —dijo Nikola señalando con la cabeza una cama al final de la recamara.

Había tres timones en la mesa de control. Botones y palancas, y manivelas. Las tres ventanas ovaladas a cada lado estaban oscurecidas por algo de metal.

—¿Cómo va a despegar esta cosa? —dijo Lush asomándose a ver la cabina por dentro.

- —Lo hará en seguida. Bastará con tocar un botón para que las protecciones de metal que creyeron era la entrada a laboratorio se hagan a un lado y en menos de lo que canta un gallo estaremos sobrevolando el bosque. ¿Todo listo, capitán Fooly? —dijo Nikola.
 - —¡Todo listo para la ignición, segundo oficial!

La nave comenzó a vibrar. Las placas de metal cayeron como pétalos alrededor de esta. Un silbato chilló.

- —Será mejor que se baje si no quiere emprender esta travesía con nosotros, y de veras no quiere venir marinero. ¡Esto es solo para dementes! —dijo Fooly.
 - —Mande nuestros saludos a Gwyndi —dijo Nikola.

Y así, cuando el zepelín o tiburón aéreo para los pueblerinos que lo vieron de lejos, partió sin un rumbo fijo, sobrevolando el inmenso bosque hechizado. Ante las miradas incapaces de reaccionar, la Guarda Azul apuntó sus cañones de redes, pero, ¿qué podrían hacer al respecto? Estaba fuera de su jurisdicción.

El laboratorio subterráneo se quedó sin techo e inevitablemente el agujero en el suelo alguien iba a tener que taparlo de alguna forma.

Gwyndolin y Lush estaban recostados sobre el suelo de azulejos verdes del laboratorio que ahora parecía tan vacío. Los planetas sobre ellos daban vueltas y vueltas con las estrellas del cielo nocturno naturalmente de fondo.

- —¿Conociste a alguna constelación? —preguntó Lush.
- —Sabes que yo solía vivir ahí, conocí a todas las constelaciones zodiacales en persona —dijo Gwyndolin.
 - —¿Alcanzas a reconocer alguna a simple vista ahora?

Murmuró por unos instantes.

- —No —dijo pensativa—. Las constelaciones desaparecieron hace mucho.
- —¿Qué pasó con ellas?
- —Algo terrible a manos del Mago Oscuro, hace doscientos años —dijo Gwyndolin con un tono de frustración profundo—. Pero descuida, yo no me alejaré de tu lado. Aunque, últimamente he estado teniendo un extraño presentimiento... —Se sentó de repente y miró, alerta, en todas las direcciones. Hurgó dentro del cofre de madera—. Ten esto, quiero que tengas tu propio amuleto de la suerte, ¡por si acaso necesitamos todavía más suerte!

Los ojos de Lush relampaguearon de alegría al ver su tan ansiado amuleto de la suerte por fin había llegado a sus manos. Al principio el brazalete de piedra le lastimaba la muñeca y no era para nada cómodo tenerlo puesto.

—Te acostumbraras —dijo Gwyndolin dándole la mano para que se ponga de pie.

Subieron a la superficie por la escalera de caracol y jugaron una carrera. Como exhibición de su buena suerte Lush ganó, así que Gwyndolin cocinó papas fritas esa noche.

Pasaron unas pocas horas del mediodía. Debajo de un cielo gris, Avanet estaba revuelta con los últimos ajustes para Halloween.

Una rara mezcla artificial que produjo pegajosos hilos blancos como telas de araña adornaban las paredes y las flores. En las puertas de las casas solían haber calabazas y calabacitas con siniestras muecas talladas, y espantapájaros con relleno de caramelos que los niños golpeaban con palos como una piñata hasta conseguirlos todos. También la más realista utilería de la temporada pasada fue desempolvada para no perder el toque tan siniestro de ver esqueletos gigantes tendidos sobre las ventanas o los techos o en los faroles de luz como si patrullaran Avanet.

En un angosto callejón de la Calle de las Travesuras los niños se reunían para alardear sobre sus trajes. De aspecto tan macabro como magnífico eran esas fascinantes criaturas salidas de los más siniestros rincones de la imaginación que merodeaban las calles en busca de golosinas. Sin embargo, un puñado de monstruos crueles perseguían a un chico vestido de ratón mientras le arrojaban huevos. Era ese mismo grupo de matones quienes se daban el lujo de robarles los dulces a los demás niños.

Pero como en todas las actividades colectivas, nunca tardan en aparecer quienes no se adecuan del todo a lo bueno, ni a lo malo.

—¡Vamos, Caballero Calabaza! —dijo Gwyndolin tironeando a Lush del brazo mientras corrían—. Seguro que él nos puede ayudar con eso, ¡nadie puede resistirse al poder de la megaarchi-super-suprema Bruja Blanca de Leo!

Llegaron a una casa que tenía todo el aspecto de estar abandonada y clausurada.

- —¿Segura de que es aquí? —dijo Lush golpeando la puerta.
- —El cuartel general de la pandilla de Junk no puede tener una entrada tan clara. Me pregunto cuál será la entrada secreta.
 - —Creo que ahí viene... —dijo Lush señalando a un chico que escapaba de otros chicos.

Y resultó que Junk pudo burlar a sus perseguidores arrojando cascaras de bananas que llevaba en su morral. Entonces, corrió a la parte trasera de la casa abandonada escabulléndose en una puerta de madera que lo condujo al sótano que tenía por refugio. Para su mala fortuna, no se percató que dos perseguidores lo seguían muy de cerca sin hacer el mínimo ruido, imperceptibles. Invisibles.

Gwyndolin le soltó la mano a Lush.

- —¡Muy bien! —dijo desperezándose.
- —Así que este es el cuartel general del Niño-Rata —dijo Lush mirando en torno a la pocilga—. ¿Puedes ayudarnos a entrar al Teatro Mecánico?
- —No reunimos suficientes rupias para comprar los boletos, haríamos cualquier cosa por no perdernos la función en el Teatro Mecánico.
 - —Cualquier cosa —reafirmó Lush.
 - —Treparía por el techo si fuese necesario...—Sugirió Gwyndolin con elocuencia.

—No puedo pensar en eso por ahora. Estoy en medio de una guerra, y mi pandilla va perdiendo —dijo Junk mientras quitaba una polvorienta manta de una caja de cristal.

Lush se puso un tanto nervioso. Pálido, retrocedió hasta que se chocó contra una silla. Su boca no podía articular las palabras lo cual lo hizo tartamudear de una torpe manera.

- —¿Para qué tantas serpientes? —dijo Gwyndolin traduciendo el balbuceo.
- —Son lo único que podrá alejar a mis fieros enemigos. Solo así podré tener una infiltración limpia. Si la Sociedad del Espectáculo se entera que algún niño que no es hijo de ellos está presente en el Teatro Mecánico mi laboriosa tarea podría desperdiciarse —dijo Junk.

Las cascaras de huevo con las que los enemigos reafirmaban su dominante presencia explotaban como granadas en las ventanas del refugio.

- —Sin duda que los hijos de padres afiliados a la sociedad son de lo peor —dijo Lush acercándose con precaución a las serpientes encerradas en la pecera—. ¿No crees que son como una especie superior? Siempre he creído que son superiores a los demás chicos. Quizás podamos enlistarnos en tu pandilla. Si les ganamos la guerra podríamos llegar a un acuerdo, ¿no te parece?
- —Bienvenidos a la pandilla. Ahora somos un total de dos soldados y un teniente. ¡Firmes! Gwyndolin y Lush se irguieron e hicieron un saludo militar con el mayor de los respetos a su superior como si estuviesen viciados por la disciplina.
 - —Para empezar, necesito un voluntario —dijo el teniente Junk.

Lush dio un paso al frente.

- —¡A su servicio!
- —Soldado, no me importa cómo, pero consiga algunos de esos sofisticados lanza-redes de la Guarda Azul. Sus equipos sin dudas nos garantizarán el más magistral de los triunfos jamás nunca obtenidas por este pelotón.

Lush dio media vuelta y marchó a paso firme. Un proyectil casi lo deja invalido de por vida, pero logro escabullirse detrás de un árbol. Los enemigos estaban demasiado ocupados bombardeando el cuartel general como para percatarse del pequeño caballito de troya que se había escapado de la Calle de las Travesuras.

Los chicos que muy amablemente iban de puerta en puerta preguntando por dulce o por truco se veían sometidos a la crueldad de los invasores que hacían suyas las calles atemorizando a los enclenques. No solo infundían el terror en los torpes que parecían trabajar para ellos, sino que los hogares que les negaban las golosinas debido a su mal comportamiento terminaban siendo víctimas de una momificación con papel higiénico o de un torrencial diluvio de aceite de cocina usado en sus ventanas o veredas.

Nada podía hacer el soldado Caballero Calabaza. La furtividad con la que se escondía en la sombra tenía que ser la de una aguja en un pajar para los ojos enemigos.

Detrás de una carreta que pasaba, el soldadito aprovechó a cruzar al otro lado de la calle.

El castillo de papel que albergaba a los neutrales a todo este asunto había sido erguido por incontables cantidades de hojas de papel y maderitas como si fuese una desmesurada artesanía

de origami. Un camino recto con un suelo de rectangulares azulejos azulados conducía a la entrada del cuartel general de la Guarda Azul. A los costados del camino florecían arbustos con arándanos azules contorneando la fortificación de papel. En alguno de esos bultos Lush comía arándanos vigilando como los guardas recorrían el cuartel.

«Cada uno tiene su camino marcado. Necesito entrar a la armería de alguna manera», pensaba mientras se acomodaba el brazalete de piedra en su muñeca.

Cuando uno de los guardias que desfilaba con su lanza-redes dio media vuelta Lush aprovechó para arrastrarse con cuidado por un costado del castillo sin despegarse mucho de los arbustos en busca de alguna ventana o puerta que estuviera mal cerrada.

Sin lugar a dudas, la suerte estaba de su lado. Al parecer, un subcomandante de la división de carpintería en papel dejó a medio hacer una escalera de mano sobre un tablón con caballetes en el jardín del cuartel; parecía bastante firme.

Acomodó todo cerca de una ventana semi circular. Su suerte no se detenía: la escalera llegaba exactamente hasta la ventana.

Apoyó su oído contra el papel. No parecía haber nadie del otro lado. Trató con la ventana. No estaba asegurada con el pestillo, así que la trajo un poquito para su lado para poder espiar. Un poquito más, y otro poquito más, y no vio a nadie en el primer piso. Arrojó un arándano causando un eco que no alertó a nadie.

«Bueno, creo que estoy en condiciones de tomar prestado un lanza-redes»

Aun con el temor de ser descubierto y vapuleado, lo hizo. Los encontró ordenados por tamaño uno al lado del otro en la armería.

Su suerte declinó momentáneamente. Al bajar las escaleras un guardia se puso en alerta porque pareció oír algo sospechoso estrellarse contra el suelo. Eran los tobillos de Lush que aterrizaron sobre sus talones haciéndolo temblar de pies a cabeza cuando la escalera se rompió. Cargó el lanza-redes sobre su hombro y se dio vuelta con decisión como si supiera con exactitud a donde arrojar la red. Pero no había nadie. Solo la escalera con sus peldaños quebrados.

- —¡Justo a tiempo! —dijo Gwyndolin, que apareció sorpresivamente. Lo tironeó de la mano y corrieron, invisibles.
 - —Pensé que Junk te envió a otra misión.
- —Si, lo hizo. Me encargó que aleje a los Guardas Azules que estuvieran cerca. Dice que solo interrumpirán el curso de la guerra cuando se desate la artillería pesada. Así que eso hice. Creo que toda la hueste fue en busca del Mago Oscuro de la leyenda. ¡Debiste haber visto mi imitación! Bueno, eso y que tuve que prender fuego algunos árboles para dividirlos en dos flancos.
 - —¡Seguro fue grandiosa!

Al atardecer, la procesión de la Sociedad del Espectáculo ya había empezado en alguna otra parte de Avanet que no era el refugio subterráneo del teniente.

No bien doblaron hacia la Calle de las Travesuras descubrieron que los hijos de la Sociedad del Espectáculo tomaron como prisioneros a sus inferiores compatriotas. De la mano,

los soldados investigaron de que se trataba. Los prisioneros fueron ubicados uno al lado del otro alrededor de los árboles. Los envoltorios de golosinas dieron forma a los resistentes lazos que los mantenían apretujados. Por supuesto que todos estaban de pie, lloriqueando para que al menos los dejaran sentarse. Sin embargo, sus captores, jugando con una pelota a los quemados, hacían oídos sordos de los chillidos. A veces, los pobres prisioneros chocaban sus cabezas cuando las giraban por reflejo al intentar, atemorizados, esquivar las pelotas que les arrojaban con toda intencionalidad.

Junk separó a las serpientes en bolsas como si fuesen bombas. Se espantó al oírlos entrar, pero pronto recuperó su compostura.

—;Firmes! —dijo.

Los soldados inflaron su pecho con orgullo en el saludo.

- —Muy bien. Veo que han conseguido ejecutar sus respectivas primeras misiones al pie de la letra. En su ausencia, he preparado munición de sobra —dijo mostrándole las bombas de serpientes, que no eran más que serpientes embolsadas escurriéndose una sobre otra.
 - —¿Tengo que agarrar eso? —dijo Lush con un gesto de repugnancia.
- —¡¿Quieres ir al Teatro Mecánico?! —El teniente despidió gotas de saliva sobre el rostro de Lush a pesar de ser más bajito que él.

Las bombas-serpientes disparadas de los lanza-redes ahora nombrados lanza-serpientes desplegaban al escuadrón de reptiles. Las bolsas se abrían en el aire, y aterrizaban en los bonitos rostros de esos niños maquillados. Su siseo espantaba más a Lush que a los enemigos pero que más daba, ya estaban en medio de la guerra. Y tenían la ventajosa delantera a pesar de ser tres contra tantos otros. Pero sobre la caprichosa maldad que los envolvía no dejaban de ser nenitos refinados en el fondo. La cosa se tornó peligrosa cuando el teniente se quedó, aparentemente, sin munición.

—¡Mantengan la posición! —ordenó para luego retirarse al refugio.

Los enemigos corrieron en la dirección puesta al teniente. Lush respiró tranquilo por fin. Aunque pasada la euforia de la escaramuza caminaba muy pavoroso en puntitas de pie no sea que alguna serpiente le saltara en la cabeza. «Eso sería muy exagerado», pensó.

Se acercó a ver que hacia Gwyndolin.

- —Cuanto más tironeo más se aprietan los nudos —dijo.
- —Necesitamos algo filoso, el teniente seguro vuelve con algo de eso.

Los que volvieron fueron los hijos de la Sociedad del Espectáculo. Seguían una formación triangular. Su líder, un chico de la misma edad, con ropa que le quedaba holgada, vestía con una capa y un sombrero rojos y una máscara negra de cuervo, movilizaba a la tropa. Pero no pudieron irse y volver sin más. Traían en sus espaldas unas mochilas que seguramente sus padres le compraron para navidad o para el día del niño o para alguno de sus cumpleaños. Todos usaban la misma mochila que tenía forma de caja musical. Al girar la palanca, esta desplegó una variedad de coloridos globos.

—¡A las armas! —gritó Gwyndolin.

Los lanza-serpientes eructaron bombas de reptiles que difícilmente alcanzaron a los enemigos que ahora acechaban en las alturas disparando clavos y tornillos y tuercas de caramelo con sus resorteras. Su líder los comandaba con dos palos como si fuese un guía de aviones.

Los bombardeos atronadores lo desorientaron por completo.

—Gwyndi, ¿dónde te metiste? ¡Necesito ayuda! —gritó Lush al no encontrar escapatoria alguna. Los clavos llovieron sobre su espalda cuando pisó a una serpiente y se resbaló. Y como si fuera poco algunas se deslizaron sobre su espalda— ¡Ah! ¡Basta, basta! ¡Me rindo!

Los disparos cesaron. El Caballero Calabaza, de rodillas, se quitó el casco y lo dejó a un lado. Puso las manos sobre su nuca agachando la cabeza. Y contra todo pronóstico, antes de ser maniatado con envoltorios de golosinas, un proyectil impactó al lado del capitán de los enemigos. La detonación salpicó una espesa sustancia amarillenta de un vomitivo aroma sobre la máscara de cuervo de su traje.

De pronto, no solo que muchas más bombas apestosas alcanzaron a los enemigos voladores haciendo estallar esos globos para lesionarlos en una caída libre a la adoquinada calle, sino que Gwyndolin estaba frente a él dándole una mano para ponerse de pie con la más esquista de las sonrisas que tuvo el placer de contemplar. El risueño rostro reanimó sus ganas de abatir a los enemigos.

Y así lo hicieron. Las granadas con vomito del teniente espantaron a los niños finos que la Sociedad del Espectáculo había engendrado. Agotadas las granadas de producto, como les decía el teniente, inclusive Lush se sumó a tomar cualquier serpiente que se encontraba andando aquí o allá y arrojarla contra los cobardes que huían: es decir, todos. O casi todos, pues su capitán resistió como pudo hasta que Junk cargo una red en el lanza-redes-serpientes y honrando su uso original atrapó al teniente del bando rival.

—Te tengo, niño fino —dijo Junk tronándose los dedos.

Rotas las cadenas del pueblo infantil, se festejó con un brindis de jugo de naranja. El cabecilla enemigo fue arrastrado hasta el cuartel general con red y todo como si fuese un saco viejo.

En el refugio, empleando sus propios trucos, lo ataron a una silla.

- —¡Quítenle la máscara de cuervo! —Ordenó el teniente Junk.
- —Que lindo disfraz del Avatar del Sueño —dijo Gwyndolin con ironía—. Me gusta ese personaje.
- —¿Podrías prestarme una copia de ese libro? —dijo Lush mientras le retiraba la máscara—. De cualquier manera, ¿cómo lo conseguiste? Oí que todas las copias fueron vendidas y más nunca se repusieron.
- —¡Silencio! —El teniente le dio un pisotón al suelo—. No hablamos con los prisioneros más de lo necesario.

Los soldados retomaron su posición con un saludo. El teniente prosiguió:

- —Ahora bien. Los felicito por el excelso sabotaje. Un triunfo absoluto. Aplastante. Atronador. El concurso de disfraces quedó completamente arruinado. Sus padres estarán muy molestos cuando lleguen a casa, ¿no lo crees, Taru?
- —No importa cuantas serpientes o frascos con vomito nos arrojen. Nosotros somos superiores a ustedes. Ustedes que no pertenecen a la Sociedad del Espectáculo deberían ser llevados al bosque hasta que su mente quede completamente en blanco.
- —¿Por qué tanto alboroto? —dijo Lush un tanto desconcertado, saliéndose de su personaje.
- —Porque, un día, ellos me abandonaron. Ellos que se llamaban mis amigos, me dijeron que me esperarían en la fuente de la Plaza de los Mercaderes a que vuelva de tomar agua en casa, y cuando regresé ya no estaban. Y cuando volví de nuevo a casa, se aparecieron burlándose de mi por no tener juguetes tan lindos como los suyos. Ahora te quedaras atrapado aquí, como el personaje del libro ese ya que tanto te gusta su disfraz —dijo Junk con una sínica mueca en su rostro.

A Lush le había causado espanto tanta colera contenida en la incisiva declaración de Junk, quien ambicionaba con este preciso momento.

—A mí me hicieron algo parecido —dijo Lush—. Pero no busqué vengarme, no lo necesito tampoco. Tengo a mi amiga.

Gwyndolin bajó la escalera del ático.

- —Teniente, señor, teniente, la Guarda Azul está patrullando las calles. Hay un puñado de adultos con ropas muy elegantes, creo que deben ser los de la Sociedad del Espectáculo.
- —¡Ay! Vinieron a ver que sus nenes la estén pasando bien, que asco. Bueno, lo prometido es deuda. La función debe estar a punto de comenzar. Será mejor que nos movilicemos al Teatro Mecánico.

Al fondo del húmedo callejón en la Calle de las Travesuras había una escalera tumbada en el suelo con algunos peldaños astillados.

- —Aquí empieza nuestro recorrido —dijo Junk acomodando la escalera—. Espero que no les teman a las alturas. ¿Están listos?
 - —¡Siempre listos! —Aladearon Gwyndolin y Lush.

Junk, para dar el ejemplo, fue el primero en subir. Lush, el ultimo. Pero cometió el torpe error de mirar hacia abajo cuando le faltaba muy poco para alcanzar la cima. Gwyndolin lo alentó antes de que su vista lo traicionara: —¡Tú puedes!

Las escaleras formaban puentes entre los techos de las casas. Los angostos callejones pasaban debajo de ellas como ríos secos. Caminaron sobre las escaleras haciendo el más prodigioso equilibrio que el vértigo les permitía.

Algunos pueblerinos estaban reunidos en las esquinas teniendo su propia celebración de Halloween. Cando pasaron sobre Casirina, las risas y gritos de los clientes jugando Magi-Magi les dio un susto tal que todos casi caen de la escalera. Por lo que los reflejos en las ventanas exponían, en algunas casas se estaban desarrollando épicos episodios de las fabulosas aventuras de títeres con nombres solo conocidos por sus espectadores en primera fila.

El horizonte lucía prometedor para los escaladores.

—¡Ya casi estamos! —dijo Gwyndolin mientras gateaba sobre la escalera de una casa a la otra.

—¡Es increíble! —dijo Lush quedando boquiabierto.

El Teatro Mecánico era un enorme edificio con forma de galera de color negro. Los últimos escalones sinusoidales se conectaban con el ala del sombrero, y como una lengua, de la puerta una alfombra roja llegaba hasta el primero de los escalones. Sobre la copa, un conjunto de engranajes abultados movía las manecillas del luminoso reloj que flotaba sobre la entrada. Las tuberías de cobre, como garabatos en el aire, se escapaban del techo reverberando el sublime cantar de la señora regordeta que entonaba las delicias de la ópera mientras los invitados colmaban las localidades.

Los puentes colgantes dibujaban una curva que entraba por la parte trasera del techo de manera que esa última escalera pasaba desapercibida por una escalera destinada para que la división de conserjes del teatro que subiera a limpiar los engranajes.

Gateando de escalera en escalera, notó como algunos de los expectantes invitados brindaban afuera con copas de lima. Sus intimidantes apariencias producto del refinamiento decorativo de las prendas que vestían afloraban en Lush una sensación de vergüenza e inferioridad.

—¡No te distraigas, la función está a punto de comenzar! —lo llamó Gwyndolin habiendo ya pisado el techo del sombrero gigante.

Junk se rascaba la cabeza mientras examinaba los engranajes, buscando algo como en una gran caja de herramientas.

—Seguro esa rata tiene piojos —le susurró Caballero Calabaza a la Bruja Blanca, quien tuvo que hacer un enorme esfuerzo para contener la risa.

Un sonido metálico puso la piel de gallina en los tres intrusos dejándolos pálidos del susto.

El primero en recuperar la compostura fue Junk.

- —¡Ajá! —Levantó la barra de metal que se había caído—. Esta es la llave maestra.
- —¿La llave maestra? —dijeron los otros dos mirándose con cierta intriga.

Y con ese mágico dispositivo fue que la salida tan reverenciada por la división de conserjes, la puerta trampilla, fue violentada con una improvisada brutalidad que requirió de los tres para hacer palanca de manera que pudieran vulnerar la traba al otro lado.

En la penumbra, donde la única luminiscencia que los acompañaba era la de las luces allí abajo, se movían con una cautela desmedida apoyando con suavidad sus pies a cada paso como

si caminaran en cámara lenta. Los tablones de madera del andamio rechinaban; era inevitable que el polvo salpicara cuando pasaban sus manos por los barandales de metal.

—Tengan cuidado de no hacer mucho ruido, podríamos llamar la atención del Titiriterum Maximum.

—¿Qué es eso? —dijo Lush hablando bajito.

En ese momento, un sonido a metal siendo rasguñado sacudió los tímpanos de los infiltrados.

—Eso es el Titiriterum Maximum —dijo Junk agarrándose la cabeza con dolor—. El presentador está ahí controlando los boletos. Él sabe quiénes están y quienes no, será mejor tener cuidado de que no nos vea.

Cuando el chillido metálico cesó, los tres se inclinaron a espiar.

Un sistema de canaletas metálicas como si fuese una gran red de rieles estaba suspendida debajo del cielorraso. Sujetos por cables trenzados de metal, los títeres seguían a rajatabla su recorrido de la boletería hasta la entrada y viceversa haciendo el papel más importante: recibir a los estoicos invitados.

Los títeres fueron vestidos con un uniforme militar rojo de corte inglés de botones dorados. Sobre las cabezas cuadradas, de alegres expresiones pintadas a mano, se apoyaba un sombrero de lana con las siglas T.M. bordadas. Saltaban de alegría y hacían gestos de cortesía cada vez que picaban un boleto de entrada.

Las damas del publico exhibían las mejores variedades de vestidos renacentistas con faldas como paraguas y de volados como olas en el océano. Los caballeros por su parte, no se alejaban de ser tan ordinarios como eran sin desprenderse del típico traje sin demasiada gracia. Aunque algunos se atrevían colores más llamativos, la mayoría se apegaban el código de la Sociedad del Espectáculo sin alejarse del negro.

- —Son putrefactos refinados, ¿no lo crees? —dijo Junk.
- —Sin dudas —dijeron los soldados.
- —Ya no hace falta jugar a los soldados —dijo Junk riendo.

El presentador estaba a punto de dar inicio a la función.

La vista era bastante clara desde lo alto del andamio detrás del escenario, el cual nada tenía que envidiarles a esos puentes porque la estructura de madera y caños que le daba forma no parecía demasiado segura.

- —Muy bien —dijo Junk—. Este parece ser un buen lugar para ustedes.
- —¿No te quedaras con nosotros? —dijo Lush.
- —Todavía tengo unos asuntos de los que ocuparme para que podamos salir en una pieza de aquí, pero no me tardo. Ustedes solo disfruten del espectáculo hasta que yo regrese —Junk se marchó corriendo contra todo riesgo.

Los dos estaban apoyados sobre un barandal de metal. Gwyndolin mecía sus piernas como caminando en el aire.

- —Costó, pero llegamos a tiempo para el primer acto —dijo Lush.
- —¿Cuan real crees que sea la interpretación de la leyenda? —dijo Gwyndolin con un aire reflexivo—. Ellos no estuvieron ahí, fue hace doscientos años, me sorprende como todavía perdura ese recuerdo.
 - —Seguro que mejoran con cada presentación. Espero que tenga un final feliz.
- —No esperes demasiado —dijo Gwyndolin apoyando su mano sobre la de él—. Disfrutemos de la función mientras dure. ¡Oh, mira! ¡Ahí está el presentador!

Primero el telón se quedó atorado. Después solo se levantó una parte y la otra se bajó. Hasta que, por fin, en un esfuerzo combinado, los asistentes pudieron desplegar apropiadamente la pesada cortina.

El presentador se presentó ante su público cambiando los papeles de mano en mano para saludarlos aquí y allá con una sarcástica sonrisa que endurecía sus facciones. Tomó aire, limpió su garganta y con sus papeles frente a su nariz, leyó:

—¡Señoras y señores! ¡Niños y niñas! —Miró al público con una lupa que traía en su bolsillo—. A pesar de que no veo a ninguno de sus niños ¿No los invitaron? Recuerden que tenemos la competencia de disfraces. Mi nombre es Momus, y seré el responsable de relatar los hechos que ocurrieron hace ya demasiado tiempo atrás cuando Avanet no era más que una aldea. —Hizo gestos de misterio acompañados de un profundo tono de voz arrojando los papeles al aire—. Pero no se retiren al terminar la función, porque tenemos una sorpresa especial para ustedes.

Y la función comenzó con su primer acto.

Un sujeto vestido con ropas blancas salió a la escena. Deambuló por el escenario con una botella de sake. Apenas pudiéndose mantener de pie, señaló a los espectadores con un creciente recelo. Su mirada se transfiguraba en desquicio con cada espectador señalado con el dedo, retorciendo el brazo cada vez más, aunque con dificultad, como si sus articulaciones fuesen una vieja banda elástica que está en las últimas. Las luces del escenario se concentraron sobre él cuando se rompió en un exagerado llanto. Para el énfasis en las lágrimas, se tiró un poco del sake sobre la cara. La dramatización hizo tronar los aplausos del público. Con un hilo, alguien desde abajo del escenario, moviendo su muñeca de acuerdo a esa moción, hacia deslizar a una serpiente de plástico.

El telón se cerró.

- —¡Eso fue genial para empezar! —dijo Lush.
- —¡Y solo fue el primer acto! —dijo Gwyndolin.
- —Me pregunto cómo habrá sido ser él. ¿Qué se sentirá vivir todas esas aventuras?
- —Creo que debió ser de emocionante. Peligroso...pero emocionante.
- —Podríamos ir al bosque a vivir nuestras propias aventuras —dijo Lush haciendo su mejor imitación de una voz siniestra.
 - —¡Cuenta con ello! —dijo Gwyndolin sobresaltándose de emoción.

Y tanta fue la emoción en su voz que los asistentes que cambiaban el vestuario del protagonista se sobresaltaron de un susto al oírla. Eso pareció motivarlos de manera que se apuraron para dar inicio al siguiente acto. Y una vez el cambio de vestuario estuvo listo, se pusieron a desenredar luces navideñas.

El telón se elevó como un vendaval. Y tan abrupto fue que tomó por sorpresa a los espectadores, quienes detuvieron sus conversaciones para concentrar su atención una vez que la sorpresa de lo inesperado abandonó sus rostros.

El artista se volvió a presentar ante su público. Arrodillado, rendido, como sentenciado a muerte, bajo una delicada llovizna representada por las luces navideñas celestes y azules que los asistentes sostenían desde una grada metálica sobre la parte más alta del escenario. Pronto, ocho caballeros con armaduras de cartón pintadas con temperas sin demasiado esfuerzo lo rodearon. El protagonista de la obra agarró su cabeza como si intentara despedazar una roca con las manos al verlos desenvainar sus espadas de papel. Se acercaban cada vez más.

El telón se cerró.

—Eso fue trágico —dijo Lush—. Me siento mal por él. ¿Te sientes bien?

Gwyndolin se frotaba la cabeza con rasgos de dolor que le arrugaban el rostro. Ciertas imágenes se reproducían en su cabeza como manchas de acuarela.

- —Es solo un malestar pasajero, no te preocupes —dijo enrollando un dedo en la cadenita dorada de su collar.
- —Si te sientes mal podemos irnos, seguro que Junk no tarda en venir —dijo Lush mirando sobre su hombro a la penumbra de la parte trasera ajena a toda la grandeza de los hechos suscitados al público general.
 - —No es nada, no es nada —dijo ella apretando los dientes.

Los dos se sacudieron cuando los asistentes probaban un antiguo sistema de poleas que se había atascado.

—¡Ahí viene el último acto! —dijo Lush sacudiéndole el hombro.

A medida que el telón se movía con lentitud a favor del suspenso, dejaba entrever con tristeza al protagonista, quien yacía sobre el escenario con las espadas de papel entre el brazo derecho y el torso para simular tenerlas clavadas en el pecho ante la vista de sus admiradores.

Un grupo de cuatro asistentes soltaban centímetro a centímetro la soga que sostenía a un enorme gigante de madera. El público se estremeció puesto que parecía que su héroe estaba a punto de ser aplastado por la tosca estatua. Eso no fue más que una anticipación a cuan atónitos quedaron luego de una dramatización que supuso al gigante comiéndose al héroe. Una enorme ave blanca surcó los rieles que guiaban a los títeres. El telón ocultó la escena conforme el ave caía en picada contra el gigante de madera.

La Sociedad del Espectáculo, de pie, puso a disposición su muestra más honesta de admiración por la obra. Algunas damas compartían pañuelos para secar las lágrimas de tristeza por la muerte del protagonista de la representación. Los hombres de negocios comentaban entre

ellos si lo que acababan de presenciar podría mejorarse para el siguiente año con un presupuesto más generoso.

Las luces se volcaron sobre el presentador. Saludaba a todo el mundo con unos papeles abajo del brazo.

—Esplendido, esplendido. Sin lugar a dudas. Ahora, sin demasiados preámbulos, pasaremos a la competencia de disfraces.

Antes de que pudiera hacer uso de sus anotaciones, Henz, el alcalde de Avanet, irrumpió en el Teatro Mecánico acompañado de una hueste de Guardas Azules y una caja con dos agujeros que los seguía.

Momus tiró todos sus papeles.

- —¿A qué se debe tanta brusquedad? —Puso las manos arriba cuando un Guarda Azul le apunto con el lanza-redes.
- —Tengo malas noticias para todos ustedes. En una celebración tan inmaculada como esta he de informarles que una bruja que guarda cierta relación con ese hechicero que amenazó con destruir Avanet hace doscientos años está aquí presente. Entre ustedes.
- —Y no pagaron ni siquiera por su entrada. Porque no está sola. Vino acompañado por su acolito —dijo Junk saliendo debajo de la caja de cartón.
- —¡¿Cómo es esto posible?! —dijo Momus poniéndose rojo como un tomate—. ¡Esos rufianes burlaron al Titiriterum Maximum! Eso sin duda requiere de un antiguo maleficio para poder lograrse, ¿no es así, señor Henz?
 - —Sin ninguna duda, mi estimado. Registren todo el lugar.

Las personas en las gradas, invadidas por la colera, se movilizaron. Revisaban hasta debajo de los asientos. Procuraban no mirarse a la cara para evitar caer en algún somnífero embrujo. Los Guardas Azules con los lanza-redes al hombro y una antorcha encendida vigilaban su entorno. Los rieles donde se deslizaban los títeres del Titiriterum Maximum chillaban haciendo saltar una incesante llovizna de chispas que salpicaba como astillas provocando un pasajero ardor en todo cuanto alcanzaban.

Al ver esa escena tan atosigante, Momus apeló a que le presten un segundo de atención.

—No hace falta que derramen más sudor innecesario ¡Yo sé dónde están! Espero que esto sea suficiente para que me permitan unirme a la Sociedad del Espectáculo. Y de ser así, Junk, mi hijo, también deberá ostentar un lugar. ¡Contemplen a la bruja!

Tironeó de un hilo de acero muy fino que estaba en el suelo enredándoselo a la mano. Estaba sujeto a un tornillo muy importante que al ser tironeado acabó por desbaratar la estructura sobre la que se asentaba la parte trasera del escenario. Para la mala suerte de todos, una chispa se escabulló en el ojo de un Guarda Azul provocando que rozara su antorcha por el telón incendiándolo de inmediato mientras que el escenario se venía abajo.

Primero fuego, humo y madera abrasada, y luego polvo con ruidos de metal. Pero nada fue más abrasador que los gritos de desesperación en la polvorienta humareda.

—¡Atrapamos a la bruja! —Festejó Momus.

Los Guardas Azules lograron achicar la dimensión del incendio golpeándolo con sus gabanes. Fue entonces, cuando descubrieron a una chica de pelo blanco. Quedaron petrificados al ver como el charco de sangre que brotaba de su cabeza se hacía cada vez más grande. Otro niño salía entre los restos del andamio. Tosía mientras a duras penas se arrastraba. Su estupor fue tal que ninguno de sus nervios respondió. Se quedó completamente inmóvil con los ojos fijos en ella ante el doloroso abatimiento que su mente atravesaba.

Los Guardas Azules intercambiaron sus más lúgubres miradas. Arrojaron los lanza-redes y apagaron sus antorchas con la mano en señal de un vergonzoso arrepentimiento.

Lush se movilizó su entumecido cuerpo clavando las yemas de sus dedos para poder arrastrarse, sollozando. Gwyndolin, gruñendo con sus dientes apretados, se arrastró hacia él. Cuando estuvieron lo suficientemente cerca se tomaron de la mano.

Ella le colocó su collar dorado antes de volver a derrumbarse, vacía de fuerzas.

—Estas bien, ¿verdad? —Le sacudió la mano—Gwyndi, despierta, vámonos a casa. Si nos tomamos de la mano no podrán vernos. ¡Cuando estemos lejos podremos jugar una carrera! Gwyndi...

Gwyndolin, débilmente, levantó su mano y mientras que lo hacía, Lush se elevaba, levitando. Y con un impulso, como tironeado por una cuerda invisible, envió a Lush muy lejos del lugar. Gwyndolin lo vio alejarse para siempre antes de que sus ojos se cerraran.

Lush cargaba un saco de papas mientras que Gwyndolin leía una receta. Caminaban sin rumbo alguno levantando el polvo de un desolado camino de tierra. La valiosa conversación continuó inclusive una vez adentrados en un bosque llovioso y frio.

Gwyndolin se detuvo y Lush chocó con ella. Por un segundo todo se oscureció. Una gran ráfaga de viento sopló y empujó a los árboles como si fuesen nada más que pastizal. Un inmenso pájaro blanco aterrizo en el suelo, aplastando los árboles como si fuesen migajas.

—No deberíamos estar aquí, es muy peligroso —dijo Lush, pero no logró escuchar su propia voz.

Gwyndolin se dio vuelta y suspiró. Se inclinó hacia él y abrazó, dejándole de una manera muy ingeniosa la cadena con la llave dorada sobre alrededor del fino cuello de Lush. Lo miró a los ojos, y con una suave voz que se desvanecía como un eco perdiéndose en el inmenso vacío le dijo:

—Lush, nunca cambies.

De un sobresalto sus ojos se abrieron tan súbitamente como explosiones de fuegos artificiales. Se aferró a las sábanas con la adrenalina de la desesperación que parecía estar a punto de reventar su corazón. Alguien secó el sudor que emanaba de su piel.

- —Por fin despiertas —dijo Bunni perpleja—. Pensé que estarías postrado durante meses.
- —¿Dónde está ella? —dijo Lush jadeando, desesperado.

Bunni se sonrió tristemente, apretando el pañuelo que tenía entre sus dedos.

Se inclinó sobre Lush y apoyó su dedo sobre el corazón de él. —Ahí—. Se replegó sobre la silla a un lado de la cama—. Salió a la luz el asunto del Teatro Mecánico. No necesité que nadie me cuente nada, porque balbuceaste los hechos. Gwyndi te envió aquí porque sabía que yo era la única persona que te trataría bien después de todo lo que sucedió allá.

Lush, en ese momento, notó la calidez de la llave dorada sobre su pecho.

- —Tengo que salir de Avanet. Tengo que sumergirme en el bosque. Deseo olvidar todo lo que sucedió o estaré tan triste que podría morir. Absolutamente todo. No importa cuánto tiempo me lleve.
 - —Pero una persona realmente muere cuando es olvidada —dijo Bunni.
- —Recordarla solo me hará sufrir cada día más —dijo Lush en un tono serio, profundo y lúgubre.

A pesar del doloroso y extenuante dolor que su cuerpo manifestaba logró ponerse de pie.

—Si eso es lo que deseas no creo poder impedírtelo. Lo que puedo hacer por ti, en cualquier caso, es prestarte a Aldora para que te acompañe. Con esa convicción estoy segura que se dejará montar.

Antes de que Lush pudiera poner en marcha cualquier gesticulación para decir una palabra Bunni lo detuvo:

—Deja las gracias para cuando regreses. Te estaré esperando justo aquí.

Los padres de Bunni estaban postrados en la cama, recuperándose de un mal episodio provocado por el bosque cuando intentaron deshacerse de la humillación que fue el fracaso de la boda de su hija.

Sin tiempo que perder, se calzó las desgastadas botas de cuero viejo y sobre la camisa remendada se colocó un tapado triangular de un turquesa marinesco. Bunni también le regaló unos guantes de cuero sin dedos, una soga, y una cantimplora.

Aldora los esperaba pastando fuera del molino. Bunni fue la primera en salir. Revisó los alrededores con precaución para asegurarse de que no hubiera nadie chismoseando.

—Muy bien, Aldora —dijo acariciando el lomo de la yegua—. Cuídalo. No lo dejes solo, ya suficiente tiene —le dijo en voz baja.

Lush miraba a los boscosos lindes muy absorbido por sus ideas.

- —No hay Guardas Azules patrullando. Es ahora o nunca. —Lo interrumpió Bunni— ¿Estás seguro de que no necesitaras nada más?
- —Cuanto más ligero, mejor. No olvides que tengo que volver para agradecerte por todo esto.

Aldora relinchó. Partieron.

Avanet desfilaba a sus espaldas mientras que el chillido del viento se hacía cada vez más intenso. El corcel entró en la etapa de la velocidad. La llave dorada flameaba en el pecho de Lush.

—Tenemos un largo camino por delante.





Pasó un largo rato desde que el ultimo rayo de sol había alcanzado a deslizarse entre las abovedadas hojas de los ensombrecidos árboles que se levantaban sobre las lomas verdosas. La penumbra dotaba de un devastado y tétrico aspecto al frondoso entorno. La somnolencia del jinete le hacía percibir que el camino se volvía sinuoso a pesar de ir en línea recta.

El paso de Adora era firme a pesar de las irregularidades del terreno, aunque ya se notaba cansada de tanto andar. Lush iba recostado sobre su lomo, acariciándolo tristemente en algunas ocasiones.

«Hemos estado aquí desde ayer. No nos hemos detenido por nada del mundo ¿Cuánto tiempo más crees que tardará en hacer efecto la magia del bosque?». Lush murmuró una melancólica melodía a destiempo con el galope de la yegua.

«Tal vez exista la más pequeña posibilidad de que ella este a salvo esperando por mí, ¿no lo crees? Tal vez había un médico entre la gente de la Sociedad del Espectáculo que pudo ponerla a salvo con algún tipo de poción, esa gente sabe todo tipo de cosas. Otro fin del camino. Este bosque parece interminable. ¿Hasta dónde llegará? No quiero detenerme a dormir. De cualquier manera, tarde o temprano me desmayaré y para cuando despierte ya no recordaré nada sobre ella ni sobre lo que le sucedió».

El jinete se volcó por accidente cuando llegaron al codo pedregoso del camino. Rodó sobre el pastizal húmedo del sendero transitado que se desnivelaba a un costado hasta ser atajado por la rugosidad de una grisácea piedra.

Aldora, temerosa ante la inclinación, se llenó de vigor relinchando sobre sus dos patas y se sumergió en la negrura en busca su compañero.

Recostado sobre el respaldo de piedra, despierto solo a medias, la amargura provocó un derramamiento de lágrimas que por lo menos logró despabilarlo. Acurrucado con la cabeza entre las piernas, le venía a la memoria la alegre sensación de esas carreras tan divertidas.

«Debería regresar, este lugar no es seguro. No debería estar aquí, en cualquier momento podría aparecer un Akamata. Bueno, eso puede no ser tan problemático, porque si nos tomamos de la mano no podrá vernos, ¿verdad, Gwyndi?»

Arrastrándose con dificultad, vislumbró al ras del suelo algo parecido a un tallo sin flor que lo corone. Fue capaz de levantarse aun aquejado por los dolores. Se acercó como pudo.

Paso a paso, la incógnita de aquella luminiscente planta se resolvía. Se sorprendió al darse cuenta de que no se trataba en absoluto de una flor. El supuesto tallo era una grande y esbelta pluma blanca casi tan alta como él. Sin dejar de profanar sus incógnitas se tumbó al suelo para seguir inspeccionándola: estaba clavada en el terreno. Deslizó sus dedos por la inmaculada veleta blanca, fue como volver a redescubrir lo que era la suavidad. Se le dio por olfatearla a media que se dejaba acariciar por la suavidad mientras levantaba la cabeza.

Un hediondo olor deshizo su inspiración. Dos llamas anaranjadas flotaban a los costados de la pluma como si emanaran de dos velas invisibles. Pronto, un ventoso soplido resonante le dio la orden al flameante par de magnificarse como imponentes antorchas que acabaron con la oscuridad.

Hicieron contacto visual. Lush quedo atónito ante el felpudo carnero de cuernos azulados. Era de un robusto porte, con prominentes pesuñas que parecían bloques de una podrida madera húmeda. Su pecho, denotando su imponente presencia, rebozaba como algodón blanco que era por demás antagónico al color semejante al oxido que poseía en el resto del pelaje. Una cadena dorada alrededor de su cuello sujetaba una peculiar llave de oro.

- —¿Perdiste tu rumbo? El pueblo no queda por este lado, muchacho. No hay nada de tu incumbencia en estas tierras. Será mejor que vuelvas por donde viniste, antes de que sea demasiado tarde.
- —N-No sabía que los carneros podían hablar. ¿Qué clase de criatura eres? —dijo Lush arrastrándose hacia atrás sobre el humedecido pastizal.

El carnero se sentó sobre sus patas traseras. Frunció el ceño, aseverando su mirada terriblemente profunda.

—Mi voz resuena en tu cabeza. Y en la de los demás animales.

Lush miraba con desesperación en busca de su yegua, pero el velo de las sombras todo lo había vuelto a cubrir. Hundió sus dedos en la tierra, tratando de formar una pelota de barro. «Si le embarro los ojos y salgo corriendo, en un santiamén estaré lejos de aquí...», pensó.

Su plan se frustró en el momento que las llamas se volvieron a avivar, pues el carnero se percató del disuasivo truco que se estaba gestando.

—Tranquilo, no voy a comerte vivo. Primero te cocinaría con mis llamas, pero no es el caso. Soy un mero vagabundo del bosque, como muchos otros. Como tú, inclusive. Pero tú eres un humano, uno de esos tantos que viven en el pueblo. Cuando menos te lo esperes perderás la memoria y los Akamatas se encargarán de ti. Vuelve por donde viniste antes de que sea demasiado tarde.

Lush, aliviado por no ser el aperitivo de la bestia, se desplomó de espaldas.

- —¿Qué es demasiado tarde exactamente? —dijo mirando al cielo nocturno.
- —Será tarde cuando tu mente quede en blanco. Y demasiado tarde, cuando piedras toda la capacidad de moverte.

—Llevo casi dos días deambulando por estos lugares. No tengo intenciones de volver hasta perder todos mis recuerdos. ¿Me harías un favor? Cuando eso suceda, asegúrate de escoltar a mi yegua hasta el pueblo.

El carnero bufó ante la novedad. Notó cierta excepcionalidad en las palabras del extraviado aventurero.

—Estas de suerte, debes ser todo un intelectual si aún no perdiste la cabeza en este lugar.

Lush se sentó de golpe, curioso por volver a tocar la pluma para sentir esa relajante suavidad.

- —¿A qué tipo de ave pertenece? Jamás pensé que pudiera haber un ave tan grande.
- —Te sorprenderías aún más al contemplarlo en persona. Esto es lo único que queda del Rey Pájaro. La cuido como si fuese la única flor de mi jardín.
 - —Entonces el Rey Pájaro si era real... —dijo Lush anonadado— ¿Qué paso con él?
- —Cayó en combate hace doscientos años, batallando contra el Mago Oscuro que buscaba vengarse de tu pueblo usando al antiguo Coloso. Desapareció, pero sin dudas salió victorioso de ese encuentro. Esta pluma es todo lo que queda de él.
- —No creo que haya desaparecido, debe estar en algún lado recargando sus energías en caso de que este Mago Oscuro reaparezca para completar su tarea.
- —El Mago Oscuro ya no existe, pero los Akamatas, sin duda, son producto de su macabro paso por el bosque. En cuanto al rey no te hagas falsas esperanzas. El Rey Pájaro desapareció para impregnar estas tierras de una poderosa Magia Blanca capaz de borrar los recuerdos de las personas que intenten explorarlo para así evitar que la Magia Negra vuelva a corromper a alguien.

Los parpados de Lush pesaban toneladas. Era imposible contener el involuntario titileo. Sus bostezos le hacían brotar lagrimillas por el rabillo de sus ojos. Fue incapaz de seguir la conversación mental con el carnero.

—Duerme, lo necesitaras. No voy a hacerte daño.

El carnero le dio la vuelta a la pluma y se colocó detrás de Lush como un suave respaldo para que él pueda descansar cómodo.

Soñó con felices veranos en Avanet. Veranos poblados de juegos y risas con su mejor amiga. Sin embargo, esa no era más que la sensación que le dejó el buen descanso.

El corcel y el carnero lo miraban de arriba no bien la luz de la mañana lo obligó a abrir los ojos. Se refregó la cara. Aldora relinchó de felicidad al verlo despertarse sacudiéndole sus pelos negros con el aire exhalado.

Lush revisaba su equipaje. La luz del mediodía se había encendido en la plenitud cielo.

- —¿Todavía recuerdas quién eres? —dijo el carnero siguiéndolo con la mirada mientras Lush buscaba su cantimplora.
- —Por ahora sí. Debo partir, no quiero que me veas desparramado por el suelo cuando la magia del bosque haga efecto.

- —¿Por qué quieres alcanzar ese extremo? ¿Es acaso tal el odio que sientes por ti mismo?
- —Busco olvidarme de alguien, de algo. Y no me importa deshacerme de mi mismo con tal de quitar eso de mi cabeza —dijo Lush dando un salto sobre Aldora.
- —Al menos deja que te acompañe hasta una zona segura. Es la disculpa que te puedo ofrecer por haberte asustado. No querrás ser descuartizado por los Akamatas antes de poder olvidarte de eso...

El carnero, como si se dispusiera a pastar, extrajo la pluma del suelo mordiéndola del tayo. Emprendió su caminata con la pluma en la boca sin esperar por Lush ni Aldora.

Se internaron entonces en las tierras rebosante de un frondoso verde marchando a la par en silencio.

«En caso de que por alguna razón la magia no surta efecto este parece un lugar agradable para vivir», pensaba Lush mirando a su alrededor.

La luz de la prematura tarde pasaba atreves de la aglomeración de angulosas hojas verdes que colmaban las copas de esos robustos troncos. Era como un espectáculo de estrellas fugaces suspendías en el aire iluminando los cientos de senderos de especial magnificencia que se ramificaban por doquier.

Finalmente, el carnero cedió ante la curiosidad.

- —Y esta persona que mencionaste... ¿Cómo es?
- —¿De qué sirve que te lo diga? Hablar de ella solo retrasará el efecto del hechizo en mí.
- —No te resistas, sabes que hay algo que no marcha bien contigo. Y creo saber de qué se trata. Es algo parecido a lo que pasa con esta pluma.

Lush se mordió los labios. Quería blindar tan fuerte sus emociones a como dé lugar, tan fuerte que se engañaba a si mismo paso tras paso. «Espero no largarme a llorar», pensó levantando la mirada por un breve momento.

—Bueno, ella es...Era, quiero decir. Ella era... como mi otra mitad. Solíamos estar todo el tiempo juntos. —Una calidez abrumadora le recorrió el cuerpo. Suspiró.

Algunas lágrimas se escabulleron de la superficie de sus ojos por más que intentase comentarlo como un asunto sin importancia.

- —Estoy seguro de que mientras que estabas con ella fuiste muy feliz —dijo el carnero mirando fijo al fondo del camino—. Aunque desaparezca de tu memoria la llevaras sin saberlo en tu corazón como un amuleto de buena suerte, te lo aseguro. ¿Qué paso con ella?
- —No quiero traer con detalle ese asunto a mi cabeza otra vez. Pero le sucedió algo terrible. Murió brutalmente por culpa de gente mala.

El carnero entendió el pesar en el tono de su entristecido compañero. Se limitó a seguir conduciéndolo a un lugar más seguro.

Se detuvieron luego de un rato, a pedido de Aldora, pues necesitaba recuperar el aliento. Pastó provechosamente con tranquilidad en el prado salpicado por finos pastos silvestres.

Lush se sentó de piernas cruzadas en el suelo.

- —¿Llevas la pluma contigo a todas partes? —quiso saber Lush.
- —A cada lugar. Se mantiene con vida gracias a la Magia Blanca que emana de mí. Es lo único que puedo usar para volver a traerlo a la vida si algún día tengo la oportunidad.
 - —Pero, ¿cómo? No se puede revivir a los muertos.
 - —No subestimes el poder de la Fuente Zodiacal, muchacho.
- —Me gustan las fuentes. Tenemos una fuente en Avanet. Esa persona y yo solíamos ir a arrojar rupias y pedir deseos allí —dijo Lush un aire de estar soñando despierto.
- —Los deseos son buenos. Pueden colmarte de un ferviente anhelo que te anime a seguir adelante.
- —¿Tienes algún deseo que quieras cumplir? —La mirada de Lush, aunque tímida, estaba llena de una intensa curiosidad.
- —Si, tengo un deseo —bufó el carnero—. Me gustaría volver a casa. Eso sería un aporte de los tantos que se necesitarían para que el Rey Pájaro pueda volver a la vida. Pero eso en cuanto a mí. Son once más los que tienen que estar de acuerdo.
 - —¿Por qué no tratas de convencerlos?
- —No todos quieren volver a casa. Ni siquiera tú quieres volver a tu hogar hasta que el hechizo acabe por destrozar tu memoria. No puedes obligar a nadie a hacer algo.

Lush reflexionó un instante.

—Qué tal si yo los convenzo por ti. Eso podría darme algo que hacer hasta que consiga olvidarme de mis asuntos. ¿Dónde los encuentro?

Al oír esta proposición el carnero atravesó a Lush con su mirada como dos flechas furtivas. Después miró a Aldora, buscando en ella, quizás, un vigor que esté a la altura de las circunstancias.

- —Necesitaras de tu fiel compañera —le dijo finalmente—, porque quien sabe dónde estarán. Estas tierras son inmensas. Te enfrentarás a innumerables climas y problemas. Pero si tu corazón y tu mente resisten todo eso podrás conseguir traer de regreso a su majestad. A cambio, estoy seguro de que él te garantizará tu deseo.
- —Suena como una emocionante aventura. Vale la pena intentarlo. ¡Cuenta conmigo! dijo con poniéndose de pie con resolución—. Aunque, ¿por dónde empiezo? —Soltó una inocente carcajada vergonzosa.
- —Puedes comenzar por mí. Cumple mi deseo. Ayúdame a volver al Reino Astral. Acompáñame hasta el Altar de Aries.

En un santiamén Lush ya estaba montado en su yegua, impaciente por partir. Aldora tampoco podía esperar. Contagiada por el entusiasmo de su amo, trotó en círculos alrededor del carnero. Pero tanta alegría, sin dudas, era debido al desconocimiento del camino a recorrer. Y el carnero lo sabía.

—Primero deberé probar que están a la altura. No quisiera que mueran por mi culpa. Atrápenme si pueden.

La llave dorada que colgaba de su cuello se movió con el torrente de aire exhalado al mismo tiempo que las llamas trémulas de sus cuernos azulados se avivaban como una caldera mientras excavaba el suelo con sus pezuñas. Sin advertir ni la más discreta señal se lanzó a una rapidísima carrera en la dirección del camino.

—¡Rápido, antes de que lo perdamos de vista! —Alentó a Aldora con un suave golpecito sobre su lomo.

El vigoroso galope de la yegua bastaba solo para que los dos puntos naranjas en el horizonte no se esfumaran; no se dejaron desalentar por ello.

El carnero no se los puso nada fácil.

Doblaron en recodos abruptos guiados por las llamas que se prendían o se apagaban para indicar que dirección tomaría. Sortearon las más despiadadas ramas atravesadas en el camino, dispuestas a desmontarlo de un solo cachetazo. Las manos de Lush se resbalaban del cuello de la yegua. En un momento fue tanta la velocidad que al jinete le costaba mantener los ojos abiertos, dificultad que evidenciaba el compromiso de Aldora. Todo el esfuerzo estaba siendo recompensado. Era notorio que la separación se volvía menor. «¡Animo, Aldora! ¡Casi lo alcanzamos!». Y así era. De hecho, no hay resistencia que dure para siempre. El carnero se notaba muy agobiado por el cansancio. El ánimo de Aldora mermó de una manera considerable al darse por satisfecha ante su más gloriosa hazaña.

Los competidores se limitaron a trotar. El bosque a ambos lados se hacía cada vez más denso a medida que el camino descendía. No fue demasiado problema hasta que el carnero, tomándolos por sorpresa, se adentró entre la arboleda a un lado del camino sin dar ninguna indicación. «¡Oh…!», pensó Lush con una expresión de notoria frustración que solo aparece al ver todo el trabajo que todavía falta por realizar. Aldora relinchó, agitó su melena, y se sumergió a galope tendido entre las hojas.

El crepúsculo los envolvía cuando asumieron lo peor:

—Ahora sí que lo perdimos. —Aldora dejó escapar un triste suspiro. Lush se bajó a estirar las piernas.

«¿Acaso vendrá de nuevo? Quizás con esto le quedó claro que no estamos a la altura...Tengo una idea.»

Sintió la rugosidad del brazalete de piedra dentro del equipaje mientras buscaba la cuerda. Le costó un poco de trabajo, pero consiguió, a pesar del robusto grosor de la cuerda, hacer un lazo al mejor estilo de un vaquero. «Perfecto. Si se le da por volver, lo voy a atrapar con esto.»

Un grupo de ardillas huyeron despavoridas al oír como las ramitas que estaban amontonando en el suelo se quebraron al unísono, aplastadas por las pezuñas de una majestuosa criatura que las septuplicaba veinte veces en tamaño.

- —¿Te rindes tan rápido? —dijo el carnero telepáticamente.
- —¡Pensé que eras tú el que se había rendido! —se burló Lush subiéndose de golpe a Aldora.

Lush tomó la iniciativa en la vuelta final de la carrera. Que no era una carrera en si, para su suerte, puesto que el dúo ya estaría varias vueltas atrás.

A pesar de que no le fue reprochado como trampa su puntería no era la mejor. Ninguna de sus predicciones dio en el cuerno del carnero cuando le arrojaba el lazo de vaquero.

Llegaron a un camino sin salida. «Perfecto», pensó Lush cuando vio que se acercaban a la orilla de un lago. El carnero apretó el paso. Aldora no se quedó atrás. El jinete remolineaba su lazo esperando por el momento en que el carnero, demasiado comprometido con su velocidad como para darse cuenta, se detuviera súbitamente.

Esta vez pudo haber logrado acertar de no ser porque salió despedido hacia adelante cuando la yegua no tuvo más remedio que detenerse en seco. La jaqueca fue temporal, pero sin dudas su espalda había absorbido todo el impacto.

Un misterioso vapor flotaba en el aire. La espesa niebla lo había envuelto todo, no había rastro alguno del sol. Los árboles no eran más que borrosas figuras, pero entre esas borrosas figuras, podía vislumbrar como una acechadora mancha azabache se escurría aquí y allá en la plomiza atmosfera.

- —En qué estaba pensando. Pedí algo imposible. —La voz resonó de izquierda a derecha.
- —Todavía podemos dar un poco más —entonó Lush con dolor mientras intentaba sentarse.

El vapor comenzaba a volverse cada vez más transparente. La claridad volvía al entorno como si se limpiaran los cristales de un par de gafas.

Ante su incrédula mirada, el carnero estaba andando sobre el agua.

- —¡Sorprendente! —gritó Lush quedándose boquiabierto por el asombro—. ¿Tú también puedes hacer eso? —le dijo a Aldora en un tono burlón.
- —Es un animal increíble, no me sorprende que sea capaz de incorporar algunos trucos de magia.

Lush se puso de pie muy despacio, como si no quisiera que ningún hueso se le saliera de lugar.

—¿Oíste eso, Aldora? ¡Buen trabajo! —dijo Lush jadeando mientras le acariciaba el lomo—. Entonces... ¿estamos a la altura?

El carnero escrutaba con una intrigante curiosidad. Lush le hizo unos gestos que lo liberaron de su perplejo trance.

—Valdrá la pena intentarlo —repuso el carnero—. Sígueme.

Los aventureros cruzaron al otro lado del lago, rodeándolo, mientras que el carnero caminaba sobre el agua emitiendo un hirviente siseo cada vez que pisaba.

El atardecer comenzaba a declinar sobre sus cabezas.

Al otro lado, no muy lejos de la orilla, llegaron a una erguida piedra grisácea que tenía un símbolo tallado en su resquebrajada superficie, y lo más importante: una cerradura.

—Te considero apto para esta tarea. Busca a los demás. Estas tierras peligrosas se abren ante ti —dijo el carnero torciendo su cabeza para clavar la pluma en el suelo—. Toma mi llave dorada.

Lush, tembloroso, extendió sus brazos para quitarle colgante.

- —Esta llave se parece a la mía.
- —Me recuerdas mucho a alguien. Estas rodeado por un aura de Magia Blanca similar, realmente han pasado mucho tiempo juntos.
 - —¿Conocías a Gwyndolin?
 - —Era una prodigio entre nosotros...pero esos asuntos no te incumben.
- —Tampoco me interesa... —Hablaba superficialmente pero su triste corazón se volcaba cada vez más a la autenticidad de sus sentimientos: se moría por saber.
- —Solo voy a decirte una cosa: no dejes que le pase nada a la pluma. Es todo lo que tenemos para traer de regreso al Rey Pájaro.

Lush asintió con entusiasmo.

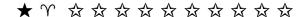
El símbolo tallado en la roca coincidía con el de la llave del carnero. La introdujo en la cerradura de piedra y la giró dos veces. El cuerpo del carnero se desintegró en poros de luz como luciérnagas blancas y fue absorbido por la cerradura en roca. El símbolo tallado brilló, resplandecía con blancura.

No tuvo tiempo para disfrutar de su primer logro en aquellas inhóspitas tierras. Una mancha purpura se derramó por la cerradura, arrastrándose alrededor del altar, como una serpiente. Y al igual que una serpiente, se enrolló a la piedra como un carretel de hilo.

Una gota de sudor se deslizaba por la nariz de Lush. Él le hizo un gesto a Aldora para que retrocediera. No se dejó tentar por la idea de huir. La desesperación se acrecentó aún más cuando levantó en el aire, sin ayuda de la piedra, realmente transfigurada en una amenazante serpiente purpura. Lush se paralizó. Como si fuese una flecha, arremetió contra él y se incrustó en su pecho con tanta ferocidad que lo tiró al suelo, provocándole un dolor intenso, lacerante y desgarrador que de un segundo a otro cambió a una abrupta sensación de somnolencia.

Estaba mareado, sus parpados eran insostenibles. Alcanzó a verlo antes de desmayarse: un haz de luz salió disparado de la piedra. Impactó en el firmamento oscurecido. Desparramó una estela blanca revelando a su paso un grupo de hermosas y delicadas estrellas que resplandecían mucho más vivas que las demás: la constelación de Aries.





El sol radiante de verano lo despertó. Estaba tumbado en el suelo de espaldas como una estrella de mar, con la vaga sensación de aquel dolor punzante en el pecho. Sin embargo, se notó renovado gracias a su abrupto descanso.

Se hizo con la pluma, como si fuese una mítica espada legendaria clavada en una piedra. La aseguró junto con el resto del equipaje que cargaba Aldora.

Para que su corcel pudiera evitar una severa fatiga se limitó a caminar a su lado. Continuaron su viaje, sin un rumbo fijo, a paso lento.

Mirando a la distancia parecía como si los árboles se agitaran. No debido al soplido del suave viento, si no como si fuesen sacudidos desde la raíz. Se acercaron a explorar. Subieron por una pendiente, tambaleándose a cada paso como si caminaran sobre un resbaladizo suelo helado. El suelo temblaba con la misma constancia que se pone un pie delante del otro para algo tan simple como caminar. A pesar de estar a tiempo de volver sobre sus pasos donde la tierra era firme, desafectada extrañamente de estas convulsiones tectónicas, no retrocedieron.

Lush se aferraba a los árboles, tropezándose en algunas ocasiones, rodando cuesta abajo. En el interludio entre sacudida y sacudida corría hasta el siguiente árbol. Eso sin mencionar a Aldora que estaba despatarrada como si quisiera salir de un charco de lodo que se la estaba comiendo viva.

Cambio de estrategia: trepar el suelo. Ese fue el nuevo proceder. Lush, aferrado a los pastos y a las piedras del camino, escaló con éxito la loma hasta la cumbre.

Al otro lado, en la lejanía del camino que descendía de la loma, podía distinguir a un puñado de cinco ovejas se movían como un solo bulto algodonado. Emitían un ahogado sonido que solo le hizo saber a Lush que estaban horrorizadas. «¿Qué las mantiene tan asustadas?», pensó. Se quedaron arrinconadas bajo la sombra de un roble.

Una criatura con cuernos se acercaba a ellas dando pisotones que quebraban el suelo como se quiebran las hojas secas. Era una calamidad desenfrenada que, para peor, daba la impresión de estar ciega. Los sacudones, cada vez más violentos, provocaron que algunos árboles más débiles, como los flacuchos pinos, se vinieran abajo sin más.

Mientras este catastrófico escenario en el que se debatía el porvenir de esas ovejas se desarrollaba, Lush y Aldora galoparon loma abajo esperanzados por socorrerlas. Los cascos de la yegua, traquetearon cada vez más debido a la creciente velocidad que generó con la bajada. Cargaron directo hacia la criatura.

Se trataba de la representación de la colera: una figura robusta semejante al aclamado minotauro. Era un toro humanoide de cara tosca que vestía con ropajes chamánicos. Infundía respeto y temor por partes iguales. Cargaba dos tótems con cabezas de pájaros talladas que estaban atados con una liana a su heroica espalda como si fueran dos alas. Iba acompañado de su floreado bastón. La llave dorada era uno de sus tantos collares, el más distinguible entre las calaveras y huesos y piedras.

Lush agarró la pluma a la vieja usanza de la caballería medieval: como una espada. Y tenía todo el aspecto de uno. Uno de armadura de tela que estaba a punto de saltar a la boca de un dragón.

A mitad de camino, divisando donde iba a asestar su primer intento corte o caricia, uno de los temblores hizo que el suelo eructe a una terrible criatura gigante de las profundidades de la tierra. La mitad humana del cuerpo del Akamata lanzó un ensordecedor chillido. Surgió de la tierra como si un muerto se levantara de su ataúd, deslizándose amenazante hacia el grupo de ovejas, como si descartara por completo la presencia del toro en dos patas. Seguro era parte de su plan. Puesto que otro Akamata, todavía sumergido en la tierra, tomó a la criatura por los tobillos para que cesaran los terremotos.

Lush se mantuvo al margen muy sutilmente. Sin dejar de considerar lo poco que en realidad podía hacer por esas ovejas.

Estaba claro que apuntó al suelo. El brazo del reptil era solo una molestia en el recorrido. El toro lo aplasto como si fuese gelatina con un golpe de su bastón. En el suelo se generaron vibraciones más violentas que curvaban la tierra como si fuesen olas de mar, frecuencia que recorrió el cuerpo de Lush como una inofensiva descarga eléctrica pero que sin dudas atontó a los Akamatas.

Al igual que un bate de beisbol, el toro golpeó con uno de sus tótems al Akamata que tenía a tiro, reventándole la cabeza. Después, se volvió con el que seguía enterrado y lo arrancó del suelo como a un yuyo malo. Con su mano le apretó el cráneo hasta que lo trituró como se tritura un pan duro.

Finalizada la confrontación los temblores se detuvieron. Lush termino por quedar atónito al completo cuando las ovejas lo rodearon al toro y se fregaban entre sus patas como si demostraran su más sincero agradecimiento. Tironeaba de la melena para que no diera ni un solo paso más, pero Aldora se acercó muy gustosa a indagar que tenía tan contentas a las ovejas. Su jinete experimentaba una admirable incomodidad, pero podía casi asegurar de que la situación no se volvería a poner tensa.

Al percatarse de su presencia detrás suyo, el toro enderezó su postura. El sol pareció ocultarse detrás de él, recortando solo su silueta. Se volteó con ayuda del bastón como si fuese una muleta. «¿Dónde se fue toda esa brutalidad de hace un rato?», pensó Lush, con un hormigueo

recorriendo sus rodillas al verlo cojear. Y puede que muy lejos no se haya escapado, porque lo sujetó en el aire, de cabeza, en menos de medio segundo agarrándolo solamente de un pie.

—¿Qué quieres? —preguntó con un tono áspero.

Lush pendía como un trapo viejo de esa fornida mano cubierta de pelos castaños.

—Quiero algo, de eso no hay duda. Pero lo que quiero ahora es bajar si no es mucha molestia, señor toro —dijo con el aire un poco entrecortado.

El toro se lo acercó a la cara para olfatearlo. Algo le causó un descontento que lo llevó a fruncir sus amenazadores rasgos taurinos. Seguro fue ese pequeño detalle.

—No eres más que un enclenque niño risueño. ¿Qué haces con la pluma del rey? Chiquillo insolente. El resto de un difunto no es un juguete. Menos cuando se trata de una criatura de semejante poder.

En ese momento, le apuntó con su bastón de madera al medio de la cara. La gema de un color semejante al barro que reposaba en medio se iluminó por dentro como si estuviese acumulando una exorbitante energía...

Aldora relinchó en señal de temor por su amo.

- —¡Espera, espera! —dijo Lush sacudiendo los brazos—. Un carnero parlante me encomendó una misión: ¡Quiere que reviva al Rey Pájaro! Dice que hay una fuente... Como se llamaba...
- —¿Qué hiciste con Aries? ¿Dónde está? Me intriga saber cómo pudiste robarle la pluma. No la deja sola por nada del mundo. Ni cuando duerme.

Lush lo miró pensativo.

—Si...se la robé. Bueno, no fue tan así. Lo engañé. ¡Y tuviste que haber visto como! Si me bajas, por favor...

El toro lo depositó en el suelo como si fuese un delicado muñequito de cera. Se sentó cruzado de piernas a oírlo. Lush le explicó su intrépida hazaña con exagerados gestos y esporádicos efectos de sonido que reproducía con su boca.

- —...y después jugamos una carrera. El que llegaba segundo a la meta era, en verdad, el ganador del premio: la pluma —dijo presumiéndole su trofeo—. Esa es la historia de como conseguí la pluma. Ahora con su permiso, señor toro, necesito que me guie hasta su altar y me entregue su llave.
- —Ese carnero se piensa que es todo tan fácil... No puedo permitirte ir mucho más lejos arriesgando tu vida torpemente. ¿Crees que tendrías alguna oportunidad contra un Akamata?

Lush se desilusionó de veras. No despegaba su afligida mirada del suelo. «Tiene razón. ¿En qué momento me creí capaz?», pensó. No ser capaz, en el fondo de la cuestión, era torturarse con los recuerdos de su querida amiga hasta el último de sus días. Responsabilizar al tiempo de la cura de sus heridos sentimientos era demasiado arriesgado. La amargura se extendería por su bondadoso corazón como el veneno de una serpiente.

Analizó el peor de los escenarios: un trágico accidente. Quizás una brutal caída por un precipicio. Si bien resolvería su calvario, no era lo óptimo. Golpeó su puño con la palma de su mano.

—Esa es mi misión: hacerlos regresar. ¿Qué puedo aprender de ti para defenderme? Tengo que poder hacer algo para valerme por mi cuenta porque no pienso volver a Avanet hasta cumplir conmigo mismo.

El toro se mostró un tanto sorprendido ante la determinación del pequeño.

—Puedo instruirte en la comprensión del mundo que te rodea —le dijo.

Lush esbozó una sonrisa de oreja a oreja con las manos sobre su cintura en una evidente postura de poderío marcial.

- —¡Hora de crear terremotos!
- —Ese brazalete de piedra que cargas en tu equipaje puede serte de utilidad.
- —¡Mi amuleto de la suerte! Lo había olvidado. ¿Cómo supiste que estaba ahí?

Su taurino mentor no dijo una palabra más. Se rascó debajo de un sobaco con sus encarnadas uñas y no hizo más que cargar su totémico equipo antes de partir. Las ovejas partieron en fila detrás de él.

Lush lo siguió con tranquilidad, montado a Aldora. Parecían a ir a paso cansado. El toro se asistía con el tosco bastón de madera para caminar. Resultaba sorprendente como esa misma pierna que cojeaba era la que hace no demasiado tiempo atrás hacia temblar la tierra a pisotones. «Tengo suerte de tener mis dos piernas saludables», pensó Lush. Y no pudo evitar agregar:

- —¿Cómo te quebraste la pierna?
- —Por un descuido un grupo Akamatas me tomó por sorpresa mientras meditaba en la orilla de un rio. Jalaron de mí con tanta fuerza que me dislocaron la pierna.
 - —El dolor debe ser insoportable.
- —Lo es, pero solo cuando camino. Podría usar Magia Blanca para aliviar la molestia, pero sería muy desgastante, prefiero reservar mis capacidades para cuando realmente las necesite.
 - —¿Me enseñarás a usar Magia Blanca? —Lush se exaltó de repente.
- —No puedo enseñarte Magia Blanca, no eres un ser mágico como nosotros. Sin embargo, puedo darte las herramientas necesarias para que descubras el poder que yace en torno a ti.
 - —¿Pero entonces como me defenderé de los Akamata?
- —Todo a su tiempo... Quizás me equivoque contigo, aunque hay un aura que te envuelve...

Atardecía. El toro los condujo hasta la cima de una melancólica colina rodeada por arces rojizos. De no ser por Tauro, Lush hubiese amarrado a Aldora a la excelente sombra de uno de estos preciosos árboles.

—Deja a tu fiel compañera que haga lo que desee —le dijo—. ¿Acaso no confías en que esperará por ti?

- —Pero si de pronto decidiera escapar...
- —¡No pongas en duda su determinación por acompañarte! ¡Parece que no eres más que un caprichoso chiquillo llorón! —dijo haciendo temblar el suelo de un pisotón. Lush se quedó petrificado del susto con los ojos abiertos como lupas y la inerte soga resbalándose de sus manos—. Si quisiera escapar ya no estaría aquí. No subestimes a los animales. Además, si algún Akamata quiere hacernos una visita será la primera en saberlo. No lo parecen en lo más mínimo, pero esas demoniacas criaturas serpientes mitad humano son como lombrices debajo de la tierra. Realmente peligrosos si te toman por sorpresa.

Antes de salir a trote colina arriba su mentor lo regañó para que no diera un paso más.

—¿Piensas llegar a la cima tan rápido? Nada de eso. Primero veamos si eres capaz de empuñar esa pluma, creo que será la mejor forma de instruirte en estas artes. Necesitaras algo para canalizar el poder elemental para, por lo menos, tener una remota oportunidad.

Entonces, sin reprochar una sola palabra, Lush se paró firme cual soldado a los pies de la colina preguntándose con una insoportable curiosidad: «¿Qué es eso de poder elemental?»

El toro se reunió con las ovejas. Inclinado, completó el circulo que comprendía esa importante conversación de cuadrúpedos.

—Practiquemos con un entretenido juego. Ellas te darán una pequeña ayuda. Basta con que las toques con la pluma. Conforme lo hagas volverán a mi lado. Así hasta que todas queden fuera de juego, o termines tan cansado que pidas por favor que terminemos.

Lush blandió su emplumada hoja mellada, nervioso como un caballero de poca monta enviado a investigar un terreno poco acogedor.

Las cinco ovejas se desperdigaron como copos de nieve dentro de esos juguetes navideños para agitar. Lush las perseguía con su plumero blanco como si fuese temporada de esquilarlas. Cada uno de sus intentos fue en vano. Las intrépidas amigas lanudas lo esperaban hasta último momento para esquivarlo y dejar que se tropezara de cara al pasto. «Son muy astutas», pensó.

Le cerró el paso a una de tal manera que se chocara con la yegua al darse vuelta para salir corriendo a último momento. La pluma le hizo una incisiva carica en las orejas y se marchó como habían acordado. La segunda no fue un asunto menor: la corrió con tanta decisión que antes de darse por vencido y recuperar algo de aire prefirió abalanzarse sobre ella. En cuanto a la tercera y la cuarta (en particular la cuarta, que parecía ser la más boba de las cinco) fueron un poco más sencillas. Bastó con amagar contra la tercera (la más ágil hasta el momento) con la intención de achicar el terreno de juego: al encontrar su veta de escape se estrelló contra la cuarta. Faltaba la última. A diferencia de las demás, esta, quizás atraída por la boca del lobo, cargó hacia él. Lush empuñó su pluma como antes el toro lo hacía con su tótem como si fuese un garrote. Y en el momento de dar el golpe, la oveja se achicó como una hormiga. «¡Se la tragó la tierra!». Nada de eso. Detrás de él oyó el característico *bee* de su contrincante; una declaración de guerra sin cuartel. De vuelta a la técnica milenaria: correrla. Agarró la pluma con las dos manos y empuñándola hacia adelante como una excavadora cargó esta vez él. «Lo volvió a hacer». Pero el truco fue

revelado, y no tenía nada que ver con que la tierra se la tragase. La oveja se encogía hasta el tamaño de una insignificante piedra. Volvió a su tamaño natural debajo de las piernas de Lush, provocándole un levantamiento en el aire como si hubiese saltado de un trampolín. Pero no de los primeros saltos, sino de los séptimos u octavos: los que más entusiasmo, energía y altura conllevan. Y tan enérgico fue que no pudo hacer nada por no quedar de cabeza en el aire.

Perdía la velocidad con lentitud. «Me voy a desnucar, ¡me voy a desnucar!», pensó al ver como su cabeza enfilaba al suelo. Caer a tanta velocidad con la pluma en mano lo hizo parecer un pájaro abatido por una resortera. Su cuerpo se puso tan tenso que los cartílagos podrían habérsele cortado. «Este es mi final. Muerto por una oveja». Resultó extraño como al asumirse difunto un aire renovado ablandó toda su carne. Fue involuntario a él: su cuerpo se acomodó como el de un experimentado paracaidista, o para la ocasión, como el ave más prestigiosa. «¿Acaso el tiempo se detiene cuando estamos a punto de morir? Estoy cayendo más lento». Eso era. Caía como si su peso corporal se hubiese convertido en el de la pluma. No pudo evitar dar en tierra contra un matorral.

La oveja comía los pastos que se le prendieron a Lush por la cabeza. El niño de peso pluma se levantó de la manera en la que andan los cuadrúpedos. Sacudió su cabeza y escupió los pastos de su boca. Sin pereza se aprovechó de la distraída oveja.

Llamó a su mentor con felicidad en su voz: —¡Terminé! —Agitó la pluma como una bandera.

El toro le hizo una señar para que se acercara, muy merecedor de ese merito, a su lado.

Lush fue corriendo presumiendo y preguntando, con una mezcla de alegría, confusión y sorpresa, lo que había experimentado. Lo cual, era evidente para el toro: no se podía ignorar a un enclenque debilucho a punto de inaugurar su propia tumba. Eso no le significó demasiado porque no le dedicó ni media palabra mientras subía la colina.

Colina arriba, estaban sentados uno frente al otro con las piernas cruzadas. Tauro tenía su bastón clavado en la tierra frente a él. Le señaló la pluma. Lush la dejó en el suelo tal como la había encontrado por primera vez: clavada por el tallo.

Los mejores maestros son los que educan con el ejemplo. El toro cerró sus ojos, descuidando por completo a su alumno, regocijado en la tranquilidad de la libertad de la apaciguada naturaleza que los rodeaba. Lush lo imitó en postura, aparente serenidad y calma. Abría un poquito el ojo derecho para verificar si la magia se estaba produciendo. Nada por el estilo.

—Deja de espiarme. Concéntrate. Necesitas agudizar tus sentidos. Siente la naturaleza como una extensión de tu cuerpo y mente. —Inspiró. Lush también.

Fijó su pensamiento en lo primero que se le vino a la cabeza: «Pasto».

La suavidad del pasto podía pinchar y contener espinas ocultas en la tierra, dualidad no muy alentadora que podía encontrar en casi todo: por una cosa buena, una no tan buena. «Prefiero quedarme con la buena». De repente, se vio sumergido en una sensación liberadora, en sintonía

con las cosas vivas. Escuchó el silencio de la naturaleza, entendió su enmudecido dialecto. Tanto se amplió su percepción que palpaba en la sangre propia como las raíces de los arces se nutrían. La humedad debajo de la tierra lo condujo hasta un lejano, caudaloso y extenso rio con un arrecife de corales. Su meditativo trance se quebró en un espasmo al percibir un sonido vacío en los oídos, sus pulmones inundándose y a su corazón convulsionando.

- —¡Estuve a punto de ahogarme! —Tosió abruptamente.
- —Perfecto. Eso es una buena señal. Descubriste de primera mano cuán importante es agudizar los sentidos. Lo necesitaras.

Cuando terminó de jadear, Lush quiso saber lo siguiente:

- —Y, ¿qué fue lo que viste tú?
- —Presencié tu interior. Hay algo tan extraordinario como peligroso residiendo en tu corazón. De casualidad —dijo con un certero tono de sospecha —, ¿notaste algo extraño en el Altar de Aries?
- —Ahora que lo mencionas...una vez que usé la llave dorada, una cosa purpura salió de la cerradura. —Se frotó el pecho como si fuese víctima de una dolosa contractura—. Tomó la forma de una serpiente y se metió dentro de mi cuerpo. Me desmayé hasta el día siguiente, pero desperté como si nada hubiese pasado. Sigo siendo yo.
- —Todavía... —dijo el toro en un tono más que sombrío—. Eso confirma parte de mis sospechas: la Magia Negra de Ofiuco se repartió en los Altares Zodiacales.
 - —¿Qué tan peligroso puede ser eso?
- —Terriblemente peligroso. La Magia Negra es la razón por la que los Ecos Zodiacales estamos vagando libremente por estas tierras. Verás, hace doscientos años un humano del pueblo que gustaba de aventurarse al bosque se topó con la cueva donde los Caballeros Solares depositaron el cofre que mantenía sellado el poder de Ofiuco, la constelación condenada al olvido. —Lush, absorto, no despegaba su profunda mirada de asombro—. La Magia Negra es peligrosa, porque oscurece el corazón, retuerce la naturaleza de las cosas, manipula con maldad. Fue desterrado del Reino Astral por el Rey Pájaro y sellado por los Caballeros Solares luego de un fiero combate que cambió no solo la geografía del bosque, si no su clima en ciertas partes.
 - —¿Y qué fue de su Altar Zodiacal?
 - —Lo derrumbaron para crear con esos escombros el cofre que lo contendría.
- —Sin importar que cada parte de Ofiuco se adhiera a mí no dejaré de ser quien soy. Se lo prometí a una amiga.
 - —Trata de no olvidarlo. Todavía tienes tiempo hasta que la magia del bosque haga efecto.
- —No estoy seguro de que me haga algo. Pero si consigo revivir al Rey Pájaro podré pedirle en persona un gran favor. ¿Te gustaría regresar al Reino Astral?
- —Sería grandioso. Extraño meditar con las constelaciones menores. Mi Altar Zodiacal debe estar en algún lado, tú tienes la pluma así que márcanos el camino.

Lush levantó una ceja de repente, con aires de no volver a entender ni media palabra. Sacudió la pluma tratando de disimular su desconocimiento, esperando pasar desapercibido. El toro, por fin, se descostilló de la risa.

—Levántala hasta que puedas cubrir el sol con ella —le dijo—. Apuntará en la dirección del Altar Zodiacal más cercano.

Lush obedeció, cerrando un ojo para hacer puntería. Y cuando lo logró, la pluma condujo uno de los rayos de sol que laminaban el cielo como si fuese una luz que rebota entre cristales, perdiéndose este haz entre los verdosos arboles del linde próximo a ellos.

Desató a Aldora y juntos se aventuraron en esa dirección, levantando la pluma de tanto en tanto para verificar que el rumbo siguiera siendo el mismo.

Esta parte del bosque parecía en la flor de la vida. Apenas octogenaria. Los árboles eran notoriamente más jóvenes y estilizados. En lugar de arbustos resecos los había más tupidos e hinchados, con flores salpicándolos e impregnando con su delicioso aroma la frescura del camino pedregoso.

Las ovejas se alteraron. Desesperadas de nerviosismo se desparramaron por el terreno.

—Colócate el Arca Elemental, rápido —dijo el toro adelantándose varios pasos, al filo de la ansiedad.

Lush de inmediato hurgó entre sus cosas.

El suelo se movía, pero esta vez no era obra de Tauro. Un Akamata tan alto y robusto como un robe se arrastraba socavando la tierra húmeda, con el pecho humano en alto. Cuando los vio, corrió los árboles como si fuesen cortinas. El ultimo pino que movió fue el que arrancó de raíz de un solo tirón. El toro detuvo esa arremetida haciendo uso de ambos tótems. Le dio un pisotón al suelo haciendo trastabillar a todos los presentes. Razón por la que pudo quitarse de encima ese peso muerto que lo hacía forcejear. Lo malo de ese sacudón fue que Aldora cayó arriba de las piernas de su jinete.

El Akamata golpeó en la espalda al toro con un pino que había arrancado de raíz. Cada golpe era de un salvajismo notable y violento. Continuó hasta que el tronco no fue más que un manojo de astillas y entonces, lo agarró del cuello. Lo apretaba, y estrujaba mientras acercaba sus afiladas fauces.

Jadeante y repleto de un instintivo temor, Lush se incorporó. Divisó como el bastón había quedado tirado. Pudo sentir una energía completamente nueva brotar de la piedra que estaba incrustada en él. Al levantarlo con la mano donde tenía el Arca Elemental ambos resonaron como si fuesen chirriantes señales en sintonía. Quitó la gema del bastón y la incrustó en una de las cuatro hendiduras del brazalete de piedra.

Un electrificante hormigueo fugaz recorrido su cuerpecito. Era la misma sensación de cuando meditó en la colina, pero incrementada cien veces. «Tengo una idea», pensó.

El Akamata golpeaba al toro con cada árbol hasta que se le rompía y buscaba otro. Lo tenía contra las cuerdas sin que pudiera hacer más que evitar perder la conciencia, lo más rápido posible para anestesiar cada brutal palazo que recibía.

Su alumno aprendió bien. De una sola pisada, el suelo tembló generando ondas triangulares que removieron la tierra, y la deformaron en montículos de aspecto espinoso provocando que el enorme reptil se desplomara al perder estabilidad. Tal fue la debacle sísmica que hasta Lush se tambaleó. De no ser por este descontrolado inconveniente, hubiese tardado más en aprender. El mismo brazo donde portaba el brazalete era con el que sostenía la pluma, esto provocó que, en pleno sacudón, esos montículos se despegaran del suelo y movieran en la misma moción alterada de la plumosa espada. A partir de estos construyó un martillo de tierra tan gigantesco que su sombra pareció traer de súbito a la noche. Comandando su artesanía con la pluma lo hizo caer en picada sobre la criatura, una y otra vez, como un martillo con el que se rompe el pavimento, hasta que su creación se deshizo.

El suelo parecía haberse tragado al Akamata, que ya no se movía.

El toro, bañado en su sangre, exhausto luego de recibir tantos golpes solo pudo decir una cosa:

—Hiciste un buen trabajo, niño.

Reanudaron su camino lo mejor que pudieron. La cojera del toro había empeorado. Ahora, se arrastraba clavando uno de los tótems en el suelo y luego tirando de él y así sucesivamente.

- —Casi te mata —le dijo Lush.
- —He vivido, prácticamente, desde la creación del universo. Estuve a punto de ir a morir a manos de un Akamata, ¿puedes creerlo? Nosotros, somos inmunes al abismal paso del tiempo. Pero, sin dudas, en nuestra forma de Ecos Zodiacales podemos morir.

Eso despertó una serie de nuevas interrogantes en el pequeño jinete.

- —¿Y qué sucede si mueren?
- —Desconozco. No supe de ningún Eco Zodiacal que haya muerto. Supongo, que lo único que importa en ese caso es nuestro cuerpo: son una proyección que usamos como puente entre lo terrenal y el Reino Astral.
- —Entiendo. Son como un juguete que tienen que devolver cuando se van de la Tienda de Juguetes.

El toro lo dio una mirada de desencaje, pero asintió con un satisfactorio gruñido.

Al tiempo de llegar al Altar Zodiacal de Tauro lo noche había caído y unas estrellas brillaban en el cielo.

Lush se balanceó sobre la piedra para examinarla minuciosamente, en especial al ojo de la cerradura.

- —Que bien, parece que no tiene ningún rastro de Magia Negra.
- —No te creas. Cuando la energía que compone mi cuerpo ingrese expulsará a la oscuridad que habita en el altar.

Lush se afligió; un sórdido escalofrió brotó en su cuerpo.

- —Supongo que no tengo escapatoria.
- —No dejes encausarte por los métodos de la oscuridad.

El maltrecho toro dejó su tótem ortopédico a un lado y se sentó recostado sobre el altar. Dolorido, se quitó la llave dorada de entre sus demás colgantes.

—Haz los honores. —Se la dio a Lush. El niño, quizás un con un poco de vergüenza, a punto de agarrarla, recordó algo—. No, no hace falta que me devuelvas la gema. Puedes quedártela, te será de utilidad. El Arca Elemental también es una llave, pero solo funcionará cuando esté completa. La necesitarás para llegar a la Fuente Zodiacal.

Lush se alegró como si acabara de recibir la noticia de su vida.

—¡Gracias! Prometo no defraudarte.

Introdujo la llave en el altar. La taurina figura suspiró serena mientras su cuerpo se convertía en poros de luz. Antes de partir le dijo:

—Tu aventura no está exenta de riesgos. No dejes de sentir la naturaleza. Usa la pluma para canalizar su poder. Y por sobre todas las cosas: no temas.

Con esta última frase ya no quedó rastro alguno de él, solo sus tótems tallados tirados en el suelo.

«Aquí viene», pensó Lush. Estaba en lo correcto. La serpiente purpura se arrastró como la gota de un líquido sobre la piedra. «Qué tal si…».

En el mismísimo instante en que la Magia Negra estuvo a punto de arremeter dentro suyo, él astuto niño agitó la pluma dando forma a una curva pared de tierra que se interpuso entre ellos. No resultó. La serpiente atravesó su barrera como a una hoja de papel, y con esa misma potencia se encajó dolorosamente dentro del corazón Lush, dejándolo inconsciente.

GEMINIS



«Cada vez que duermo esa horrible imagen vuelve a mi cabeza justo antes de dormirme», fue su primer pensamiento al amanecer. Le costó mucho trabajo abrir los ojos, acostumbrarlos a la luz del día. Se llevó la mano a su entumecido pecho, palpó su colgante. «Pensándolo mejor, tal vez haya una manera de traerla de regreso con su llave dorada…»

Tumbado de espaldas al igual que una estatua diminuta, un cielo de lluvia lo recibía con la primera mala novedad del día. Pudo deducirlo con certeza ahora que hablaba el mismo lenguaje que la madre tierra: «Necesitamos buscar refugio. Va llover muchísimo»

Sus extremidades le dolían como cuando se retoma la actividad física después de mucho tiempo. Trabajosamente pudo ponerse de pie. La tarea de subir al lomo de Aldora le resultó desafiante, titánicamente abrumadora.

Anduvieron a contra viento por un buen rato. «No hay ni un rayo de sol. ¿Cómo sabré donde tengo que ir?» No había una sola lamina de luz solar, solo nubes grises que se desplazaban con lentitud y un fuerte e incómodo viento que arrastraba aroma a lluvia. «Este es mi clima favorito pero que mal me viene ahora». Cegadores refusilos asaltaron el cielo. Las ráfagas de viento le daban puñetazos en la cara de vez en cuando.

Un trueno ensordecedor se ramificó en lo alto exhibiendo a dos aterradoras sombras. Aldora relinchó y se hizo hacia atrás, atemorizada; Lush vio a esas obscuras sombras hacerse más inmensas en el cielo, como si lo reclamaran para sí. Las dos siluetas de hadas de un tamaño gigantesco recortadas entre las nubes le parecieron muy intimidantes.

De pronto, la naturaleza que lo rodeaba cambió por completo. Su errático andar los condujo a una parte del bosque donde los árboles no tenían demasiadas hojas, y las pocas que tenían eran unas marchitadas de un color negruzco como la tinta. Los azabaches troncos, resquebrajados como si se los hubiese hurgado con un chuchillo o una feroz criatura se hubiera afilado las garras en ellos, parecían cerrarle el paso a propósito.

Comenzó a lloviznar. Pero esa llovizna pronto se transformó en una lluvia torrencial.

Olía a tierra mojada. Los truenos no dejaban de asaltar el cielo. Algo bueno tenía que poder salir a relucir. Y lo hizo, pero muy a lo lejos. Se trataba de una sombría cueva, lo más cercano a un lugar pare refugiarse.

—¡Basta, Aldora! ¡No es momento de que te pongas rebelde! ¡Obedéceme! —Lush la zamarreaba sujetándola del cuello para que no se escapara a las oscuras entrañas del bosque.

Con todas sus fuerzas se subió de un salto y la jaló de la melena para que su cabeza quede mirando fijo a una sola cosa: la cueva. La yegua se puso incontrolable. Se movía con desesperación para todos lados como un toro mecánico. Se lanzó al galope rápido bosque adentro en dirección a la cueva, tan feroz y desesperada como asustada.

Las ramas en el suelo se quebraban todavía más y salían despedidas por los aires cuando la yegua las pisaba en su veloz carrera. Se detuvo más adelante, al percatarse de estar sola. Su jinete se quedó atrás por culpa de una rama que, bruscamente, lo desmontó.

—No vuelvas a hacerme eso —le dijo Lush en seco, sin mirarla, sin apartar la mirada de la cueva.

La tempestad seguía acechando desde las alturas.

Los pensamientos de Lush se pusieron en huelga de razón: «Me duele mucho la cabeza. Es como si me la estuvieran aplastando entre dos paredes. ¿Será acaso este el efecto de la Magia Negra?». Se levantó del suelo de inmediato, sacudiendo las ramas y hojas que se le prendieron a las fibras del tapado celeste. «Mi corazón seguirá siendo el mismo, estoy seguro de eso. Le prometí al Eco Zodiacal de Tauro que no me dejaría llevar por la oscuridad. Veamos... ¿Qué puedo hacer para encontrar mi rumbo?». Refusiló. Las gigantescas figuras destellaron en el lienzo gris. «Si el siguiente Eco Zodiacal realmente están en el cielo que bien me vendría poder volar».

Los aventureros caminaron a contraviento, buscando volver al camino que los conduciría dentro de la cueva. Aldora no paraba de asustarse cada vez que el cielo tronaba. Y con cada trueno, las figuras gigantes aparecían aquí o allá. «Bien nos están siguiendo o bien no paramos de dar vueltas por el mismo lugar.»

Uno de los mayores problemas de todo el viaje se suscitó bajo una incesante llovizna: Aldora se escapó. «¡No, detente!». Lush se lanzó a correr detrás de ella, intentando por todos los medios obstruirle el paso con montículos de tierra. Se le escapaba de vista. Para peor, el viento que soplaba agitaba la pluma contrariando las intenciones del niño. Tropezó con una de sus propias trampas, pegándose la frente contra el suelo. «¿Y ahora qué? ¡Maldición!»

Levantó la mirada, intentando vislumbrar, aunque sea el mínimo resplandor de luz. Nada. Los nubarrones de plomo se abultaban sobre él. Desesperado como estaba, alzó en alto la pluma, pero no hubo caso.

Las dos hadas gigantes aparecieron frente a él, haciéndolo sentir como una insignificante larva que se arrastra por el suelo. Lush, en plena algidez del pánico, jadeando en respiración y con ojos de lupa no tuvo de otra que verlos inclinarse cada vez más sobre él. «Hasta aquí llega mi aventura», pensó. «Realmente lo intenté».

Comentaron las gigantes figuras ocultos en las nubes:

- —Es solo un niño asustado.
- —¿Entonces que pudo haber sido lo que causó el temblor?

Lush, arrodillado en el suelo, levantó la mirada.

- —Fui yo —dijo con una timidez un poco cauta. Les mostró la pluma y su brazalete con la gema marrón—. No se me acerquen más. ¿Qué tal es la vista desde ahí arriba?
- —¡Ah, es magnífica! Podemos ver casi todo el bosque, pero ahora solo apenas por el mal clima. Nuestra ventana está muy empañada —dijo una de las hadas gigantes con un grave vozarrón de deleite.

Lush se puso de pie, con algunos raros movimientos para descontracturarse la espalda.

- —¿Por qué nos siguen? —dijo.
- —No te seguíamos en principio, solo nos ocultamos de las serpientes andantes. Ese temblor que sacudió todo el bosque... —dijo la otra hada gigante. —¡Nos dimos el susto de nuestra existencia! —agregó.
- —Lo siento, señoras gigantas —dijo Lush—. No me imaginé que podría llegar tan lejos. Esa fue la primera vez que lo hice. Todavía no lo controlo muy bien.
- —Un extraño caso de suerte de principiante —dijeron las siluetas gigantes al mismo tiempo.
- —¿Podrían darme una mano? Mi compañera de aventuras se escapó, estaba aterrada al igual que ustedes, pero de la tormenta.

Los gigantes intercambiaron miradas como si sus opiniones se transmitieran de pupilas a pupilas al igual que cuando se tiene demasiada complicidad con alguien. Asintieron. Uno de las dos extendió lo que, para su talla, parcia ser como, mínimo un árbol que arrancaron del suelo por si acaso. «¿Me tenderán un puente?», pensó Lush. El gigante agitó su varita en círculos.

—¡¿Qué está pasando?! —Lush sintió un leve cosquilleo en todo el cuerpo. Despacio, apenas notándolo al estar ocupado rascándose por todos lados, sus pies se despegaban del suelo.

Todos los intentos por recuperar el dominio de su cuerpo fueron en vano. Se elevaba, girándose sobre su propio eje, como si lo estuviesen tironeando con un hilo invisible. Una neblina gris dificultaba cada vez más la tarea de ver los árboles a los que ya superaba en altura, y que decir del rezagado suelo. Un agradable pensamiento se cruzó por la cabeza de Lush: «¡Sorprendente! Jamás se me hubiera ocurrido visitar el interior de una nube».

Arribó a tierra firme. «¿Tierra?», se dijo palpando la superficie donde había aterrizado.

Unas dulces vocecitas le quitaron profundidad a su asombro, pero le otorgaron uno mucho más creciente e increíble. Se trataba de dos jovencitas gemelas con aspecto de hadas. Sus rostros emanaban una dulzura enternecedora. Repetían el mismo corsé de bailarinas, aunque una prefiera dorado y naranja, a diferencia de su hermana quien vestía de blanco y naranja. En ese aspecto nunca se pusieron de acuerdo, a diferencia de las antiparras de aviador que llevaban sujetas sobre el pelo para que luciera más estilizado. Como solo tenían una llave de oro, se turnaban un día cada una.

Lush se sacudió la cabeza.

—Disculpen, busco a las dos colosales criaturas del cielo. Me dijeron que me ayudarán a buscar a mi yegua.

Al oír esto, las hadas se abrazaron y gritaron de espanto, casi a punto de romperse a llorar. Lush intentó por todos sus medios calmaras.

- —¡No era mi intención espantarlas!
- —¡No vuelvas a mencionar esas palabras! —protestó una agitando su varita de cristal.
- —Una nos recuerda al Coloso, y la otra al Rey Pájaro. No queremos volver con ninguno. ¡Son siniestros por igual!
 - —¿Es para tanto?
- —¡Arsh! ¡Si que lo es, no tienes idea! —dijo la primera como un perro que gruñe inclusive a su amo.
- —¡Son seres muy poderosos! —dijo la otra en un tono más calmado—. No queremos volver a servirle al rey. No después de que nos obligó a permanecer iluminando el agua curativa de la Fuente Zodiacal. Además…es más divertido jugar a las escondidas aquí que en el Reino Astral.
- —¿Qué quieres decir con que los obligó? —preguntó Lush a pesar de que notó como se la voz se le acongojaba a la menos temperamental de las dos.
 - —¡Nos obligó a darle poder a la Fuente Zodiacal! —se quejó una.
- —Y...el otro...—Sus comisuras se torcieron en una mueca triste—. El otro, aunque necesita del poder de las llaves y muchísima Magia Negra para despertar, no es menos terrible. Aplasta todo a su paso, solo es catástrofe. Gracias al Rey Pájaro no consiguió destruir el pueblo hace doscientos años. Me hubiera sentido terriblemente culpable. —Sus alitas se torcieron como las orejas de un triste canino.

Su hermana se acercó a consolarla. La abrazó y le hizo caricias en el pelo mientras la otra lloraba sobre su hombro.

—Y a pesar de eso, son viejos amigos —dijo mirando a Lush con decepción.

El tempestuoso clima se calmó. Lush miró en torno. Había plataformas de tierra esparcidas por el cielo como si fuesen trozos de icebergs flotando en un mar de nubes grises. Y, a lo lejos, se divisaba el Altar Zodiacal de las hermanas gemelas.

Cuando el malestar emocional se acabó, la más temperamental de las hermanas dijo:

—Nosotras solo queremos estar tranquilitas jugando a las escondidas. Aunque, para ser honesta, extrañamos un poco el Reino Astral. De veras extrañamos jugar a las escondidas allí.

Pero son solo recuerdos felices, nada más que recuerdos. Y para peor, hace mucho que no bajamos al bosque porque los Akamatas nos dan demasiado miedo.

- —Los recuerdos pueden ser engañosos, ¿no lo creen?
- —Hablando de eso... —dijeron al mismo tiempo, levantando vuelo sobre él—. ¡¿Cómo conseguiste llegar tan lejos?!
- —Tengo suerte, supongo. —Las dos se le rieron en la cara. Lush agregó: —En realidad, creo conocer la razón. —Sacó la llave dorada debajo de su tapado celeste. Las dos hadas quedaron boquiabiertas—. Esto es lo que me permite no perder la cabeza en estos lugares, supongo.
- —Esa es la llave dorada de Leo —dijo un hada acercándose a verificarla, con los ojos brillantes como si la sedujera el oro.
- —¡Ni creas que te daremos la nuestra! —dijo la más malhumorada apretando la suya contra su pecho.
- —Quizás esto sea un poco egoísta... pero necesito que regresen al Reino Astral. Por favor. Si me ayudan con eso, puedo hacer lo que ustedes quieran.

Las haditas se replegaron a murmurar algo. Lush se inclinó a tratar de escuchar el chismerío, pero las hadas volaron al siguiente montículo para asegurar su privacidad. «Si doy un salto pueda llegar. Pero ellas irán al siguiente. ¿Qué tal si me caigo? Lo último que necesito es irme de cabeza al suelo. Tengo una idea…»

La gema marrón brilló en el brazalete. Con una envidiable cautela movió la pluma, y los montículos, aunque lentos, se comenzaron a desplazar como si fuesen movidos por la correntada de aire. También acercó el suyo propio, con prudencia.

Se abalanzó sobre las hadas como si temiera que se escapen de él. La del colgante dorado levantó su varita. Otra vez el cosquilleo apareció en cada extremidad del niño, quien comenzó a levitar.

- —Hemos llegado a una conclusión —dijo la que lo sostenía en el aire—. O te ayudamos a encontrar a tu caballo o te damos nuestra llave.
- —Piénsatelo bien —agregó la hermana más calmada—. Toma en consideración, por ejemplo, todavía tienes que resolver como bajar de aquí.
- —Podrían arrojarme sin más —dijo Lush mirando al lejano suelo—. No estoy seguro de que la magia funcione para detener mi caída, es demasiado alto... Prefiero que me ayuden a encontrar a Aldora.
- —Conque puedes usar un poquitín de Magia Blanca —dijo con una acida ironía la hermana temperamental—. Interesante. Recuerda esto: el miedo neutraliza la Magia Blanca.
- —Si esa es tu decisión, te ayudaremos. Solo que, si aparece uno de esos horribles Akamatas, ¡tú lo espantas!

Lush se acercó hasta el borde. No tardó nada en notarse intimidado por la altura. Como si fuese despacio y tomando carrera el clamoroso viento volvió a manifestarse. «No creo que arrojarme de aquí sea una buena idea después de todo». Las dos hermanas se colocaron sus antiparras de aviador. Una a cada lado lo tomaron de la mano con una firmeza casi dolorosa. Desplegaron sus alitas. Le sonrieron mostrándole los dientes, caricaturescas.

—¡Allá vamos! —Gritaron al arrojarse vacío junto con Lush.

Planearon como avecillas que buscan el árbol indicado para anidar. Solo que las bocanadas de viento las empujaban en algunas ocasiones, provocando que el pobre Lush se meciera bruscamente de un lado a otro. Las hadas trataban de hablarle, pero sus oídos se taponaron a causa del agudo viento. No era capaz de escuchar ni sus propios gritos cuando esquivaban la copa de algún árbol de considerable atura.

Ojos entreabiertos. El primer rastro de Aldora. Por desgracia, fueron tragados por una nube y al salir, la yegua ya no estaba a la vista. Otra aireada nube los engulló. Pero en esta, una

inquieta corriente de aire helado los levantó soplando a la manera en que lo hacen los volcanes. Tanta fue la violencia con la que los arrastró que logró desprenderlos. Las hadas se lanzaron en picada en busca de Lush, pero las incesantes ráfagas no les permitían maniobrar. Los nubarrones se les interponían en el camino dificultándoles la visión. Pronto, perdieron el rastro del pequeño Lush.

Alcanzó una velocidad sin precedentes. De espaldas al suelo y con brazos y piernas agitándose sin parar como si fuesen guirnaldas festivas, Lush se hacia la idea de que las hadas llegarían antes de que se estampe contra el suelo. «Vamos, vamos, ¡¿dónde están?!»

Ese mismo cosquilleo similar al de un entumecimiento se precipitó en todo su cuerpo otra vez. «Me encontraron, seguro que ahora me jala con su varita», pensó. No pasó nada. La inercia causó que su cuerpo se diera vuelta, dejándolo con una reveladora vista paronímica del bosque. Ante el inminente impacto, y quizás por algún instinto de último momento, decidió que sería bueno ponerse tan duro como una estatua. Tensó todos sus músculos. Se detuvo en seco. Atónito, dio un paso como si estuviese haciendo equilibrio. Otro más. Y después dio un salto de alegría. Ese salto lo impulsó un poco más arriba, como si hubiese subido tres escalones de una sola vez. «¡Estoy volando!»

Las hadas pasaron a toda velocidad zumbándole en los oídos. Frenaron un poco más adelante y volvieron a subir.

- -¡Fabuloso! —dijo la más animada de las hermanas volando alrededor de él.
- —Creí que me rescatarían con sus varitas —dijo Lush.
- —Imposible. Para eso tienes que estar quieto. Pero esto es mejor—dijo la más testaruda—. La Magia Blanca le enseñó a tu cuerpo a volar.

Lush, muy a gusto con su nueva habilidad, planeaba en el aire como si él también fuese un hada. Reanudaron su búsqueda volando por encima de los árboles para evitar otro tempestuoso sacudón.

—¡La veo, la veo! —dijo Lush.

Descendieron con suavidad, casi rodeándola para no asustarla a último momento, demasiado estrés le había provocado el clima. Pero algo no marchaba bien. Aldora estaba inquieta, agitada como si buscara escapar de algo terrorífico que la asechaba desde que se alejó de la compañía de su jinete. Un Akamata la estaba cazando. Este era diferente a los que había visto. La mitad humana tenía rasgos de una incurable desnutrición, de manera que la maltratada armadura que vestía colgaba de lo que quedaba de su carne. Portaba un escudo redondo en el antebrazo, y una espada maltrecha y oxidada. Sobre su cabeza había un peculiar casco piramidal. Se arrastraba despacio, encorvado.

—¿Cómo aterrizo? —Lush con desesperación miraba al suelo, tratando de poner sus piernas primero para detener su impulso con los talones. Volvía su vista a Aldora, al Akamata, a Aldora, y al suelo. Jadeaba ansiedad y pavor.

Las hadas no le respondieron. Se habían replegado del susto. Terminaron abrazadas detrás de una roca, tiritando como si una nevada las hubiese arremetido.

Las rodillas de Lush se rasparon con la caída. Sus piernas flaqueaban. Tan asustado como inquebrantable se las arregló para ponerse de pie.

Aldora quedó en medio de los dos. El duelista de la pluma bien pudo haber ideado una audaz estratagema para terminar resolver este inconveniente con su amuleto de la suerte, pero no era el caso. Ya no contaba con la suerte de principiante. No le iba a durar para siempre.

Aldora retrocedió lento, paso a paso, hacia donde estaba Lush. Mientras tanto el reptil humanoide les ganaba terreno. Avanzaba golpeando la espada contra su escudo.

Lush tragó su saliva. Su mano recorrió el lomo de Aldora mientras iba a cumplir con su parte del trato que había hecho con las gemelas. «Al menos es solo uno», pensó.

El guerrero serpiente no titubeó en darle el primer espadazo. De seguro, a juzgar por el estado de la hoja, no le cortaría limpiamente el brazo a su rival, pero le levantaría la carne de una manera grotesca. Sin embargo, Lush se cubrió ocultando su cara debajo de su brazo. El golpe dio en el brazalete de piedra y rebotó. Movió la pluma con la intención de un certero contragolpe, pero era solo una pluma: se deslizó sobre la oxidada armadura. «¿Qué no funciona así? ¿Por qué no se levantó la tierra?». Antes de que pudiera responderse, el Akamata le dio vuelta la cara con el escudo redondo. Lush escupió sangre. Cuando estuvo a punto de darle otro golpetazo más se detuvo en seco. Las hadas gemelas le apuntaron con sus varitas. Las manos temblorosas no daban para más que imitar a el querer levantar un objeto muy pesado: no podían elevarlo. Inmovilizado, Lush recordó como lo había hecho aquella vez: sostenía la pluma con la misma mano donde tenía puesto el brazalete. La gema resplandeció cuando cambió la pluma de mano. Entonces, Lush logró que la tierra se moldeara como si fuesen robustos tentáculos. Agitando la pluma lo golpeó con tanta fuerza que el hechizo a medio hacer de las hermanas se quebró, pero antes de que pudiera golpear a Lush de nuevo, él ya le estaba propiciando otro golpe. Pero no más. No solo comenzó a evadirlo con la destreza de un adepto guerrero, de un reptil, sino que conseguía detener los golpes con su escudo.

—¡No me vendría mal un poco de ayuda! —dijo a las hadas que habían vuelto a esconderse detrás de la enorme roca, pavorosas.

La que tenía en su posesión la llave dorada, es decir, la más malhumorada, fue a asistirlo. Se mantenía al margen, tratando por todos sus medios asestar su hechizo de levitación al Akamata. Al notar esto, Lush tuvo la más brillante de las ideas. Sacudió todo el terreno de un solo pisotón. El Akamata pudo predecirlo: se deslizó sobre un árbol como una soga, perdiéndose entre la copa verde sin dejar más rastro que algunas hojas arrancadas, evitando así las vibraciones sísmicas que no solo le dificultó a Lush tener una vista clara del siguiente movimiento de su adversario, sino que al hada que lo ayudaba también. Pero de que el hechizo conectó no cabe la menor duda: Aldora salió despedida por los aires.

—¡Que hiciste! —La sola mirada de Lush logró que el hada se volviera a esconder. Intentó, por todos sus desesperados medios, planear como antes. Saltó varias veces, asumiendo que de esta manera ganaría cierta altura inicial y de ahí en adelante solo restaría seguir subiendo. Nada. El Akamata volvió a acercarse, abominable. «Si tan solo... Podría resultar, mi vida está en riesgo después de todo, ¿no es así?». Levantó sus manos, como si se rindiera a aceptar su inminente final. La espada mellada le golpeó el pecho en diagonal. Sintió abrirse el surco en su carne. La sangre que salía a flote le manchó su tapado celeste. Pero a cambio de esto, al levantar la pluma, detuvo el mortífero descenso de Aldora. Su cuerpo se oscilaba fuera de su dominio a causa del dolor mientras depositaba a Aldora sana y salva en el suelo. «Gracias al cielo...», suspiró aliviado. La amenazante presencia no lo había abandonado, y seguía acechando detrás de él. «¿Me dará el golpe de gracia? Si al menos su arma cortara seria menos brutal que ser machacado a golpes». El momento culmine no terminaba por llegar. Lush volteó a ver de qué se trataba: las hadas gemelas lo despegaron del suelo. Lush las miró con una mueca sonriente.

—Nada mal para ser unas miedosas —les dijo.

Lush levitó piedra donde antes ellas se ocultaban. La trasladó sobre el reptil, que levantó la cabeza para ver qué era lo que lo eclipsó. Como si de un pesado mandoble se tratara, Lush agarró la pluma de su suerte de empuñadura con ambas manos, y como si diese un corte mortífero como el de una guillotina hizo descender la piedra sepultando al Akamata debajo de esta. «Un poco más, solo para estar seguro», pensó. Contorneó el suelo como si fuese un cráter y continuó enterrando la piedra hasta sepultarla. «Al menos le di un funeral medianamente aceptable».

Desplomado en el suelo, agitado por el cansancio, las hadas se le aparecieron invertidas. Lo tironearon de los hombros hasta que consiguieron que se sentara. Aldora se acercó resoplando.

- —Déjanos ver esa herida —dijo la hermana acentuando su tono agradable.
- —No te permitiremos seguir tu aventura con una herida así.

Un gemido de dolor escapó de su boca cuando intentó quitarse su manto. Las gemelas lo hicieron por él con una extrema delicadeza como si quitaran un vendaje adherido a la piel por la sangre seca.

- —Podemos detener el sangrado y calmar el dolor, pero nada podemos hacer con la tremenda cicatriz que te dejó.
- —Eso es lo de menos —dijo Lush—. Antes de que me dé cuenta olvidaré de donde vino.

De las nubes grises no quedaba casi ningún rastro. El alba declinaba casi por competo, menos de la mitad del solo era apenas visible en el atenuado horizonte.

Después de la sesión de enfermería el aventurero quedó como nuevo. Hasta se vistió por su cuenta. «Hora se seguir adelante».

La más testaruda de las hermanas se acercó, cabizbaja y un tanto avergonzada. La más alegre venia detrás.

- —Ten esto como muestra de nuestro agradecimiento.
- —Seremos felices jugando a las escondidas en el Reino Astral —dijo la otra con alegría—. Al menos hasta que el Rey Pájaro regrese y nos tengamos que poner a trabajar. Esto último le salió con un suspiro de pena. Pero una sonrisita regresó rápido a su entristecido semblante.
 - —¡Genial! —Lush festejó como campeón de maratón. Aldora se contagió de su alegría.
 - —Vamos, te llevaremos hasta nuestro Altar Zodiacal.
 - —Nada de eso —dijo Lush —, ¡déjenmelo a mí!

Las nubes eran arrastradas por el viento fresco. Levantó la pluma antes de que el sol vuelva a ocultarse. El haz de luz se levantó en la dirección al cielo, indicando la dirección del altar en cuestión. «¡Ahí estas!». Y como si pescara un pez muy gordo, tironeo la pluma hacia atrás. Era como si quiera arrastrar una montaña con una soga. Le temblaban los brazos, no se rindió. Inclusive, hasta se puso de espaldas para poder emplear su fuerza con mayor comodidad. «Casi lo tengo». El pedazo de tierra donde descansaba el Atar Zodiacal se abrió paso entre las nubes aterrizando bruscamente en el suelo.

—; Cuanta fuerza! —dijeron escandalizadas.

Lush trepó al altar e introdujo la llave dorada en la cerradura.

—¡Espero que se diviertan mucho jugando a las escondidas en el Reino Astral! ¡Yo me divertí mucho con ustedes!

Las hadas gemelas asintieron mientras se convertían en poros luminosos al Lush haber girado la llave.

«Aquí vamos…», pensó, con espasmos en el corazón. Cuando las esferitas de luz entraron en la cerradura un haz de luz salió del altar disparado hacia el cielo haciendo resplandecer la constelación de géminis junto con las demás constelaciones del zodiaco que ya reposaban en el Reino Astral. Lush contempló muy tranquilo el espectáculo en el cielo sabiendo lo que le esperaba.

Se desmayó cuando otra serpiente purpurina terminó de instalarse en su corazón.

CANCER





Esta vez tardó muchísimo más tiempo en despertarse.

Acobardado por los árboles negros de ramas desnudas se dispuso a continuar con su trayecto. «Por lo menos todavía hay algo de sol, con eso me alcanza para trazar un rumbo fijo». Montado en su yegua, partió a paso tranquilo guiado por su modesta brújula de pluma.

Las pocas hojas ennegrecidas de los árboles colgaban sobre sus frágiles ramas creando túneles lóbregos. La luz del sol, que todavía resplandecía en el cielo, parecía arribar con un exceso de timidez a esa parte del bosque, como si se viera obligada a atenuarse como una lampara que está en las últimas. Espesas telarañas de hilos gruesos como sogas se extendían de árbol a árbol, y las artesanas de esas redes estaban teniendo un festín sin igual con cada insecto que atrapaban. Mientras se comían a uno ya visualizaban al otro, como diciéndole: tranquilo, tú eres el siguiente. Aldora se detuvo por su cuenta. Rodearon la sobremesa a la que no estaban invitados. Lush notó como las arañas los seguían con sus múltiples ojos.

A la distancia se oía el oleaje marino. Cabeceaba a causa de la modorra que no terminaba por esfumarse de su cabeza, viéndose en la obligación de levantar la pluma de vez en cuando para recordar por donde era que tenían que pisar para seguir hacia su destino.

«Dudo que sea allí». El haz de luz apuntaba en dirección a la siniestra cueva por que habían pasado antes. Prefirió hacer de cuenta que no existía y pasó de largo. Levantó la pluma para verificar su orientación: volvió a apuntar en dirección a la cueva.

Desmontó. Tomó aire, y volvió sobre sus pasos. «Este lugar me da un mal presentimiento.»

—Preferiría enfrentarme yo solo a un ejército de Akamatas antes que entrar a esa cueva, ¡pero ahí vamos!, ¿verdad, Aldora? —dijo Lush dándole unas palmaditas entre las orejas.

Un gélido viento le sacudió sus cabellos negros al ponerse frente al umbral de la caverna. El sonido de un oleaje marítimo provenía de adentro, el sonido era tan profundo como el percibido dentro de una caracola marina.

—Vamos —dijo Lush con un tono serio. Pocos pasos luego de haberse adentrado en la oscuridad se percató de que Aldora no lo estaba acompañando. Se sentía atraído, hipnotizado por la oscuridad. Ella aún estaba en la entrada. Movió la cola cuando Lush se dio vuelta, como si supusiera que su amo volvería y se alejaría del peligro. —¿Estas segura de que te lo vas a perder? —Lush se inclinó apoyado sobre sus rodillas, puesto que el camino descendía y no lograba verla con claridad—. Bueno, tú te lo pierdes. ¡No te metas en problemas!

En cuanto sus ojos se acostumbraron a la penumbra vislumbró el prodigioso arte inmortalizado en los rugosos muros. Se trataba de símbolos rúnicos grabados en las piedras como si fuesen fragmentos de texto escritos de la manera oriental que emitían un resplandor azul capaz de iluminar el lugar, aunque sea un poco.

Un pequeño cangrejo pasó caminando a su lado. Lush se agachó a observarlo.

—Hola pequeñín, ¿estas perdido?

Un cangrejo se soltó del techo y cayó sobre su cabeza. Otro salió de un agujero en la pared. Y así, hasta casi debajo de las piedras, surgieron por todas partes esas manchas rojizas con patas. A pesar de que se movían como hormigas trabajando a toda prisa, Lush les siguió el rastro.

Se tropezó. El suelo pedregoso e irregular se deshizo en una serie de escalones adoquinados que iban de menor a mayor cuanto más descendía el camino llegando a un salón tan majestuoso como amplio con la sola peculiaridad de parecer abandonado y descuidado por completo. En la pared que terminaba por cerrar la sala, un Altar Zodiacal parecía estar incrustado

en la roca. Y encima de este, se abría un agujero escarbado en el techo. En el centro del lugar había una fuente de agua, con la forma semejante a la antena de un satélite, con un líquido que emanaba una luz azulada como la de las runas talladas en las paredes.

«Debe estar por alguna parte», pensó Lush adentrándose con suma cautela, receloso. Invadido por la tétrica desconfianza del ambiente, vigilaba detrás de su espalda cada vez que el eco de una gota de agua se detonaba contra alguna piedra. El sonido al oleaje marino se acrecentaba en sus tímpanos por cada paso que daba acercándose a la fuente. Los cangrejos se sumergieron en ella. Cuando Lush se inclinó a verlos parecían no dejar de descender como si la fuente estaría dotada de una profundidad infinita. «¿Esta será acaso la Fuente Zodiacal? No... no podría serlo. ¿Cómo recibiría el poder de las constelaciones? Si hubiese traído la pluma conmigo podría intentar, pero se quedó allá arriba junto a Aldora...»

Un gorgoteante ruido retumbó por toda la caverna, demasiado similar a limpiarse la garganta.

—¿Quién anda ahí? —dijo Lush mirando en torno, al borde de un colapso nervioso.

Una voz anginosa proveniente de ningún aparente sitio respondió a su interrogante.

- —Eso no es algo que deba preocuparte. Tú eres el que está causando problemas aquí.
- —Muéstrate, no te haré daño. Necesito de tu ayuda. —No hubo respuesta—. ¿Por qué te escondes? No hay necesidad de esconderse, te lo prometo.
 - —Como iba a no ocultarme de semejante calamidad.

Esto ofendió a Lush como a un niño sin regalo de navidad.

—¿Quieres darte un gran susto? Deja que le diga a mi amigo el Coloso que destape este lugar como una olla.

Lush se dio media vuelta. No pudo ni dar un solo paso de regreso. La risa que soltó la oculta criatura retumbó por toda la sala de piedra.

- —Ya quisieras ser capaz de controlar al Coloso para tus motivos impuros, ¿no lo crees? Poder, eso es lo que te hace falta. Si tuvieses poder resolverías tus asuntos de inmediato sin tener que andar rogándonos como un indefenso cachorro.
- —No tengo malas intenciones. —Lush reafirmó con sus palabras dándole un pisotón al suelo con su puño bien apretado.

Pero no contó conque agitaría la cueva de manera que algunas rocas que agrietaron y un poco del contenido acuoso de la fuente se derramó. Y también lo hizo el Eco Zodiacal, al otro lado de la fuente de agua, que estaba sujeto del techo de la cueva.

Del torso para arriba era un enorme y corpulento cangrejo anaranjado, su cráneo estaba abierto como si fuesen dos gajos de mandarinas revelando su latente cerebro donde estaba incrustada la llave dorada junto a una gema celeste. Del torso para abajo, parecía tener parte del cuerpo de una araña de afiladas patas. Una de sus pinzas era más grande que la otra con una grotesca diferencia de tamaño.

- ¡Lo siento, lo siento! ¡Esa no fue mi intención! —dijo Lush con los ojos vidriosos.
- —¿Lo ves? Las intenciones no cuentan. Solo importa lo que haces. Y lo que haces se está saliendo de tu control, es tan evidente como patético. Y peligroso... Placenteramente peligroso.

Lush miró la repugnante masa cerebral con espanto, asqueado.

- —Esa gema se parece a la mía —dijo Lush.
- —¿Te refieres a las Gemas Elementales? —dijo el cangrejo jugueteando con su pinza más grande como si afilara un cuchillo—. Si lo que quieres es poder de destrucción ellas serán una buena herramienta. Tú quieres destruir. Yo quiero destruir. Acabemos con estas hechizadas tierras.
- —¡No! Eso no es lo que quiero. No me interesa hacerle daño a nadie. Y de querer hacerle algo a otra persona solo sería ayudarla. Pero, en esta ocasión, busco ayudarme a mí mismo.

El cangrejo lo interrumpió. Sus catarrosas cuerdas vocales entonaron: —¿No te oyes? Eres una criatura egoísta. Hurga en tu corazón y lo sabrás... No deberías tomar la Magia Negra a tan a la ligera como si nada fuese a pasarte.

—Sabes demasiado —dijo Lush con una irónica elocuencia acercándose a él—. ¿Por qué no me cuentas más? Deseo conocer más sobre esta extraña magia.

El cangrejo al otro lado de la fuente también se acercó, causando que se produjeran unas ondas circulares en el agua de la fuente como en un tablero de dardos.

—Asesinaré a los demás Ecos Zodiacales y cuando tenga todas sus llaves devolveré al Coloso a la vida. —le dijo. Miró con un ardiente deseo a la muñeca donde Lush tenía su brazalete

de piedra. Lush en un espasmo de temor lo tapó con su mano—. Y, es más, para entonces ya tendré en mi posesión el Arca Elemental con todas las gemas para garantizarle un poder descomunal. Lo seduciré con poder y lo esclavizaré.

- —¿Qué te hace pensar que todo saldrá de acuerdo a tu plan? —dijo Lush.
- —Nunca nada marcha de acuerdo a lo planeado. Jamás. Sin dudas, mi plan podía fracasar al enfrentarme a Tauro, e inclusive si lo lograba, Leo se las arreglaría para ocultar el Arca Elemental. Ignoro y envidio como conseguiste esos logros, pero son admirables, tenlo por seguro.
- —Espero que eso te de una idea de mis habilidades. Colaboraré contigo, pero no te aconsejo traicionarme —dijo Lush—. ¿Me traicionarás?
 - -No.
- —Bien. —Lush se acomodó el brazalete—. Solo así nos aseguraremos el éxito. Pero mis objetivos, aunque similares, son otros. El hechizo que envuelve estas tierras no tiene efecto en mis recuerdos. Necesito olvidarlos, necesito olvidar incluso hasta quien soy.

El cangrejo tomó un inquietante aire pensativo.

- —Puede que no te haga efecto, pero esa protección se irá con el tiempo como una piedra que se erosiona.
- —Te equivocas. Llevó demasiado tiempo vagando por estas tierras. Ya debería haber perdido mi memoria al menos veinte veces. He visto lo que el bosque provoca en nosotros.
- —Si continúas sometiéndote a la Magia Negra aceleraras el proceso... A ver qué te parece esto: asesinamos a los demás ecos, robamos sus llaves, y te quedas con la Magia Negra como parte del botín.
- —Con el Eco Zodiacal muerto no habrá nada que te detenga de robarte la llave, bien pensado.
- —Recuerda que estos cuerpos son solo una manifestación. Nuestra esencia es inmortal, es un eco que nunca deja de resonar. Cuando quitemos las llaves que devolviste los Ecos Zodiacales volverán a manifestarse en su forma corpórea. Los asesinaremos de nuevo si hace falta.

El asombro de Lush al oír esto fue tanto que comenzó a temblar de pies a cabeza. Su piel se erizó, estimulada por el novedoso concepto: «La podré ver una última vez...»

Una siniestra sonrisa se ilustró en las facciones del cangrejo mientras jugueteaba macabramente con sus pinzas. Se limpió su garganta y le dijo:

—Zambulle tu cabeza en la fuente si no me crees. Lo que verás al abrir los ojos debajo del agua no hará más que darte la determinación necesaria.

Lush lo miró lo que tardó en parpadear. Soltó el aire con una exhalación para inhalar mucho más. Estampilló su cabeza contra el agua, sin pensárselo dos veces.

Al abrir los ojos se encontraba flotando en el cielo. Se miró las manos: podía ver a través de ellas. «¡Ah! ¡Me convirtió en un fantasma!». Habituado a los cielos como estaba esa fue su principal consternación. Descendió. Las nubes blancas se abrieron ante él como la cortina de un nuevo espectáculo. «¡¿Avanet?!». Era una réplica del pueblo, ladrillo a ladrillo. Achicó los ojos para tratar de distinguir a los habitantes del pueblo. No pudo ver a nadie hasta que estuvo casi al nivel del suelo.

Todo estaba en un silencio de cementerio. Vio a unos Guardas Azules salir de la taberna. Otra gente iba de tienda en tienda. Algunos niños correteaban por doquier. Floristas, carpinteros, mineros, todos estaban teniendo una espléndida jornada. Eso, al menos y pese a ser melancolía pura, le esbozó una sonrisa en el rostro. Una que no duraría demasiado. Las personas se difuminaron como si estuviesen hechas de arena y un viento se las estuviese llevando. Lush corrió, desesperado, tratando de alcanzarlas. «¡No, no se vayan! No voy a hacerles daño... ¡Gwyndolin, Gwyndolin, espérame!». Ahí estaba, con su larga cabellera blanca al viento. Corrió tras ella y al alcanzarla, la tironeó del hombro porque ella también empezaba a desaparecerse. No podía permitir que eso suceda otra vez, pero tal parece que era así como debía ser. No bien ella volteó, el entorno se transfiguró en el escenario del Teatro Mecánico. Lush contempló por segunda vez aquel catastrófico evento que le partiría el corazón: sangre brotándole de la cabeza, esparciéndose como un espeso charco a su alrededor, mientras ella caía en un profundo sueño y su cabello blanco se manchaba de rojo.

Ya no pudo contener la respiración. Al borde del desmayo, retiró bruscamente la cabeza. Jadeaba y tosía, parecía un pez al borde de sus limitadas capacidades terrestres.

En ese estado tan lamentable, el cangrejo lo ahorcó levantándolo del cuello. Lo tenía sujeto con su pinza más grande, casi que podía hacerlo tocar el techo con la cabeza.

Lush como pudo le dijo:

- —¡Pensé que teníamos un trato!
- —Însignificante criatura, claro que lo teníamos. Pero las aguas de la fuente no se pusieron turbias por arte de magia. Son tus intenciones... —La gema azul incrustada en su cerebro resplandecía cada vez más—. Si escucharas a la naturaleza te darías cuenta del atroz destino que te depara. Te mataré antes de que eso suceda, antes de que me traiciones a sangre fría, como traicionaras a todos, inclusive a ti. Porque fallarás.

La voz se le entrecortaba por culpa de la presión de la tenaza sobre su garganta.

- —Vi al Coloso. Lo siento, temí. No esperaba que el Coloso fuera una criatura de semejante poder. ¡Oh, por todos los cielos! Eso es lo que necesitamos para acabar con la vida en estas tierras. Déjame volver a verlo... Quiero agraciarme con su presencia una vez más... Con su poder...
 - —No me importa. No ibas a salir de aquí con vida en primer lugar.

Con la pequeña pinza que le quedaba libre el cangrejo pareció generar una burbuja de agua a partir de la mismísima humedad del ambiente. Continuó alimentando su creación hasta que parecía estar sosteniendo un globo inflado con agua entre sus tenazas.

- —Procurare que los Akamatas hagan un buen uso de tus huesos, como lo hicieron con esos antiguos caballeros y con la gente que no volvió al pueblo. —Comenzó a golpearlo contra el muro, una y otra vez. Lush se sacudía como si fuese un peluche. Su vista se emborronaba como tinta corrida, y los esfuerzos que hacía por desprenderse eran inútiles. Lo golpeó tanto que Lush desapareció. De un segundo a otro ya no estaba más ahí.
- —¡¿Dónde estás, traidor?! —Las patas del cangrejo se movía con desesperación. Se trepó al techo para tener una visión panorámica. No quedaba rastro alguno del niño.

El lugar había tomado dimensiones astronómicas o... «¡¿Me hice pequeño?! Es como pasó con aquella oveja...», pensaba Lush mientras sus pulmones volvían a llenarse de aire. Pero había un detalle, estaba por azotarse de espaldas contra el suelo de piedra, y a pesar de que por sus nuevas dimensiones parecía una mera partícula de polvo, no era una. Sin embargo, y aunque a la fuerza, dominaba el fino arte de la aviación mágica. «¿Tendré que estar en un peligro semejante para volver a mi tamaño normal? ¡Ya quiero averiguarlo!». Se frotaba las manos con entusiasmo. «Cangrejo, ¡ven a jugar!», gritaba con su diminuta voz de ardilla que no era más que un chillido.

Quieto en el aire, y haciendo uso de la Magia Blanca que antes le permitió caer al suelo como un diente de león, permaneció estático mientras descendía con lentitud mirando a sus alrededores. Las múltiples pisadas del cangrejo sonaban como el eco de una docena de eufóricos mineros picando piedra. Se arrojó al suelo. Inspeccionó detrás del Altar Zodiacal, cuya separación del muro constituía un escondite más que aceptable para un niño con las características de Lush. Claro que ahí no encontró nada.

Lush planeó hacia la cúspide de la fuente y ahí se paró a observarlo. «Lo que más desea encontrar es el Arca Elemental y mi gema». De ninguna manera iba a dejar que su tan preciado amuleto de la suerte cayera en manos de este malvado ser inmundo. «¿Cómo una criatura con tanta maldad puede formar parte del Reino Astral?». No hubo tiempo para meditar su respuesta. El cangrejo se acercaba a la fuente, enérgico como si supiera que Lush estaba ahí.

Casi vomita. Puso una cara de repugnancia al verle el viscoso cerebro al desnudo. Pero la llave dorada y la gema incrustadas salvaron su atención. Saltó a la acción. No le fue nada fácil pisar en aquel pegajoso terreno. Cada vez que levantaba el pie se desprendía una baba traslucida que parecía un pegamento y le dificultaba dar el siguiente paso. Hubo una explosión acuática: el cangrejo sumergió su cabeza en la fuente.

Lush, como la pelusa que era, se desprendió enseguida. El cuerpo le quedó algo entumecido. Uno de sus manotazos dio con la llave de la cual se aferró como si fuese la rama de un árbol. Su exhalación se tradujo en burbujas de agua que remontaron hasta que se perdieron en la superficie.

Además de sumergirse en el agua, también se encontró con una visión. Una parecida a la que presenció, pero no del todo tan clara. De hecho, no es que estuviese sobrevolando una inconfundible imagen de un suceso, porque tampoco dejaba de estar rodeado de agua. Como si

fuese que solo veía lo que una ventana se lo permitía, pinceladas sueltas de lo que el cangrejo presenciaba, aunque muy breves, también se le revelaban ante él.

«El Rey Pájaro se retuerce de dolor en su lecho. Envió a sus caballeros a capturar a los Ecos Zodiacales... Sus espadas no pueden traspasar la coraza del cangrejo, pero igual lograron capturarlo... Un sujeto está hablando con un puñado de ecos, una serpiente negra de ojos rojos se desliza por su cuello, y entre ellos está el cangrejo...», Lush dejó escapar otro burbujeo proveniente de sus reservas de aire.

Y si bien el cangrejo parecía estar levantándose, esa presión acabó por mermar la fuerza con la que Lush se sostenía. Se dirigía hacia el final del estanque hasta que aterrizó en el cascaron de uno de esos cangrejitos que se habían sumergido primero. Primero fue uno y después dos y así hasta que un centenar emergió del fondo hasta salir a la superficie brotando por los bordes de la fuente.

—¡Voy a asesinar a todos los Ecos Zodiacales! —El cangrejo se inclinó sobre la fuente. Los cangrejitos se dirigían hacia el capullo entre las patas de araña del cangrejo más grande. Lush despertó mareado sobre su crustácea montura, sacudió su cabeza. Aterrado por el acto de como la meta de la crustácea competencia era el interior del capullo, pensó: «Si no hago algo acabaré ahí dentro. Aunque si vuelvo a mi tamaño normal adentro de eso podría implosionarlo, pero... no creo que sea buena idea». Bastante practica ya había adquirido con su yegua como para saber domar a una fiera descarriada. Esperó a acercarse más, y justo cerca de una de las patas, le torció los ojos al cangrejo obligándolo a maniobrar en esa dirección. Consiguió hacerlo escalar y escalar hasta subirse sobre el capullo, y a partir de ahí no se detuvo hasta llegar a su destino. Y casi lo logró, pero a mitad de camino de alcanzar el cerebro, su montura se dio por vencida y cayó al vacío. Lush continuó escalando por su cuenta hasta llegar a la cima.

«¿Y cómo voy a sacar la llave si es el doble de grande que yo? Piensa, piensa... Lo tengo». Dio un pisotón en la carne con intención de causar una conmoción cerebral que lograra desprender la llave como si no estaría sujeta más que a un clavo, pero solo consiguió que su diminuto pie se quedara atorado en los sesos. Jaló su pantalón para poder desatorarse, pero no hubo caso. Una sombra cayó sobre él: la expuesta cavidad estaba cerrándose por esos dos gajos anaranjados con aspecto de dos grandes hojas.

Lush cerró los ojos y se aferró a la llave. Sintió su cuerpo expandirse hasta recuperar la talla a la que pertenecía. Y pronto, parecía solo un niño tratando de desenterrar una vara atorada en el barro seco. «¡Si!». Se sonrió a sí mismo, apretando sus dientes dentro de esa sonrisa tan maliciosa como alegre. Extrajo la llave junto con su pie y cayó de cabeza al suelo, y con el mismo envión se puso de pie otra vez para no quedar en desventaja. El cangrejo se retorcía de dolor.

«No me permitirá poner la llave en el altar así como así. Todavía tiene la gema azul». Entre el Altar Zodiacal y Lush solo se interponía un ser que ardía en las llamas del odio. «Tal vez si me hago pequeño de nuevo, tal vez pue-». Un chorro de agua lo impactó directo en el pecho, haciéndolo volar varios metros. El agua abandonó la fuente moldeándose como la silueta de una acuática serpiente que tomó a Lush entre sus afilados dientes.

Un amarillento pus brotaba de las heridas en el cerebro del cangrejo:

- —¿Contribuirías a un rey para el que solo eres un instrumento de su poder? —dijo.
- —Lo haría con tal de tener un lugar donde poder vivir tranquilo, como el Reino Astral, por ejemplo. Él necesitaba de ustedes, estaba muriendo. A cambio, ya sabes... Solo les pedía que colaboren.
- —Su hueste acabo con la vida tranquila que llevábamos. Nos encerró en su reino y creó los altares y las llaves para tenernos a su disposición, ¡para su conveniencia!
- —Eso no significa que todos los Ecos Zodiacales no estaban de acuerdo, solo piensas por ti. Ese es tu punto de vista.
- —No tienes idea. —El cangrejo movió una de sus pinzas y la serpiente imitó ese movimiento. A punto de reventar a Lush contra una pared como si fuese un mosquito, él amortiguó el doloroso impacto con sus dos pies y, al despegarlos como si diera un salto, toda la caverna comenzó a temblar y a resquebrajarse progresivamente. El cangrejo acabó tumbado en el suelo y la serpiente de agua disuelta en un charco.

Lush corrió hasta el altar tan rápido como pudo, con la llave en mano y sin despegar la mirada de la cerradura en el altar como si estuviera a punto de anotar el tanto con el que se ganaría el oro en una olimpiada. Y tan cerca estuvo, pero el debilitado cangrejo lo tironeó del tapado celeste, dejándolo a un paso de su cumplir su cometido.

—Te maldigo, mocoso. Húndete en los estragos de tus acciones —dijo el cangrejo con tono de desesperación.

El trozo de prenda se desgarró y Lush por fin consiguió unir llave y cerradura, ateniéndose a la agonizante consecuencia de su acto.

No quedó rastro del eco. La serpiente de Magia Negra se deslizaba sobre el Altar Zodiacal. Lush se alejó con suma cautela paso a paso sin dejar de mirarla, se agachó a recoger la gema azul. «Este lugar se va a venir abajo», pensaba al retroceder.

Corrió cueva afuera subiendo los escalones a saltos de dos o tres, volviendo la cabeza para vigilar por donde andaba la serpiente, que se acercaba con una hostil velocidad antinatural que solo podía deberse a sus mágicas capacidades. Lograba escurrirse entre las rocas que se derrumbaban. Algunos cascotes le golpeaban la cabeza a Lush o le machucaban los hombros o las manos, y sus rodillas se raspaban cuando tropezaba.

Lush se alegró de ver a su yegua esperando por él fuera de la caverna. Aldora se notaba muy contenta de ser acariciada por una misteriosa chica de pelo rosado. Pero la serpiente no le dejó tiempo para indagar mucho más. Se le incrustó por la espalda como si hubiese sido apuñalado a traición. Sus ojos se pusieron blancos y cayó de bruces al suelo en el umbral de la cueva. Mitad del cuerpo en la luz del día, mitad en la penumbra de la oscura cueva.



El hábito de soñar con lo que provocó un gran impacto en la mente es, en la mayoría de los casos, inevitable. Y haber vuelto de visita a su pueblo no iba a ser la excepción: las tortuosas pesadillas que lo asaltaron fueron retazos de una vida a la que ya no pertenecía. No solo caminaba de la mano con Gwyndolin, también ayudó a Kite, jugó a Magi-Magi con Hindenburg, pasó largas tardes ayudando a Bunni con una Aldora que daba sus primeros pasos... «Bunni...», pensó al entrever una chica de cabello rosado mientras que, con una excesiva dificultad a causa de la luminiscencia solar, despegaba sus parpados.

Lush, con un tono de voz que exponía el peso de sus acentuadas dolencias físicas le dijo:
—¿Cómo lograste llegar tan lejos, Bunni? —Se fue reincorporando poco a poco sobre sus brazos—. Este no es un lugar seguro.

La respuesta que obtuvo fue pronunciada por un sonido que regocijó a Lush en una nebulosa serenidad, tan acogedora que contribuyó a que el dolor desapareciera casi por completo. Pero, como todo, guardaba su cuota de escepticismo para el final:

—Me estas confundiendo con alguien más —dijo desinteresadamente.

Lush se irguió sobre sus rodillas dobladas, con los brazos tendidos a ambos lados de manera que sus muñecas se doblaban contra el suelo. Antes de decir nada la miró con más detalle, y consiguió comprobar que, en efecto, se estaba equivocando. Aunque lo único que tenían en común era el mismo color de pelo, por lo demás no se parecían ni en la raza. Llevaba un entallado atuendo negro de mucama con un delantal blanco y grilletes con sus respectivos trozos de cadenas con signos de haber sido arrancadas. El detalle principal que rastrearon los ojos de Lush fue el de la llave dorada, pero no aparentaba tenerla.

- —Parece que no paras de meterte en problemas.
- —Ni que lo digas, ando de aventura en aventura. Pero así se hacen los héroes, ¿no lo crees? —dijo Lush—. Perdón por lo de antes, me recordaste a una amiga, la antigua dueña de mi leal compañera de viaje.

Lush miró en torno al sombrío terreno que los rodeaba. El Eco Zodiacal también se tomó el tiempo para la contemplación, pero se lo dedicó a él: lo miraba con una insistente intriga.

- —Ye veo.
- —Un poco de compañía no viene nada mal en un lugar tan solitario como este, ¿no lo crees? —dijo Lush.
- —Tienes suerte de poder contar con ella—dijo el Eco Zodiacal con una melancólica voz, cepillándole la melena a Aldora.
 - —¿No te sientes sola?
- —Si, la mayor parte del tiempo, desde que me perdí. Hacía mucho tiempo que no salía del observatorio a tomar algo de aire fresco. Soy una sirvienta aplicada, solo necesitaba salir a tomar un poco de aire, pero me extravié.
 - —¿Cuánto tiempo estuviste sin salir a caminar?
- —Algo así como... —Puso cara pensativa e infló sus cachetes mientras sacaba cuentas en el aire con la mirada perdida—. Para ser exactos...ciento noventa y nueve años.
- —¡Ahora entiendo porque estas perdida! —Lush abrió la boca como si su mandíbula fuese a despegarse de su sitio.
- —Después de esos sucesos de los que creo debes saber algo —dijo mirando al Arca Elemental—, me quedé al cuidado de los Caballeros Solares. Bueno, de los que pude encontrar con vida, los otros se convirtieron en Akamatas.

Lush aprovechó la ocasión. Resumió y presumió de su intrépida aventura por las tierras hechizadas sin un aparente efecto en él. El Eco Zodiacal le asintió a cada cosa que decía. No cabía duda de la veracidad de los hechos.

—¡Lo aplasté como a una hormiga!

La mucama seguía asintiéndole mientras escarbaba unos montículos de piedra en busca de algo que resplandecía entre ellas.

- —Solo te faltan dos Gemas Elementales para completar el Arca Elemental —le dijo tomando la gema azul entre el índice y el pulgar.
- -¡La Gema de Agua! Pensé que se me había caído mitras escapaba de la cueva. Devuélvemela.
 - —No. —La aprisiono dentro de su delicado puño y la guardo dentro de su delantal.
- —Puede facilitarme las cosas de aquí en adelante, y aunque no la necesite desesperadamente es mejor tenerla que no tenerla. Por favor.
 - —No. Ayúdame a regresar al Observatorio Astral y te la regreso. ¿Trato?
 - —Si me das tu llave a condición de que cumplirás tu palabra.
 - El Eco Zodiacal levantó la parte del collar que caía debajo de su ropa.
 - —Nunca la traigo conmigo. También ser perdió.
 - —¿Dónde la perdiste? —Lush se mordió los labios cuando vio que de verdad no la tenía.
 - —Tiene que estar en algún lugar del Observatorio Astral.
 - —¡En marcha!

Lush fue el primer en montar. Con una mano se aferraba a la melena de Aldora y con la otra sostenía la pluma. El Eco Zodiacal se notó un tanto nervioso a la idea de saltarle encima.

- –¿No se irá a asustar?
- —No subestimes su bravura. Sube, ¡el Observatorio Astral nos espera!

Tal parece que eso le había causado gracia a la invitada de honor porque dejo escapar una franca risita aguda.

Las cadenas en sus grilletes traquetearon cuando se subió a la yegua.

Pasado algún tiempo le pareció raro al jinete no recibir ninguna indicación, ni una sola pista de hacia dónde ir. Hasta que por fin se atrevió a preguntar:

- -¿Estamos en la dirección correcta?
- —No tengo idea, soy muy mala para ubicarme. Ni siquiera se los puntos cardinales. Dejé marcado el camino con unas flores de loto, pero se me acabaron, ¡fue ahí cuando me perdí! -Golpeó su puño con la palma de su mano—. Estoy esperando a que nos topemos con alguna.

Deambularon y deambularon. Aunque la tarde declinaba, todavía se sentían esperanzados por encontrar alguna de esas flores de loto. De vez en cuando el eco no podía ocultar sus sollozos y Lush la animaba diciéndole: «¡No desesperes! ¡Estoy seguro de que tú y yo lo lograremos!». La mucama se aferraba a la cintura de su escolta, apoyando su cabeza en el arco que se forma entre el cuello y el hombro. Esta afectuosa sensación, que le trajo recuerdos vividos de los atardeceres junto a Gwyndolin, provocaba que Lush se sonrojara, incomodado por la timidez. Cerraba los ojos para visualizarla en sus recuerdos, mientras todavía los tuviese. Y la tristeza era tanta que se echaba a reír para no caer en una irremediable tristeza.

- —¡¿Qué te causa tanta gracia?!
- No es... nada. —Lush se secó una lagrimita que se le escapó por el rabillo del ojo.
- —Estás helado. ¿Te sientes bien? —Aguardó por la respuesta de Lush, pero el espacio de tiempo que le dejó para contestar no se llenaba y se dilataba cada vez más—. Si te pasa algo solo dímelo, veré que puedo hacer. Se algo de medicina. He estado cuidando de los caballeros en el observatorio. —Extendió su mano para tocarle la frente—. Mi diagnóstico temprano es: fiebre.
- —Discúlpame, estaba inmerso en mis pensamientos... Si conseguimos llegar al Observatorio Astral, ¿podría quedarme a descansar?
- —Lo dudo... A menos de que no tengas problemas con el polvo y el desorden. Es un antiguo lugar abandonado repleto de libros y objetos raros. El único caballero que sigue medianamente cuerdo es bastante racional pero los otros dos son como unos insoportables niños caprichosos.
- —¿Por qué decidiste cuidarlos? —Moribundos como estaban cuando los encontré me pidieron que los mantuviera con vida para que su honor no se viera manchado. Las heridas que les provocó el Mago Oscuro los

marcaron mentalmente, no puedo hacer nada para que cicatricen. No son ni la sombra de lo que eran, y como el paso del tiempo no les afecta, no les queda otra que mirar lejos y esperar. Solo puedo hacer que se mantengan medianamente cuerdos hasta que el rey vuelva algún día.

- —Me pregunto dónde estará esa fuente milagrosa... —murmuró tristemente, con la mirada perdida.
- —¡Mira eso! —Lo abrazó del cuello señalando con su otro brazo sobre su hombro—. Esa fue la última flor de loto que dejé.

Se acercaron a ella. Uno de sus pétalos rosados estaba manchado de rojo. El Eco Zodiacal la levantó y la acercó a una serie de cortes que tenía en el revés de su antebrazo. Esa mancha se metió de regreso a una de las heridas como un pequeño chorro de sangre. No quedó rastro de la cicatriz.

- —Listo, es en esa dirección en la que apuntaba el pétalo.
- —Entonces todos esos cortes en tus brazos son...
- —Si. Solo que me topé con otro Eco Zodiacal que se aprovechó al verme distraída y me quitó mi canasta con las demás flores de loto creando un viento tremendo que me mando a volar muy lejos.

Lush recordó la tormenta y llegó a una rápida conclusión

- —¡Pero, entonces no sabemos si las flores que quedaron apuntan en la dirección correcta! —Se frotó la cara.
 - —No te creas, puse una Magia Blanca de ubicación en la sangre con la que los manché.
 - —Se parece a como la pluma apunta a los Altares Zodiacales.

Al oír esas últimas dos palabras, la chica de pelo rosado se sobresaltó atemorizada por una espasmódica inquietud.

- —¿Dije algo que te hizo sentir mal?
- —Nada, no te preocupes. Es que no he oído sobre los altares en años. Mis pacientes me prohibieron terminantemente siquiera mencionarlos —dijo mirando con tristeza a los grilletes en sus muñecas.
 - —¿Te gustaría volver al Reino Astral?
- —¡De veras que sí! —Se llevó las manos al pecho con sus dedos entrelazados—. Seria increíble...—La pena la invadió otra vez—. Pero tengo que preservar a mis pacientes hasta que el día llegue, es mi deber. No puedo abandonar mi posición.

Tan vulnerable y apenada como se mostró no dio pie para que Lush se atreviera a decirle nada. Se limitó a hacerle una suave caricia en la mejilla solo para recordarle que podía contar con él y volvió a subirse en Aldora.

El aire se volvía cada vez más fresco. Considerando que hace no mucho estaban en verano resultaba inquietante sentir como cada paso la temperatura descendía. Flor de loto tras flor de loto llegaron al pie de una montaña con algunas manchas de nieve con una peculiaridad: al otro lado de ella, era invierno en todo el sentido de la palabra, como si el clima estuviera partido en dos.

- —¿Por qué hay una tormenta de nieve al otro lado? —Lush temblequeó de un escalofrío.
- —Es uno de los límites del bosque. Más allá, encontraras tierras donde la naturaleza del clima cambia abruptamente. No te recomendaría adentrarte en la zona de nieve hasta conseguir la Gema de Fuego.
 - —Lo tendré en cuenta.

A la mitad de la montaña, y como incrustada en ella, se erguía una robusta torre puntiaguda. Un descomunal telescopio emergía de una escotilla en la parte más alta. Parecía tener un sofisticado sistema de lentes intercambiables que se sostenían de anillos a lo largo del fuselaje. Unas desvencijadas escaleras de madera descendían angulosas hasta el pie de la montaña.

—Déjame subir primero —dijo el eco—. Pisa solo donde yo piso, sujétate solo de sonde yo me sujeto y por sobre todas las cosas no mires abajo.

Lush se aseguró de llevar la pluma consigo en caso de emergencias. Se despidió de Aldora, no sin antes edificarle con la Gema de Tierra un refugio parecido a un establo para que se resguardara si tardaba demasiado. El Eco Zodiacal se sorprendió ante su dominio con la gema y la pluma.

La ventisca helada que soplaba conseguía que las escaleras de madera desvencijada se agitaran. Crujían con cada paso y rechinaba a cada movimiento. «Algunos clavos parecen estar aflojándose. Esto es peligrosísimo», pensó. Estaban acercándose a la mitad del largo camino, que

doblaba como las esquinas de un cuadrilátero mientras ascendía junto a ellos. Lush sacudió su cabeza ante el impulso de mirar hacia abajo y levantó el cuello al instante.

- —¿No conoces una Magia Blanca para subir más rápido? —dijo al contemplar la torre sobre él.
 - —Nunca tuve tiempo de ponerme a pensar en algo así.

No muchos pasos más adelante, la estructura de madera no pudo resistir más abusos de la dura ventisca y terminó por ser desgarrada en cuatro partes. Las barandillas volaron como hélices desorientadas junto con los rasgados tablones de madera.

A pesar de que era la primera vez que lo hacía con peso extra no titubeó un segundo entre arrojarse al vacío o llegar a la cima por su cuenta. Sostuvo la pluma entre sus dientes y se arrojó al vacío entre los tablones de madera. Agarró al Eco Zodiacal por debajo de los brazos. El contrapeso lo hizo descender abruptamente, pues a pesar de que llegó entendiendo que algo iba a pesarle no consideró que sería como cargar un yunque. Las venas en su cuello resaltaron al recibir el peso entre sus manos. Y aunque intentaba volar más alto sus esfuerzos eran casi escasos. No se rindió. Sus mejillas se pusieron purpuras. Hilos de sangre brotaron de sus comisuras de tanto que apretó sus dientes. «No voy a dejar que ella corra la misma suerte que Gwyndolin» fue lo que provocó un estallido en la caldera de su determinación.

Logró ponerla a salvo ante las puertas de la torre, debajo de una arcada de piedra moldeada con una precisión arquitectónica que resultaba un deleite visual. Al fondo estaba una puerta doble con un sol tallado en la antigua madera y los planetas del sistema solar despuestos de manera que lo rodeaban en un círculo perfecto. Una argolla de bronce con forma de estrella sujeta de un pomo metálico. El Eco Zodiacal parecía estar inconsciente, Lush golpeó siete veces.

Después de un rato la puerta de abrió, revelando un enorme salón envuelto en una desoladora penumbra. El techo quedaba demasiado alto, y las paredes estaban abultadas de libros a lo largo de su extensión, dispuestos en una gran biblioteca que seguía el contorno del lugar. Se podía ver polvo flotar en el aire gracias a la luz blanquecina que entraba por un ventanal circular abovedado hacia afuera que apuntaba hacia el noreste, en dirección a la región de nieve. Tenía muchas mesas rectangulares con sillas desordenadas y tiradas por todos lados repartidas por el lugar. El desorden denotaba violencia. Lush se cargó al Eco Zodiacal al hombro. Ingresó a pesar del sepulcral aire que envolvía al lugar. La puerta emitió un siniestro crujido al cerrarse detrás de él.

Lush la sentó frente a una de las mesas. Él, sentado a su lado, la sacudía del hombro.

—Despierta —le dijo en voz baja—, despierta. Ya llegamos, estamos en el Observatorio Astral.

Una figura se recortaba en la oscuridad. Apenas lograba distinguir que estaba cubierta por un andrajoso harapo. No más de la mitad de su cuerpo era visible debajo del oscuro umbral de la habitación que estaba enfrente a Lush.

—¿Por qué le has hecho daño? Ella solo quería salir a dar un paseo —le dijo la figura con un a jadeante voz. Sonaba muy enfermo.

El corazón de Lush se sobresaltó. No dijo ni una palabra. Siguió con la mirada al brazo del sujeto: con una notable dificultad buscaba algo en su cintura.

- —Le salvé la vida —dijo Lush—. Dos veces.
- —No te creo. Eres un discípulo de Vilka, siento su arte oscura en ti. No puedo permitir que sigas avanzando.

La figura emergió de la oscuridad, balanceándose sobre él. Debajo de esa vieja y enmarañada tela que lo arropaba se ocultaba una armadura gris que había perdido todo su lustre. Levantó lo que quedaba de su espada y, de no ser porque el casco piramidal sobre su cabeza se resbaló de manera que le tapó los ojos, se la hubiese incrustado en el medio del cráneo al asustado invasor.

—¡Argh! ¡¿Qué clase de Magia Negra has empleado?! ¡Cuando te encuentre ni tus padres te van a poder reconocer!

Lush aprovechó la oportunidad para levantarse, y levantarla a ella tironeándola al menos del cuello de su ropa. «Sin dudas este es uno de esos Caballeros Solares...pero que mal se lo ve», pensaba mientras le apuntaba con la pluma.

—No sé de qué estás hablando, y no te hi... Si te hice. —Recapacitó para sacar ventaja—. De hecho, ¡es un encanto oscuro que acabará con todos tus sentidos! —Se acercó a él haciendo cada vez menos ruido con sus pisadas, comentando con el mismo énfasis en decremento sonoro—

- . Ahora perderás la audición. Te sumiré en un mudo donde los latidos de tu corazón serán una tortura y el correr de la sangre en tu cuerpo... ¡un tormento que solo detendrás con tu muerte!
- --; No, no, no, no! --Se puso de rodillas con las manos sobre su casco piramidal--¡Detente! Si muero no podré ver el día en que mi rey vuelva a la vida. —Comenzó a arrastrarse hasta que tocó los pies de Lush—. ¡Oh, todopoderoso Mago Oscuro! Devuélveme la visión, te lo imploro.
- -¡Dejen de ser tan tontos! —dijo Virgo, desperezándose. Se acercó al Caballero Solar y le empujó de nuevo su casco piramidal a la posición original—. Vuelve a tus aposentos, Caballero Mercurio. Ya te llevo algo calentito para tomar, nuestro invitado está solo de paso.
 - —Si, señorita —jadeó. Se fue como un anciano al que se le terminó el paseo en el asilo.
- El Eco Zodiacal levantó las pilas de libros y comenzó a rellenar los espacios vacíos en la biblioteca.
- —Perdón por eso, es que no ven a nadie hace doscientos años y, además, está presenciando como sus camaradas ceden a la maldición mental que les hecho el Mago Oscuro.
 - —¿Hay forma de hacer algo por ellos?
- —No demasiado. Estuve leyendo libro tras libro tratando de encontrar alguna pista, pero no estoy ni cerca. Por ahora solo puedo mantenerla a raya, pero eso no es suficiente.
- Parecen pesados, déjame ayudarte con eso—. Lush los hizo levitar y los acomodó donde ella se lo indicaba.

La mucama se aprovechó de la situación. Hizo que manipulara el plumero para desempolvar los tomos que estaban más arriba, y que sacara las telarañas del techo, y que barriera, mientras que ella leía página tras página tras página a toda velocidad con unos anteojos que hacían que sus ojos se movieran rápido como pelotas de pingpong.

- —Eso es, tu haz los quehaceres así yo tengo más tiempo para leer.
- —¡No te olvides que tienes devolverme la gema! —Si, si, solo procura no levantar mucho polvo, los caballeros son alérgicos.

Lush alcanzó rincones en las alturas que no habían sido limpiados en dos siglos y fue inevitable levantar una nube de polvo que descendió de las alturas como una llovizna, resultando en una seguidilla de estrepitosos estornudos.

- —¡Estas haciendo demasiado ruido niño! Deja descansar al prójimo —gritó uno de los caballeros.
 - -; Do diendo! —dijo Lush atontado por el repentino resfrío.

Una sospecha se apoderó de él. Necesitaba ver en qué estado se encontraban esos legendarios guerreros de antaño. Arrastró una silla para que chillara, y la golpeó contra el suelo dos veces.

- -;Estas interrumpiendo nuestra meditación!
- -¡Lo siento! -susurró, a propósito, en voz alta.

Siguió el ruido de sus voces. Lo guiaron a un recodo donde estaba el inicio de ese enorme telescopio que vio emerger fuera de la torre. Pero había una particularidad que no pudo pasar por alto. Ocho tubos se desprendían del inicio del telescopio con cascos en la punta en dirección a los asientos circulares sobre los cuales se recostaban las leyendas vivientes, si se les podía llamar así. Pero solo uno estaba ocupado. El Caballero Mercurio se mecía sobre su asiento con el casco puesto. Lush golpeó la estantería con su brazalete de piedra.

—¡Que dejes de hacer ruido, niño, intentamos dormir!

Lush continuó acercándose, en puntas de pie. También había ocho camas, si se les podía llamar camas a esas sabanas con almohadas que tenían una vela al lado de cada una, en el suelo. Dos caballeros más estaban acostados en sus lugares. No fue capaz de distinguir a cuál de los dos pertenecía el gemido de dolor que escuchó.

- —Le ruego que me disculpe, mi señor. No volverá a ocurrir mientras el servicio de limpieza esté bajo mi responsabilidad —dijo Lush.
 - —Más te vale.
 - —¿Qué observas con tanta calma?

Uno de los soldados tumbados en el suelo estornudó.

- —Me gusta mirar a las constelaciones. Mi devoción hacia ellas es total. Hablo por todos los Caballeros Solares cuando digo esto. No le digas a nadie, pero, a veces, su belleza me hace llorar. No pueden existir patrones tan perfectos, y lo hacen. Magnifico, realmente magnifico.
 - —Inclusive si eso significa arrebatarles su libertad...

- —¿Qué sabes tú de la libertad?
- —Nada de lo que pueda presumir. Pero ser libre debe ser la base de la felicidad, ¿no?
- —Quizás... La verdad es que sus servicios fueron requeridos para que el rey se bañe en las aguas de la Fuente Zodiacal para aplacar esa enfermedad que carcomía lentamente su corazón. Las garras de la Magia Negra lo afectaron inclusive a él.

El polvo que había levantado cuando limpió donde la mucama nunca alcanzaba se filtraba cada vez más en el ambiente.

- —Inclusive los alcanzó a ustedes —agregó Lush luego de estornudar—. ¿Existe alguna forma de escapar de la Maga Negra? —Se sentó de piernas cruzadas a un lado del caballero.
- —No. Definitivamente, no. Analizando todo lo que conocemos acerca de ella puedo decirte que no. Sin embargo, hay algo que se me ocurre como una última posibilidad. Surge a partir de mi siguiente interrogante: ¿Qué pasaría si, hipotéticamente hablando, concentraríamos toda la Magia Negra en un solo...digamos...ser, y lo matáramos? —Entonó cada palabra con una aterradora elocuencia intelectual que le puso la piel de gallina a Lush.
 - —¿No fue lo que hicieron con el sujeto que le devolvió la vida al Coloso?
- —Parecido. Solo que él intuyó eso, a pesar de que nosotros no lo sabíamos en ese momento, solo estábamos desesperados por acabarlo. Pero su control sobre el oscuro arte era tan excelso que la ocultó. Recuerdo muy bien como serpientes moradas brotaron de las heridas que le dejaron nuestras espadas mientras reía. Que sujeto más despreciable.
 - —Creo que si sigo así acabaré como él. Aunque tengo mis dudas, no soy poderoso.
- —No necesitas ser poderoso. La Magia Negra retuerce las cosas hasta dotarlas de una violencia incomparable. Ella lo hará todo por ti. El Eco Zodiacal de Ofiuco tomará posesión de tu cuerpecito escuálido y lo convertirá en una autentica catástrofe que arrasará con todo.
- —¡Eso es imposible! Estoy rodeado por la Magia Blanca de Leo. Y es tan fuerte que el hechizo que levantó el Rey Pájaro no me afecta.
 - —Espera y verás... —Reía con una clara ironía—. ¡Virgo! ¡¿Ya está listo mi té?!

Se oyeron unos pasos acelerándose desde la otra punta del salón y el sonido de la taza de porcelana traqueteando en el plato se hacía más intenso. La mucama entró sin poner atención. Al no poder despegar la vista del librito azul, terminó por tropezar con uno de los caballeros que estaba acostado en el suelo. Se escurrió por el suelo como una lombriz hasta que dejó de agonizar por el incremento a sus dolencias que le provocó el hirviente brebaje. Lush se sobresaltó. Al tratar de ayudarla notó algo tan raro como asqueroso.

- —¿Qué le pasó? —Lush se sorprendió como nunca antes cuando le vio la piel.
- —Está muy enfermo. Su piel esta tan consumida que parece adherida a sus huesos, ¿ves? Es desagradable. Más aun con esas ronchas cargadas con pus.
- —¡Lo siento, lo siento! —dijo la mucama implorando de rodillas. Luego, se reincorporó y con ayuda de Lush acomodaron el cuerpo en su lecho—. Ahora mismo iré a prepararte otro té, Caballero Mercurio. No me tardo.
 - —¿Al otro no le gustaría una taza también? —dijo Lush.
- —El otro ya murió hace casi un año —dijo el Caballero Mercurio—. Pobre Caballero Tierra— Parece que la maldición mental puede agravarse hasta acabarnos.
 - -Podemos darle un funeral digno.
- —No te molestes, nos desharemos de él junto con el Caballero Marte cuando el momento llegue. Solo lo estamos guardando para tirarlo después. Hablando de eso, ¿alguna novedad, sirvienta? No quisiera partir sin antes ver una vez más a mi rey. —Estornudó.
- —Leí en este último libro que esa erupción que tienen en la piel es similar a algo que ocurre en humanos, pero le falta una página, la arrancaron.

El polvo de la limpieza se apoderó de la recamara del telescopio. Una tos constante se desató en el Caballero Mercurio. Tan ininterrumpida que el eco, temblando de pavor, giró sobre sus talones para volver a buscar más bebida caliente. Lush le pidió por favor que se detuviera al notar como su paciente cubría su boca y nariz con cierta extrañeza mientras se atoraba con la mucosidad que se desprendió del catarro desatado por la tos.

- —¡Argh, argh! Disculpen, no tenía intención de ser tan asqueroso. Pero es que hay mucho polvo, ¡¿por qué tuviste que sacudir tanto?! ¡Estaba bien como estaba! —El caballero tosió más mientras golpeaba el apoyabrazos de la silla.
- —Creo que no está bien... —dijo Lush a Virgo, poniéndose de pie—. ¿Qué es lo que tanto mira por ese telescopio?

- —Ya te lo dije —contestó el enfermo caballero.
- —¿Cuánto tiempo llevas viéndolo?

La mucama se metió en la conversación con tono de voz previo a un reprimido llanto doloroso. —¡Siempre!

—Y antes de que yo devolviera las constelaciones a su lugar y los Ecos Zodiacales al Reino Astral... —dijo Lush con una deliberada calma—, ¿qué mirabas?

Aferró sus dedos a los apoyabrazos. Dejó escapar un catarroso gemido de hartazgo. Gotas de sudor se deslizaban sobre la temblorosa grasa que colgaba de la piel de su rostro.

—¡Por amor al cielo! ¿Qué insinúas? No podíamos dejar de contemplar el vacío lienzo nocturno. Era aburrido, pero al menos lo podíamos compartir juntos. —Sin más remedio reanudó sus conclusivos gargajos que sonaban cada vez más catarrosos e irritados.

La mucama, apenada, le apoyó una mano sobre el hombro a Lush.

- —Ya déjalo en paz. No se merece que lo maltrates así. Está enfermo —le dijo.
- —No, no lo está. —Lush se puso serio—. De veras que te gusta el espectáculo en el cielo, tanto que no dudaste en absorberle la vida a los demás caballeros para asegurarte un lugar en la primera fila cuando el Rey Pájaro volviera surcar los cielos. Les escurriste sus vidas a más no poder.

La mucama se llevó una temblorosa mano a la boca mientras jadeaba con lágrimas rayando su dulce rostro.

Un brutal carraspeo terminó por hacer que el enfermo escupiera saliva y flemas.

- —¡Mi llave dorada! —exclamó Virgo con un sorpresivo gesto—. ¡Tú…! —Apretó sus dientes para no decirle nada más.
- —Lo hice sin remordimientos —dijo el Caballero Mercurio—. Pero qué más da, no voy a permitirte volver al Reino Astral y dejarme solo, sirvienta. La soledad me aterra, puede ser más asesina que una magia que succiona la vida. —Apartó el visor del telescopio de sus ojos—. Siempre fuiste mi favorita... —dijo con la voz tan perversa como jadeante, al igual que la de un prisionero hambriento y deshidratado.
- —Cállate —dijo Virgo—. ¡Me trataron como a un sumiso animal a pesar de todo lo que hice por ustedes! ¡Los odio!

Antes de que desahuciado Caballero Mercurio pudiera articular si quiera una vocal, Lush se adelantó:

- —Abusaron de la confianza ciega que ella depositó en ustedes. Todo este tiempo la obligaste a pagar por tu miedo.
- —¿Qué harás? ¿Matarme y vengar a los Caballeros Solares? —Miró al Arca Elemental—. No tienes más remedio que sepultar el Observatorio Astral debajo de la montaña para deshacerte de mí, puesto que no posees nada capaz de herirme.

Él también le hecho un vistazo al brazalete de piedra. Progresivamente, los decibelios de la risa de Lush aumentaron, develando su aire rencoroso, pero sin perder la sensatez que le mantenía la cabeza fría y calculadora. No necesitaba emplear una violenta fiereza para hacer sufrir.

—Deléitate con las constelaciones tanto como puedas. Pero ten por seguro que no llegaras a tiempo para contemplar el resurgir del Rey Pájaro. —Señaló a la mucama—. Ella volverá al Reino Astral, y la soledad hará el trabajo sucio por nosotros.

El enfermo desparramó su peso muerto sobre la silla con un suspiro como un globo que se desinfla abruptamente.

—En su momento no fue tarea fácil obligar a que todos los Ecos Zodiacales vuelvan, y tú, chiquillo, no pareces tener madera de obligar a alguien a hacer algo en contra de su voluntad. No por ahora. Solo deja que la Magia Negra cale un poco más en tu corazón... Te recordaré cada vez que vea como una nueva constelación brilla con una luz maravillosa, porque eso significara que esas arenas movedizas te tienen cada vez más hundido. Removerá esa Magia Blanca que te envuelve como si fuera polvo, solo dale tiempo. ¿Qué el hechizo del rey no te afectaba por la Magia Blanca? Difícilmente recordaras tu nombre para cuando esto termine.

El Eco Zodiacal de Virgo tomó la mucosa y salivosa llave entre sus temblorosas manos mientras sollozaba. Su semblante tan distendido se había transformado en uno que evocaba a una nostálgica tristeza con ciertos destellos de felicidad que repelían a la angustia contenida, con lágrimas contenidas en sus ojos empapados.

—Al fin…al…fin… ¡Al fin podré regresar a casa! —Miró a Lush con ojos jabonosos de lágrimas y una satisfactoria sonrisa.

Él le extendió la mano para ayudarla a levantarse.

—Ayudarte es ayudarme. ¡Estaré encantado de escoltarte a tu Altar Zodiacal! —Enfiló hacia el salón principal acariciando la pluma blanca con la yema de sus dedos.

Cuando se notó demasiado sumido en sus pensamientos la mucama trajo su cabeza de regreso a la quietud de la polvorienta biblioteca.

- —Hay información que podría serte útil, si quieres puedo obsequiarte mis anteojos mágicos para leer más rápido.
- —No, no te molestes. Prefiero experimentar el mundo por mi cuenta, no quiero atajos. Así será más divertido. Espero que no hayas olvidado nuestro trato...
- —¡Ah, cierto! Con todo esto fue lo último en lo que podía haber llegado a pensar. Ten la Gema de Agua, te la mereces.

Lush agarró la delicada gema celeste con el pulgar y el índice, su mano temblequeó un poco mientras intentaba llevarla hasta la ranura donde sería incrustada.

—Sígueme —dijo la mucama.

Subieron por una escalera de caracol con barandales de hierro negro y escalones que no eran más que astilladas tablas de madera con clavos torpemente dispuestos. Lush primero miraba a donde iba a pisar, después lo pisaba dos o tres veces para asegurarse de que no se viniera abajo.

- —¡Tampoco es para tanto! —dijo Virgo—. Hice lo que pude, no soy carpintera.
- —Está bien, no te preocupes—dijo Lush haciendo equilibrio—. Al menos no estamos tan a la deriva como antes, no caeremos más abajo que el suelo —agregó con ironía.

El Eco Zodiacal rezongó y continuó subiendo. El techo estaba tan alto que la escalera parecía, en principio, no tener fin. Pero todo tiene un fin. En este caso, una abertura corrediza que daba al techo de la torre. La mucama fue la primera en salir, y ahora era ella quien le extendía la mano a Lush para seguir avanzando. A pesar de la ventisca helada que soplaba al otro lado de la montaña, en la región nevada, no le soltó la mano hasta que se pudo mantener en equilibro sobre el tejado azul.

Una gruesa capa de nieve caía sobre el altar. La roca con el símbolo de la constelación de virgo tallado en ella estaba al final de una especie de muelle de madera que se extendía hacia afuera de la torre como un puente que unía el vacío con el tejado.

Ambos temblaban de frio como si fuesen a desarmarse como figuras hechas de palitos de paja. Se miraron y confirmaron una tontería: caminarían tomados del brazo hasta la roca.

- —Quizás pueda controlar la nieve con esta gema nueva, ¿no? —gritó Lush a pesar de tenerla a su lado.
 - —No... —dijo con una preocupante decepción.

Lush no percibió más que el sordo movimiento de sus labios cuando ella siguió hablando. El silbido de la ventisca era como un tapón intangible en sus oídos.

Cuando llegaron al final del muelle flotante, se despidieron con un abrazo de una calidez apenas perceptible, pero con la reminiscencia de una confiable amistad.

El Eco Zodiacal se inclinó ante él a la usanza oriental y así permaneció hasta que los poros de luz que conformaban su cuerpo fueron tragados por la cerradura en el Altar Zodiacal.

Lush miró a la nieve al otro lado de la montaña. «No debería hacer esto», pensó. «Pero qué más da... Solo un vistazo, después de todo es la primera vez que tengo la oportunidad de ver nieve. Y no sé si conseguiré otra».

El viento que soplaba detrás suyo le agitaba su cabello y la ropa. Silbaba en sus oídos. Se encontraba tan alto, tan distante del terreno, tan cerca de lo alto de las nubes como había estado antes, tan lejos del suelo. Tan lejos de casa, tan lejos de... «De...». Miró por detrás de su hombro. La serpiente purpura se escurría fuera de la cerradura en el altar. Resignado, se dejó caer al vacío. Los terribles vientos que lo golpeaban le dieron la impresión de que no lo querían ahí, provocándole bruscos movimientos involuntarios. Hasta que una corriente lo desvió por completo de un sopetón, y a punto de recuperar el control en plena caída libre, la serpiente purpura apuñaló su corazón, sumergiéndose dolorosamente en él.

LIBRA



Como una avioneta de guerra que ha sido víctima de una sorpresiva emboscada y caía echando humo negro, así caía Lush, con la purpura serpiente incrustándose lentamente en su corazón como una bandera que flameaba.

El viento parecía estar direccionándolo con cierta intencionalidad como meciéndolo entre sabanas invisibles que formaban un enrevesado tobogán. Su desliz descendente acabó por perfilarlo en línea recta hacia un círculo en el suelo, cavado a la perfección, como si al suelo le faltara una perfecta porción cilíndrica en esa parte.

Ya inconsciente para cuando embocó el hoyo en uno del magnificado juego de golf en el que cumplía el papel de pelota, su cuerpo accionó inconscientemente la Magia Blanca, provocando que aterrizara con una suavidad impensada sobre uno de los platos de una enorme balanza de oro dispuesta en el centro del lugar como un extravagante detalle decorativo.

El plato de la balanza se mecía y las cadenas que lo sostenían rechinaban. Su cabeza dolía como si hubiese dormido con una roca por almohada. Sentía como su esternón se contraía, causando un agónico suplicio tal que si tuviera uñas más largas se desgarraría el pecho como una bolsa de plástico. Una incómoda molestia secuestró la perceptible sensibilidad de sus extremidades. La pluma cayó girando en un armónico espiral y se posó sobre sus ojos como si fuese un antifaz que nada dejaba ver. No pudo mover ni un musculo para aclarar su vista. «No hay escapatoria. Casi que me acostumbro al dolor... No sé si eso es bueno o malo». Cedió a la parálisis del dolor con un placido sueño como respuesta a tan extenuante malestar.

En sus sueños, ella lo acurrucaba antes de dormir luego de haber compartido un tazón de té negro con pan. Pero antes de darle las buenas noches y apagar la luz al salir, se sentó a su lado. Ella lo acusó con un abrumador ímpetu por haberle perdido su llave dorada. El sueño se tornó una mancha negra donde se veía a si mismo llorando por haberla decepcionado. Esa sensación tan desesperante perduró aun cuando se despertó al amanecer del día siguiente.

De repente, como si su peso fuese el de millones de toneladas, la balanza se torció dejando ante él la oportunidad de descender por fin a tierra firme. Y así tuvo que mantenerse un rato, tendido sobre el plato dorado, abatido y cansado. Viendo el camino delante suyo, pero incapaz de seguirlo.

Un sujeto de piel morena, ligeramente musculoso, se le acercó dando saltos de roca en roca en el fondo de ese cilíndrico precipicio al que había caído. Llevaba finos aros redondos y grandes en cada oreja. Iba a torso desnudo exhibiendo una cicatriz de un círculo alrededor de donde se ubica el corazón, que era como el dibujo a trazos de un niño enojado. Sus holgados pantalones se abrían como un acordeón cuando saltaba descalzo de roca en roca, los tenía sujetos a los tobillos con lazos rojos.

—A ver que tenemos aquí —dijo dándole unos golpecitos con su pie a las botas de Lush—. Parece que la balanza se torció a tu favor. —Pisó el pecho de Lush a la altura de su corazón y retorció su metatarso sobre él.

Lush soltó un desgarrador alarido de dolor.

- —¡Basta, basta, basta! ¡Por favor! Te lo suplico.
- —Está bien. —Le apoyó el pie sobre su pecho y se inclinó sobre Lush—. Que pluma más hermosa tienes aquí —dijo quitándosela de encima de la cara—. Me la voy a quedar, y...;Ah, una llave dorada! Justo la que no podía encontrar por ningún lugar. —Le arrancó la llave de un tirón. Finalmente se empujó con un pisotón para ponerse de pie.

Lush se llevó las manos al pecho mientras se retorcía de dolor sobre el plato de oro.

- —La necesito, ¿para que la querrías tu? Es lo único que tengo. —Se apoyó sobre sus brazos a pesar del dolor que parecía ser infinito.
 - —¿Y a mí que me importa? Esto me será de suma utilidad.

Se marchó como vino, de a saltitos de piedra en piedra, solo que, para variar, esta vez luego de uno de los saltos el aire parecía estallar debajo de la planta de sus pies, y así continuó dando saltos en escalones invisibles hasta desaparecer de la vista de Lush, quien se desmayó al poco tiempo.

Lush se reincorporó. Si bien el dolor había cesado, una extraña sensación de aturdimiento todavía seguía perturbándolo. Tan inquieto como se sentía hizo su mejor esfuerzo por adentrarse en alguno de esos arcos repartidos por el recinto, con esperanzas de que condujeran a alguna recamara que sin demasiadas vueltas lo llevara de regreso a la superficie. Cojeaba con su mano en el pecho, sintiendo la falta que le hacia su llave, tanto como le hacía falta el cariño de su amiga. Derramó una tímida lagrima que tintineó sobre la gema celeste del Arca Elemental. Se refregó la cara con el brazo. «Este tipo no debe traerse nada bueno entre manos, será mejor que me apure».

El lugar, en esencia, parecía un coliseo tallado en piedra erosionada. Salió del lugar que parecía ser la arena de combate donde estaba la gigante balanza de oro. Comprendió que este extraño lugar, un coliseo con aires romanos, estaba como incrustado en el suelo. No pudo evitar pensar en que era como las bochas de helado en la Tienda de Helados, cuando el heladero las sacaba de los potes de helado para servirlas en las cestas comestibles. «No hay helados lejos de casa». No hay helados, ni inocencia.

Las amplias escaleras en espiral, separadas por grises pilares como barrotes de celdas, subían alrededor de los palcos y gradas empotradas en las paredes. Lush miraba entre los rocosos pilares y creía estar caminando en círculos, pero después de un rato, y tomando a la balanza como referencia, comprendió que poco a poco iba subiendo. Al llegar a la cima se quedó sin manera de poder seguir avanzando. Sacó la cabeza entre dos pilares para constatar cuan poco le faltaba para llegar a tierra firme. «Tal vez sí puedo escalar lo que falta... Qué raro está el cielo... no ese no es el cielo...» Una tempestuosa pared de viento cerraba el lugar por arriba como una tapa ceñida en un envase cerrado al vacío.

El eco de una juvenil voz retumbó por todo el lugar.

—Parece que hasta aquí llega tu viaje, amigo. Quédate aquí, quietecito y tranquilo, mientras yo soluciono un asunto con ese molesto caballero.

Lush intentaba descifrarlo, pero sonido provenía de todas partes. «Hay pasadizos ocultos...».

- —Si te cruzas con el Eco Zodiacal de Leo, ¿podrías devolverle esa llave por mí? —Apoyó la mano donde portaba el brazalete sobre la pared.
 - —No lo creo.
- «¡Te tengo!», Lush percibió la vibración de la voz a través de la roca dentro de los pasadizos subterráneos que se abrían en las sombras, haciendo oídos sordos a todas las palabras y temibles advertencias persiguió la resonancia como un cascabel que suena cada vez más lejos.

Cuando dio con él, estaba de espaldas delante de su Altar Zodiacal, cargando una especie de vasija de porcelana.

—¡Devuélveme mi llave! —dijo saltándole encima. Pero el Eco Zodiacal, con un suave movimiento de su mano desplegó una ráfaga de viento huracanado que hizo volar a Lush como si fuese basura en una cañería. Salió expulsado de los túneles y aterrizo, otra vez, como una pluma sobre el plato de la balanza dorada.

La voz del Eco Zodiacal volvió a temblar en derredor.

- —Qué pena que un potencial tan extraordinario tenga que acabar así, niño. Pero te estoy haciendo un favor. Mi único objetivo es velar por la justicia hasta que el universo se extinga, solo entonces podré descansar.
- —Solo quiero que la magia del bosque me calcine la memoria. Te ruego que me ayudes. De dónde vengo todos son un tanto reacios a eso, pero yo necesito olvidar.
 - ¿Qué tan seguro estas de eso? Podrías arrepentirte de por vida.
 - —No lo creo... Quizás podría ayudarme a redescubrir la vida.
- —No es mi problema. Tengo mis asuntos. Buena suerte con eso, al menos aquí estarás a salvo de los Akamatas.

Lush se arrojó de la balanza y se voló hacia lo más alto del recinto. Su cuerpo planeaba como un diente de león mientras observaba con curiosidad la pared de viento. Parecían ser muchas nubes comprimidas. Metió la mano como si buscara algo a ciegas, pero no había nada.

- —No te molestes —le dijo la voz —, estarás aquí para siempre y por siempre. Considera este sitio como una espaciosa tumba.
 - —¿Crees que es justo encerrar a alguien? —dijo Lush.
- —En líneas generales, no. Pero tratándose de alguien tan peligroso como tú, lo considero justo.

Una furia ciega comenzaba a apoderarse de Lush. Su cabeza de llenaba de severas interrogantes segundo a segundo. Una de ellas destacaba sobre las demás:

- —¡¿Qué hay de malo conmigo?!
- —¿Lo ves? La Magia Negra ya está dando frutos —dijo con egocéntrico desdén.
- —Ojalá florezca pronto para destruir este lugar.
- —Otro punto a favor de la justicia. —Libra jugueteaba con la llave dorada.

Lush apretó los puños, y presionando su cabeza con ellos reunió las fuerzas para dejar escapar el grito de su vida:

- —¡Déjame salir de aquí!
- -No.

La imagen de su última pesadilla se reproducía una y otra vez en su cabeza. Nada conseguía aliviar la ruina en la que se había sumido. Se desmoronó como se desmorona un castillo de arena, hasta quedar de rodillas, con sus brazos inertes a ambos lados, doblando sus muñecas contra el suelo. Su vista se empapó de lágrimas mirando a la bloqueada salida.

Pss, pss, pss... Alguien llamaba por él al otro lado de los ornamentados pilares de piedra. Cuando Lush se secó las lágrimas, vio a uno de esos caballeros, parecía ser una mujer. Estaba muy mal herida.

Lush se acercó a ella.

- —¿Estas bien? —dijo Lush.
- —A pesar de tener la cadera dislocada todavía sigo en una pieza, así que diría que estoy mejor de lo que podría.
 - —Eso es mucho decir, ¿no? —dijo Lush recostándose sobre la pared.

Tenía un aspecto andrógino y el cabello multicolor sucio y falto de pigmentación. Llevaba una armadura celeste con abolladuras y algunas manchas de oxido. La mitad de su escudo todavía estaba enganchado al metal del antebrazo de la armadura. Sin embargo, parecía estar jadeando de dolor.

- —Soy el Caballero Venus, por cierto —dijo agitada.
- —¿Qué te pasó? —Lush observó que le habían arrancado una parte de la pechera en el área cercana al corazón.
- —Estoy pagando por nuestra osadía de hace doscientos años, pero seguro moriré pronto. Lo cual me da una alegría inmensa. —Le sonrió mostrando su dentadura manchada de sangre seca.
- —Al menos te puedo hacer compañía hasta que eso suceda. Es reconfortante sentirse acompañado mientras intentamos resolver nuestros asuntos, ¿no lo crees?
 - —Si él no decide aparecer y terminar el asunto empezó, estaremos bien.
 - —¿Qué quieres decir?
- —Está decidido a hacer justicia en nombre de todos los Ecos Zodiacales. Me quebró la columna para que no escape, y me encerró en este lugar. Su determinación es imbatible. —Se miró la rasgadura en el metal—. Quiere mi corazón para someterlo a juicio. No lo obtendrá tan fácil. —Se puso la espada sobre el regazo.
 - —No creo que puedas hacer demasiado con una espada tan mellada.
- —¿Quieres probar? No es la hoja lo que importa, sino la Magia Blanca que la recubre. Un filo que corta lo que yo deseo cortar, no podríamos tener hay mejor arma.

Lush se detuvo a pensar en esas palabras, y recordó su encuentro con el caballero que se había convertido en Akamata mientras se pasaba la mano por la herida que este le había provocado con el golpe en seco de la espada, porque no es que lo haya cortado como tal, sino que la fuerza del impacto fue lo que le abrió la piel. «Lo que yo desee cortar...», se dijo con intriga.

—¿Escapaste del Observatorio Astral? —preguntó Lush.

- —Ese lugar... ni lo menciones. El Caballero Mercurio no nos dejaba salir, y cada segundo ahí sentía como la vida se me escapaba de las manos. Me descuidé cuando salir a vigiar al Eco Zodiacal de Virgo mientras daba un paseo y fui emboscada por Libra con una fuerte ráfaga de viento. Lo próximo que recuerdo fue despertar aquí con la cadera dislocada.
 - —Si tan solo pudiéramos conseguir su llave y devolverlo al Reino Astral...
- —Me deleité viendo como los devolvías a su hogar. Admito que tienes unas agallas increíbles. Créeme cuando te digo que lo que hiciste no es tarea fácil —dijo el Caballero Venus.

Se quedaron mirando al cielo artificial que los cubría. Notaron como el día declinaba una vez más en una vana ociosidad. Lush se la pasó hablándole sobre la vida en Avanet hasta que en algún punto del avanzado horario se percató de algo: «Se quedó dormida. Bueno, quizás sea buena idea tomar una siesta, ya veremos como solucionamos esto. Me pregunto cómo estará Aldora».

Cuando el Caballero Venus despertó le tomó un tiempo comprender su situación. No entendía porque estaba siendo cargada a espaldas de Lush a través de esos oscuros y ásperos pasadizos. La tenía sujeta de los brazos como un suéter atado al cuello, las piernas le quedaron arrastrándose por el suelo.

- —¿Qué haces?
- —Busco una salida. —Lush caminaba con la palma de su mano rozando la pared.

Deambularon y deambularon en la penumbra. Una filosa corriente de un blanquecino aire helado recorría los pasillos. Emergieron al otro lado del recinto.

—Tanto trabajo duro para nada —dijo Lush.

El caballero rio con cierto aire de burla, no por Lush, sino por la situación. Aunque al principio él no pudo evitar sentirse incomodado.

—Me recuerda aquellos días de antaño —dijo el Caballero Venus—, cuando junto a mi mejor amiga, el Eco Zodiacal de Leo, le hacíamos bromas a los demás caballeros. Su favorita era la de esconderles los cascos en los árboles. Tenías que verla reír a carcajadas cuando lo otros se desesperaban buscándolos.

El gesto de Lush se torció en una mueca de tristeza sepultada por una sonrisa.

—Debió haber sido realmente feliz con ustedes —dijo con un frustrado tono de voz—. Es a su mundo donde pertenece, no al mío.

Ambos levantaron la mirada al oír un estruendo en las alturas. Un agujero se había abierto en las alturas. El Eco Zodiacal descendía sentado de piernas cruzadas sobre una pelota de aire. La cabeza de un Akamata se movía espasmódicamente entre sus manos, tenía incrustada una llave dorada en un ojo.

—Finalmente —dijo—. He decidido como será tu juicio. —Levanto su índice y una pelota de aire se infló debajo de Lush.

El Caballero Venus temblaba de miedo. Sus ojos se abrieron conforme tragaba aire y trataba de no perder la compostura en ese mismo instante, habiendo considerado arrojarse de cabeza cuando ganaron una letal altura.

—No lo intentes —dijo el Libra—, no habrá consuelo para ti ni en la muerte. Te pagaré con la misma moneda.

Lush le apoyó su mano sobre las de ella. Le susurró algo, pero estuvo seguro de que ella ni siquiera lo oyó. Toda su atención estaba puesta en la fobia que le producía el camino hacia el estrado.

El eco estaba sentado en su esfera de aire en lo más alto de la balanza. Ellos iban camino a uno de los platos.

- —Déjame tomar su lugar —dijo Lush—. Puedo pagar por lo que ellos hicieron. Solo déjala en paz, ya tuvo demasiado.
 - —Querer suplir el lugar del indefenso, que noble de tu parte —dijo Libra con sarcasmo.
 - —No te metas en esto, niño —dijo el Caballero Venus recuperando su valentía.
- —No te preocupes, cuando termine contigo me encargaré de ella. Bueno, tú lo harás, para ser más preciso —dijo.

El Eco Zodiacal de Libra movió la mano como si enroscara algo y la esfera donde estaban ellos se separó en dos. La que sostenía al Caballero Venus se elevó hacia uno de los platos, y la dejo tendida sobre la metálica superficie cuando reventó como una burbuja de jabón.

—Comencemos —dijo el eco.

Apretó la cabeza del Akamata hasta que sus dedos perforaron la carne, y cuando lo hizo, también lo hizo la armadura turquesa al expulsar el corazón del caballero. Quedó cubierta por la sangre que se le salió como un volcán en erupción con su corazón sostenido por el viento, pendiendo de hilos invisibles, orbitando sobre ella, elevándose lentamente. Chorreó gotas de sangre, algunas cayeron sobre Lush, y fue entonces que lo vio: una esmeralda carmesí con forma de corazón.

—De este lado —dijo Libra—, el corazón de toda la caballería real. De este otro lado, el pobre inocente que ha sido acribillado por no querer volver a el Reino Astral, es decir, yo. —Se arrojó sobre el plato vacío, provocando un desbalance que lanzó al cuerpo inerte del Caballero Venus por los aires, haciéndolo llegar hasta el muro de viento antes de caer libremente.

Lush se arrojó de la esfera para atraparla, pero el eco lo encerró en una esfera de aire más grande antes de que pudiera hacer un desmedido acto heroico. Se aseguró que de que pudiera ver el cuerpo desparramado en el suelo. No solo se había contorsionado de una manera imposible, sino que además de su cadera rota, también se había quebrado el cuello, exponiendo su cervical.

- —Déjame adivinar —dijo el eco—, ¿quieres ayudar a todos de ser posible? Eso es lo que ella decía. —Miró a la llave de Leo incrustada en la cabeza del Akamata.
- —No me dejes salir, ¡porque te juro que te despedazare con mis manos! —dijo Lush jadeando con una mezcla de euforia, pánico y locura. Lágrimas de una rabiosa frustración al no poder ayudar a la amiga de Gwyndolin brotaron de sus ojos.
- —He velado por la justicia del Reino Astral desde la creación del universo, ¿crees que le tendré miedo a un niñito tan lamentable? Les sugerí a los Caballeros Solares llegar a un acuerdo justo y pacífico. Pero su naturaleza los traicionó, no se detuvieron a dialogar, cumplieron ciegamente la orden del Rey Pájaro. La vida no son dulces y travesuras... menos cuando es eterna. Pude haberlo detenido todo, pero me extirparon el corazón. —Se tocó la herida en el pecho, su mano temblaba—. Ahora por fin podré volver a tener un Corazón Mágico.

Hizo un ademan con la mano y el corazón del Caballero Venus se encaminó hacia su cuerpo. Desprendió su propia piel alrededor de la cicatriz en su pecho como si fueran gajos, evidenciando un agujero oscuro dentro suyo.

—¡Por fin podré volver a sentir la magia! —Festejó exacerbado de placer.

Una serpiente de agua que emergió dentro de la esférica cárcel de aire que tenía cautivo a Lush clavó sus colmillos en la esmeralda con forma de corazón.

—¡No! —gritó Lush entre lágrimas—. ¡No mereces ser capaz de sentir nada!

La serpiente compuesta por el líquido de sus lágrimas se enroscó en la esfera de viento haciendo que reviente como un globo, y se aferró a Lush hasta bajarlo al suelo, luego se evaporó.

Lush se echó a correr con el ensangrentado Corazón Mágico en las manos. Primero solo subía las escaleras, pero pronto fue alcanzado por el eco, quien comenzó a dispararle ráfagas de aire que cortaban los pilares de roca del cilíndrico coliseo. Entonces, pasando entre la estrechez de dos muros, Lush se adentró en los pasadizos ocultos en las paredes. No sabía si eran los latidos de su corazón, o los del Corazón Mágico o sus pasos o los pasos que lo perseguían, pero todo adentro de los túneles temblaba amenazando con venirse abajo. Se detenía en las abruptas esquinas, jadeando. Tocaba la pared, pero los insistentes golpeteos no lo dejaban concentrarse en lo que buscaba. Comenzó a correr otra vez, pensando que si había una salida de ese lugar solo podía ser a través del techo de viento. Y para eso necesitaría esa gema que tenía el Eco Zodiacal de Libra. Los túneles se empinaban con brusquedad cada vez que ascendía lo que podríamos denominar un piso. Tenía que escalar trabajosamente con manos y piernas como una lagartija, sosteniendo la esmeralda entre el mentón y el pecho. «Tiene que estar en algún lugar. Pero...; qué hare cuando la encuentre? Bueno, no importa, me estoy adelantando demasiado a los hechos». Continúo escalando y subiendo, y en algunos casos descendiendo abruptamente por lo resbaladizo de la superficie. Terminó por doblar en un familiar recodo que lo condujo hacia el Altar Zodiacal donde estaba la pluma y una extraña vasija con un sello de papel.

Se acercó y recogió la pluma junto con su llave dorada de la suerte. Un feroz huracán sopló cuando estuvo a punto de quitar el sello de papel de la vasija. Hizo que se golpeara la cabeza contra la pared y la dejara caer. Sopló otra vez, succionándolo fuera del lugar como una aspiradora de proporciones industriales.

Se choco contra los muros como si estuviesen jugando una partida de tenis de mesa con él. La succión se detuvo cuando se estrelló contra la enorme balanza.

Mientras Lush se sacudía la cabeza, un agujero se abrió en la tormenta: el eco descendía en su esfera de viento, jugueteando con la Gema de Viento.

- —Creo que estas llegado demasiado lejos. Debo ponerle fin a tu cruzada antes de que causes demasiados problemas.
 - —No tengo motivos para detenerme —dijo Lush.
- —Entonces deja que te de algo que te motive. —Levanto su mano, comenzó a moverla de manera circular hasta que una feroz cuchilla de viento de dientes de sierra flotó sobre esta. ¡Procuraré guardar tu cabeza como trofeo!

El filoso proyectil iba directo a su cuello con una desmedida fuerza centrífuga. Lush supo enseguida que de nada le serviría levantar la tierra para cubrirse, y estuvo en lo correcto. Esperó hasta el último segundo, y se hizo a un lado. La chuchilla cortó la balanza por la mitad como si no fuese más que pasto. Volvía a ascender mientras Lush retrocedía sin despegarle la mirada de encima. Le apuntó con la pluma cuando volvió a cargar contra él, con la esperanza de hacerla levitar hacia otro lado, pero no daba signos de poder ejercer ningún tipo de control sobre ella. Se estampó contra la roca cuando Lush se movió, pero esta vez le costó más trabajo salirse. Lush notó como había perdido un poco de intensidad, e inclusive el eco tenía problemas para destrabarla. «Tengo una idea, pero necesito llegar más alto». Se escondió a hurtadillas entre los pilares, y arrastrándose por los escalones subió y subió, levantando la cabeza de vez en cuando para espiar que hacia el eco. Ante la imposibilidad de recuperar su descomunal estrella ninja hizo que ascendiera hasta que se desatore por sí misma al quedarse sin terreno que cortar. «Se fue muy lejos, no puedo verla», pensó Lush al ver como rompía el techo de nubes grises.

El eco apretó furioso con su puño a la gema blanca y cuando liberó esa furia contenida, el centrifugo espiral de viento cayó del cielo como una moneda en una alcancía exactamente al lugar donde estaba Lush. «¡Ahora!». Saltó entre los postes. Voló en línea recta hacia el eco mientras que la cuchilla arrasaba con ese sector.

Juzgó con aguda asertividad los sospechosos movimientos que hizo el eco con su mano: quería volverlo a encarcelar en una esfera de viento. «No te servirá dos veces». Descendió en un brusco ángulo recto y una vez estuvo debajo del eco, levantó un pilar de tierra con la esperanza de desestabilizarlo con el impacto, pero, por el rabillo del ojo detectó como la cuchilla volvía por la revancha. Torció la pluma y se torció el pilar, que fue cortado como si fuese papel mientras Lush voló todavía más alto. Estaba agitado, cansado, y todo su cuerpo empezaba a pesarle. «Necesito terminar con esto de una buena vez, cueste lo que cueste», pensó mientras jadeaba y su cuerpo no hacía más que descender por su cuenta al estarse quieto. La vista se le desenfocaba, y por un momento no vio más que un borroso lugar. En su desesperación al ver como algo indefinido volaba hacia él, se frotó los ojos y voló todavía más alto, siendo perseguido por la cuchilla de aire. Pensó que logró burlarla cuando hizo que saliera por el techo, deteniéndose él al último instante, pero enseguida volvió tras su objetivo sin tiempo que perder.

El eco se interpuso en su camino. Lush se encontraba demasiado agobiado por el cansancio como para volver a maniobrar con olímpica destreza.

Agarró la pluma con las dos manos haciendo uso de sus últimas fuerzas. La cuchilla le pisaba los talones. Un impulso oscuro lo invadió ese último latido de su corazón. Y pensó que no sería una mala idea, después de todo, él se lo buscó y ahora estaba en su camino, a su merced para cortarle la cabeza. Porque con un poco de Magia Blanca podía cortar si así lo deseaba tal como lo dijo el Caballero Venus. «No. ¡¿En qué estoy pensando?!». Algunas lágrimas de rabia brotaron de sus ojos. Lo deseaba con tanta fuerza que produjo en él un desbalance anímico al igual que alguien que se ve obligado a quitarle la vida a su mascota.

—¡Apártate de mi camino! —le gritó casi desgarrándose las cuerdas vocales por la desesperación.

Pero el eco ni se inmutó. Tenía lista la posición de manos que lo encarcelaría en una esfera de viento para ser mutilado por fin.

Lush se frenó con tal ímpetu que dos hilos de sangre se deslizaron por la comisura de sus labios al hacer tanta fuerza para detenerse. Se giró bruscamente y como un legendario entendido en el arte oriental cortó al plato centrifugo a la mitad con su pluma. Los dos idénticos trozos salieron despedidos uno a cada lado, causando graves destrozos en la estructura antes de desvanecerse en una inofensiva brisa.

La vista de Lush volvía jugarle una mala pasada. Todo se convertía en una acuarela. Detrás de él, el eco levantó el puño de nuevo para crear otra cuchilla de aire, pero Lush lo tomó

de la muñeca, sin necesidad de voltear a verlo. La apretó con tanta fuerza que se sentía capaz de quebrarle todos los huesos del cuerpo, solo tenía que aumentar la presión un poco más. Pero entonces volvió en sí. Al eco se le cayó la gema de viento al abrir su mano por el dolor. La bola de aire se desintegró mientas la gema caía, dejando al Eco Zodiacal de Libra pendiendo de Lush.

—Así que esto es un impulso de Magia Negra —dijo Libra al ver como escarcha purpura en su muñeca comenzaba a extenderse por su brazo.

Lush se lo trajo casi pegándolo a su frente. Y sin decir una palabra, abrió su mano. Libra se precipitó al vacío mientras él descendía con suavidad, meciéndose en los brazos de un aire más calmo.

El eco incrustado entre las rocas no podía ni moverse. Lush le puso un pie en el pecho.

—Esa es una muestra del dolor que le causaste al Cabalero Venus. —Le arrancó la llave dorada de un tirón. Recogió la Gema de Viento mientras se dirigía hacia el Altar Zodiacal ayudándose con el luminiscente haz de luz rastreador que emitía la pluma.

Para su sorpresa el rayo de luz que se disparó cuando introdujo la llave dorada correspondiente a la cerradura perforó la roca hasta salir de la recamara, recortando un perfecto circulo a su paso. Afuera era de noche. La constelación de libra se dibujó en el nocturno firmamento cuando el haz de luz plateado lo impactó. Pero esta vez no le interesó maravillarse con el espectáculo estelar. Se arrodilló de una manera solemne, casi como una postura de rezo, con la pluma apoyada horizontalmente delante de él, a esperar lo que no se tardó demasiado en llegar: su nueva ración de Magia Negra.

ESCORPIO Y * ↑ ♥ I ☆ ™ ♀ ☆ ☆ ☆ ☆

Soñó que flotaba entre tinieblas. Veía formas de oscuras serpientes hostigadoras. Las oía sisear con un escalofriante salvajismo mientras se enredaban a su cuerpo, y un fuego negro lo quemaba.

Se despertó sobresaltado. La luz de la mañana que entraba por agujero en el techo consiguió ayudarlo a calmar su mente de aquella reptiliana pesadilla. A diferencia de otras veces, el dolor en su cuerpo no le carcomía el alma.

Tomó la pluma y se tocó el pecho para asegurarse que su llave dorada siguiera ahí. Y en efecto, seguía junto a él. «No me hubiese perdonado perderla», pensó mientras introducía la Gema de Viento en la ranura del Arca Elemental. «Solo me falta la de fuego. Sería bueno conseguirla antes de cruzar a las montañas nevadas».

Hizo una serie de estiramientos antes de buscar la manera de abandonar ese lugar para poder seguir con su aventura. Pero se percató de una cosa al enfilar para la salida: la vasija se movía de una manera inquietante. Lush se acercó cautelosamente, poniéndose de rodillas con calma. A punto de arrancarle el sello alguien le habló:

- -¡Quita tus sucias manos de ahí!
- —¡De acuerdo, de acuerdo! No hay necesidad de enojarse, no te haré daño —dijo Lush retrocediendo—. Entonces… nos vemos luego.
 - -¡No, no! Tampoco me dejes a mi suerte, ¡necesito que alguien me saque de aquí!

Lush le prestó atención al sello de papel que prendía la tapa de la vasija.

- —¿Acaso eres un Eco Zodiacal?
- —No, nada de eso. Un Eco Zodiacal fue el que me encerró aquí. Soy un Caballero Solar: el Caballero Marte.
 - —¡Entendido, señor! —Lush hizo un saludo militar—. ¡Ya lo libero!
- —¡No! No aquí. Necesito que abras este frasco donde fui aprisionado, de lo contrario la Magia Blanca que me retiene aquí calcinará mi cuerpo a cenizas.
 - —¿Dónde es eso?
- —Cárgame, te explicaré cuando salgamos de aquí. Porque si no puedes sacarnos de este sitio gastaré mi tiempo en vano explicándotelo ahora.

Lush se guardó la pluma debajo del tapado turquesa y levantó la vasija, resistiendo la tentación de quitarle el sello de papel teñido de amarillo por el paso del tiempo.

«Muy bien, veamos...», pensó al salir a la intemperie. Se miró la palma de la mano con suprema atención. «¿Cómo creo esas burbujas de aire?». Dio una palmada en seco al aire, como si tuviera algo pegado a la mano, pero no paso nada. Probó de todas las maneras que se le ocurrían, pero no pasaba nada de lo que esperaba.

- —¿Ya estamos afuera? —dijo el Caballero Marte.
- —Ya casi, solo dame un segundo más.

Hurgó dentro de su tapado y saco la pluma. Recordó cómo era que hizo el eco para crear la cuchilla de viento. «Creo que lo vi hacer algo así». Comenzó a girar la pluma sobre su cabeza dibujando un círculo. Si bien notó como el aire se volvía cada vez más fiero, no crecía ninguna cuchilla de viento sobre él. Al contrario, un remolino de viento crecía debajo de sus pies. Antes de que pudiera darse cuenta ya estaba siendo elevado conforme el tímido remolino quería convertirse en un huracán. Pero no llegó a tanto, se quedó en un trampolín de aire. Detonó haciendo que Lush se eleve bruscamente, pero él estuvo atento a esa posibilidad y comenzó a volar hacia la salida. «Nada mal para ser la primera vez que uso esta gema».

La calma reinaba en las tierras que se extendían sobre la superficie, donde el silencio era el único admirador de esa belleza boscosa. El cielo era un jardín de nubes algodonadas que estaban

de paseo por el lugar. Y a lo lejos, más allá de la pintoresca arboleda, se alzaban unas puntiagudas y solitarias montañas.

Lush aterrizó bruscamente en el suelo, apañándoselas con el brazo que tenía libre para proteger la vasija a toda costa. Fue cubierto por una sombra enorme. Levantó lentamente la mirada, contemplando las nudosas raíces al ras del suelo. Una gota de sudor producto del nerviosismo se deslizo por su frente. «Si es un Akamata, tengo listo mi contragolpe», pensó. El alegre relincho de su fiel compañera le demostró cuan equivocado estaba.

—¡Aldora! —dijo Lush balanceándose sobre su cuello para abrazarla—. Temía que algo malo te hubiera pasado. ¡Me alegro mucho de verte! —Agarró la vasija con ambas manos como si fuese una pelota—. ¡Ya estamos afuera! —dijo sacudiéndola.

Bebió un trago de la cantimplora que la dueña de la yegua le había regalado antes de partir en su viaje. Esa era toda el agua que le quedaba. «Necesito conseguir más. Me pregunto si habrá un rio cerca. Qué raro, desde que estoy en el bosque nunca tuve hambre». Se apeó sobre el lomo castaño de la yegua.

—¿Qué hay de ti, Aldora? ¿Estás hambrienta? —Se adelantó un poco para hacerle una caricia, a la cual la yegua respondió con una reconfortante alegría.

La vasija entre sus piernas se movió.

- —La Magia Blanca se encarga de revitalizar tu cuerpo —dijo el Caballero Marte—, no ha necesidad de la comida aquí. Más no sucede eso con el agua, siempre viene bien tener agua a mano.
 - —Entonces será mejor que hagamos una parada de emergencia para recolectar un poco.
- —No hay tiempo. Siento como me debilito. Estar aquí dentro es como estar cayendo en un interminable pozo oscuro. ¡Date prisa!

—¡Si, señor!

Lush le dio una palmada a Aldora y luego levantó la pluma ante la dorada luz del sol que le daba el color del mediodía al cielo. El haz que emitió se fragmentaba en forma de estrella cuando más cabalgaban. Debian detenerse para volver a fijar el rumbo, girando en el lugar hasta que las cinco puntas en la que se dividía el haz al estar en la dirección equivocada volvían a unirse en el que los conduciría al destino al que esperaban alcanzar.

- —¿Estás seguro de que es por aquí? —dijo Lush al notar como los árboles estaban cada vez más distanciados y la temperatura aumentaba a cada paso.
- —No sé, no puedo ver nada desde aquí adentro. Pero ten cuidado, aventurero. No te fíes de todos los Ecos Zodiacales, algunos no tienen buenas intenciones.
- —Ni que lo digas. ¿Cómo terminaste encerrado ahí? —dijo dándole golpecitos a la tapa con el dedo.
- —El Eco Zodiacal de Escorpio montó en colera cuando yo le pedí por los medios más pacíficos que por favor regresara al Reino Astral. Pero se negó. Nuestro combate no duró demasiado. Exploté su desventaja más dolorosa: la fiebre. Para cuando nuestro enfrentamiento se suscitó no estaba presente el Eco Zodiacal de Acuario para aplacar las elevadas temperaturas que su cuerpo alcanza. Sin embargo, él usó una magia muy poderosa que trajo gravísimas consecuencias y fue con eso que consiguió encerrarme en esta cosa. Pero el hechizo puede romperse si me llevas hasta el mismo sitio, el cual resulta ser su Altar Zodiacal.
- —Tendremos que estar preparados. Dudo que si aún merodea por esos lados nos deje llegar con tanta facilidad. ¿Por qué algunos ecos se resisten tanto? ¿A que podrían temerle? Bueno, Libra tenía sus razones... ¿Por qué se consideran esclavos del Rey Pájaro? —dijo Lush.
- —Porque el Rey Pájaro les prometió libertad eterna para habitar esta tierra junto a los Caballeros Solares, pero faltó a su promesa cuando la vida comenzó a escaparse de sus garras por culpa de un oscuro y misterios veneno —dijo el Caballero Marte.
 - -Ofiuco...-susurró Lush con una creciente consternación.
- —El decimotercer signo zodiacal nunca se confió de eso. Se convirtió en un auténtico signo de libertad para algunos ecos al demostrarles como el rey dejaría de honrar su palabra en cuanto algo de su interés estuviese en juego. —Su voz metálica hundida en la vasija se debilitaba con cada palabra—. Reveló ante ellos cuan falsas son las promesas, pero no logró convencer a todos.

La vasija comenzaba a escurriese de las manos de Lush como si estuviese engrasada.

—Está bien, ahora estas a salvo. No gastes tu magia en hablar. Estamos en camino. Resiste un poco más.

Su cabeza rebotaba de un lado a otro mientras miraba fijamente al horizonte. Era la primera vez que le sucedía, Lush pensaba perdidamente en aquella sensación. «¿Podré soportar la carga de la Magia Negra? ¿Qué tal si muero antes de siquiera devolver a todos los ecos al Reino Astral? Ese impulso oscuro que sentí antes fue abrumador, realmente quería cortarle la cabeza al Eco Zodiacal de Libra. Me sorprende como logré contenerme. No sé si podré volver a hacerlo otra vez». Absorto en sus pensamientos, se entregó al triste vacío desconsolador que lo envolvía en un manto de luto, cobijado por el sufrimiento. Un grito de agobio crecía en su interior, pero no lo dejo escapar. Hasta ahora no se había puesto a pensar con seriedad en eso: estaba solo de veras, puesto que no tenía forma de volver a Avanet. Y si se las apañara para poder regresar de alguna forma, ya no sería el mismo niño que partió con la esperanza de perder sus recuerdos por más aprecio que les tuviese. «Realmente la extraño, pero las cosas jamás serán como antes. Ella es un Eco Zodiacal, yo un simple y triste humano al que la Magia Negra acabará por consumir. Me arrepiento no haberle dicho cuanto la quería. Sus gestos, su enternecedora sonrisa, la dulzura de sus movimientos... Sobre todo, la melodía que se produce al entonar su nombre. Ella era la Magia Blanca. Estoy en un problema muy grande si creo que será tan fácil como pedir olvidarme de ella y listo. Y lo que es peor, ahora estoy solo. Vagaré sin rumbo ni memoria hasta el día de mi muerte, bajo su constelación. Por más que toda la Magia Negra habite en mí no permitiré que Avanet sufra las consecuencias del peligro que represento, ni que el Rey Pájaro se sienta amenazado, tampoco me meteré en problemas con los Altares Zodiacales. Simplemente me perderé en la inmensidad de estas tierras. Me iré tan lejos como nunca nadie se haya ido».

La densidad boscosa disminuía, y en el horizonte solo se veía una dorada radiación producto del sol. Los robustos árboles, cada vez más desnutridos y secos, se distanciaban unos de otros, con las corpulentas ramas reducidas a largos escarbadientes. La textura del suelo, húmedo por debajo del pasto y las rocas, se sometió a una transición irregular, agrietada, y rugosa, seca. Sentía como una fina arenilla le rozaba el rostro como chispas. Aldora parecía quejarse por las condiciones en las que tenía que andar: el suelo estaba cada vez más caliente.

Lush volvió a levantar la pluma: estaban en la dirección correcta. «No me gusta esto»

- —Necesito conseguir agua antes de adentrarnos en ese lugar desolado.
- —Muchacho, prometo llevarte al manantial más precioso que hayas conocido en tu corta vida. Pero por favor, date prisa. Te lo suplico.

Lush echó un suspiro de fastidio que lo hizo sentir de un segundo para el otro como la hoguera del enojo se encendía. Pero logró extinguirla diciéndose que todo estaría bien, después de todo estaba ayudando a alguien importante, y prometió devolverle el favor. «Espero que el agua del manantial este muy fría como me gusta a mí. Luego de recargar y beber, ¡me tomaré un baño super refrescante!». Su afligida mirada seguía puesta en el horizonte.

Ya no quedaba rastro del refrescante aire del bosque, solo había aire caliente. Un tramo de yermo más tarde, la reseca aridez se extendía en lo que le pareció a Lush un desolado e interminable desierto de arena dorada, que parecía puesta ahí con la intención de causar un campo infinito de dunas debajo del hirviente sol.

Intimidado por la desolación que aguardaba ahí delante levantó la pluma una vez más con la esperanza de que el haz de luz se expanda sugiriendo que no era esa la dirección, pero todavía seguía emitiendo esa luz blanquecina en línea recta dentro del desierto.

Lush se bajó de la yegua. Miró a la lejanía con una mano sobre su frente para cubrirse del sol. Aldora agachó un poco la cabeza para mirar a su lado. Se puso un poco contenta, quizás porque llevaba un tiempo sin compartir una aventura de tanta adrenalina con su jinete.

- —No, Aldora, no insistas. No puedes acompañarme hasta ahí, es muy peligroso para ti. —Pero ella seguía insistiendo, dándole cabezazos detrás del hombro cuando él enfilaba para el interior del dilatado arenal—. ¡No te acerques! —Lush levantó la pluma como si fuese a darle un golpe y Aldora se hecho hacia atrás en dos patas del susto. —Lo siento, perdóname —suspiró agachando la cabeza como rendido. Aldora le devolvió sus ánimos con un rasposo lengüetazo por toda la cara que lo hizo sonreír.
- —Ten cuidado por donde pisas —dijo el Caballero Marte—. El terreno es inestable ya te lo digo yo. —Lush asentía con decisión mientras daba sus primeros pasos sobre la arena.

«Tengo una idea», pensó. Sujetó la pluma con la mano en cuya muñeca portaba el Arca Elemental y comenzó a girarla en la otra con la pluma como si revolverá una sopa. Creó un globo de aire en la palma de su mano y haciéndolo estallar sobre la arena provocó un remolino que lo hizo elevarse como en un trampolín y girar en el mismo sentido mientras lo elevaba por los aires

como un carrusel. El panorama parecía ser el mismo en todas las direcciones a pesar de alguna que otra elevación más o menos alta como olas de mar suspendidas. Cuando volvió al suelo se hundió en la gruesa arena hasta un poco más de los tobillos, y esta lentamente parecía tragárselo. Dejó la vasija cerca de él, y empleó todas sus fuerzas para moverse fuera de ahí. Y por más que batalló contra su granulado rival, ya le llegaba hasta la cintura cuando vio como la misma arena parecía arrastrar la vasija muy lejos de él. Empleando la nueva magia del filo que aprendió por los métodos más ruines golpeaba la arena como si quisiera cavar. Nada. El intento de despegarse creando un terremoto, también fue un fracaso, no podía mover los pies. Además, sentía que la corteza terrestre estaba muy abajo. No quedó de otra: más globos de aire. Esculpía uno tras otro, y estos lo rodearon como un collar de perlas, centrifugando la arena que lo rodeaba hasta que pudo hacer detonar uno nuevo cerca de sus pies. Volvió a salir despedido, esta vez parabólicamente a una altura que no estaba en su itinerario de vuelo. Iba camino a clavarse con su cara contra una duna como si se intentara clavar un clavo al revés de alguna cómica manera. El caso es que ya tenía preparada una burbuja de aire en la mano para amortiguar su caída. Y cuando rebotó, preparó la siguiente. Y así sucesivamente hasta que consiguió caer sentado sobre una esfera de viento.

El suspiro fue acompañado de una sensación de alivio fascinante. «No perdí la calma en ningún momento. ¡Para nada!», se burló de sí mismo con jovialidad. «Ahora bien, ¿dónde se metió el Caballero Vasija?». Miró en derredor con una mano cubriéndolo de la luz del sol. «Será mejor que comience a buscarlo por algún lado». De piernas cruzadas sobre la bola de aire emprendió su desértica búsqueda. «Solo espero que la vasija no se haya abierto por los bruscos movimientos. No quisiera pensar que un miembro de la orden murió por mi culpa, ya tengo demasiado conmigo mismo».

Supuso que volvió sobre sus pasos, aunque no quedaban ni sus huellas luego del alboroto que había causado con el viento. Pensó entonces en la Guarda Azul y en su sofisticado artilugio: el lanza-redes.

—¡Si tan solo pudiera tener un detecta-vasijas...solar! —agregó esto último a modo de parodia de sí mismo, persuadiendo la desesperación.

El sol brillaba tanto que le daba la impresión de que la noche jamás llegaría a concretarse. Permaneció sentado sobre su transporte de aire para no volverse a ver en aprietos por esas arenas movedizas. No había rastro alguno del comienzo ni del final. Se encontraba sumido en el desierto. Los conjurados globos que usó para tratar de desenterrar la vasija no lo ayudaron demasiado a pesar de haber desarrollado un papel formidable como tal. El sol freía su cabeza a tal punto de que su cabello le quemaba. Las palpitaciones de su corazón aumentaban significativamente. No pasó mucho tiempo hasta que comenzaron los delirios: la arena parecía tener conciencia propia. Sentía una granulada amenaza acechadora y creciente.

—¡Caballero Marte! ¡Caballero Marte! ¡¿Puedes oírme?! —Empleó tantas energías para gritar que sintió como el agotamiento mental se le escurría hasta la punta de los pies. Suspiró.

«Hace demasiado calor», pensó mientras se revolvía el cabello irritado por una desesperante impaciencia. Para subsanar ese asunto, al menos por ahora, se sacó el tapado celeste y lo anudó alrededor de su cabeza como un desproporcionado turbante. «Las hadas gemelas hicieron un buen trabajo con esto». Contorsionó una mueca de dolor en su rostro mientras deslizaba sus dedos sobre la cicatriz que le había dejado el Akamata aquella vez. «Si la Magia Blanca le da vitalidad a mi cuerpo dudo que esta insolación acabe conmigo, pero como pesa estar tanto tiempo al sol…»

Continuó deslizándose sobre las dunas como toboganes de arena. «Un momento... ¿todavía sigo el camino correcto?». La apertura entre los haces de luz que despidió la pluma al reflejar la luz del sol respondió de una cruel manera a su interrogante: nunca había visto que el haz de luz se dispersara tanto. «Será cuestión de acomodarme de nuevo», se dijo mientras giraba sobre su eje buscando el norte como una brújula viviente. Y finalmente encontró la latitud donde los haces de luz convergieron. Siguió su rastro a toda velocidad sin bajar su brazo. Se llevó una no tan agradable sorpresa cuando progresivamente se volvía a separar en una estrella de cinco puntas conforme se alejaba, lo cual obligó a Lush a detenerse para buscar una nueva dirección.

Luego, harto de repetir el mismo proceso una docena de veces, por fin parecía estar encontrando el rumbo por la senda adecuada cuando vio a una figura disminuida por la distancia. Se detuvo un momento entre seguir su senda o dar con el sujeto misterioso.

Disminuyó su entusiasmo al igual que su velocidad cuando estuvo lo suficientemente cerca para notar que se trataba de un Akamata con partes de una armadura rojiza cargando la vasija. Ante el pavor que infundió en él, la esfera de viento reventó como una burbuja de jabón causando un *plop*, que hizo que el Akamata volteara. Lush se había ocultado rápidamente detrás de un montículo. «Estoy a salvo por ahora».

Se arrojó sobre la arena como si fuesen los sacos de plomo en una trinchera, arriesgándose a ser devorado por esas graníticas mandíbulas. Su cuerpo se resbalaba; lentamente era succionado mientras con un ojo cerrado y la pluma tomada con ambas manos apuntaba a la vasija. «Te tengo, caballero vasija», se dijo cuando sintió que estaba en condiciones de arrancársela de un brusco tirón haciéndola flotar en el aire con la magia de levitación. Debió haber considerado que no sería una tarea tan simple, después de todo, en algún momento fue un valeroso caballero: agarró la vasija antes de que se elevara mucho. Lush continuó tironeando, pero se aferraba tan fuerte que, en cierta forma, le resultó beneficioso puesto que se estaba hundiendo en la arena.

La serpiente siguió su camino, arrastrando al pobre Lush con cada paso con el lazo tan invisible como mágico que los unía: ninguno quería cederle el honor de la victoria al otro. «¡No te puedes escapar con él justo frente a mí! ¡No perderé a alguien frente a mis ojos nunca más!». Un enojo descomunal maduró dentro suyo. Deshizo el hechizo de levitación y de una manera tan rápida como agresiva conjuró una esfera de aire. Se deslizó a toda velocidad hacia el Akamata, una elevada velocidad de vértigo que ni siquiera Aldora había alcanzado nunca, deteniéndose solamente cuando impactó contra escamoso reptil. Rodó varias veces a causa del impacto, y a pesar de tener arena hasta en la lengua y hasta en la última pestaña, alcanzó a divisar como la vasija a lo lejos. Se levantó con la inercia, y no dio más que unos pocos pasos hasta que se arrojó a la piscina de arena para agarrarla antes de que se la tapa se corriera a causa del impacto.

—Eso fue muy heroico, ¡pero no te duermas en los laureles! —dijo el Caballero Marte.

La advertencia llegó demasiado tarde, pues el Akamata lo agarró por la espalda, desprevenido, y rodeándolo con ambos brazos como si fuese una pinza, lo levantó apretándolo con una presión asfixiante. Lush sentía que en cualquier momento los huesos de su pecho se quebrarían como la cascara de un huevo.

El joven no podía moverse, tenía los brazos pegados al cuerpo. Apenas, con un extraordinario esfuerzo, podía mover los dedos. La compresión lo obligó a soltar tanto la pluma como la vasija. Intentaba desesperadamente moverse para no terminar entumecido por el dolor.

El Akamata seguía deslizándose hacia el resplandeciente horizonte como un canguro que lleva a su cría. Como no era capaz de oír nada, los gritos del niño forcejeando no eran una molestia.

Se las arregló como pudo para mirar atrás. La pluma se estaba cubriendo de arena, y la vasija se sumergía lentamente como un cubo de hielo derritiéndose. «Maldita abominación, ¡no me dejas otra alternativa!», pensó mientras resoplaba enfurecido y desesperado. Mordió uno de los brazos del Akamata exasperado por la rabia que lo irritaba. Y no se detuvo hasta perforarle la piel. «Esto no es Magia Blanca, ¡esta es mi ira contenida! ¡¿Por qué tuviste que morir delante de mis ojos, Gwyndolin?! Y lo hiciste para ponerme a salvo, ¡pero ya no quiero estar a salvo! ¡Quiero ser libre del afecto que me encadena a tu recuerdo! ¡Cuando vuelva a tenerte frente a mí me encargaré personalmente de que desaparezcas!». Su mordida perforó mucho más, y tironeó como si fuese carne asada hasta arrancarle un trozo. El Akamata lo soltó. No bien sus pies tocaron el suelo, Lush le pegó un revés con el brazalete de piedra. Corrió, resistiéndose a cada paso en falso que pudo haberlo dejado enterrado en la arena.

Con la pluma en mano, conjuró una bola de aire. No había acabado con el Akamata. «Te mataré. No me detendré hasta que seas polvo y arena».

El reptil andante se acercaba a él con una mano extendida y el pedazo de carne colgando del brazo, con sus dedos simulando agarrar algo que se escapa. Lush estaba de pie sobre la bola de aire con la vasija debajo del brazo y la afilada pluma lista para canalizar la magia de las gemas.

- —Deshazte de él, no le des la menor oportunidad —dijo el Caballero Marte.
- —¿No tendrás la mínima compasión por uno de los tuyos? —dijo Lush, casi gritándole.
- —No cuando ya han sido consumidos por el veneno de Ofiuco.

La arena que surcaba la cola del Akamata no daba señal alguna de intentar hundirlo. En su total libertad arremetió contra Lush, quien lo evadió con una magnifica destreza. Cuando estuvo a punto de desprenderle la cabeza del resto del cuerpo, el Akamata hundió a propósito su mano en la arena con la intención de recuperar algo perdido.

—¡Date prisa, antes de que se salga de control! —dijo el Caballero Marte mientras Lush trataba de no caer al foso arenoso.

El Akamata desenterró una espada en un estado impecable. El filo resplandeció al sol y cegó por un breve instante a Lush, quien no perdió el tiempo y se apresuró su contrataque siguiendo las estrictas ordenes de la voz dentro de la vasija, pero el impacto entre el metal y la pluma desestabilizó a Lush, casi lo derribándolo. La pluma salió despedida de su mano girando en círculos veloces en el aire. Cayó clavada en la arena, justo a un costado de Lush. El Akamata se irguió ante él, amenazante. La mitad humana parecía estar revitalizándose. La desnutrida carne parecía regurgitarse dentro de la piel como gusanos, y las fibras musculares se volvían a tensar. La mitad de serpiente se transfiguró progresivamente en piernas y muslos. Inclusive el brazo al cual Lush le arrancó un pedazo de carne se había regenerado. Volvió a tener anatomía humana.

Ya no había una serpiente humanoide. La asquerosa abominación se había ido casi por completo. Se lo veía débil, desnutrido y deshidratado. Parecía un cadáver con una fina capa de piel. Jadeando como estaba, tendido de rodillas, levantó la mirada. Sobre su cabeza solo tres o cuatro mechones de cabello con aspecto marchito. Caminó hacia Lush ayudándose de su espada como si fuese un bastón, se sostenía ambas manos temblorosas por la empuñadura y la cavaba delante suyo a cada paso, sin las fuerzas suficientes para volver a levantar la cabeza otra vez.

- —¡Dale el golpe de gracia, no te contengas! —dijo la voz dentro de la vasija.
- —No…lo…escuches… —gimió la voz de ese moribundo cuerpo con un tono cansado, y seco.
- —Como líder de los Caballeros Solares, te ordeno que lo ejecutes de inmediato—dijo la vasija.
 - -N-N-No, e-espera.

Lush apretaba el tayo la pluma. Miraba a la vasija, miraba a aquel engendro de aborrecible aspecto, y así sucesivamente. Hasta que se percató de la presencia del Altar Zodiacal en la distancia, y se sintió como si hubiera descubierto un oasis manantial.

- —Mira, ahí está. Recuerda porque estás aquí. Y, además, ¿puedes verlo? La llave dorada esta puesta en la cerradura. Solo tienes que acércate y girarla. Y todo estará resuelto. Acaba con él.
- «¿Por qué su voz se cambió con esa última frase? Sonó como si fuese un decrepito anciano... Sonó como si fuese alguien más»
- —¿Qué eres tú? —Lush tomo la vasija con ambas manos y comenzó a sacudirla—. ¡Responde! ¡Tú no eres el Caballero Marte! —Estuvo a punto de romperla con la pluma, pero una mano semi esquelética semi carnosa se le aferró a la muñeca.
- —D-Detente, niño. Vas a hacer que su cuerpo se desvanezca de la existencia—Jadeó como si esa última frase ocupara todo el aire que le quedaba.
- —No lo escuches —dijo la vasija—. Él me encerró en esta cosa. ¡Su poder es temible! ¡Hará lo mismo contigo!

Lush hizo oídos sordos a esa advertencia y a todas las demás.

—Ayúdame niño, te lo suplico. —Se puso trabajosamente de rodillas frente a Lush. Pudo sostener su postura unos pocos segundos y se hubiera venido abajo como una torre de naipes de no ser poque Lush lo sostuvo.

Lo cargó con los dos brazos, mientras el otro abrazaba la pluma y la vasija. Realmente no pesaba nada. Divagaba mucho sobre la pluma y la vasija, pero no modulaba en absoluto, de manera que para Lush no le importaba. Sentía como la furia que lo carcomía hace unos instantes se desvaneció casi por completo al ayudarlo.

Caminó al Altar Zodiacal el bosque y los árboles ganaron terreno sobre la arena y las dunas, evidenciando el brusco cambio que se había producido en el bioma cuando el Caballero Marte enfrentó al Eco Zodiacal de Escorpio. Más próximo se encontraba, mejor y más revitalizado parecía aquel saco de huesos.

-Entonces tú eres el auténtico Caballero Marte...

- —C-Correcto —hizo un dolorido gesto mientras se llevaba la mano al estómago—, solía liderar a la hueste del Rey Pájaro.
 - —¿Cómo hiciste para volver a tu forma humana? Bueno...casi.

El caballero rio débilmente.

- —Logré cierto dominio sobre el veneno de Ofiuco. Como toda la Magia Negra, tiene la capacidad de modificar la naturaleza de las cosas.
- —Con razón eres el líder de los caballeros. Debes saber entonces que hay mucha Magia Negra en mi cuerpo, y puedo sentir como me está consumiendo. Realmente temo lo que pueda ocurrirme si absorbo a una maligna serpiente más. Pero no me detendré hasta traer de regreso al Rey Pájaro, hay un deseo que quiero pedirle.
- —Aunque pudiera detenerte no me interpondría en tu camino. Ya tomaste tu decisión, está bien. Me alegra haberte conocido antes de que ella tome posesión de todo lo que eres. No preguntaré acerca de tu deseo, pero no dudo de que debe ser algo que quieres hasta los huesos.

Lush tiró la cabeza para abajo y suspiró apenado. Su corazón le dolía, y sentía dentro suyo como las serpientes se escurrían, envolviéndolo como si fuesen bandas elásticas.

Estaban a punto de llegar al altar. El Caballero Marte continuó:

- —Lo encerré en esa vasija porque de lo contrario su cuerpo se desintegraría. Este eco solía sufrir de una fiebre irremediable que le incendiaba el corazón —explicó, moribundo—. Solo el Eco Zodiacal de Acuario podía contenerla, hasta el punto en que tenía que congelarle el corazón durante semanas. No me quedó otra opción que ir tras él luego de que intentara asesinar a Acuario por querer ayudar al Rey Pájaro. Su poder era tal que el Caballero Neptuno se unió a mi cruzada, pero se replegó para poner a salvo a su amada Acuario. Este desierto fue producto de nuestra batalla. La arena que nos rodea esta infundida con su magia.
- El Altar Zodiacal de Escorpio estaba asentado sobre un suelo de ladrillos blancos y erosionados, con pastitos que se escapaban del rompecabezas que formaban. Tenía dos rocas grisáceas a los costados de donde se erguía la roca más grande con el símbolo de escorpio tallado en ella. La llave estaba puesta en la cerradura como había dicho el eco, con la cadena colgando.
- —Ha llegado el momento de romper el sello de papel —dijo Lush dando un salto sobre la superficie sólida.
 - —Si lo haces, te arrancaré el corazón —dijo Escorpio.
 - —Me harías un gran favor —dijo Lush con una notable resignación.

Cuando la tapa de cerámica se estrelló contra el suelo, los poros de luz recrearon al decadente anciano con una cola de escorpión y sus uñas rojas afiladas como garras ensangrentadas, cubierto por un tapado gris. No mintió. Pero el Caballero Marte se interpuso en su camino, recibiendo el pinchazo de esas agujas que perforaron alrededor corazón como si se quisiera agarrar un puñado de arena.

Lush quedó atónito al verlo apretujar y escarbar la carne como si fuese de goma, exprimiéndole sangre a chorros.

—Tú también me las pagaras por eso, pero todavía no. Tengo intenciones de hacerte sufrir mucho más por lo que me hiciste. El paso del tiempo no surte ningún efecto en seres como nosotros, pero las heridas pueden acabarnos, y me encargaré de que el insufrible dolor te haga agonizar hasta el final —dijo el Eco Zodiacal de Escorpio salpicándole saliva en la cara. No hubo respuesta por parte del caballeo. En cuanto el eco soltó su corazón para ir tras el niño, notó como el moribundo líder de los caballeros le había sujetado la muñeca con ambas manos. Si el eco quiera zafarse, tendría que cortarse el brazo.

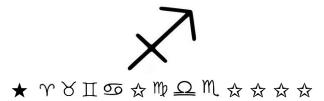
Mientras tanto, Lush se acercó a la llave, y cuando estuvo a punto de girarla tuvo que voltear a desviar al aguijón del escorpión con la pluma. Mantuvieron un breve intercambio en el que termino por rebanársela. Para cuando giró la llave, el Caballero Marte ya estaba tendido de rodillas sobre un charco formado por su propia sangre. La manifestación corpórea de Escorpio fue absorbida por la cerradura del altar y enviado de regreso al Reino Astral.

Lush fue a asistir al caballero en las últimas de su vida, pero no sabía cómo ni tenía manera alguna de detener una hemorragia tan descomunal.

- El Caballero Marte yacía sobre el espeso líquido rojo. Lush, con manchas de la sangre, estaba de arrodillado a un lado intentando desesperadamente devolverla a su lugar con la Gema de Agua.
- —Tranquilo, tranquilo, guarda tus fuerzas. Cuando te arregle podrás acompañarme a traer de regreso al rey.

- —Nunca se me ocurrió que se podría controlar la sangre con la gema —dijo el caballero esbozando su última sonrisa—. Cuando me haya ido de este mundo los Caballeros Solares se habrán extinguido.
- —No hables. —De repente sintió como la acechante serpiente morada se le acercaba lentamente por detrás.
- —Ya no hay salvación para mí. Hice lo que tenía que hacer. Solo recuerda: siempre que tu deseo sea verdadero y fuerte no importa que magia habite en tu cuerpo, lograras alcanzarlo.
- —¡Que no hables más, guarda tus fuerzas! —Levanto la pluma manchada para controlar la sangre y embutirla de regreso, pero la serpiente se le incrustó por la espalda como una fría puñalada. Sus ojos se volvieron tan blancos como dos copos de nieve y cayó desmayado a un lado del inerte cuerpo del caballero.

SAGITARIO



Cuando llego a la orilla de aquel rio lo primero que hizo fue hundir su cabeza en el caudal cristalino y fresco. Luego de haber atravesado de regreso aquel desierto no le bastaba con cargar un poco entre sus manos y arrimárselo a la boca.

El reflejo del agua le devolvía una imagen que lo hizo estremecerse. Desconoció su propio rostro, gobernado ahora por una afligida expresión de pena y castigo, con ojeras que eran como manchas de carbón. Una sonrisa tan malévola como involuntaria y puntiaguda se dibujó en su cara, exhibiendo dos finos colmillos de serpiente en su boca. Abrumado por el pavor, golpeó la superficie del agua y se hecho hacia atrás. Al ponerse de pie se dijo a sí mismo: «Entrégate a la Magia Negra».

En derredor, el bosque parecía estar invadido por una luz anaranjada artificial, resplandeciente. La extensión botánica de nogales y robles, de peculiares hojas purpuras, se sostenían sobre troncos blanquecinos que parecían ser un cuerpo compacto de ceniza aglutinada.

Sumergió la pluma hasta que el agua arrastró las manchas de sangre. «Debo seguir moviéndome». Abrió un surco en el agua para caminar a través del rio, pues no muy lejos detrás de él se extendía el manto desértico. Continuó en la dirección que el reflejo de luz que emitía la pluma indicaba, esperanzado por toparse con el siguiente Altar Zodiacal.

«Los culpables de todo esto son las personas del teatro... No puedo recordar cómo se hacían llamar...», pensó Lush sintiéndose cada vez más mareado. Miraba el Arca Elemental pensando que todo ese poder podría usarlo para vengarse ellos. Después de todo no sería el primero en sufrir la crueldad de las personas, y tenía en sus manos el poder para erradicarla.

El sendero de tierra por el que caminaba le pareció transformarse en una serpiente que se levantaba, imponente e inmensa, en dirección a él, para tragárselo. Y así lo hizo, dejándolo a rastras sobre el suelo, alucinando y agonizando. «Falta poco... Es difícil recordar pequeños detalles. Todo esto está dando frutos... Tal vez todo termine antes de llegar a la Fuente Zodiacal...». La imagen de una montaña cobrando vida en medio de la noche venía a su cabeza. «No... No despertaré al Coloso... No quiero hacer daño a nadie, no destruiré mi hogar... Solo quiero tener paz, doy mi vida por un poco de paz en mi corazón». Se estrujó el tapado celeste a la altura del corazón, el dolor causado por las serpientes socavándolo le provocaba un creciente ardor bélico, terriblemente sofocante. Rasguñaba la tierra cada vez que sentía una puntada. Se las imaginaba peleándose entre sí o mordiendo alguna arteria. «La Magia Negra es un veneno terrible».

Se arrastró fuera del camino, arrancando los pastos de los que se prendía para evitar caerse colina abajo. Llego hasta un roble en el que con dificultad se apoyó para ponerse de pie, pero sus piernas se vencieron y temblequearon hasta hacerlo deslizarse con la espalda pegada al rugoso tronco.

El rio surcaba nuevamente en el horizonte crepuscular, y la arboleda purpurina se extendía mucho más allá. «Esta luz... El sol esta arriba de esta luz... ¿De dónde proviene esta radiación naranja? Quien sabe, apenas puedo permanecer despierto...». Su cabeza se inclinaba hacia un costado, y mientras sus ojos eran derrotados por el sueño, noto un lejano brillo cristalino parecido a una estrella inalcanzable.

Débilmente levantó la pluma, quizás esa era la llave, quizás el Altar Zodiacal estaba cerca. No. Apuntaba en una dirección diferente. Y la peor parte fue cuando se percató de que era una llama que podía desatar un incendio que abrasaría el bosque y su hogar. Esto último fue lo que lo hizo hacer acopio de todas sus fuerzas.

Al tercer o cuarto paso rodó colina abajo. Raspones y magulladuras. Clavó la pluma en el suelo para ayudarse a ponerse de pie. Andaba en una contorsionada postura debilitada como si

la mitad de su cuerpo estuviera adormecida y su hombro dislocado de manera que arrastraba la pluma como barriendo el suelo. «Este es solo un mal momento, me repondré cuando menos me lo espere y todo volverá a la normalidad. Primero quiero llegar a tiempo para detener el incendio, o nada de esto tendrá sentido».

Llegó a cierto punto del camino donde este descendió levemente formando una hondonada donde los árboles se agrupaban de manera circular alrededor de seis estatuas que reposaban sobre una base de piedra también circular. Eran esculpidos centauros arqueros, altos y esbeltos, con arcos tensados en diagonal apuntando hacia el pedestal en medio de ellos donde reposaba una gema anaranjada. «La gema que me falta...», pensó Lush.

La luz crepuscular que impregnaba al bosque era emitida por la gema. Lush se sentía vigilado, oía el crujir de algunas hojas en el desnivel superior, como si estuviesen caminando y analizando su accionar mientras andaban alrededor de la hondonada. «Con cuidado. Será mejor no acercarme demasiado», pensó mientras levantaba la vista ante aquellas imponentes estatuas.

Se sentó cruzado de piernas, dispuesto a hacer levitar la gema hacia él. No sentía como la Magia Blanca conectaba con su objetivo. «Tendré que arrancarla con pedestal y todo entonces…» Un potente tono de voz le advirtió:

—Lo malo de las Gemas Elementales es que la Magia Blanca no les afecta, pero si la oscuridad. ¿Imaginas cuan peligrosas se volverían si se vieran influenciadas por la Magia Negra?

Lush volteó de golpe, apabullado por el sorpresivo susto que se llevó. Se trataba de un centauro de vigoroso porte, tanto en su cuerpo desnudo como en la mitad azabache de corcel. Tenía el cabello marrón, largo y sedoso. La llave dorada colgaba de su cuello. Cargaba el arco atravesado en diagonal sobre su olímpico torso y tenía el carcaj con flechas atado a la cintura.

El centauro agregó:

- —¿Eres tú? ¿Realmente eres tú, maestro? No puede ser, estas encapsulado en ese cuerpo humano que te tiene cautivo. —Tensó aún más su arco—. Lo liberaré, mi señor.
- —No. No soy a quien buscas. Pero necesito su poder para consumar mi objetivo. ¿Podrías ayudarme? —dijo Lush.
- —Si lo que buscas es destrucción, vas por la dirección indicada. La destrucción es el fin último de Ofiuco —dijo Sagitario.

Ese no era el único centauro. Muchos otros se congregaron alrededor. Todos eran exactamente iguales al primero que se había mostrado, cuyo arco era el único que estaba siendo empleado.

- —¿Podrías bajar esa flecha? No tengo malas intenciones. Pensé que el bosque estaba por incendiarse, quería ayudarlo.
- —Estas tierras ya tuvieron suficiente, Ofiuco. No permitiré que siga sufriendo. Lo siento maestro, pero mi camino de redención debe completarse. Solo así podré conseguir la paz que tanto busco.
 - —Yo también busco algo de paz, pero cada día se vuelve más difícil.
- —La amenaza latente que ponía en peligro al Reino Astral no eras más que tú, desafiando poderes que iban más allá de tu comprensión, Ofiuco. —Tensó su flecha—. Te devolveré al cofre del que nunca se te debió liberar para que cumplas con tu condena: el encierro en el abismo del olvido.
- —No sé de qué estás hablando, mi nombre es Lush. Solo quiero hacerte regresar a tu hogar. ¿No te gustaría regresar a casa? —Se puso de pie lentamente, con una cautela inconmensurable. El centauro no dejaba de apuntarle al corazón mientras él levantaba los brazos—. Ayúdame a completar mi misión. Ayúdame a perderme a mí mismo en estas encantadas tierras.
- —No. —Escarbó la tierra a modo de señal para los demás centauros como si esa fuera la orden que los hizo blandir sus arcos en contra del niño al que tenían rodeado en las alturas—. Voy a liberarte de este tortuoso pesar. Se cómo se siente ser manipulado por la oscuridad. No pienso permitirte continuar y perder lo poco de Magia Blanca que ella dejó en ti. No quiero que termines como yo —dijo Sagitario.

En ese momento, una lluvia de flechas cayó sobre él. Pero mientras estas viajaban creó una burbuja de aire en su mano que hizo detonar para elevarse y evadir los disparos con mucha habilidad.

Se mantuvo levitando en el aire, descendiendo con una pausada lentitud. «Estuvo cerca», pensó.

- —¡Eso fue peligroso! —le reclamó.
- —No esperaba menos de usted, maestro. ¡Pero, vamos! Solía hacerlo todavía mejor.
- —¡Deja de llamarme maestro! —Lush levantó el brazo donde portaba el Arca Elemental y al instante, como si fuera la manifestación de la ira que vagaba por su cuerpo, una cuchilla de aire comenzó a girar sobre la palma de su mano—. ¿Qué es esto? —dijo sorprendido al verse decidido a lanzarle con el disco cortante.
- —El Eco Zodiacal maldito se está volviendo uno contigo a cada latido de tu corrompido corazón. ¿Estás seguro que no eres tú el que debe volver a casa? Te consumirá al igual que consumió a su antigua víctima.
- —Con tal de perder mi memoria no me importa lo que pueda pasarme. ¡¿Por qué todo tiene que ser tan doloroso?! ¡¿Por qué cada vez que soy un poquito feliz la vida misma me lo arrebata todo?!

Lush le arrojó el centrifugo disco de viento. El centauro se lanzó a correr hacia el pedestal donde estaba la gema anaranjada, inclusive si eso significaba ir directo hacia una posible decapitación. El disco de aire decapitó a una de las estatuas antes de clavarse en el suelo, detonando en una feroz arremetida de aire tan fuerte que el centauro se aferró al pedestal cubriendo la gema con una mano.

—¡No vuelvas a hacer eso! ¡¿Quieres desatar un incendio?! La Gema de Fuego esta quebrada, y su poder es inestable. Si abandona este pedestal el fuego consumirá el bosque. Y, eventualmente... a tu hogar.

Lush, agitado, continuaba en descenso con la intensidad de un diente de león. No era capaz de levantar la cabeza, y sus extremidades colgaban imperturbables por su aflicción.

—¿Y a mí qué? No les vendría mal sufrir un poco. Ellos me quitaron la felicidad, los Akamatas me arrebataron a mis padres. ¡Todos van a tener una muestra de lo que el verdadero sufrimiento implica! —dijo Lush con un tono vehemente.

Mientras se preparaba para conjurar otra cuchilla de viento, el centauro desplegó sus alas y lo alcanzó en pleno vuelo. Entrelazó sus dedos con los de él, apretándolos con una terrible fuerza que retorció la mano de Lush. Y cuando él intentó defenderse con la pluma, el centauro le agarró la muñeca, estrujándola hasta que la soltó. Solo entonces, ambos descendieron.

- —¡Quieres calmarte por un segundo! —le dijo el centauro al llegar al suelo—. ¿Qué quieres logar? ¿Crees que perdiéndote a ti mismo estarás satisfecho?
- —Cualquier cosa que alivie mi sufrimiento es suficiente para satisfacerme. ¡Moriría por un poco de paz! Y no dudaría en matar.
 - —¿Morir por paz? —dijo el centauro burlándose—. ¿Y por qué vivirías?
- —Viviría solo para verla sonreír otra vez—. Un caldero hirviente de regocijo en su mente lo tranquilizó. El forcejeo bruto también cesó—. De repente se me apareció en la cabeza... su sonrisa... no quisiera borrar su sonrisa de mi memoria. Podría llegar hasta el fondo del abismo más profundo, pero sería su sonrisa la que me sacaría de allí.
- —Todos nos perdemos en algún momento, mago errante, ¿puedo confiar en que si te suelto no querrás acabar con todo lo que te rodea?
- —Si, por favor. ¡Ya me duele demasiado como para intentar algo! —dijo Lush con un aire alegre. «Eso quisieras», pensó.

Miró en derredor, los arqueros no dejaron de apuntarle.

- —¿De qué se trata la amenaza latente que mencionaste?
- —La Fuente Zodiacal le reveló a Ofiuco que una atroz fuerza oscura acabaría por destruir el Reino Astral. Para evitarlo, Ofiuco decidió tomar las riendas del mundo mágico. De manera que necesitaba sobreponerse al Rey Pájaro, a quien la amenaza le resultaba un presagio indiferente. Por supuesto que no lo logró, no estuvo ni cerca. Temía tanto a la visión que explotó su Corazón Mágico con intención de eliminar al Rey Pájaro convirtiéndole su sangre en veneno. Pero al derramarse la Magia Negra que contenía trajo el cataclismo al Reino Astral, alterando el orden natural de los cuatro elementos que acabarían siendo canalizados en las Gemas Elementales por los Caballero Solares, controlados por el Arca Elemental forjada por el Coloso para que el Rey Pájaro pudiera poner a salvo al Reino Astral. Desafortunadamente ese no fue el final de la tragedia. Ofiuco se empeñó en persuadir a los Ecos Zodiacales para que cuando el Rey Pájaro volviera a bañarse en el agua curativa Fuente Zodiacal, está ya hubiera perdido todo su poder. El Rey Pájaro envió a los Caballeros Solares a que trajeran de regreso a los Ecos Zodiacales.

- —¿Pero acaso no fue necesario tener a los trece iluminando la Fuente Zodiacal? Hasta donde sé, el decimotercero fue sellado por la orden.
- —Estas en lo cierto, pero el único eco que no tiene incumbencias en ese asunto es el decimotercero. La fuente solo puede cumplir milagros curativos cuando su agua es bañada por la Magia Blanca que emana de luz de las estrellas que conforman a las doce constelaciones que la poseen.
 - —¿Y fue capaz de deshacerse del veneno?
 - —Por supuesto. El rey se sumergió en la fuente y el veneno de disipó.
 - —Me alegra oír eso. Al menos no fue en vano todo el esfuerzo que hicieron.
- —Afortunadamente no todos fuimos parte del plan macabro de la serpiente. Me encuentro en una eterna gratitud y admiración por los ecos que no se dejaron manipular. Por eso es que estoy en busca de mi completa redención. —Sagitario miró al Arca Elemental con cierto aire nostálgico y melancólico—. Fui yo quien envió el brazalete de piedra para que el rey pudiera hacerle frente al Coloso manipulado por el Mago Oscuro. Concentré toda mi magia en una flecha que traspaso la dimensión que nos separa y cayó al bosque como una estrella fugaz.
 - —Pero, ¿cómo esto podría ayudar al rey? —dijo Lush agitando el brazo.
 - El centauro dejó escapar una risa ante el desacertado desconocimiento del niño.
- —Puede que lo uses como brazalete, pero es un anillo que el rey lleva en una de sus garras para controlar la naturaleza.
- El sol se había sumido en el ocaso, replegando consigo a el velo de las sombras sobre aquellas tierras. Pero, como iluminada por una fogata, aquella zona de árboles con troncos de cenizas y hojas purpuras seguía siendo alumbrada por la luz anaranjada que emitía la gema resquebrajada.
- —¿Podrías decirles que dejen de apuntarme? —dijo Lush abrumado por la intranquilidad que le provocaban esos rostros agudizados por la rudeza haciendo puntería a su corazón.
- —¿Nervioso? —dijo el eco—. No tienes por qué estarlo, no trato de hacerte daño. Te lo dije, abandonaría mi misión de redención con tal de hacerte entrar en razón. Y espero que mis esfuerzos no sean en vano.
- —¿No serás tú el que está nervioso? Te noto algo...tenso. ¿Cómo se partió esa Gema Elemental?
 - El centauro entrecerró los ojos mirándolo con desagrado.
- —La apreté hasta quebrarla para liberar su poder. Estas cenizas que ves pegadas a los árboles son el polvo de los Akamatas que calciné con el fuego de la gema. Si quitas la gema del pedestal, la hueste de serpientes volverá a levantarse de sus cenizas.
- —Me gustaría ver eso. Aunque ni siquiera asesinando a un centenar me devolverán a mis padres.
 - —Tarde o temprano iban a morir.
- —No esperaba que fuese tan pronto. Creo que fue cuando tenía seis años, pero el dolor no fue demasiado. Porque algunos días después conocí a quien se convertiría en la persona favorita de mi vida. Mi mejor amiga: Gwyndolin. Tu debes conocerla como Leo.
 - El centauro asintió orgulloso, demostrándose reverencial.
- —Ella era un prodigio entre nosotros. Aunque no paraba de hacer chiquilinadas y sacarnos de las casillas —el centauro se llevó la mano a la frente—. El rey la envió a vigilar al humano que abrió el cofre que sellaba la Magia Negra de Ofiuco. No la volví a ver.
- —Solía creer que era una niña como cualquier otra. Pero yo crecía y ella no, siempre me parecía la misma Gwyndolin. Me ayudó con el vacío que me dejó la perdida de mis padres. Era capaz de hacer una Magia Blanca que me permitía recrear el ultimo desayuno que tuve con ellos. Siempre se sintió tan autentico, tan real... Y después de eso ella me venía a buscar, ¡y pasábamos todo el día juntos!
 - —La Magia Blanca que emana tu cuerpo es la misma que tenía ella. ¿Qué le pasó?
- —No recuerdo muy bien, pero desapareció. Como todo en mi vida. Creo que no estoy destinado a la felicidad —Lush se llevó la mano al pecho para sentirla en la llave dorada que colgaba de su cuello.
- —Eres un sujeto muy autodestructivo, niño. La personificación de la autodestrucción me atrevería a decir. Cuando te veo no puedo evitar ver al Mago Oscuro. Temo que cambies la esperanza por la destrucción.

—Eso tendré que descubrirlo por mi cuenta —dijo Lush extendiendo su mano—. Necesito tu llave para averiguarlo.

El centauro, cruzado de brazos, negó con la cabeza. Los arcos se tensaron al mismo tiempo cuando los demás se prepararon.

- —¿Por qué lucen exactamente igual que tú? —dijo Lush.
- —Porque son un ejército de mí mismo. Un mero hechizo para multiplicarme. Hasta aquí llegaste, lo siento.

«Esto se volvió muy peligroso», pensó.

La torrencial lluvia de flechas lo volvió a poner en aprietos y estuvieron muy cerca de atravesarlo como un sarcófago de torturas, pero la Magia Blanca respondió a tiempo volviéndolo tan diminuto como una hormiga. Y a pesar de esa suerte, todavía tuvo que ingeniárselas para alejarse del centro del tiro al blanco, tarea que logró con una exitosa destreza.

—Impresionante —dijo Sagitario mientras comenzaba a deambular en círculos alrededor del pedestal—. No lo hagas difícil. Dame el brazalete y la pluma, y te dejaré partir en paz rumbo a tu hogar, donde descansaras a salvo de todos los peligros que acechan en este bosque. —Miraba a todos lados y también lo hacían sus iguales—. ¡Muéstrate!

—¡Aquí estoy! —De pronto volvió a su tamaño habitual.

Estaba sobre el pedestal, a punto de agarrar la gema partida entre sus dedos como si fuese el dulce que más deseaba del montón. Pero fue demasiado lento. El centauro le disparó una flecha que estaba constituida en su totalidad por una espesa niebla gris como si fuese un cumulo de polvo flotando. La flecha se le quedó clavada en medio del corazón, aventándolo bruscamente hacia atrás debido a la fuerza del impacto.

El centauro se acercó al cuerpo tendido.

—Mi redención será en vano si te robo. Si consigues levantarte después de eso te lo pediré una vez más por las buenas.

Sus ojos se dieron vuelta, volviéndose blancos como dos copos de nieve, y al mismo tiempo que el cuerpo convulsionaba, una serpiente violeta se asomaba fuera de su corazón a través de la herida provocada.

El centauro se acercó. Cuando estuvo a punto de pisarla y retorcerá contra la tierra como si no fuese más que otro insecto, Lush, inconsciente como estaba, lo detuvo.

La serpiente continuaba su camino, subiendo por su brazo hasta dar con el brazalete de piedra, al cual se enredó como un maligno hilo de oscuridad. Solo cuando termino de asentarse fue que Lush recuperó la conciencia con un espasmódico dolor punzante en el corazón.

Su vista aun empañada apenas le permitía ver como la flecha se desintegraba por sí misma como vapor. Soltó la pata del caballo con total desinterés, demasiado tenía ya con el estrujante dolor.

Al recuperar su postura, el centauro recargo otra fecha. Una vez en posición y tensada, de un soplido la convirtió en otro sombrío proyectil fantasmagórico.

—Esta flecha extirpará toda la maldad que hay en ti, y como esta te está consumiendo, lo más probable es que mueras. Lamento tanto que tenga que terminarse así, niño. Pondrás al Reino Astral en peligro.

«Estoy muy cerca...No te permitiré decidir sobre mi...», pensó Lush.

Rodó evitando los tres disparos sucesivos que fueron tras él. Pero se olvidó de una cosa: seguía estando rodeado. Un diluvio de flechas fantasmales se precipitó sobre él. Por más que intentó bloquearlas con muros de tierra o columnas de aire, no pudo evadirlas a todas. Las frívolas flechas que lo alcanzaron dieron directamente en su corazón, atravesándolo de lado a lado en todas direcciones, y pronto, la sangre comenzó a brotar de su boca como una cascada.

Apenas se podía mantener en pie. Las piernas le temblaban con cada torpe paso que intentaba dar hacia la gema de fuego. «La necesito...Necesito más...poder...; Qué me está pasando? Debería estar muerto...». Su vista iba de un lado a otro como un péndulo. Y al igual que la sangre brotaba de su boca, también lo hacían las serpientes que anidaron en su corazón, aprovechándose de las heridas abiertas. Emergían fuera de su nido, y recorrían su cuerpo, revitalizándolo, hasta que se deshicieron del descomunal dolor al que se encontraba sometido. «La Magia Negra me brindó un poco más de vida...ahora estoy en deuda con ella».

—No lo hagas, Mago Oscuro —dijo Sagitario apuntándole directo a la cabeza cuando Lush estuvo sosteniéndose por el pedestal, tratando de reincorporarse.

- —Solo estas logrando hacerme recurrir a métodos un tanto... incomodos. Si no quieres que la maldad termine por consumirme deja que continue. ¿Porque estas tan asustado de que complete Arca Elemental?
- —El Arca Elemental es la llave para acceder a ese lugar. Pero la verdad que buscas no será la misma que desees cuando estes frente a ella. Tanto el rencor como el resentimiento con el que cargas nublará tu vista en el momento en el que necesites mayor sensatez. Se de lo que te estoy hablando. No quiero que termines como yo. Aunque pierdas todos tus recuerdos, la oscuridad que albergarás acabará por hacer que te odies y odies tu vida. No te sometas a una interminable búsqueda de una incierta redención. —Tensó aún más su arco, llevándolo al límite en el que la madera comenzó a astillarse.

Lush pudo sentir una presencia familiar acercándose a toda velocidad a la hondonada. «Esa es mi ruta de escape...».

Sin decirle ni una palabra, dejando que la expresión de culpa en su rostro hablara por sí misma, se puso de rodillas con lentitud como si aceptara el disparo que acabaría con él, la creciente amenaza que asolaba esas tierras. Vio como la serpiente que se había envuelto alrededor del brazalete de piedra se introducía en la Gema de Tierra, dotándola de un brillo oscuro en su interior.

—Hasta nunca, Mago Oscuro.

No bien la flecha arremetió para sentenciar al niño una estructura de tierra se cerró alrededor de Lush protegiéndolo como si fuese un iglú junto con el pedestal.

El centauro se precipitó. Volvió a unificar en él a todos sus múltiplos mientras la luz anaranjada que iluminaba esa parte del bosque en la noche se extinguía, dejando caer al suelo las cenizas que arropaban a los troncos de los árboles. El temor no dejaba de crecer en su interior al ver como los abominables Akamatas vivían a levantarse de sus cenizas.

La protección de roca se deshizo. Lush sostenía la gema quebrada.

- --;No! --dijo Sagitario con una notable desesperación al percatarse como se escapaban los latigazos de fuego.
 - —¡¿Por qué no?! —dijo Lush con una desencajada mirada.

La Gema de Fuego desprendía volcánicas llamaradas como si fuesen los fuertes bufidos de una bestia, causando que se adherían a los árboles, haciéndolos arder al contacto.

-¡Nos condenaras a todos! —dijo el eco.

Le disparó una multitud de flechas consecutivas que Lush logró contener con una burbuja de viento en su mano. Y eso no fue todo, porque cuando el eco se dio por vencido, él creó un pequeño tornado en la palma de su mano. Aunque le costaba mantenerlo, pues temblaba al tener que emplear tanta fuerza y concentración. Se agachaba muy despacio sin dejar de mirarlo, hasta que lo dejó en el suelo como a un mero insecto que al que se pone en libertad.

- Por favor, detente —le suplicó Sagitario.Solo me detendré cuando pierda mis recuerdos.
- El ejército de serpientes se cerraba sobre ellos, algunos ya estaban dentro de la hondonada. Pero Lush envió al huracán al disipar las llamas del incendio, logrando mantener a raya a los Akamatas con el huracán de fuego. El Eco Zodiacal de Sagitario quedó atónito al vislumbrar como introducía de nuevo ese huracán de llamas dentro de la gema, doblegándolo hasta que no quedó más que una chispa que desapareció al pisarla con su bota.
- Resultarás ser más que un simple mago maligno. Al menos hasta que la Magia Blanca te abandone puedes considerarte el primer ser que posee todos los tipos de magia —dijo el eco aplaudiéndolo.
- —Considera cumplida tu redención. —Lo atravesó de lado a lado con el puma—. Vuelve a casa en paz —dijo arrancándole la llave dorada.

Puso un pie sobre el pecho del centauro y lo deslizó fuera de su blanquecina hoja manchada de sangre. El cuerpo se desparramó en el suelo. Los Akamatas se apartaban de su camino, y ya no parecían para nada hostiles. Le daban el paso, casi reverenciándolo.

Aldora lo esperaba arriba, pero se rehusó rotundamente a dejarse montar por él. No hizo más que alejarse al verlo, retrocediendo atemorizada, lentamente, con su cabeza gacha, hasta que se huyó ante la profunda mirada inquietante de ese malvado ser que ya no era su jinete.

—¡Si no vas a seguirme hasta el final, no te atrevas a regresar!

No quedaron ni los Akamatas para cuando el sol del amanecer comenzaba a salir. Lush emprendió su viaje hasta el Altar Zodiacal ahora más solo que nunca antes. Marchaba sin bajar el brazo con el que la pluma le marcaba el camino, con la mirada fija en el horizonte. De vez en cuando, algún atisbo de culpabilidad venía a él con la intensidad que los recuerdos impactaban en su mente. Pero mordía los dientes debido a la rabia que le provocaba el dolor cada vez más punzante en el nido de serpientes que albergaba dentro suyo y fingía no escucharse a sí mismo. Lamentarse por sus actos solo empeoraría la situación.

Todavía quedaba una parte del cielo nocturno que no había sido alcanzada por los destellos del amanecer.

«Hora de averiguar qué sucede si el eco está muerto», pensó al girar la llave en el altar. Aparentemente, el cuerpo inerte que había quedado atrás se desintegró en poros de luz que viajaron hasta el altar para introducirse en la cerradura y salir disparados al Reino Astral.

Lush recibió, con un placer encantador y embriagador, otra ración de Magia Negra.

CAPRICORNIO



$\star \wedge AII = \Diamond M = M \lor \Diamond \Diamond \Diamond$

Un ventarrón se levantó entrada la tarde. Las ráfagas de viento le estremecían los tímpanos a cada silbido. Sin su yegua el trayecto se hacía mucho más largo. No había parado a dormir desde la noche anterior. Pero sabía que tarde o temprano llegaría.

El haz de luz que emitía la pluma lo condujo a un lago. Y apuntaba en dirección al medio de la vertiente cascada por más vueltas que Lush le diera al asunto. «¿Dónde estará el siguiente eco? Necesito terminar con esto. La Magia Negra me hace sentir enfermo».

Temblando se aferró a uno de los árboles. Era uno de pocas hojas y frágiles ramas al descubierto. Su respiración se entrecortaba y de a ratos parecía que estaba a punto de vomitar, sintiendo que su corazón martillaba su pecho como si quisiera salir a darse un chapuzón.

Cuando la dolorosa tensión se detuvo, un fragmento de un recuerdo lejano llegó a la mente de Lush. «Solía divertirme mucho cuando iba de pesca por las noches a pesar de que estaba solo, y de que no tenía más barca que un tronco como este y un palito con un hilo para agarrar la carnada...Quizás si logro dominar a la Magia Negra no me convierta en un peligro para cuando pierda mis recuerdos. No quisiera decepcionar a los ecos que confiaron en mi», pensó mirando al lago con una distante expresión nebulosa en los ojos.

Siguió con la mirada a la cascada que pendía de un risco y caía sobre el lago. Cortó el viejo tronco de una sola vez con la pluma, haciendo que caiga sobre el agua y flotara como un rudimentario bote. Le saltó encima, y comenzó a moverse con ese empujón.

«Necesito encontrar calma en mi interior. Me siento mal. Me siento exhausto, cosa que no debería pasarme porque la Magia Blanca revitaliza mi cuerpo... lo que significa... ¿Habrá manera de poder dominar a la oscuridad?»

Se sentó de piernas cruzadas como en los viejos tiempos, pero no esperaba a que pique la carnada. Dejó la pluma apoyada entre sus rodillas, y cerró los ojos. Posicionó las yemas de sus dedos en una meditativa postura. Inmerso en el ritmo de su respiración se concentro en la gema del agua y pronto logró que el agua dejara quieto al tronco en un solo lugar, en medio del lago.

Al pasar de algunos minutos, justo cuanto estaba comenzado a pensar que perdía el tiempo, retazos de recuerdos asomaron en su ventana mental. Eran imágenes poco nítidas, borroneadas, interferidas por algo incontrolable que logró deducir enseguida: el hechizo del Rey Pájaro. «Será un proceso lento, pero ya está ocurriendo».

De repente se vio en Avanet, con no más de seis años, la edad a la que murieron sus padres a manos de los Akamatas. Era una tarde de otoño. Junto a sus amiguitos de entonces, y algunos hijos de la Sociedad del Espectáculo, organizó una rápida e intrépida expedición a los lindes del bosque en busca de bayas turquesas en el momento que la Guarda Azul hacia el relevo. Recordó ser él quien tuvo que cargar con una cuerda en caso de que la cosa se les fuera de las manos y tuvieran que arrojarla hecha un lazo para impedir que algún peligroso Akamata secuestrase a alguno de ellos. Pero el tan temido peligro nunca llegó. Al haber metido tantas bayas como pudieron usando sus ropas como bolsas, notaron que los nuevos vigilantes se acercaban. Y lo que era peor, habían alzado la voz al ver la espalda de uno de ellos entre los arbustos. Ser descubierto resultaría indecoroso para cualquiera de los niños aristocráticos. Alguien tiene que hacerse cargo, dijo uno de los más grandes. Los demás estuvieron de acuerdo por su propio bien. Él lo presentía, podía verlo en sus miradas, se imaginaba algo peor que ser atrapado donde no debía: siendo secuestrado por un Akamata. Para asegurarse de que su puesto no sea abandonado, el resto de los niños le llenaron la boca de bayas para que no pudiera gritar mientras lo amarraban con todas sus fuerzas a un árbol. Cuando la Guarda Azul llegó, encontraron a un niño triste y desolado, con el rostro hinchado producto de la leve toxina que albergaban esas bayas, pero que la astronómica cantidad que le embutieron en la boca fue suficiente para canalizar una gran cantidad de veneno. No pudo ni decirles cómo se llamaba ni mucho menos la dirección de su casa, así que pensaron que había perdido la memoria. Desgraciadamente, mientras se las arreglaban para cortar la cuerda friccionándola contra el tronco (puesto que no había elementos punzantes entre sus herramientas), Lush vio como una Akamata mitad mujer con pelo negro se acercaba al ras del suelo. No podía entonar ni media palabra para advertirles. La serpiente humanoide agarró a uno por la espalda y comenzó a retroceder, amenazante, y siseando mientras mostraba los colmillos. El Guarda Azul que quedaba libre no titubeo en adoptar la posición de tiro reglamentaria (a pesar de que sudaba como un cerdo, recordó Lush) y atrapó bajo la red a ambas presas. Eso fue suficiente para que el otro consiguiera zafarse, y golpearla con su lanza-redes, entorpeciéndola momentáneamente para dispararle su red. Apegado al protocolo, el disparo fue en diagonal ascendente, de manera tal que la potencia de su disparo fuese suficiente para liberarlo y aterrizar junto a la otra red sobre la serpiente, envolviéndola como si estuviese en una bola de estambre. Luego de que lo hubieran asistido en la Enfermería, solo una idea habitaba en la mente del pequeño Lush: cuando sea grande quiero ser un Guarda Azul para ayudar a las personas extraviadas.

Al día siguiente, y a pesar por supuesto de que ninguno de sus amiguitos fue a visitarlo a la Enfermería a ofrecer disculpas ni en nombre propio o del grupo, o al menos a hacerle compañía, él decidió ir a buscarlos para avisarles que estaba bien y que no se preocuparan puesto que el peligro había pasado. Los padres de los que eran parte de la sociedad habían colgado un cartel en sus puertas: Prohibido Lush. Mala influencia. Supuso que era una broma de mal gusto, irónico, porque después de todo eran refinadísimos e inalcanzables aristócratas, ¿qué iba a hacerles él? Cuando acercó su dedo al timbre una cortina de hilos blancos se corrió en una de las ventanas, una mano enguantada le dio la negativa con el dedo, y luego le hizo una seña para que se retire como si fuera un perro callejero. El resto de sus amigos, los normales en clase, lo ignoraron como si de repente se hubiese vuelto invisible. Sus padres no entendían porque ignoraban a su amigo, pero Lush no se atrevió a explicarles. Se me van a reír en la cara y no quiero pasar por eso también, se decía mientras iba de camino a su casa pateando piedras. Sin embargo, en los días posteriores, intentó sacar alguna ventaja diciendo que se iba a convertir en el Guarda Azul que rescataría a todos los que se extravíen en el bosque, y que para él lidiar con Akamatas sería un juego que incluso llegaría a institucionalizar como el deporte de la Guarda Azul cuando asuma como el líder de la organización. Ante tanta determinación, tanto padres como hijos no pudieron evitar explotar de risa enfrente suyo. El alcalde de Avanet había congregado una reunión urgente que no podía esperar a que se reparta en el informativo del día siguiente: la última caravana que salió de expedición fue emboscada por Akamatas. El único Guarda Azul que sobrevivió acaba de ser ingresado a la Enfermería, solo él consiguió escapar, pero presenta síntomas de estar perdiendo su memoria, decía el alcalde como si anunciara los premios de un concurso.

La repercusión de su desaparición causó que Guarda Azul afronte una crisis de reputación por no poder dar con el paradero de un simple niño que por curioso fue a meter la nariz donde no debía. De ese hecho ya habían transcurrido catorce días. Se repartió un panfleto debajo de cada puerta de cada casa. Y antes de que los días siguieran contando como un reloj de arena que anunciaría la destitución de toda la guarda, un niño con signos de haber pasado por la más abismal de las depresiones se presentó en el cuartel. Permitió que se haga con él una procesión que marcó un antes y un después en la historia: desde ese día no se condenó a las fuerzas por eventos que se salieran de sus manos. Pero eso no llenó el vacío que sentía.

Huérfano de padres, familiares, amigos y de él mismo. Encontró un escape feliz, algo que solía hacer con su padre cada tarde: pescar. Solo que él prefería hacerlo de noche, en un rio donde había Guardas Azules cerca en caso de que la corriente se lo llevara adentro del bosque. Solía mantener conversaciones interminables con las luciérnagas que lo acompañaban bajo el cielo estrellado. Se reconfortaba con eso más que con los resultados de la pesca, que por cierto resultaban ser de una nulidad absoluta. Un día, como cualquiera de los demás, es decir, triste, solitario, aburrido, ennegrecido por sus pensamientos; una voz le habló al otro lado de la orilla con la tonada más tierna y dulce (hasta empalagosa) que jamás había escuchado, una voz que lo colmaba de alegría y de todo el cariño arrebatado a tirones de su corta vida. Te vas a resfriar, le dijo la chica de fluorescente cabello blanco con un jardinero naranja y una camisa negra. A partir de ese día, Gwyndolin se había convertido en todo lo que él quería en este mundo. Y lo mejor era

que ella disfrutaba de pasar tiempo con él, sin ninguna mala intencionalidad ni interés ni ridiculización: honestamente lo quería, lo adoraba. Todo se sentía mucho mejor junto a ella.

Consiguieron un empleo (el primero que tuvieron) en la posada que abrió Mirané para que la Guarda Azul pudiera expandir el cuartel sin tener que solicitar la adquisición de una porción de terreno más grande. Tenían una sola labor: matar a las cucarachas de la pocilga. Lo hacían bastante bien, aunque en invierno tenían que apagar la caldera una vez que constataran que las habitaciones estaban calientes para así poder bajar al sótano a batirse a duelo usando insecticidas sin olor. A pesar de ser una práctica un tanto insalubre, los Guardas Azules no decían nada porque veían el entusiasmo con el que Mirané se ocupaba de brindarles un espacio acogedor. Eso le permitió a Lush conocer un poco más a quienes, según su itinerario de vida, terminarían siendo sus colegas o superiores. Su amiga apoyaba su sueño. Fue ella quien le dio una gran idea a Mirané: expandir el lugar. Pero no tengo rupias para pagar por más terreno, le decía, pero Gwyndolin insistía en que no hacía falta más: solo bastaba el cielo. Cada vez que se lo repetía lo hacía con una sonrisa y apuntando para arriba. Meses más tarde la posada se mudó a las sucesivas plantas superiores dejando la planta baja para la taberna, donde la Guarda Azul tiene descuentos alucinantes y tanto Gwyndolin como Lush bebida gratis de por vida.

Pasaron los años y él jamás la había visto llorar ni una sola vez. Nunca encontró oportunidad para consolarle las lágrimas como ella lo había hecho con él aquella noche (a pesar de que era un llanto que contenía dentro suyo). La desgracia de verla llorar por primera vez fue cuando les toco hacer de recogepelotas en un torneo de tenis que organizo el alcalde de Avanet. Un niño que le caía muy mal a Lush logró llegar a la final. Para Lush tenía un aspecto parecido al de una rata, y no paraba de reafirmar su idea cada vez que lo veía relacionarse de una manera tan asquerosa con los demás. El repudio quedó establecido de por vida en el momento que, sin importar que fuese intencional o no, una pelota lanzada por él impactó en la cabeza de Gwyndolin. Hubo un solo rebote de su cabeza. Ella reía mirando a Lush para ocultar la vergüenza que le produjo la incomodidad de la situación mientras sus ojos se le llenaban de unas jabonosas lagrimas que no derramó, ocultas detrás de la alegría de haberlo tenido cerca para no pasar un papelón. Esa misma noche jugaron su primera carrera para decidir quién cocinaría la cena. Lush nunca había probado unas papas fritas tan buenas. Era el mejor trofeo que pudo haberle tocado. Pero de ahí en más ella le ganaría casi siempre, teniendo él que pedirle que le enseñara a cocinarlas para poder volver a probaras. Esa noche, también, rieron como nunca, hasta el borde de las lágrimas. Lagrimas que Gwyndolin guardó en un frasco cuando Lush estaba desprevenido. Son para un pequeño hechizo, le aseguró ella, ¿crees en la magia? Al día siguiente, Gwyndolin no había amanecido a su lado, pero su madre lo despertó a él y a su padre para el desayuno. Por un momento pensó que sufrió una muerte súbita. Se dijo que no podía ser posible porque seguía respirando como si estuviera vivo. Entonces estaba vivo. ¿Por qué estaban sus padres junto a él, repitiendo sus rutinas? Estuvo a punto de preguntarles si eran reales, pero alguien golpeó la puerta. Era Gwyndolin. Él estaba por contárselo, pero la emoción desapareció cuando al voltear ya no estaban ahí. ¿Fue un sueño?, se preguntó mentalmente, estaba a punto de quedar en ridículo frente a la persona que tanto quería. Pero Gwyndolin le mostro el frasco donde residían las lágrimas que le había robado. Están conmigo, le dijo, también están contigo... justo aquí, dijo tocándole el corazón. Esa fue la primera mañana de muchos años que compartiría junto a sus padres. Y los días junto a Gwyndolin se juró que por nada del mundo los olvidaría. ¡Ni por más que se fuera a vivir al bosque! Se lo reafirmaba con una determinante convicción.

Sentía que la cabeza le daba vueltas. Perdió la noción del tiempo y el espacio, y por un segundo que pareció durar por toda la eternidad llegó a creer que se encontraba en Avanet junto a aquella chica risueña.

Se puso de pie sobre el tronco, reflexionando mientras miraba al risco del cual descendía la cascada. «Esa chica que aparecía en mis pensamientos está muy lejos. Recordar su nombre me resulta muy complicado, también su rostro». Sin darse cuenta, sus dedos comenzaron a recorrer vagamente la llave dorada que le colgaba del cuello.

De pronto un obsesionante canto de sirena lo sacó de su irrealidad. Como un acechante tiburón, la silueta de una sirena negra nadaba alrededor de él.

—Tienes una voz preciosa —le dijo Lush notando como le daba forma a un remolino de agua a cada vuelta—. Pero hubiese preferido continuar viendo mis recuerdos. Algo me dice que eso fue la última vez que podría tenerlos conmigo de nuevo. Se sintió agradable.

La sirena no respondía, se encontraba muy concentrada en su tarea. No quedó más remedio para Lush que remar en dirección opuesta para evitar ser arrastrado por la corriente.

—Por querer evitar sumergirme en la tristeza acabe por arruinar mi vida. Lo he perdido todo y lo seguiré perdiendo. Y no hay nada que pueda hacer para evitarlo.

La sirena se detuvo. Se sumergió más profundo sin que Lush se diera cuenta, dejándolo hablando solo. El agua se calmó. Al percatarse de esto, él volvió a adoptar su postura de meditación. Rápidamente se volvió a encontrar inmerso en las calles de Avanet junto a su adorada amiga.

Esta vez, uno de sus traicioneros amiguitos desapareció del pueblo. No había rastro de él. Su madre no movió ni un musculo para traerlo de regreso a casa, pero su padre pasaba todo el día en las calles pegando carteles que supuso lo incitarían a volver a casa, como, por ejemplo: si regresas te prometo que pasaremos más tiempo juntos. De haberlas leído, su hijo hubiera deducido la mentira encarnizada que suponían. Extrañaba como era su familia antes de que un accidente (que desconocía cómo y por qué) entre sus padres hiciera que se dejaran de hablar y se maltrataran delante de él. ¿Algo así lo pondría tan triste que arriesgaría a entrar al bosque?, pensaba Lush cuando leía las plegarias en los panfletos. Pero que sabré yo, se decía, mis padres murieron hace mucho, ya me acostumbré a vivir como vivo. Esa misma noche, su amiga llamó a su puerta y le propuso la aventura de su vida: ir en busca de aquel niño. Dan una recompensa interesante, dijo, helado para los niños y rupias para los adultos. Lush dudaba. En realidad, no se atrevía a volver a poner un pie cerca del bosque después de lo que había visto. No les tengas miedo a los Akamata, dijo ella, no nos verán. Vamos, dame la mano. Y cuando entrelazaron sus dedos, solo ellos escucharon un plop como una tapa de plástico que se cae al suelo. ¿Qué fue eso? Espera y lo verás, dijo ella. Bueno... Si, lo veras. Los guardas azules eran sus más grandes ídolos, los consideraba lo mejor, lo más honorable, noble, valiente, los protectores de los recuerdos. Primero pensó que los ignoraron por tratarse de ellos, hasta que vio como su amiga le sonreía tan pícaramente y ahí lo entendió: era otro de sus trucos de magia. ¡Somos invisibles!, dijo ella. Pero no me sueltes o se romperá el hechizo, y cuidado, porque no somos inaudibles así que shhh cuando volvamos al pueblo. Adentrados en la asfixiante oscuridad del bosque dieron con un puñado de Akamatas cargando el cuerpo de un niño, festejando la carne fresca como una tribu. Los nervios de Lush lo hicieron temblar de pies a cabeza como si la temperatura hubiese descendido. No te preocupes, dijo su amiga, sígueme. Corrieron más rápido de lo que las serpientes arrastraban la mitad de su cuerpo, ralentizadas por el peso de su víctima. Sujeta esta rama, le dijo su amiga. Juntos, tironearon una robusta rama, ayudándose con un pie en el tronco del árbol para evitar que volviera a su posición original mientras esperaban que los reptiles se acercaran. Dispararon su catapulta logrando que vuelen a muchos metros detrás del camino, perdiéndose entre la amontonada arboleda. Un gemido de dolor y ya no quedo rastro de ellas. Lo malo, o no tan bien resuelto como pensó ella, fue que soltaron al niño dejándolo caer de espaldas, en seco. Pero pareció no haberse enterado de eso, puesto que estaba tenso como las cuerdas de un piano. Los dedos en sus manos estaban contorsionados y endurecidos como fósiles. Y su boca, donde colgaban hilos de saliva, abierta como si hubiese presenciado a un muerto volver a la vida esa misma noche. ¿Está muerto?, le había preguntado él. No, esto es lo que pasa cuando la magia del bosque hace efecto, dijo ella. Es como un cachetazo de un bruto de mil millones de toneladas que te entumece el cerebro, así de rápido, así de terrible y así de doloroso. Espero que se reponga, por su propio bien.

Al regresar a Avanet, dejaron al chico tendido a espaldas de dos guardas azules. Desde entonces, se pensó que un espíritu bondadoso cuidaba de los desventurados cuando tenía tiempo puesto que no debía ser fácil la vida de espíritu vagabundo. Si algún día se presenta ante nosotros los condecoraremos como miembro especial de la guarda, decían entre ellos. Junk andaba cerca de la fuente en la Plaza Central cuando ellos volvieron. Los vio cómo, jadeando de cansancio, se soltaban la mano con otro *plop*. No obstante, permaneció de pie debajo de un farol que tenía una vela (a punto de caer sobre el charco de cera) que solo bastaba para alumbrar tenuemente su silueta semejante a la de un roedor. Al parecer ese truco de magia había dejado exhausta a la chica. Lush, por su parte, no paraba de sumergir la cabeza en la fuente para limpiar la imagen de horror que le provocó ver a su amigo en esa espantosa condición. Fue en ese momento que otra oleada de desesperación cayó sobre Lush al notar como Junk los miraba frotándose malvadamente las yemas de los dedos. ¡No le digas a nadie!, le gritó Lush. ¿Qué podemos darte a cambio de tu silencio?, le dijo su amiga. Rupias, contesto el niño con apariencia de roedor.

En la Enfermería, el padre del niño recibió la visita de una señora de unos dos metros y medio de alto que llevaba un ostentoso vestido de plástico. La tela, le pareció al padre, era similar a la textura de una cortina de baño. También tenía puesto un sombrero que no dejaba que su rostro se viera. ¡Estas muy pesada!, le susurraba Lush. Sus piernitas comenzaban a temblarle de tanto tener a Gwyndolin sobre él...

Una piedra que cayó sobre la cabeza de Lush interrumpió su meditación.

—; Te di, te di!

Cuando levanto la cabeza vio que sentada a un lado de la cascada una sirena le estaba arrojando guijarros. La cabeza le daba demasiadas vueltas como para intentar hacer algo al respecto. Continúo sometiéndose al entretenimiento de la sirena, tratando de que esos golpecitos en la cabeza no interrumpieran su meditación puesto que tenía el desesperado deseo de volver, aunque sea solo mentalmente, a ese lugar...

«¿Y qué pasaba después…», pensó. Los retazos de memorias tan lejanas como felices no se dibujaban en su pantalla mental. Solo se presentaba ante él la vacía oscuridad, donde dos ojos rojos lo miraban, y un ensordecedor siseo le retorcía las terminaciones nerviosas.

Cuando no impactaban en su cabeza, resonaba un molesto *blup* en el agua. *Blup, blup, blup.*.. Entendió que no era incapaz de concentrarse. Simplemente, no podía recordar más nada de aquellos días. Esa fue la ultima vez, eso era todo lo que le quedaba. Y se oscureció para siempre.

La sirena se tiró un olímpico clavado desde el borde de la cascada. Aterrizó a un lado de Lush, pero la repercusión de su caída sacudió el lago con tanta severidad que él se cayó del tronco.

—¡¿Qué tal si dejas de hacerte el tonto y escuchas lo que te digo?!

No hubo respuesta. Tampoco se veía a Lush por ningún lado. El agua lo había engullido. Era fría, y suave como algodón. No luchaba por salir a flote porque ni por asomo se le ocurrió que la claridad del sol vista con los anteojos de agua sería tan cautivadora, le pareció una sensación familiar, dibujándole una sonrisa por la cual se escapó el poco aire que le quedaba en los pulmones.

La sirena se adentró a evitar que se convirtiera en parte del mobiliario submarino. Una vez tomado del brazo donde tenía el brazalete de piedra volvió a nadar hacia la superficie, aunque esta vez mucho más trabajosamente. Se las ingenió para estribarlo sobre el tronco.

—¿Sigues con vida? —le dijo poniendo su cara junto a la de él, pero la tuvo que apartar al instante porque Lush comenzó a toser cantidades importantes de agua—. ¿Ya está? ¿Eso era todo? Santo cielo que tardaste mucho en perder la cabeza. Creo que te devolveré al fondo del lago para que los Akamatas no te conviertan en uno de ellos. ¿Qué le parece, noble aventurero?

Lush jadeaba y se retorcía sobre el tronco. «La...pluma...Perdí la pluma...», pensaba tratando de mirar a través de la superficie del agua.

Al levantar la cabeza se encontró con una dama de cabello color plateado y cuernos de cabra, tenía un cascabel como collar agarrado a una cinta negra que se ajustaba a la medida de su cuello. El agua se veía reflejada en la pulida superficie de su llave dorada. A simple vista parecía ser la definición de la palabra temperamental.

- —Necesito tu ayuda... —dijo Lush con el poco aire que había podido reunir.
- —No deseo ayudarte. Eres un caso perdido, estas durando demasiado. ¿Disfrutaste de ver esas imágenes en tu mente por última vez?
- —Tengo la agridulce y vacía certeza de haber sido feliz en algún momento. —Se detuvo a recuperar más aire—. Entonces, así es como funciona. Pero, ¿por qué no me afecta repentinamente como a los demás?
- —Creo que deberás seguir, irónicamente, reviviendo esa felicidad en forma de una asfixiante agonía. El aura de Magia Blanca que te rodea se debilita, ahora es tan fina como un hilo. Segundo a segundo el hechizo del bosque se abrirá paso en tu mente. ¿Todavía tienes algo de conciencia? ¿Hacia dónde te diriges?
- —Necesito llegar a la Fuente Zodiacal... Necesito al rey para eliminar una parte de mi memoria, o en su defecto, todo lo que quede de mi memoria para entonces. Quiero que sea una hoja en blanco —dijo Lush moviendo la llave de oro entre el pulgar y el índice—. Gwyndolin...Si, ese era el nombre... Vaya, nunca pensé que sería difícil el simple hecho de recordar cómo se llama.
- —La degradación de todos tus recuerdos se acelerará como no tienes idea. Por favor no sigas. No te resistas. Muere aquí.

- —¿Tienes miedo de lo que pueda encontrar al final de mi camino?
- —Tengo miedo de que tus intenciones se vean retorcidas por un malintencionado cambio de parecer que desate una catástrofe.
 - -No te preocupes.

Atemorizada por el agravio en el rostro de Lush mientras le extendía la mano, la sirena se replegó lentamente al fondo del lago. Fue entonces cuando alcanzó a ver a la pluma. Se sorprendió al ver como unas manchas negras habían aparecido en ella como si fuesen caries. Se la trajo consigo, pero decidió que sería mejor esperar un poco antes de asomarse de nuevo.

La sirena se acercó a él. Lo rodeaba contemplando la enrabiada ira que le endurecía las facciones. Continuó así un tiempo más hasta que se decidió a entregarle su llave, porque luego de pensarlo detenidamente concluyó en que de nada le serviría tener una pluma marchita por la magia negra. Aunque estaba condenado no lograría llegar mucho más lejos en esas condiciones. Le iba a ayudar a cumplir su condena un poco más.

- —Cuando creas tenerlo todo entenderás que no tienes nada —dijo el Eco Zodiacal de Capricornio.
- —De eso me encargo yo, no tienes de que preocuparte. Aunque quizás volvamos a vernos...
 - —¿Continuaras lo que él comenzó?
 - —Tal parece que ese es el propósito de mi existencia.
- —Los propósitos pueden cambiar. Todo puede cambiar de la noche a la mañana. ¿Por qué no te replanteas el catastrófico error que estas a punto de cometer?
- —Porque podría arrepentirme de por vida al mostrarme piadoso ante unos seres tan indiferentes y egoístas como ellos. ¡Me arrebataron lo que más quería, Avanet debe pagar!
 - —Ella no pertenece a este mundo. Lo mire como lo mire estás condenado al sufrimiento.

Lush observaba atentamente su agraviado reflejo en el agua. Notó, sin que le resulte alarmante, su rostro ataviado por penosas ojeras, cansado de tanto acarrear su derruida mortalidad a causa de fuerzas que apenas lograba comprender. En su mente gritaba y golpeaba al agua para descargar su rabia sin hacerle mal a nadie. No podía. Un siseo ensordecedor ahogaba sus bramidos mentales. Se perdió a sí mismo en el momento más inoportuno. Pensó en nadar hasta el fondo del lago, considerando que si se ahogaba en el proceso tampoco estaría nada mal. Y aunque lo intentara, el Eco Zodiacal estaba frente a él para impedir que sucedieran cualquiera de esas cosas. Apretó el puño mirando al brazalete de piedra. «Todo lo que siempre hice fue fallar. Cada vez que algo me parecía correcto, y parecía funcionar para mí, la suerte que no tenia se encargaba de ponerme en mi lugar. Creía que todo iría mejor gracias a ella. Era el único refugio donde podía escapar de la tristeza. Pero ya no más. Ahora tengo todo al alcance de mi mano para otorgar una justa sentencia. Todo se reduce a usar la Magia Negra, antes de que ella me use a mí».

La Gema del Agua resplandeció en el brazalete de piedra, tenía el color del océano bajo un sol radiante y continúo iluminándose hasta adoptar un color purpurino que desprendía un vapor gélido como se hubiese congelado repentinamente. Pronto, una telaraña de hielo purpura comenzó a extenderse desde la mano de Lush apoyada sobre el agua. Todo volvió a la normalidad a tiempo gracias al agudo presentimiento del Eco Zodiacal.

—¡¿Perdiste la cabeza?! —dijo cerrándole el puño con sus dos manos.

La capa de hielo purpura se volvió agua de nuevo como por arte de un abrupto deshielo.

- —¡Suéltame! —dijo Lush forcejando su libertad—. Si no controlo a mi propia oscuridad, ¡¿quién lo hará?!
- —La única manera de controlar a Ofiuco es encerrándolo por la eternidad. ¿Quieres eso? Bien, piérdete en el olvido.

La sirena se sumergió en el lago. Lush pudo haber intentado otra vez su movimiento, pero la autoritaria severidad de esas palabras se impuso ante él, socavando su determinación, anudando un amarre de impotencia sobre sus manos.

—Aquí tienes. —La sirena apareció con la pluma de manchas negras en una mano y su llave colgando en la otra—. Continua. —Le apoyó ambos objetos sobre el tronco donde flotaba—. ¿Quieres seguir los pasos del Mago Oscuro? Síguelos. Cíñete a las consecuencias.

No dijo nada más. No quería decir nada más. Se sumergió y Lush no volvió a verla ni siquiera cuando ya había remado hasta la orilla del lago.

«Las manchas negras están creciendo. Tengo que apurarme y llegar consciente de mi deseo a la Fuente Zodiacal».

Hizo que la luz del sol se reflejara en la pluma. Como una brújula que apunta hacia el norte el haz apuntó en línea recta a la cascada.

Miraba a la pluma, decidido a crear una burbuja de aire en su mano. Se detuvo ante el repentino pensamiento de que eso sería faltar a su palabra. Aunque pudiera no seguiría avanzando si tenía que depender de la Magia Blanca. En este caso, su típica combinación: reventar la burbuja de aire para ganar altura y volar hacia su objetivo.

Respiró. El aire puro y limpio consiguió apaciguar sus alborotados pensamientos. «Domina la Magia Negra antes de que te domine», se repitió una y otra vez, como un mantra. Después, su mente quedó vacía.

Miraba fijamente a la cascada, concentrado en cada hilo acuático que componía su caudal. Con solo verla sentía como raspaba las rocas, discurriéndose desde el rio donde provenía hasta desembocar en una pacífica verticalidad que ocultaba el siguiente Altar Zodiacal.

La Gema de Agua volvió a adoptar esa gélida tonalidad purpurina siguiendo el movimiento de su mano al igual que lo hacia la cascada. Manipuló el caudal para retorcerlo en la forma de una curva de hielo purpura, como una alfombra, dejando al descubierto una cavidad que se ocultaba detrás del agua.

No asomó ningún pensamiento al subir. La sirena volvió a asomarse. Se notaba aterrada, pero eso no le impidió arriesgarse a un último intento para hacer entrar en razón de las dimensiones catastróficas que asaltarían el porvenir del niño. No pudo decir ni media palabra, puesto que Lush, sin dejar de mirar su camino, levanto la ennegrecida pluma creando una serpiente de agua que se enroscó a la boca del eco.

La cascada de agua se cerró como un telón detrás suyo cuando estuvo adentro de la modesta cueva donde se ocultaba el altar. Introdujo la llave en la cerradura sin dudar ni un momento, sin dejarse intimidar por la oscuridad, sin dudar de sí mismo. Clavó la pluma en el suelo rocoso y, sosteniéndose por el tayo que quedaba libre para agarrarla, se arrodilló a esperar una nueva ración de poder oscuro.

ACUARIO

~~

★ YVI 50 & M Q M Z Y b & &

No sintió dolor al arrodillarse ante la Magia Negra. Y aunque esta vez no soñó con nada, sabía que por desgracia era vulnerable a sufrir más de esos episodios que hurgarían en su mente.

Revisó el brazalete de piedra. Todas las gemas resplandecían con su distintivo brillo propio, pero desprendían un aura purpura y sombría que se iluminaba sobre ellas, como el cielo cuando se ennegrece.

—Se rompió. —Sacudió el brazo e intento sacar sin éxito la gema—. La Magia Negra puede alterar la naturaleza de las cosas. Debo ser más precavido si voy a seguir usándola.

La tarde volvía a reanudarse al salir de la cueva. Se quedó de pie en el borde, contemplando el tobogán de hielo purpurino que todavía seguía ahí. Por desgracia recordó en ese momento las tardes que pasaba jugando en ese tipo de juegos de plaza, a veces solo, a veces con su querida amiga.

Sacudió la cabeza para librarse de esa espantosa pena. «Quizás si me mantengo lo suficientemente ocupado esas cosas pasen inadvertidas», pensó mientras levantaba la pluma manchada, deseando que todavía apuntase a algún sitio. Le tomó mucho más tiempo alinear los haces de luz, moviéndose de un lado a otro hasta que toda la titilante luminaria apunto a un solo lugar. «Hay que subir a ese risco…muy bien, en marcha».

El inconveniente ahora se ligaba a como subir, pues el risco se extendía a izquierda y derecha no parecía haber recodo o pendiente que facilitara la tarea. «Esta parece una buena oportunidad para volverme poner a prueba».

La gema volvió a emanar un aire gélido y la intensidad del brilló purpura se realzó mientras que el lago y la cascada se congelaban por completo. Y cuando por fin todo fue un solo bloque de hielo, apretó el puño con todas sus fuerzas logrando que este se partiera en trozos. Luego, con ayuda de la pluma, levitó esos pedazos, intercalándolos cuidadosamente hasta que se formó una escalera flotante de hielo purpurino.

Saltó los escalones irregulares hasta que por fin llegó a la lo más alto del risco. Para su sorpresa no había congelado solo lo que estuvo al alcance de su mano, eso lo hacía estremecerse al pensar cuan peligroso podía resultar ser incapaz de no conocer la dimensión de esos poderes pues había congelado también todo el cauce del rio y algunas plantas que se asomaban a la orilla.

Anduvo junto a rio un largo rato. Abruptamente comenzó a sentirse fatigado. Pese a que su convicción era grande, el cansancio comenzaba a mitigar sus capacidades. Todavía no sentía hambre, pero no podía dejar de preocuparse. «La Magia Blanca es lo que le proporcionaba vitalidad a mi cuerpo». La desesperación lo hostigaba por momentos, pero se sentía reconfortado y satisfecho al saber que estaba haciendo lo correcto. «Eventualmente la Magia Negra ocupará el lugar de la Magia Blanca. Cada acción tiene su consecuencia, y parece que estas son horribles. Pero es lo que debo hacer para poder seguir viviendo».

Mirando fijamente a la distancia su cabeza comenzó a darle miles de vueltas. Cada vez que pisaba todo se tambaleaba un poco más. Así se manifestaron una serie de últimos recuerdos en el momento anterior a desvanecerse.

Esta vez, se encontraba con Gwyndolin en la Tienda de Sombreros donde vieron por primera vez su tan distintivo sombrero de bruja. Pero no tenían ni media rupia para poder comprarlo, y lo que habían ganado se lo tuvieron que dar a Junk para que no los delatara por haberlos visto. Lush sentía como ella realmente deseaba tenerlo pues había quedado tan maravillada que se pasó todo el día hablando de cosas grandiosas y mágicas que él no llegó a comprender del todo. Podríamos poner nuestra propia tienda, le dijo a la noche cuando ya estaban acostados para dormir. De alguna forma u otra se las tenían que arreglar para poder llevar adelante el plan. El taller de origami que se daría en el cuartel de la Guarda Azul les abrió un mundo de

posibilidades. Fueron los más competentes de todos los que se anotaron. Las artesanías de papel más competentes habían sido las de ella, luego las de él, y el resto si quería podía venir a la siguiente entrega del taller. Esta la hice para para ti. Cuidado que la pintura todavía está fresca, le dijo ella cuando le dio una rosa de papel. ¡Yo también te hice algo!, le dijo sorprendiéndola con un barco de papel y un intento de copo de nieve. Les habían gustado sus regalos, inclusive recordaba hacerse un barco de papel para él. ¡Y ahora somos parte de los Caballeros Solares!, le dijo ella cuando se puso el barco como si fuese un casco piramidal como las piezas de juego del Magi-Magi. Se quedaron después de hora para ayudar a la señora que impartió la clase a limpiar todo, porque desde luego no dejaría que el personal del cuartel se tuviera que hacer cargo del basural generado por todos los recortes de papeles desparramados por doquier. La notaron muy triste cuando, al terminar, les agradeció y los despidió hasta otra oportunidad. Lograron persuadirla. Estaba decidida a partir al bosque en la búsqueda de inspiración para finalizar uno de sus cuadros. Decía que iba a ser el cuadro más grandioso de todos los que había pintado. Estaba convencida de que su arte la salvaría del hechizo del bosque una vez que le diera un sacudón de inspiración. Pero a cada palabra parecía suplicar que no se atrevieran ni siquiera a intentar convencerla ahora que sabían de sus intenciones. Si eso es lo que la hace feliz, dijo Gwyndolin, ¡no podemos hacer más que esperar a que vuelva y nos enseñe su pintura! Si terminar el cuadro puede darle felicidad no lo dude ni un segundo, le dijo Lush, jun motivo así de importante es más poderoso que cualquier hechizo!

La cabeza se le partía de dolor cuando los retazos de memorias pasadas dejaron de suceder. Pero una idea quedo rondando en su mente: ¿existe una manera de deshacer esa poderosa magia? Le dio vueltas al asunto mientras caminaba. Pensaba en lo inalcanzable que debía ser la Magia Blanca del Rey Pájaro, y de que en verdad nunca habían vuelto a ver a esa señora cuyo nombre había olvidado por completo.

Llegó a un recodo donde el agua volvía a fluir. Se detuvo a beber del caudal cristalino que descendía dentro de una ladera de árboles frondosos a cada lado del rio. Pero se había olvidado por completo de revisar si estaba circulando por el camino adecuado.

Resultó ser que no lo estaba. La pluma, al entrar en contacto con la luz del sol, volvió a desviar los haces de luz en distintas direcciones. Había seguido el rio por el sendero erróneo. Tuvo que volver sobre sus pasos hasta que, en una parte, el camino se bifurcaba.

La verde y frondosa arboleda se fue cubriendo progresivamente de escarcha, hasta que no quedo más que el blanco de la nieve a su alrededor. Contraponiéndose a esa pradera que se extendía a la derecha, se afrontaba ahora a un camino que lo estaba conduciendo a una región cubierta por la nieve. «¿Acaso será esa la montaña que está al otro lado del Observatorio Astral?», pensó.

Llegó al borde de un risco donde un puente de madera sujeto por pilotes de un lado y seguramente al otro quiso creer Lush. Las sogas que daban forma a los bordes también sostenían una considerable capa de nieve sobre ellas, y no todos los tablones de madera parecían de fiar. Ahí fue el aventurero, mirando abajo una o dos veces al fondo del abismo, pues estaba mucho más arriba del nivel del mar que jamás hubiese creído que podía estar sin tener que volar. «¿Aun podré volar? Este no es momento para descubrirlo». Justo después de eso, pisó en un tablón al que la nieve había cubierto su frágil y astillado estado, resultando en que con la confianza que venía avanzando lo hiciera hundirse hasta la rodilla y un poco más. Todo el puente se tambaleó de un lado a otro y con ello la nieve se despejó. Permaneció colgando, inmóvil hasta que el balanceo se calmó. Pero hubo un inconveniente que lo llenó de pavor: las cuerdas estaban desgarrándose. Así que se ayudó para volver a reincorporarse con la pierna que tenía libre, avanzando a tientas mientras aseguraba la cuerda congelándola con el hielo purpura conjurado por el Arca Elemental como estuviese soldando perdidas. Desde luego que eso solo funcionó por un momento, pues el camino era muy extenso. Al llegar a la mitad, su peso hizo que la cuerda se desgarrara por detrás y por delante de él, y por momentos fue los suficientemente rápido para refaccionarla, pero la ventisca se acrecentaba cada vez más, resultando en que finalmente el puente se partiera a la mitad. La buena fortuna todavía acompañaba a nuestro aventurero, quien logró aferrarse con ambas manos al trozo de cuerda que estaba congelando en ese momento. Inclusive el tremendo impacto que se pegó cuando su mitad se estampó contra el otro lado no fue suficiente para hacer que su mano se soltara haciéndolo caer al congelado abismo.

Su cuerpo le dolía de una manera increíble, comparable a dolor en las piernas cuando se salta de una superficie muy alta, pero en este caso en todo el cuerpo. Sus oídos zumbaban y por

un momento pensó que se quedarían así para siempre al igual que el golpazo en la cabeza que le sacudió la vista.

Solo estaba agarrado con una mano, la otra se había zafado involuntariamente en lo que sus sentidos volvían a la normalidad. Levantó la vista para intentar ver que tan bajo había caído. El borde donde estaban asentados los pilotes que sostenían lo que quedaba del puente apenas eran visibles a causa de la densa ventisca, pero ahí estaban. Pensó en que lo mejor era utilizar esos desvencijados tablones como una gran escalera. Al intentar balancearse fue que se dio cuenta de que, seguramente a causa del susto que se llevó, había congelado su mano junto con el trozo de cuerda que intentaba refaccionar. Y por más que tironeaba para intentar zafarse solo conseguía hacer que su muñeca sangre por la rugosidad del hielo. «No puedo permanecer aquí, necesito seguir adelante mientras todavía sea de día». Fue entonces que tuvo otra gran oportunidad. La Gema de Fuego brilló en el brazalete de piedra. Se concentraba en el resplandor anaranjado, deseando dominar el impulso de la Magia Negra. Logró encender una llama viva que se sentía como una cálida caricia en la palma de su mano. La acercó a su amarradura de hielo para descongelarla, pero entonces el resplandor se tornó purpura y la llama en su mano se volvió una violenta llamarada negruzca que, si bien logró liberarlo, se propagó por todo el puente hasta alcanzar los pilotes donde por fin se cortó. No dejó de arder ni siguiera cuando alcanzó el fondo del abismo entre los dos riscos montañosos.

Lush jadeaba, y apretaba los dientes mientras se encontraba prendido por las rocas salientes, aferrado con sus dedos tan duros como la piedra misma. La pierna derecha luchaba por no ceder ante el deslizamiento. «Si me suelto y ya no poseo la capacidad de volar todo habrá terminado». Las yemas los dedos le sangraban cada vez que se aferraba a una roca para pasar a la siguiente. Cuando por fin se desplomó sobre tierra firme ya no sentía las manos, solo sabía que estaban ahí porque las podía ver recubiertas de sangre.

Permaneció así hasta que el dolor mermó significativamente, pero para entonces el estrellado cielo nocturno empezaba a asomarse con cierta timidez. Aprovechó los últimos haces que le obsequió la luz del sol para cerciorarse de seguir la senda apropiada.

Los árboles que habitaban en esa parte del bosque tenían una multitud de ramas sin una sola hoja. Lush temblaba de frio, tanto las mejillas como la nariz estaban coloradas, pero con un cierto calor febril. Algunas veces la capa de nieve le comía los pies. «Podría intentar canalizar el fuego en la pluma para calentarme. Voy a necesitar más tiempo para que la Magia Negra no se me salga de control, solo consigo ponerme en peligro. Por lo menos creo tener algo de dominio con el hielo». La pluma le daba la seguridad de que el Arca Elemental se iba a mantener dentro de los limites normales, sin verse retorcida por el poder oscuro. Pero había un problema: la pluma que cargaba ahora no era la misma que tenía hace algunos días atrás. «Esas manchas negras... Tendré que asumir el riesgo». Sin dejar de dudar respecto al asunto, jugueteó con una flama que pasó de la palma de su mano a la pluma como si fuese un niño pasando agua de un vaso a otro. «Creo que puede funcionar». Deshizo la llama y se dispuso a reunir un poco de leña cortando tantas ramas como pudo hasta tener un buen montón. A medida que avanzaba en su recolección descubrió unas pequeñas vasijas que parecían robustos floreros. Algunas estaban enterradas en la nieve, y otras rotas y desparramadas por ahí. Todas contenían flores muertas, secas, marchitas. Entre tantas reconoció rosas, tulipanes, narcisos, orquídeas, y violetas.

Armó su campamento invernal debajo de un árbol que había sido doblado por una ráfaga de viento en algún momento e hizo que, a pesar de estar desnudo de hojas, tuviese un vago encanto acogedor ante la hostil frialdad del paisaje. Pero no le fue muy bien con el resultado que obtuvo al final, pues en un descuido la inocente llama que iba a usar solamente para encender la fogata volvió a salirse de control estallando en un fuego negro que calcinó la leña y se prendió al árbol, expandiéndose sobre este con rapidez. Se arrastró por la nieve hasta ponerse de pie. Intentó levitar una de las vasijas, pero no hubo caso. Así que tuvo que emplear sus fuerzas y olvidarse de cuanto le dolían los dedos para lograr sacarla de la nieve. Se impacientaba más y más intentando llenar la vasija con nieve. Y cuando lo logró, encendió una pequeña llama para derretirla y obtener agua de manera tal que con eso pudiera apagar el fuego. Pero no resultó como esperaba. A pesar de haberlos carbonizado, los mantenía estables para poder seguir ardiendo, esperando a que el viento frio que se estaba levantando lo ayudase a pasar al siguiente árbol y al siguiente, así consumir todo el bosque. «No tengo de otra, esto puede ser catastrófico. Voy a tener que meter la mano y congelarlo desde adentro».

Una voz le gritó desde algún lado. Y si bien el tono era suave y gentil, estaba envuelto en una cautiva preocupación:

—¡No lo toques, es muy peligroso!

Era una niña arropada con nada más que un vestido celeste que le iba varios talles más grandes. Rubia, con su cabello hasta el suelo, y con el flequillo recto como una hoja de papel cubriéndole los ojos como una cortina. Una resplandeciente llave dorada colgaba de su cuello.

Parecía estar desesperada buscando algo que se le cayó en la nieve: una familiar vasija más pequeña y con tapa. Se acercó a lugar y absorbió el fuego negro como si fuese una aspiradora.

- Eso pudo haber sido terrible —dijo poniendo una mano sobre el flequillo como si se tapara los ojos.
 - —¿Dónde se ha ido?
- Lo sellé. Mientras no se abra no pasará nada. He oído que el fuego negro dura encendió hasta site días. Pero me lo llevaré lejos de aquí, no te preocupes. Puse una magia zodiacal en estas vasijas para que si algo que absorben es liberado fuera del lugar donde fue absorbido sea borrado de la existencia.
 - —¡Eso fue lo mismo que me dijo el traicionero ese!
- —Imaginé que ese vejestorio intentaría algo —dijo riendo dulcemente—. Si hay algo que le reconozco a los adeptos a Ofiuco es que sacan ventaja de cualquier situación —dijo riendo.
 - —Imagino que tu no lo eres, pequeña.

La niña lo miró (o eso fue lo que creyó Lush cuando la vio levantar la cabeza) y giró como una bailarina para marcharse cargando la vasija con ambas manos. Él no vio más remedio que seguirla cuando al revisar la dirección de su destino esta coincidía con la dirección de ella.

- —Ni pienses que te voy a dar mi llave —dijo Acuario no bien Lush se le puso a la par.
- —¿Tampoco quieres ver al rey sobrevolar estas tierras?
- —Ni por asomo. No es algo que me interese. Ya vi todo lo que tenía que ver. Dedicaré mi eternidad a otra cosa.
- —No esperaba que una postura tan leal a sí misma fuera mi más grande obstáculo, ni que una niñita sea así de resolutiva.
 - —No te creas que debes subestimarme porque me ves así de frágil —dijo Acuario.

Siguieron su camino por el terreno nevado. Cada vez las vasijas con flores se volvían más usuales en el paisaje. Todas estaban marchitas. La niña se desviaba eventualmente para sacudir a las que tenían ya mucha nieve encima.

- —¿Por qué las cuidas tanto? No son más que flores muertas.
- —Son un regalo de mi difunto amado. ¿Acaso te gustaría que las cosas caigan en el olvido y se llenen de polvo como algo viejo?
 - —Eso mejor que eso suceda. Los recuerdos pueden convertirse en tu perdición.
- —No lo creo. Pensar en los días en los que el Caballero Neptuno me traía flores siempre me da felicidad. Juré que no me alejaría de él, y no lo haré.
- —¿Eres honesta contigo misma? Nada puede durar para siempre, ni la promesa más honorable.
 - —Hay mucho de lo que tienes que aprender, niño.
 - —¿Dónde está tu amado?
- El eco no respondió. Siguieron caminando hasta que anocheció. Llegaron al Altar Zodiacal. Un campo de flores vivas de coloridos pétalos se interponía entre ellos. Lush, en un desesperado impulso, estuvo a punto de arrebatarle la llave dorada al infante y terminar el asunto enseguida. Pero se contuvo al verla pasar cuidadosamente entre las flores buscando un lugar donde sentarse, y cuando lo hizo, acarició el suelo nevado con un rostro cargado de triste nostalgia. Luego, vació la vasija en el aire y del terrible fuego no quedó más que un hilo negro que desapareció, arrastrado por el viento frio.
- Su cuerpo permanece aquí —dijo Acuario acariciando el suelo—. Estaremos juntos por siempre. Conozco tus intenciones, nos deleitamos todas las noches mirando a las constelaciones. No pienso abandonarlo.
- —¿Cómo murió? —preguntó Lush sentándose en la periferia del jardín.
 —Él faltó a su palabra, pues en ningún momento intentó obligarme a volver al Reino Astral. Cuando el Eco Zodiacal de Escorpio intentó hacerme daño por no querer confabular en contra del rey, fue él quien me protegió de que me arrancara mi Corazón Mágico. Pero en ese

momento, el Caballero Marte andaba cerca y vino a ayudarlo. La disputa terminó con el Caballero Neptuno pereciendo a manos de Escorpio, quien escapó siendo perseguido por el Caballero Marte.

- —En nuestro encuentro también intentó arrancarme el corazón. ¿Por qué busca hacer eso?
- —Los hechizos más poderosos pueden conjurarse solamente haciendo explotar un Corazón Mágico. Él no tiene agallas para hacerlo con el propio y por eso busca el de los demás.
 - -Entonces eso fue lo que hizo el Rey Pájaro con el bosque, ¿no es así?
- —Exactamente. Pero él desapareció debido a que no es una manifestación como nosotros. El Rey Pájaro es un ser auténticamente vivo. Puso fin a su existencia con ese hechizo.
 - —¿Y qué pasa si los Ecos Zodiacales conjuran el poder de su Corazón Mágico?
- —Nuestra manifestación física cambia. En mi caso, solía tener una apariencia adulta. Detoné mi corazón para darle un entierro digno a mi amado, con flores que nunca se marchitarán, justo aquí donde nos acostábamos a mirar las estrellas hasta quedarnos dormidos.
 - —Eso es conmovedor. Ahora entiendo porque no quieres regresar.
 - —¿Qué esperas para devolver esa llave dorada que tienes? —le dijo Acuario.
- —Todavía no he tenido la oportunidad. Pero si la tuviese la dejaría pasar, no quiero deshacerme de ella hasta asegurarme de haberlos devuelto a todos al Reino Astral.
- —¿Qué le has hecho? Cabe la posibilidad de que vuelvas a verla cuando pongas la llave en su altar.
- —No le hice nada. Ella murió en un accidente fatal, aunque no lo recuerdo con exactitud. ¿Qué sucederá con su cuerpo muerto cuando ponga la llave en el altar?
- —Tendrás que averiguarlo por tu cuenta. Ella no es como los demás. Es una maga excepcional que aprendió a manipular su existencia para ir y venir el Reino Astral simplemente viendo al Rey Pájaro hacerlo. De hecho, gracias a esa habilidad, fue elegida por el Rey Pájaro para mantener vigilado al humano que abrió el cofre donde los Caballeros Solares habían sellado a Ofiuco, pero falló estrepitosamente. Todos comentemos errores.
- —Necesitaré que me des tu llave para poder averiguarlo —dijo Lush clavándole la mirada a los ojos debajo del flequillo recto.
- —¿De qué te servirá? ¿Por qué no me dejas tranquila y vas tras el Altar Zodiacal de Leo de una buena vez y viven felices para siempre?
- —Eso quisiera. Pero sabiendo que ella no pertenece a este mundo será mejor que cada uno haga lo que tiene que hacer, a diferencia de ustedes, el tiempo no tendrá piedad conmigo. No puedo vivir con eso —le imploró con un afligido tono de voz—. Tan solo le pediré al rey que borre mis recuerdos, no hay nada que temer.
- —¿Has visto el estado en el que está la pluma? No puedo confiar en ti, la Magia Negra te está consumiendo.

En ese momento Lush miró la pluma. Era como una mancha negra en la nieve, la negrura se había esparcido sobre ella como papel carbónico, hasta pudo verlas moverse lentamente y unirse en manchas más grandes.

—Si, es verdad. No tengo mucho tiempo. Y no sabes cómo estoy conteniendo mis impulsos para no asesinarte sobre la tumba de tu amado. Pero, sin embargo, puedes confiar en ella para que detenga a la maldad que habita en mí. Porque, para serte sincero, algo que deseo con mucha más fuerza es vengarme de los que me arrebataron la felicidad delante de mis ojos.

El Eco Zodiacal se quitó la llave del cuello y la arrojó hacia él.

—Eres una amenaza para estas tierras, y para las flores que el Caballero Neptuno tanto amaba. Ella será capaz de detenerte, Mago Oscuro.

Lush se dirigió al altar, pisando las flores, mientras ella se recostaba a un lado del cuerpo del Caballero Neptuno, sepultado en un bloque de hielo donde sostenía su espada sobre el pecho. Sin mirar atrás, accionó el mecanismo de la cerradura en el Altar Zodiacal.

PICIS



★ YVI55 \$ MQM Z B X \$

Pasó largas horas sentado a un lado de la tumba del caballero. No pegó un ojo en toda la noche, no lo deseaba así. Decidió ofrecerle compañía una última vez en compensación por la pérdida de su amada. Al amanecer partió descendiendo por la ladera. Como una mancha que se deshace, la nieve comenzó a escasear en las rocas y árboles, y así también la fría temperatura de esa región.

Tenía hambre. El estómago le rugía y no paraba de imaginarse sentado en un banquete solo para él donde la comida aparecía por arte de magia. Se le hacía agua la boca de solo pensarlo, y se saboreaba pasándose la lengua entre los dientes. Fue entonces cuando notó algo extremadamente filoso y puntiagudo que le repasó la superficie de la lengua dejándole un amargo gusto a sangre en la boca. Sus colmillos se habían deformado hasta adoptar la forma de colmillos se serpiente. También habían aparecido manchas de escamas en sus brazos, y en el resto de su cuerpo. «La pluma se volvió completamente negra». Siguió su camino sin rumbo fijo puesto que ya no le servía como brújula. La inmaculada belleza de la pluma también había quedado atrás, ahora parecía como una cosa en proceso de putrefacción.

Se sentía agotado, abrumado por la fatiga. Todo su cuerpo dolía, era un dolor igual de punzante que los colmillos que le habían salido, las serpientes tiraban fuera de él como si quieran escaparse. Y en especial pinchaba en su corazón, obligándolo a veces a apretárselo con ambas manos como si intentara empujarlo todavía más adentro. Aparecían indicios de que en cualquier momento podría sufrir un calambre espantoso, cosa que lo hacía detenerse para no esforzar el movimiento que lo sometería a esa nudosa dolencia. Por momentos, le daba la impresión de que las serpientes abandonaron la madriguera que habían hecho de su corazón para visitar otros lugares dentro de su cuerpo. Creía verlas deslizarse por sus brazos, arrastrándose dentro suyo, o quizás eran sus venas que momentáneamente se hinchaban como si algo taponara el torrente sanguíneo, pensaba. Su desesperación se acrecentaba cuando oía siseos aquí y allá, alterando sus sentidos como un cachorro aterrado por fuegos artificiales, empuñando la decaída pluma negra contrariado por sus alterados sentidos, alarmantes, incongruentes y alborotados.

—¡S-Salgan de donde sea que estén, no les tengo miedo! —gritaba a los cuatro vientos.

Sus temblorosas piernas se torcieron, apenas podían sostener su peso. Al incisivo dolor se le sumó el desesperante acrecentamiento por satisfacer la sed y el hambre. Tenía la boca casi seca, apenas humectada por la sangre que le producían los cortes superficiales de los colmillos en la boca cada vez que articulaba un quejido. Las tripas le crujían, como si todo lo que no había comido al estar vitalizado por la Magia Blanca le cayera de repente causándole una trastornada urgencia por alimentarse. «Necesito comer algo, o podría desmayarme ya mismo. Me comería un Akamata si lo tuviera frente a mí». Ese había sido su declaración antes de que, en su deplorable y catastrófico estado, sin siquiera tropezar, cayera de bruces como un tronco arrancado de cuajo.

El viento de la tarde continuó soplando por un rato, silbando en sus oídos como una funeraria orquesta. Sin embargo, Lush comenzó a arrastrase lentamente hasta que superó la dificultad la trabajosa tarea de reincorporarse, ayudado por un árbol por el que se sostuvo hasta quedar de torpemente de pie.

Continuó en su errante camino sin dejar de contemplar las escamas en su piel hasta que fue asaltado por un diluvio de memorias. Entre las tantas de ellas, la más preciosa de todas, que irónicamente fue la que más tormento le causó. Se trataba sobre el día en el que se escaparon en secreto al bosque. Lo más divertido y arriesgado de todo fue que tuvieron que hacerlo de día para que ella pudiera mostrarle lo que quería mostrarle. Evadir a la Guarda Azul no era la tarea difícil,

aunque en el fondo Lush sabía que eso no estaba para nada bien. Pero el entusiasmo de Gwyndolin reducía la sensación de romper las a algo insignificante. Si se trata de compartir momentos junto a ella haré lo que sea que tenga que hacer, se decía. Se ocultaron detrás de un robusto roble. Ya vendrán, le aseguraba ella, te van a gustar. ¿Cómo puedes estar tan segura?, le preguntó él. Y si bien ella aseguraba sentir la presencia mágica rondar en las cercanías, pasó un poco más de media hora hasta que la procesión de criaturas azules se asomó. Lush se quedó boquiabierto al contemplarlas. Eran como transparentes mantarrayas azules que flotaban en el aire. Iban en un numeroso grupo. No hagas mucho ruido, se asustan con facilidad, le recomendó ella antes de que se acercaran muy cautelosamente en puntas de pie. La reconocieron como las mascotas reconocen a sus dueños, y en un parpadeo flotaron entre ellos como si estuviesen celebrando. Y al parecer lo estaban, pues Gwyndolin le explicó a Lush que no las veía desde que llegó al pueblo hace doscientos años. También mencionó algo sobre que eran criaturas hechas puramente de magia y que, como baterías, mantenían al bosque tan fuerte y vital como siempre lo había conocido repartiendo magia de un lado a otro como las abejas lo hacen con el polen de las plantas. ¡No, no puedes tenerlas de mascotas!, le decía, pertenecen aquí, este es su hogar. La siguiente imagen que tenía en su cabeza era la de ambos, recostados sobre el pasto, mientras que estas azuladas criaturas flotaban en círculos sobre ellos y los envolvían, y la calidez de esas sensaciones volvió a sentirlas incluso ahora mientras marchaba sin rumbo fijo, preguntándose que había sido eso, tan estremecedoramente dulce y bondadoso, un afecto cálido que agradeció recordar, aunque ya no sabía de donde provenía.

«Debió ser cosa de mi imaginación».

La sucesión de imágenes mentales terminó abruptamente cuando, en la distancia, algo lo arrancó de su trance memorial. El sendero descontinuado por salpicones de pastizales lo condujo hacia el linde de un pantano. Observaba a medida que se acercaba cuan irregular era el triste y monótono paisaje cubierto de una densa niebla vaporosa. Algunas partes eran planas donde se estancaban láminas de agua que recorrían como una red interminable las irregulares elevaciones del terreno que parecían pequeñas islas, donde crecían arboles inclinados de troncos retorcidos como gruesas trenzas que dejaban caer sus hojas a un lado como unas andrajosas barbas resecas de un pálido verde. El aire del lugar era fresco y húmedo, como si la extensión de las tinieblas lo dominara.

Se recostó a un lado de esos musgosos árboles, jadeando. Un grupo de criaturas azuladas flotaban entre ellos, y al ras del agua. Sus cuerpos invertebrados brillaban y se atenuaban al mismo ritmo como una silenciosa luz de alerta que llamaba desesperadamente su atención. Antes que nada, se arrodillo a beber de esa agua fría que le sabia a barro pero que a fines prácticos no podía hacerle asco. Fue entonces cuando al levantar la mirada se encontró con una se esas criaturas posándose cerca suvo sobre el agua como si lo estuviese imitando. Por un breve momento fue capaz de hacer que el agua y la tierra volvieran a la vida, pero en lo que él parpadeó ya habían vuelto al mismo estado fétido. Su lengua comenzó a deslizarse sobre sus colmillos al verla partir. Los dedos también se sumaron a la desesperante ansiedad causada por la Magia Negra: los movía tensionados como si tratara de desenredar un ovillo invisible. Solo quería saciar su hambre. Eso no tenía nada de malo, después de todo, la gente del pueblo también cazaba animales. Se arrastró con sumo cuidado detrás de uno de los árboles. Pero debía ser cauto, no podía arriesgarse a que se le escapen, así que se trepó al árbol inclinándolo todavía más a causa de su peso puesto que de por sí va estaba viejo y humedecido. Se balanceó sobre uno cuando vio la oportunidad, cayendo de espaldas sobre un charco, pero no terminó ahí: sujetándola debajo del brazo, mientras la criatura azulada se desesperaba como un pez fuera del agua, arremetió contra las demás logrando capturar un total de cinco.

Caminaba encorvado llevando dos debajo de los brazos y una más ya dispuesta en su boca. Tenían una textura gelatinosa, muy alejada de los manjares que se imaginaba que tenía a su completa disposición mientras, tumbado contra un árbol, arrancaba los trozos gelatinosos del cuerpo a tirones con sus colmillos. Cada vez las desgarraba de un mordisco, una sustancia negra parecía escurrirse de sus dientes y esparcirse como una mancha de tinta dentro del cuerpo de las criaturas hasta que estas quedaban tan inertes como azabaches. Pero era entonces cuando, a pesar de seguir comiendo, no sentía que saciaran su apetito y tenía que arrojarla para continuar con la siguiente como una fruta que se queda sin jugo.

La vigorosa fuerza de su cuerpo se renovó junto con el ultimo bocado. «Tengo que salir este lamentable lugar», pensaba mientras daba puntapiés en el lodoso suelo. «¿Por dónde quedará

la salida?». No se veía rastro alguno de la luz del sol pasando a través de la descontinuada espesura de los árboles que abovedaban en pantano. Ningún sendero le prometía demasiado, así que continuó en línea recta, en silencio, cazando cada vez que tenía la oportunidad, ayudado por el brumoso paisaje para camuflar su cuerpo e intenciones.

Se sentía satisfecho, pero la saciedad mermaba con rapidez así que tenía que darse prisa antes de que anocheciera, porque donde la claridad duda en hacer acto de presencia la oscuridad no titubea ni se distrae. Y lo que era peor, sentía que alguien o algo lo seguía muy de cerca. Ante el inminente peligro, y empleando nada más que dos dedos, se dispuso a congelar los charcos de agua para limitar las posibilidades de una emboscada.

Denotó, en la lejanía, una irradiante luz diferente a la de las criaturas azuladas: esta era parecida a la luz amanecer. Y conforme se acercaba, oía el viscoso ruido de fauces masticar más comida de una manera grotesca. «¿Qué es esa cosa?», pensó a verla de espaldas embutiéndose a manotazos a las criaturas azuladas en la boca. Esta se detuvo, quizás, cuando notó la presencia de Lush. Torció apenas la mirada. Pudo notar como esos ojos amarillentos lo espiaron por el rabillo antes de salir corriendo en cuatro patas perdiéndose así en la niebla. Siguió su camino en esa dirección. La pluma seguía muerta, y a pesar de estar completamente negra, ahora lucia mucho más deplorable.

Al poco tiempo de andar en esa dirección, comenzó a oír gritos de dolor que provenían de gargantas humanas. Suplicas y quejidos ahogados por llantos tan desconsolados como desesperantes llegaron a sus oídos. Y no le pareció para nada malo: si sufrían, estaba bien. Era lo justo. Uno de los tantos sonaba cada vez más cerca. Y cuando menos se lo esperaba, volvió a ver a otra persona, pero no duró demasiado. Una extensa lengua se le enroscó en el cuello y lo tironeó bruscamente de nuevo dentro de la cortina de humo.

—Se que estás ahí. No podrás esconderte por siempre. —Apretó el puño y todas las gemas resplandecieron al mismo tiempo atenuadas por la Magia Negra.

Solo se veían los ojos amarillos como dos bolas de billar sobre un mantel blanco y una luz resplandeciente entre ellos como si de un tercer ojo se tratase.

—Lo he estado esperando, amo —dijo con una torva voz—. Me he mantenido trabajando desde las sombras, torturando a la gente del pueblo hasta convertirlos en Akamatas, justo como me lo ordenó.

Lush, aprovechándose de su posición, estiró el cuello de su tapado para ocultar dentro su llave dorada. Fue sensato en permanecer inmóvil. La única estrategia que se le ocurría involucraba a su fatigada Magia Blanca, pero fue más astuto de lo que jamás pudo haber imaginado.

- —Todavía me encuentro muy debilitado, mi leal sirviente.
- —Puede quedarse a descansar aquí el tiempo que necesite. Hay muchos Merodeadores Lunares por estas tierras. Esas criaturas sin cerebro no entienden que no es posible reparar la putrefacción de estas tierras. Ha hecho un trabajo excelso con este pantano convirtiéndolo en una fábrica de Akamatas. Y como verá, su legado no solo hizo que la gente experimentara la magia de primera mano, sino que me abrió un mundo nuevo de posibilidades para experimentar con la retorcida Magia Negra. Ahora entiendo porque los humanos pierden los ojos en el proceso de metamorfosis. Hay que ser capaz de ver las cosas para imprimir ira y violencia en ellas.

La luz, palidecida por el denso vapor del pantano, se acercaba a Lush. Tuvo un intrépido impulso por confrontarlo y robarle la llave en caso de que la tuviera. Sin embargo, se hizo hacia atrás y a un lado para que el velo de la cortina de vapor no lo develara.

- -Enorgulleces a tu maestro con semejante dedicación.
- —Nos ha salvado a todos. Merece ser el nuevo rey.
- —Antes de eso necesito recuperar todo mi poder.
- —Estaré complacido de ayudarlo en todo lo que pueda. —Se movía con una aparente histeria.

En ese momento el eco se le acercó demasiado rápido. El vapor no fue capaz de seguir cubriéndolo. Esa voz de un monstruoso sonido le pertenecía a una criatura que parecía ser una amalgamación de la vida acuática. La compleción de su rostro, sujeta de un robusto cuello con tres branquias a cada lado, era como la cara de un pez gato con una antena luminosa que le salía del centro del cráneo y colgaba sobe su frente. Tenía una verdosa membrana interdigital entre los cuatro dedos de ambas manos y los seis dedos de sus pies y una aleta de tiburón en la espalda, y también una larga cola que acababa en una escotada aleta caudal de pez. La llave dorada estaba incrustada en una de sus branquias.

- —Serás el primero en servir a tu nuevo rey y entrégame tu llave para poder recuperar la fracción de poder que me falta.
- —Lo haré con gusto. Pero antes, ¿podría también ser el primero en volver a verlo, su majestad?
 - —No sin antes conducirme a tu Altar Zodiacal, mi estimado Eco Zodiacal.

Se mantuvo a una prudente distancia siguiéndole la cola cuando la lucecita se perdía en el vapor. El camino continuo hasta que anocheció en el aguanoso pantano donde cada vez era más difícil poner el pie sin hundirse. Así continuó hasta que las tinieblas le dificultaron la sofisticada tarea de ocultarse y mantener el misterio de su presencia.

Era completamente de noche cuando llegaron al linde del pantano donde los árboles cubiertos por hojas de colores vivos volvían a extenderse. El denso vapor no era más que un débil humo que en cualquier momento podía ser extinto por una leve brisa.

Fue el mismo eco quien colocó la llave en su altar cubierto de fango y algas. Al voltearse para ver a su nuevo rey, se encontró con una lanza de viento que parecía ser la concentración de una catastrófica tormenta en la mano de un ojeroso sujeto de piel con manchas de escamas.

- —¡¿Qué crees que estás haciendo?! ¡¿Dónde está el rey?!
- —Justo frente a ti.

Lush le arrojó la huracanada jabalina, que le atravesó el cuello, dejándola clavada en el altar. Le arrancó de un tirón la llave dorada que tenía incrustada en una de sus branquias. Antes de girar la llave, se detuvo a mirar como el eco sufría e intentaba liberarse, pero no podía ni siquiera acercar las manos porque enseguida la lanza le provocaba cortes y desgarraba su piel. Lo mantuvo en un sofocante sufrimiento hasta que finalmente giró la llave y el cuerpo se le transformo en poros luminosos que fueron absorbidos por el altar y disparados al cielo nocturno para dibujar su constelación.

OFIUCO



★ YYISQWQM > D XX H

Muy atrás había quedado el pantano, y asomando la luz del mediodía todavía no tenía idea hacia dónde encaminar su ruta. Se limitaba a caminar, con la mirada puesta en un lejano punto de fuga, sin pensar en nada, vacío. El aire que lo rodeaba se sentía más denso, cargado de crueldad y un creciente odio. Los siseos de las serpientes se traducían en susurros de resentimiento en su cabeza.

En algún lugar de la extensa tierra boscosa se encontraba la última pieza que faltaba para acabar sumido en el retorcido abismo de la Magia Negra. Los Akamatas que merodeaban se quedaban inmóviles al verlo, manteniendo una prudente distancia, reverenciales.

Envuelto en su capa de penumbras apenas se percató del sonido de cascos que se acercaban galopando a toda velocidad. Aldora había vuelto por él. Y por cómo se interpuso en su camino fue notable su atrevimiento al no permitirle a su amo que siguiera avanzando.

—¿Qué te trae por aquí? Estás lejos de casa, vigoroso corcel. —Le paso la mano por el lomo—. No puedo hacer nada por ti, apenas tengo algún vago recuerdo tuyo, creo haberte visto una o dos veces. Lo siento.

Una energía de carácter antagónico emanaba del corcel. Una que sin dudas provocaba repulsión y rechazo en Lush, una que lo incomodaba, que lo hacía sentir contra la espada y una pared con púas de metal que se acercaba amenazante, en un pasillo sin salida.

El corcel no iba a darse por vencido sin más. Le empujaba el pecho hacia atrás a topetazos. Sus agudos sentidos percibían una terrible oscuridad en el camino que yacía por delante de él: una maliciosa presencia que solo puede ser detectada por un animal.

—Ya no voy a detenerme. No quiero detenerme. Aunque tuviese la oportunidad delante de mí no lo haría. No existe escapatoria al dolor. Al final, todo se termina.

La yegua agachó la cabeza y le retiró la pluma negra de su mano. Al tomar la pluma entre sus dientes aparecieron unas manchas de su color original sobre ella. Inclusive recuperó su erguida figura puesto que hasta entonces se parecía más un viejo pergamino carbonizado. Y ya no intentó detenerlo, al contrario, adoptó una postura que solo podía sugerir una cosa.

—¿Me ayudarás a alcanzar el ultimo altar?

Partieron a galope veloz con la pluma marcándoles el camino hacia el último de los altares. Su corcel marchaba con la cabeza en alto, revisando de reojo el resplandor pálido que emitía la pluma. Se encargaba de ajustar su camino cuando el haz luminoso comenzaba a descocerse como los hilos de una cuerda. Lo que implicaba, en algunas ocasiones, bruscos movimientos que sacudían a su jinete, quien no tenía que ocuparse de otra cosa que no sea mantenerse aferrado al cuello de la yegua. Él parecía perder vitalidad conforme se acercaban, pues estaba echado sobre el lomo como si estuviese inmerso en un profundo sueño, solo levantando la cabeza de vez en cuando, doblegado cada vez más ante la creciente oscuridad que le estrujaba corazón.

Cada vez era más común ver a los Akamatas desperdigados por el camino antes de dejarlos atrás. Pero una sensación de desconfianza se apoderó de él, y entonces al revisar su

espalda notó como se agrupaban y los perseguían. Resultó ser desesperante, pues en algún momento darían con ellos y cuando esa situación llegara se verían superados en número. A pesar de que en su último encuentro parecían responder a él como si supieran quien es, ahora no parecían estar conformes, y menos aún al verlo ayudado por una criatura que emanaba un poco de Magia Blanca. Debian acabar con la inocente yegua.

El camino continuó y continuó al igual que lo hizo el día bajo un resplandeciente sol. El bosque se abría ahora de par en par dejando una pradera descubierta donde el camino se hizo cuesta arriba. Asomaron en la lejanía crestas montañosas cubiertas por con nubes pasajeras cada vez más crecientes conforme subían. Así también lo hacia una un enorme portón rectangular de plata con una gruesa línea que lo partía a la mitad. Aunque no se dejó ver mucho más puesto que la espesura boscosa al otro lado de la pradera volvió a cubrirlo. En alguna ocasión se dejaba ver, forzando un poco la vista entre los agujeros de la bóveda de hojas.

El corcel se detuvo abruptamente, casi arrojándolo hacia adelante a causa de la inercia. Evitó un accidente tan torpe levantándose sobre sus dos patas traseras, dándole tiempo a su jinete para que se le prenda de la andrajosa melena.

Descendió al suelo con dificultad, y entumecido como estaba, trastabilló en sus primeros pasos hasta que se reincorporó por completo.

Frente suyo estaba ahora el Altar Zodiacal de Leo. El símbolo tallado en la piedra coincida exactamente con el de la llave dorada, que había sido su tesoro más preciado. Estaba situado entre las gruesas raíces abultadas de un roble que le crecía por detrás, dando la impresión de estar incrustado en el tronco.

Se acercó. Había un pequeño cofre de madera en el suelo. Al abrirlo se encontró con notas y dibujos en papel apretujados que salieron volando y se desparramaron por doquier cuando la presión de la tapa los liberó. Levantó uno que estaba escrito con una elegante letra donde se leía «Siempre estaré a tu lado». Y había a su lado un dibujo de ellos sobre el mullido lomo de un ave gigante que surcaba los cielos. También coloridas flores de origami, muchas y muy variadas, de diversas formas.

— Me pregunto quiénes son —dijo soltando un suspiro de pena—. Luce como una triste tumba.

No se atrevió seguir indagando entre los dibujos que ella solía llevar hasta su altar cada noche luego de que él se quedara dormido. Ella se encargaba de dibujar todos los disparates imaginarios que se les ocurrían, pero siempre se había mostrado vergonzosa cuando llegaba el momento de mostrárselos, así que se los guardaba para ella.

Los ojos se le llenaron de lágrimas y su mano con la llave acercándose al umbral de la cerradura comenzó a temblar. Pero ya no quedaba de otra, no había vuelta atrás. Antes de ser torturado por retazos de recuerdos introdujo la llave y cerró los ojos al momento de girarla.

No aparecieron poros de luces resplandecientes, solo la última de las serpientes moradas deslizándose fuera de la cerradura, sacando la lengua y arrastrándose envuelta en un aire amenazante sobre las raíces del árbol.

—Ven a mi —dijo Lush cerrando los ojos, entregándose por completo ante la amenaza.

Antes de perforar en su corazón le recorrió el cuerpo, moviéndose en círculos a su alrededor primero y luego trepándose lentamente por su pierna derecha, ciñéndose con fuerza por momentos y desajustando la presión cuando lo consideraba conveniente. Y así continuó hasta que por fin desapareció dentro suyo sin dejar ni un solo rastro de dolor.

No le dedicó ni una sola palabra de despedida a su compañera, quien tampoco se atrevió a seguirlo mientras marchaba ni mucho menos se quedó a observar mientras se perdía en la boscosa extensión más allá.

Tenía la pluma marchita en la mano. Resistía el impulso de deshacerse de esa carga inútil. El resentimiento que lo carcomía lo seducía siseando y multiplicándose en un sonoro eco

que le daba vueltas en la cabeza orbitando abruptamente, casi ensordeciéndolo como si le estuvieran gritando al oído, como si le martillaran la cabeza con alfileres. «Mi verdadero objetivo es perder la memoria, yo no quiero lastimar a nadie. No quiero convertirme en un monstruo. Yo soy capaz de mantener a la Magia Negra bajo control».

—¡Vas a servirme como yo quiero! —Gritó apretándose el antebrazo al ver como las Gemas Elementales también luchaban por resplandecer con sus colores propios y no con el morado oscurecido de la maldad.

La arboleda había terminado de extenderse. Estaba a algunos metros de un risco, podía oír como el mar golpeaba la tierra. Esta vez no dio ni un solo paso a la deriva. Era inevitable que la oscuridad creciera en él de un modo abrupto. Y aunque el dolor se tornó, insufrible consiguió llegar ante el antiguo portón rectangular. No crecían largas murallas a sus lados, era solo eso: una descomunal puerta de plata que le cortaba el paso al borde de un risco triangular. Cuando se acercó descubrió que tenía una cerradura destinada a una pieza de tamaño y apariencia semejante al Arca Elemental. Al colocar el brazalete de piedra, las Gemas Elementales resplandecieron como nunca antes, iluminando también la línea que partía en dos al enorme portón, que emitió un etéreo y cegador brillo deslumbrante, con tonalidades sugerentes a los cuatro elementos de la naturaleza. Empujó con todas sus fuerzas, sus pies se hundieron en la tierra. No había caso, y lo que era peor, las serpientes dentro suyo parecían enloquecer como agua en hervor, surcaban su cuerpo con mucha más rabia, descontento y violencia, como si se vieran ante una desesperante y mortífera amenaza.

Sus fuerzas mermaron por completo y cayó rendido deslizándose de espaldas sobre el pulido metal. Tenía las piernas abiertas y las manos tendidas sobre el suelo al igual que un muñeco de trapo, sucio y abandonado. Se encontraba adormecido cuando una dulce voz le llamó la atención, logrando que se despierte a medias del pesado y fatigoso sueño en el que había caído.

Gwyndolin lo vio rendido como estaba mientras emergía del bosque con el cofre de madera donde guardaba sus preciados dibujos y notas y flores de papel que Lush le había regalado.

—No deberías faltar a tu palabra. —Gwyndolin recogió la pluma que se le había caído a Lush y se había volado algunos metros delante de la puerta. Esta recuperó su auténtica figura y color blanquecino como el cabello de ella al instante en que sus dedos la acariciaron—. Me rompe el corazón verte así, Lush —dijo con un nudo en la garganta—. Si aun estas ahí, te suplico que te detengas.

Él no la reconocía, y no solo porque tuviera apenas un solo ojo entreabierto con dificultad: se veía como alguien a quien había visto antes pero el mero hecho de recordar siquiera su nombre le parecía una tarea imposible de cumplir.

—Tu voz... Luces como alguien con quien antes solía pasar mucho tiempo. ¿Qué haces aquí? Este es un sitio peligroso, deberías volver a casa —dijo Lush débilmente.

Gwyndolin lo veía con sus ojos envueltos en absoluta tristeza.

- —Ya he perdido a alguien una vez a manos de la Magia Negra. ¡No pienso permitir que te aleje de mí!
- —No sé de qué hablas. No planeo volver a ningún lado. —Su voz sonaba mucho más imperiosa y altiva mientras volvía a ponerse de pie con una expresión que denotaba una incontrolable ira creciente, así como también el sufrimiento agonizante provocador por el dolor encarnizado de las serpientes. Su mano se deslizaba hacia el Arca Elemental encastrada en la cerradura del portón.
- —¡Quédate ahí, no te muevas! Estas muy débil, te vas a lastimar... —dijo Gwyndolin— . Déjame ayudarte... ¡Quieres la Fuente Zodiacal? El Rey Pájaro tendrá la última palabra.

Se acercó al portón, y cargó a Lush sosteniéndolo con un brazo detrás de su nuca cuando lo ayudó aponerse lentamente de pie.

—Las puertas tienen un hechizo que repele a la Magia Negra para proteger la Fuente Zodiacal de seres como tú —dijo Gwyndolin—. Esto se hace así. —Empujó con increíble facilidad la puerta, que cedió ante su Magi Blanca como si una infinidad de cerrojos se abrieran al mismo tiempo.

Oculto detrás de la puerta se extendía el risco montañoso. En el extenso salón a cielo abierto había una mesa con la forma de un sol rodeado por ocho confortables sillas de madera barnizadas con respaldos altos. En la punta del risco se encontraba dispuesta una enorme fuente tallada en piedra, cubierta por enredaderas en la base y en los sucesivos platos cada vez más pequeños que se apilaban en el centro de ella sobre un pilar por donde brotaban los lazos de agua que se vertían sobre estos y continuaban fluyendo de regreso al contenedor más grande en un armonioso ciclo celestial. Un cristal con forma de octaedro flotaba sobre la Fuente Zodiacal. Era pulido, resplandeciente y blanco, como nieve al sol.

En el umbral de la puerta Lush apretó su mano contra la garganta de Gwyndolin y lentamente comenzó a levantarla en el aire. Le brillaba una penetrante luz rojiza en los ojos. Abrió la boca con un malicioso jadeo dejando expuestos los dos colmillos de serpiente. Pero antes de que inyectase el oscuro veneno, ella lo amenazó apuntándose con sus dedos como garras sobre su propio corazón. Y antes de que sea demasiado tarde, se hundió la mano dentro del pecho. Explotó su Corazón Mágico, y mientras la sangre se desprendía dijo con una inquebrantable determinación:

—¡Deseo que seas libre de la Magia Negra!

En ese momento todo el lugar fue encandilado por un resplandor blanco que duró un breve instante. Y al deshacerse, Lush estaba tendido en el suelo. Había vuelto a ser él. Los colmillos y las escamas de su piel habían desaparecido al igual que esa abatida mirada ojerosa. En cuanto a Gwyndolin, no quedó rastro de ella: su cuerpo adoptó la forma de un león blanco de ojos azulados.

Eso, por desgracia, no fue todo. Alguien más estaba en el salón. Su sola presencia infundía miedo y hacía que el aire se estremeciera. Llevaba un holgado kimono negro con las constelaciones bordadas en lentejuelas de plata, unidas por finos trazos blancos. Era de cabello rubio, y en la cara tenía un puntiagudo delineado rojo que bordeaba sus ojos. Una llave dorada envuelta por una serpiente negra de principio a fin colgaba de su cuello. Se trataba de Vilka, el Mago Oscuro.

—Desgraciadamente he vuelto a la vida —dijo mirando al león—. Ha llegado el momento de ponerle fin a esto, Avanet debe sufrir.

Se dirigía hacia el bosque cuando el león mordió la parte de su vestimenta que se arrastraba por el suelo, tironeándolo en la dirección contraria. Por otro lado, Lush comenzaba a reincorporarse, mareado. Se sacudió la cabeza para aclarar su vista, y no dudó en ayudar al león, porque sin lugar a dudas se parecía más a un aliado que aquel sombrío sujeto.

- —¡No des ni un paso más! —le dijo Lush. —Destruir el pueblo no tiene sentido. La destrucción no tiene sentido.
- —Y no tiene por qué tenerlo —dijo Vilka deformando su rostro con una afilada sonrisa—. Es simplemente diversión. Tarde o temprano todos morirán. La vida es un sin sentido donde las personas han de aferrarse a algo para transitarla lo más apaciblemente hasta que la muerte les golpee la puerta. ¿Para qué quieren su vida, si saben que van a morir? ¡La destrucción puede acercarnos a ella!
- —Te equivocas. Las personas crean vínculos para aprender unos de otros. Vínculos que, aunque el tiempo o la muerte destruyan, perdurarán para siempre en los recuerdos.

- —El Rey Pájaro pareció olvidarse de eso cuando conjuró el hechizo sobre el bosque dijo Vilka.
 - —¡Lo hizo para protegernos del poder oscuro que liberaste!
- —Y aun así se las apañaron para escabullirse fuera del pueblo para que sus recuerdos sean borrados, arriesgándose a ser asesinados por mis Akamatas. Solo dale al humano algo que no pueda poseer y hará hasta lo imposible por querer conseguirlo, inclusive si eso significa algo peor que la muerte, en mi caso, la inmortalidad de haberme convertido en el Eco Zodiacal de Ofiuco. Lo que quedaba de la hueste del rey creyó asesinarme, pero en realidad fui yo separando mis poderes lo que les hizo creer que me habían matado, es una decisión de la que me arrepiento. Toma asiento en la mesa de los Caballeros Solares y espera a ver como Avanet paga por tu egoísmo. Eso es lo que sucede cuando te metes en asuntos que no conciernen a tu mundo. Es lo que te mereces por haber traído al poder oscuro de regreso.
- —Haré lo que tú quieras con tal de contentarte. Pero por favor, no les hagas daño. No lo merecen. Asumiré todas las consecuencias si es necesario.
- El Mago Oscuro exageraba una mueca pensativa mientras saltaba de una perna a la otra, hasta que finalmente dijo:
- —¡Lo tengo! Lo que me gustaría más que arrasar con todo es morir. La fuente me permitirá deshacerme de esta maldición de una vez por todas. Después de todo he vuelto por tu culpa. La vida me parece absurda, quiero saber que más hay.
- —Pero la Fuente Zodiacal solo tiene propiedades curativas, ¿cómo piensas morir usándola? —dijo Lush.
- —Morir será un destino inevitable una vez que consiga curar el veneno con el que Ofiuco me maldijo. Soy como una marioneta de la oscuridad, de su poder.
- —¿Qué ocurrirá con el poder de Ofiuco cuando mueras? ¡No podemos dejarlo merodear con libertad!
 - —No es algo que me interese demasiado.
- —¿Para que arriesgarnos entonces? ¡Deja que te ayude con mis propias manos! —dijo Lush esgrimiendo la pluma.
- —Si la pluma me toca se volverá a pudrir por culpa de la oscuridad. No somos más que peones en el eterno enfrentamiento las entidades cósmicas que conocemos como el Rey Pájaro y el Coloso. ¿Qué dices, muchacho? ¿Me ayudarás a morir?

Lush volvió la mirada al león. Y bastó solo con eso para que lo soltara, aunque sin dejar de gruñirle, retrocediendo muy despacio y sin darle la espalda.

El cielo comenzaba a oscurecerse cuando el león pasó a través de las puertas, y se marchó fuera del salón. Al poco tiempo, las doce constelaciones resplandecieron con cada una de sus estrellas principales titilando en el cielo. La luz que emanaban se concentró en la fuente haciendo que el agua se tornara del mismo color que ellas y se volviera mucho más espesa y brillante como si fuese pintura blanca.

El Mago Oscuro subió al borde de la Fuente Zodiacal, veía el agua con deseo. Se introdujo en ella lentamente, disfrutando de su suavidad y luminosa calidez.

—Finalmente —soltó un profundo suspiro, y levantó sus brazos mirando al cielo—, mi momento ha llegado. Ya no tendré que soportar más esta pesada carga. No encontré el sentido a la existencia en vida, trataré de encontrarlo en la muerte. —Esbozó una altiva sonrisa de triunfo.

Estaba preparado, al posar sus ojos en el agua, esta le devolvió una mirada de satisfacción. Pero no podía moverse. Y su cuerpo comenzó a convulsionar, y los brazos se cerraron a ambos lados como si estuviese siendo sujetado por una cuerda invisible.

—¿Qué pasa? —dijo Lush con extrema preocupación al oír sus desgarradores gritos de dolor.

Una robusta serpiente negra de ojos rojos se escapó de su pecho. Lo estaba envolviendo, atravesando su cuerpo como si fuese hilo cociendo una prenda. Se aferraba cada vez más mientras se erguía, ahogándolo en sus propios gritos hasta que no fueron más que espasmódicos jadeos. Su cuerpo cayó en seco, de espaldas, abriéndosele una abertura en el cráneo cuando este se golpeó contra el rocoso suelo haciendo que despida una catarata de sangre con la que la serpiente pintó un círculo alrededor del cuerpo muerto mientras se escurría alrededor de él, maldiciéndolo en silencio. Al terminarlo, se irguió sobre su víctima, pareciendo casi tan imponente como la Fuente Zodiacal. Los brillantes ojos rojos no dejaban de posarse sobre Lush, quien retrocedía lentamente sobre sus pasos, atormentado por el miedo y la desesperación.

- —Con que las horribles visiones que tuve eran las de este hombre infundiendo la oscuridad en el cristal de la Fuente Zodiacal, el Corazón Mágico del Reino Astral —dijo Ofiuco.
 - —T-Tu poder debe ser sellado —dijo Lush casi tartamudeando.
- —No hay sello que pueda detenerme siempre que haya alguien a quien pueda tentarle el poder —siseó la serpiente.
- —A mí no me interesa el poder. —Eso lo hizo sentirse más relajado, e inclusive había dejado de intentar huir. Volvía a tener la sensación de la Magia Blanca fluyendo alrededor de su cuerpo. Comenzó a acercarse a la serpiente, sin temor—. Puedes hospedarte en mí. Juntos podremos asegurar al Reino Astral.

La serpiente comenzó a arrastrase por el suelo al mismo tiempo que Lush buscaba la manera de poder arrojar la pluma a la Fuente Zodiacal para conseguir la ayuda del Rey Pájaro. «Es la última esperanza que me queda para detenerlo», pensaba.

Después de todo lo que pasamos aun sigues siendo un chiquillo relegado al miedo
 dijo la serpiente
 Nunca conseguirías dominar la Magia Negra.

Las constelaciones se agrupaban en un círculo sobre la Fuente Zodiacal. Lush enfiló sus pasos hacia ese destino que parecía tan a su alcance, pero al mismo tiempo tan lejano. No podía hacer más que seguir adelante en medio de la lúgubre noche en aquel silencioso salón a cielo abierto. Iba temblando de miedo, pero sujetando con firmeza la pluma. Para mantener la poca tranquilidad que le quedaba se mantenía pensando en que no era más que una caminata en un prado primaveral bajo los cálidos lingotes de sol, sintiendo la brisa cálida y renovadora, y la mezcla de aromas del césped y las plantas.

La serpiente se deslizaba en las sombras, como desafiándolo en un duelo de determinaciones, siendo una amenaza constante, asfixiándolo con su presencia. Se escurría cerca suyo, lo hacía con una cautela extrema e incisiva.

Pero los intentos por astillarle la cordura a su presa no resultaron del todo bien. De modo que cuando Lush estuvo enfrente de la Fuente Zodiacal, la serpiente se le enroscó con su repugnante y humedecido cuerpo robusto. Lo apretó tanto que podía oír el crujido de sus huesos. La situación empeoró cuando los colmillos se clavaron el su cuello, punzantes y dolorosos, y un líquido caliente y espeso emprendió un arduo recorrido dentro suyo. Empezó a sentir que le faltaba el aliento, que las rodillas no le obedecían y que apenas podía mantener los ojos abiertos. Una fiebre abrasiva lo estaba consumiendo. La serpiente lo apuñalaba con sus colmillos una y otra vez. Satisfecha, algo desahuciada al notar como su presa todavía quedaba con vida, se inclinó y arremetió dentro de su corazón. Había sido demasiado tarde, puesto que Lush tenía su brazo extendido sobre el agua blanquecina, con su puño apretando el tayo de la pluma. Para cuando la serpiente desapareció dentro de él, con su último aliento, consiguió abrir la mano y la pluma cayó meciéndose suavemente en el aire hasta caer, provocando ligeras ondas circulares en el agua.

El agua comenzó a burbujear como una olla galopando sobre fuego, cada vez más intensamente hasta que las hilachas de vapor se hicieron más y más densas. El cristal giraba

sobre sí mismo a una velocidad tal que desprendía chispazos que iban a parar al pálido liquido hirviente. La pluma se elevó dentro de una burbuja de agua hasta quedar sobre el cristal. Esta burbuja parecía estar comandando al liquido hacia ella, puesto que comenzó a elevarse en formas de lechosas manchas de tinta blanca que la envolvieron capa a capa. Cuando no quedó ni una gota en la Fuente Zodiacal, una esfera blanca y solida brillaba sobre el cristal.

El cuerpo de Lush yacía tendido en el suelo, junto al del Mago Oscuro. Las escamas de serpiente habían vuelto a aparecer, así como también los colmillos y esa penumbrosa mirada roja con ojeras negras. Sus ojos, entreabiertos por el brillo que orbitaba sobre la Fuente Zodiacal, se iban acostumbrando a la luz del resplandor que esta emitía. «¿Lo logré o acaso estoy soñando? Siento como mi cuerpo esta hecho pedazos, eso quiere decir que sigo con vida. Y si sigo con vida, quiere decir que por un momento dominé a la Magia Negra, porque de lo contrario hubiese acabado como el Mago Oscuro. Sin embargo, no sé cuánto tiempo me quede ahora que los poderes de Ofiuco están completos. Supongo que fue divertido mientras duró. Tengo un vago recuerdo de haber visto a alguien conocido querer ayudarme, no recuerdo bien, mi miente es como una laguna, pero creo haber visto esa dulce mirada en alguna parte, en un lugar menos peligroso, muy lejano a este». Levantó su mano moviendo sus dedos como si quisiera agarrar de una desesperada manera a la esfera blanca. Entre lágrimas, con su mente retorciéndose como un trapo mojado que escurría recuerdos al balde del olvido, susurró débilmente:

—Tráela de regreso a mí. —Su mano se desplomó inerte sobre la roca, y su cabeza dio un vuelco hacia un lado seguida por las lágrimas.

La esfera blanca refulgió en la noche con mucha más fuerza, opacando a la luz de las constelaciones, como un acuerdo entre nubes para no dejar escapar a la luz del sol, como plata calentándose, encandilaba más que la luz de la luna. La serpiente no logró escabullirse fuera del cuerpo de su víctima a tiempo para evitar perder la vista ante esta luz cegadora, y de sus ojos rojos brotó humo gris. Quedó debilitada por completo, retorciéndose en el suelo. Pero esta luz no se detuvo hasta estallar dejando la superficie pulida de la esfera al descubierto, como una pelota gigante con cierta reminiscencia a un cascarón partido cuando las alas comenzaron a asomarse. El batido de estas provocó que el resto de la esfera se desmoronara mucho más rápido.

El Rey Pájaro volvió a la vida en todo su majestuoso esplendor. Las constelaciones lo abrigaban con su luz, haciendo que sus ojos le brillaran como dos lámparas, con una intensidad que dominaba la noche.

Sus aposentos estaban manchados con muerte, sangre, y malicia. La serpiente todavía hacia un débil intento por escurrirse fuera hasta perderse en algún lugar del bosque, pero el Rey Pájaro hizo un gesto con su cabeza y las batientes puertas de metal se cerraron con un estruendo como un trueno que la hizo estremecerse de dolor.

—¿Te vas tan pronto? —le dijo—. El Coloso se quedará donde esta, aferrado a la tierra. Le prometí a mi viejo amigo, a mi eterno rival, que nunca dejaría que los poderes oscuros lo posean. Y fallé. No volveré a fallar otra vez.

La serpiente se retorcía, emitía chillidos agonizantes mientras se movía siguiendo el sonido de la voz del rey.

—No puedes deshacerme de la existencia, para bien o para mal, el Reino Astral no puede prevalecer sin oscuridad, sin su pequeña porción de Magia Negra. La vida no puede existir sin la muerte, ni el orden sin el caos, ni los recuerdos sin las vivencias. Devuélveme mis ojos, por el bien del Reino Astral. A menos de que quieras reinar sobre la nada, sobre el vacío. ¿De qué te sirve?

—Estas en lo cierto, es innegable. Así como también es verdad que si te permito seguir viviendo en libertar tus intentos por asesinarme no cesaran. Tu saciedad por el caos tampoco. Pero está bien, esa es tu naturaleza después de todo.

En su último intento por acabar con él, la serpiente apresuró su deslizamiento y una vez que llegó sobre los dos cuerpos se balanceó en las alturas apuntando al corazón del rey como una furtiva flecha negra. Pero el Rey Pájaro se alejó, y la presión del viento al batir sus alas hizo que la serpiente se estampara contra el cuerpo sin vida del Mago Oscuro.

Un león blanco se acercaba lentamente, con un aire dominante, y su melena revoloteándose por el viento que agitaban las alas del rey. Como un relámpago los ojos blancos del Rey Pájaro se iluminaron y no hubo más león. Una chica marchaba ahora descalza, con su cabello blanco sacudiéndose en el viento. Llevaba un jardinero anaranjado con una camisa negra, y una llave dorada colgando de su cuello.

Tomó con sus delicadas manos a la serpiente. Clavó sus uñas en el corazón de Lush, y la introdujo lentamente. Tramo a tramo esta se le consumía dentro del cuerpo hasta que no quedó más de ella. Quitó la llave que reposaba en el pecho del Mago Oscuro con sumo cuidado, mostrando el debido respeto. El corazón de Lush apenas latía cuando ella le apoyó la punta de la llave en la piel, sellando a Ofiuco con un movimiento semejante al de resguardar algo bajo llave.

Lush abrió sus ojos. La imagen de una chica, apenas visible, estaba sobre él, y detrás, una imponente ave.

—Ha pasado mucho tiempo, Lush. —Lo acogió para abrazarlo—. Pensé que te extrañaría por el resto de la eternidad, pero aquí estas. —Reposó su frente sobre la de él.

Pero entonces el Rey Pájaro vociferó:

- —El Eco Zodiacal de Ofiuco no tiene recuerdos. Es una página en blanco.
- —¿Puedes devolvérselos?
- —No puedo hacer nada por sus recuerdos desintegrados por el olvido. Solo puedo asegurarte que ahora que los poderes oscuros ya no serán una amenaza desharé el hechizo que puse sobre el bosque.
- —Está bien. Al menos la gente de Avanet podrá andar a sus anchas, y disfrutar de estas tierras, o sufrir en silencio en ellas, pero en libres del peligro. —Gwyndolin ayudó al Eco Zodiacal de Ofiuco a ponerse de pie—. Sus recuerdos se han ido, pero tenemos mucho tiempo por delante. ¡Viviremos nuevas aventuras juntos en el Reino Astral!
 - —Quizás tengas razón.

Gwyndolin, antes de montarse al lomo del Rey Pájaro, volvió en busca de su cofre de madera con lápices, crayones y recuerdos ilustrados. Le extendió la mano a Lush para que subiera, sin dejar de sonreírle y mirarlo con una tranquilizante ternura, afectuosa y reconfortante, que despertó en el Eco Zodiacal de Ofiuco una confianza ciega hacia ella. El ave surcó los cielos del bosque, petrificando a todos los Akamatas dispersados para que ya no sean una amenaza. En el camino se encontraron con una yegua. Gwyndolin condujo a Aldora hacia la casa de su dueña, Bunni, con una carta en su boca que contenía el dibujo junto a Lush volando a lomos de un ave gigante, y debajo había escrito un solemne «Gracias».

Juntos volaron hacia el Reino Astral, acostados sobre el mullido lomo de plumas del rey mientas que ella le enseñaba cada una de las constelaciones bajo la fría brisa de la noche.

Zodiactale

YYIIOOMOM > YOUNGHIO